J. P. O'CONNELL

Portofino 1926

Una apasionante saga familiar en el lugar más idílico del mundo

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

La novela en la que se basa la serie *Hotel Portofino*

Una apasionante novela sobre secretos familiares, amor y misterio en el lugar más idílico del mundo.

Bella Ainsworth, en busca de un nuevo comienzo para su familia, lejos de su Londres natal, abre un pequeño y exclusivo hotel en Portofino. Pero este cambio tan deseado no sale como Bella esperaba: los huéspedes son exigentes y difíciles de complacer, su matrimonio peligra, sus hijos no logran dejar atrás los fantasmas de la guerra y, sin saber cómo, su hotel se encuentra en el punto de mira de un político local corrupto al servicio de Mussolini.

Ambientado en la hermosa Riviera italiana, *Portofino 1926* es una historia de despertar personal. Una novela que transcurre en un lugar idílico donde la influencia liberadora de la cultura, el clima y la cocina italiana acompaña a la familia británica protagonista, en busca de un nuevo comienzo en un momento de agitación como fue el ascenso del fascismo de Mussolini.

Portofino 1926

J. P. O'Connell

Traducción de Albert Fuentes Sánchez

1

Era tan gratificante, pensó Bella, preparar las habitaciones para los nuevos huéspedes. Después de hablarlo con Cecil, había decidido colocar a las Drummond-Ward en la suite Epsom. No solo tenía vistas al mar, sino que además era luminosa y aireada, y tenía unas robustas camas de caoba y un empapelado de delicados motivos florales que no resultaba empalagoso.

Excederse con los motivos siempre era un error. El huésped podía tener la tentación de pararse a mirarlos, intentar descifrarlos a partir del juego de líneas y formas. A veces, sin embargo, así en la vida como en la decoración, lo mejor era no percibir los motivos.

En todo caso, Bella no tenía tiempo para entretenerse. Había mucho que hacer.

Cruzó la habitación hasta donde Francesco y Billy estaban peleándose con un colchón para darle la vuelta.

—Eres un muchacho fuerte —le dijo a Billy, que estaba colorado y jadeaba—. Inténtalo otra vez.

—¡Pero es que pesa mucho, señora Ainsworth!

—Es por la crin —le explicó Bella—. Por eso dormir en esta cama es tan agradable.

—También hay metal aquí dentro. Lo he notado.

—Son los muelles, Billy.

Mientras Billy movía la cabeza con gesto incrédulo, Paola entró a toda prisa cargando una pila de sábanas impecablemente planchadas. La ropa de cama venía de Londres, ¡de Heal's, en Tottenham Court Road, nada menos! Cierto era que la tienda británica de Bordighera vendía sábanas y productos básicos como la ginebra Gordon’s o las galletas Huntley & Palmers. Muchas familias inglesas iban encantadas a comprar allí.

Pero para el Hotel Portofino solo valía lo mejor.

Y eso significaba algodón suave de hilo grueso. La clase de sábanas que restallaban cuando las recogías de la cuerda de tender.

Después de darle la vuelta al colchón, Billy fue corriendo a ayudar a su madre en la cocina. Paola se puso a hacer la cama, mientras Francesco colocaba un jarrón de lirios de color violeta iridiscente sobre una mesilla auxiliar.

A Bella le gustaba abastecer los cuartos de baño personalmente. En el Hotel Portofino, las mejores suites tenían baño propio. Ella y Cecil no habían reparado en gastos para que el hotel dispusiera de la mejor tecnología en agua caliente. La gente ahora esperaba poder darse un baño sin todo el alboroto de los criados dando vueltas por ahí y echando leña al calentador. Y algunos de los sistemas antiguos eran francamente peligrosos. Todo el mundo conocía la historia de la caldera que había explotado en el Castello Brown. Un desdichado turista inglés la había cerrado en el momento más inoportuno y... En fin, todavía estaban redecorando las instalaciones tres meses después.

Caminando con cautela sobre el bien encerado mosaico del suelo, Bella colocó una toalla blanca limpia junto al lavabo y una vela perfumada sobre una repisa que había junto a una bañera con unas grandes patas en forma de garra. En abril, los ocupantes anteriores de la suite —una pareja mayor, unos tiquismiquis insoportables llegados de Guildford— se habían quejado de que el cuarto de baño olía mal. Bella no había notado nada raro. Pero no iba a arriesgarse en lo más mínimo tratándose de las Drummond-Ward.

Cuando salió, Paola ya había terminado de hacer la cama y esperaba el dictamen de Bella. Paola era una viuda de guerra del pueblo. Tenía los ojos grandes y oscuros, y una larga cabellera rizada recogida en una cola que colgaba brillante sobre su cuello. Era tan bonita como responsable. Sin embargo, Bella había notado un cambio recientemente. Una suerte de inquietud nueva, que se mezclaba con algo más atávico y sugestivo. Era difícil identificar de qué se trataba, pero, si Paola hubiera sido un hombre, Bella habría pensado que se le habían subido los humos.

El cubrecama tan solo necesitaba unos mínimos retoques. Tras dar un paso atrás, Bella asintió para mostrar su conformidad con la obra de la camarera.

—*Eccellente* —dijo con una sonrisa. Paola también sonrió, aunque evitó la mirada penetrante de su jefa.

«¿Por qué me preocupo tanto? —se preguntó Bella para sus adentros—. ¿Por qué no soy capaz de relajarme?»

Su lado racional sabía que la respuesta era evidente. Ese verano había muchísimo en juego. No solo la reputación del hotel, sino también el futuro de Lucian y —le disgustaba reconocerlo, pero no le quedaba alternativa— el de su matrimonio con Cecil. A veces le daba la sensación de que todo pendía de un hilo finísimo.

Por lo menos, en lo que respectaba a los empleados, se podía considerar afortunada.

Betty, la cocinera, y su hijo Billy habían estado con ellos en Yorkshire primero y luego en Londres. Eran como de la familia y Bella confiaba en ellos a ciegas, aunque a decir verdad todavía no habían terminado de amoldarse a ese mundo nuevo y extraño. Tenía depositadas grandes esperanzas en Constance, la nueva niñera de Lottie, que Betty le había recomendado.

Paola, en cambio, seguía siendo una incógnita. Pasar una hora en su compañía hacía que Bella se preguntara si entendía en lo más mínimo a los italianos. Y, sin embargo, eso era lo que quería, con todo su ser.

Desde pequeña, Bella había estado obsesionada con Italia. En el internado, había colgado junto a su cama varias reproducciones de pinturas italianas famosas, y ocultó su enojo cuando las monjas que regentaban la escuela le pidieron que descolgara *El nacimiento de Venus* esgrimiendo que era obsceno. Para Bella, Italia representaba la verdad, la belleza y la bondad. Era un faro en lo alto de un acantilado, irradiando rayos de pura luz mediterránea que cortaban como navajas la oscuridad de un Londres húmedo y lleno de polución.

A Cecil también le gustaba Italia. O eso era lo que decía. En todo caso, la idea de ir de luna de miel a Portofino había sido de Bella.

Suspiró ahora al recordar aquellos días sin preocupaciones. Qué extraño pensar que la hija que concibieron durante ese viaje fuese ahora viuda y su hijo un lisiado de la peor guerra que había conocido la historia. Y todavía lo era más pensar que corría 1926 y que ella tenía ya cuarenta y ocho años.

Los años habían sido como una sombra que pasa.

También había perdido algo más, por supuesto. Intentaba con todas sus fuerzas reprimir sus pensamientos, enterrarlos en algún lugar recóndito. Si permitía que la dominasen, no podría pensar en ningún otro asunto.

Lo que de verdad le costaba aceptar era el hecho —y sin duda era

eso: un hecho sin vuelta de hoja— de que Cecil y ella hubieran sido en otro tiempo una pareja de jóvenes enamorados, que hubieran compartido noches suaves y sugestivas contemplando la iridiscencia del mar antes de nadar desnudos en la bahía de Paraggi, mientras el sol salía por detrás de las montañas.

En ese primer viaje a Portofino, habían compartido besos profundos en las silenciosas callejuelas iluminadas por la luna llena y habían disfrutado de un montón de nuevos sabores y sensaciones: el *prosciutto* salado y correoso, unas brevas tan frescas que estallaban en la lengua de Bella.

Mientras Cecil jugaba al tenis en el hotel, ella salía a dar paseos por los antiquísimos caminos de mulas que subían hasta las granjas de las colinas y los olivares. Echaba un vistazo a través de las verjas cerradas a los jardines rebosantes de flores y se preguntaba quién vivía allí, y si algún día ella lo haría también. Había observado a las encajeras en la plaza del pueblo, luego se había echado en las rocas calientes, absorbiendo la luz del sol mientras las salamandras correteaban sobre sus piernas desnudas.

Desde luego, aquella había sido una época más formal, un tiempo en el que una mujer a solas concitaba murmullos y miradas de desaprobación. Pero Bella no se había dejado amilanar. ¿Por qué iba a permitirlo? Era una «mujer nueva» como las que salían en las novelas que leía, y estaba vislumbrando una nueva realidad.

Un día, seducida por su fachada rayada, había subido hasta la iglesia de San Martino, que miraba al puerto desde lo alto. Aparte de una vieja vestida de negro con una pañoleta de ganchillo sobre la cabeza, no había nadie más allí. Al inspirar el incienso, meter los dedos en la pila y santiguarse —no era católica, pero le pareció obligado hacerlo—, Bella se sintió como si fuera, al mismo tiempo, una impostora y una mujer más en aquel entorno, y aquel pensamiento le pareció una revelación, algo que podía archivar en su memoria y utilizar más adelante.

La vida dependía en gran medida de los rituales y las imposturas, especialmente ahora que gestionaba un hotel, donde desempeñaba a la vez los papeles de directora y conserje. Parecía estúpido llamar «vocación» a lo que hacía. Aunque, a decir verdad, tenía una dimensión religiosa. Se le daba bien, lo sabía. Por ello, el recuerdo del escepticismo inicial de Cecil le resultaba tan doloroso.

—¿Abrir un hotel? ¿En Portofino? —En la sala de estar de su casa alta y estrecha en Kensington, Cecil se sirvió otra copa de whisky de malta—. ¿A santo de qué íbamos a hacer tal cosa?

Cecil sabía a la perfección cómo aplastarla. Pero Bella, en esa ocasión, no se había doblegado.

—Sería una aventura —dijo alegremente—. Volver a empezar. Una forma de olvidarnos de la guerra y de todas las cosas horribles que ha sufrido nuestra familia.

—Dirigir un hotel es un peñazo. Piensa en la cantidad de estupideces de las que tendrías que ocuparte. Comprar las sillas perfectas para la terraza. Organizar excursiones de un día a los museos. Sería tan...

—¿Tan clase media? ¿Tan provinciano?

—Bueno, sí. Por no decir... —Cecil frunció los labios, mientras buscaba la palabra justa— «prosaico». Lo que no tiene nada de malo, con la única salvedad de que la gente como tú, Bella, nunca es prosaica. Por eso me casé contigo. Entre otras razones, supongo. —Se arrellanó en su sillón favorito con un suspiro—. Además, hoy día hay muchísima competencia. Es decir, siempre que quieras atraer un turismo de calidad...

No tenía sentido negar que Cecil llevaba razón. Cada mes de noviembre se producía la emigración anual de las clases británicas refinadas a climas más soleados, donde permanecían hasta que concluía el invierno. Algunos eran fieles a Cannes, otros preferían el Lido de Venecia o los beneficios medicinales de Baden-Baden. Biarritz florecía como santuario cuando el calor en la Riviera francesa se volvía insoportable.

La Riviera italiana, en cambio, era un paisaje relativamente virgen. Había una colonia británica, qué duda cabe —¿en qué lugar del mundo no la había?—, y los hoteles más grandes incluso tenían pistas de tenis y piscinas.

Pero no era ese el mercado al que aspiraba Bella.

—Me lo imagino como un hotel de veraneo —dijo—. No como un refugio para los desechos de la buena sociedad.

Cecil se fingió indignado.

—¡Bueno, bueno! El esnobismo al revés nunca resulta favorecedor.

—No soy una esnob, ni del derecho ni del revés. —Bella procuró

que no se le notara en la voz la rabia que sentía—. Solo quiero que atraiga a gente interesante. Gente con la que quizá me gustaría hablar.

—Artistas, supongo.

—Sí.

—Y escritores.

—Eso espero.

—Gente con opiniones radicales. —El tonillo burlón de Cecil era inconfundible.

—No necesariamente.

—Gente que no sea fina como yo.

En ese punto, a Bella se le agotó la paciencia.

—No seas ridículo.

—O pobres como yo. Supongo que tu padre financiará esta aventura, ¿no?

—Estará contento de ayudarnos, eso seguro.

Cecil levantó su copa con sorna.

—Un brindis, entonces. ¡Por su dadivosa majestad!

A lo largo de los años, Bella había aprendido a ignorar el sarcasmo de Cecil, sabiendo que se trataba de una forma de disimular sus inseguridades. Pero era agotador. Ahora, en cambio, se empeñó en que su marido se subiera al carro, y lo animó a buscar en los anuncios inmobiliarios de los periódicos y las revistas mientras ella se ocupaba de revisar todos los impresos de corredores de fincas que encontraba. De esa forma, Cecil tendría la sensación de que también participaba del proyecto. Además, podía ser un hombre sorprendentemente ingenioso —creativo, incluso— cuando se lo proponía.

No había escasez de casas en venta en las costas de la Riviera. Pero ninguno de los anuncios que vieron encajaba del todo con lo que buscaban. Las fincas o bien eran demasiado grandes o bien demasiado pequeñas, o se encontraban en poblaciones turísticas más conocidas pero masificadas, como Santa Margherita y Rapallo. Pero Bella se había encaprichado de Portofino, que era un sitio mucho más recoleto.

Llevaban varios meses de búsqueda y estaban a punto de arrojar la toalla cuando, una noche de invierno, Cecil se sacó el *Times* de debajo del brazo y le pidió a Bella que se fijara en un anuncio que había rodeado con un trazo de su querida tinta color burdeos:

Villa histórica en Portofino, sita en un terreno elegante con preciosas

vistas al mar. Cerca del pueblo y de la playa. Ideal para abrir una «pensione». Solo consultas serias. Grosvenor Square, n.º 12, Mayfair.

Tres días después se encontraban en Italia, eufóricos, pero también con la inquietud de que, después de todos sus esfuerzos —el viaje había sido una pesadilla de mareos en alta mar y enlaces perdidos—, la casa les decepcionase o, quizá, fuera menos perfecta en la realidad de lo que les había parecido en las fotografías que el vendedor, un vetusto victoriano que apestaba a polvos de talco, les había enseñado mientras tomaban el té.

Un caminito de grava entre palmeras conducía a una gran villa rosa pálido con un rechoncho torreón que hacía pensar en una alquería del siglo XV. De un peculiar estilo toscano, al decir de Cecil, pero bonita, realmente bonita. Una gran sensación de alivio invadió a Bella como un sedante. Nunca olvidaría el transcendente silencio que acompañó al momento en el que las pesadas puertas de roble se abrieron y ellos accedieron por vez primera al fresco zaguán de mármol.

Vi piacerà, vedrete, les había insistido el agente. Les gustará.

¡Y allí estaban ahora!

Bella oyó en ese momento el ruido de una puerta que se abría y un hombre que carraspeaba al final del largo pasillo. El amigo de Lucian, Nish, diminutivo de Anish. Hacía varias semanas que se había instalado en la casa, un espíritu estudioso y amable que le había salvado la vida a Lucian después de la guerra, sin lugar a dudas.

Pero cuando Bella bajó por la escalera, otro sonido invadió el ambiente: voces de mujeres airadas o, por lo menos, consternadas. Alice salió corriendo de la cocina y casi chocó contra su madre al pie de la escalera. Parecía muy preocupada.

—Es Betty —gritó—. Está montando uno de sus números. ¿Me ayudas a calmarla?

Las dos mujeres se dirigieron a la cocina, donde una gran cantidad de sartenes de cobre brillaban a la luz que entraba por la puerta abierta que daba al patio. Bella olió el pan que se hacía en el horno. Era una dulce tortura. Esa mañana, había estado tan distraída que se había olvidado de desayunar.

Betty estaba junto al fogón; tenía su rubicundo rostro arrugado en un mohín. Bella se acercó a la cocinera.

—¿Qué te pasa, Betty? ¿Qué ocurre?

—Nada, señora Ainsworth. Ya me las apaño sola.

—¿Te las apañas?

Sin volverse, Betty señaló un trozo de ternera que descansaba sobre la mesa que tenía a su espalda.

—Nunca he cocinado una pieza de ternera así.

—Pero ¿es ternera? —Bella le hizo un gesto a Alice para que se acercara. Juntas, examinaron el pedazo de carne.

—Bueno, claro que es ternera. Ternera *italiana*.

—¿Y la ternera italiana tiene algún problema?

—Es todo magro —dijo Betty, como si fuera una obviedad.

Alice intervino.

—¿Y eso... es malo?

Betty se quedó mirándola, como si Alice fuera estúpida.

—¡No hay grasa! ¡Para mis morcillas! ¡O para las patatas! Por cierto, las patatas de aquí son rarísimas. —Sacó una de una sartén y la sostuvo entre el pulgar y el índice—. Estas cositas roñosas parecen de cera. No son patatas de verdad.

—Estoy segura de que te las apañarás perfectamente —dijo Alice —. Siempre lo haces, Betty.

—Lo haré lo mejor que pueda, señora Mays-Smith.

Alice salió de la cocina, dejando a Bella a solas con Betty. No era la primera vez, pero a Bella le sorprendió lo aturullada que estaba su cocinera y sintió una punzada de culpa. No había sido nada fácil convencer a Betty de que se desplazara de Londres y siguiera a los Ainsworth hasta Italia, sobre todo teniendo en cuenta que se habían mudado a la gran ciudad desde Yorkshire apenas unos años antes. Si a Betty ya le había parecido peligrosamente forastera la ciudad de Londres, tanto más Italia, habida cuenta de que nunca antes había estado en el extranjero.

Aquella decisión había sido la mayor y más audaz empresa que había acometido en toda su vida, y Bella la había cubierto de elogios por ello. Aun así, a veces le dolía pensar que, de tanto animarla, Betty quizá se había sentido obligada a dar el paso. Y no le gustaba. Bella siempre quería ser amable con los demás, especialmente con personas como Betty.

Como tantos otros, Betty todavía estaba recuperándose de la guerra. Había perdido a dos hijos en el frente occidental. ¡Dos hijos!

Todavía le quedaba Billy, por supuesto, pero ¿cómo debía de sentirse cada vez que posaba los ojos en Lucian? Debía de ser como clavarte un cristal en la planta del pie, día tras día.

Lo más difícil había sido explicarle el atractivo de Italia, que para Bella era una obviedad. A tal fin, se había servido de algunas de las postales que había comprado durante su luna de miel. Coloreadas a mano, evocadoras de un mundo soleado y feliz. La estrategia pareció surtir efecto: logró convencerla de que Italia era un país seguro y civilizado para ella y su hijo huérfano de padre, pese a algunas noticias que parecían apuntar en sentido contrario.

—¿Y qué me dice de la comida? —le había preguntado Betty, con evidente desconfianza.

Bella sacó un libro de su bolso. Betty pasó una mano rolliza sobre la sedosa cubierta de tela verde antes de entrecerrar los ojos para leer el título.

—*La ciencia en la cocina y el arte de comer bien*, de Pellegrino Artusi.

—Aquí encontrarás todo lo que necesitas saber —le había dicho Bella—. Nadie escribe mejor que este hombre sobre la comida italiana.

Betty esbozó una sonrisa. Estaba orgullosa de no ser analfabeta, y con razón.

—Me pondré a leerlo esta misma noche.

Los primeros pinitos de Betty no se habían contado entre sus grandes logros culinarios. Un intento de *minestrone* había sido especialmente reseñable, aunque en el peor de los sentidos.

—¿Qué diablos es esto? —había preguntado Cecil, removiendo los trozos pastosos de verdura.

Bella probó la menestra con cautela. Le sorprendió su sabor fuerte y contuvo la tos con su servilleta.

—Ha usado ajos silvestres. Y en cantidad. Bueno, no importa. —Dejó la cuchara sobre el plato—. Tenemos que animarla, Cecil. Además, no cocinará platos italianos todos los días. Muchos de nuestros huéspedes pedirán filetes y pastel de riñones.

Sin embargo, al cabo de unas semanas la cosa había mejorado notablemente. Betty era una mujer trabajadora y competente. En cuanto a Billy, había madurado, convirtiéndose en un joven impresionante y fiable con un magnífico futuro como botones. Y Bella enseguida pensó que también podría enseñarle a servir las mesas, el

arte refinado de rondar entre los comensales con la mirada despierta.

Bella miró ahora a su cocinera y le puso la mano en el hombro con suavidad.

—Lo estás haciendo de maravilla —le dijo—. Las cosas que cocinas. No he probado nada igual en toda mi vida.

Betty se sonrojó de satisfacción.

—Es usted muy amable, señora Ainsworth.

—Y Billy te ayuda, ¿verdad?

Betty asintió.

—Acabo de mandarlo al pueblo a por nata para el pastel de limón.

—Estupendo. Y no olvides que pronto tendrás a Constance contigo. Tendrá tiempo de sobra para echar una mano en la cocina cuando no esté cuidando de Lottie.

Al oírlo, Betty se volvió para mirar a Bella. Su cuerpo parecía haberse vuelto completamente rígido.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

—Jueves.

—Ay, no... —La mujer mayor se llevó la mano a la boca.

—¿Qué ocurre, Betty?

—Es hoy. Constance llega hoy. En el tren de Génova.

—Pero ese es el tren que Lucian ha ido a recibir. El tren que trae a las Drummond-Ward.

—Ay, señora Ainsworth. —Betty parecía a punto de echarse a llorar—. Y usted me pidió que me ocupara de todos los preparativos. Porque Constance es una amiga de la familia...

—No te preocupes, Betty. Es posible que Lucian no haya salido todavía. En tal caso, podremos decirle que recoja también a Constance.

Bella intentaba sonar confiada y alegre. Pero la situación distaba mucho de ser ideal. Por lo que sabía de ella, Julia Drummond-Ward no era la clase de mujer que se tomaría bien el compartir carruaje con una sirvienta. En cualquier caso, Lucian debía de encontrarse casi con total seguridad a medio camino de la estación de Mezzago en esos momentos. Bella había hablado con él antes, mientras esperaba a que Francesco enjaezara los caballos. Tendría que haber aprovechado ese momento para hablarle de Constance...

Bella llamó en voz alta a Lucian mientras salía a toda prisa al

vestíbulo, aunque en el grito había más esperanza que convicción. Su voz seguía resonando en los pasillos cuando Nish salió de la biblioteca.

—No está aquí, señora Ainsworth. Ha salido hace una hora más o menos. No quería llegar tarde para recoger a Rose.

—Y a la madre de Rose —le recordó Bella.

—Por supuesto. A ella también. —Nish sonrió—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, no. —Bella hizo un gesto con la mano para que se marchara—. Tú relájate y disfruta. Eres nuestro invitado.

—Pero esta es una gran semana para el hotel. Una gran semana para usted.

No tenía sentido negarlo. Los huéspedes habían empezado a llegar el lunes; primero, lady Latchmere y Melissa, su sobrina nieta; luego, el conde Albani y su hijo Roberto. El hotel estaría completo el fin de semana.

Bella se había emocionado especialmente al recibir la reserva del conde. Su aprobación era una señal para todo el mundo de que el Hotel Portofino también era un establecimiento para italianos. Cecil no estaba seguro de que debieran transmitir esa imagen, aunque, por otro lado, la presencia de su marido en el hotel resultaba cada vez más fugaz e impredecible.

¿Dónde demonios se había metido ahora? ¿Estaría de vuelta cuando llegaran las Drummond-Ward? Bella no quería estar sola cuando conociera a Julia. Estaba enterada de la historia pasada de Julia y Cecil. No podía negar que albergara emociones fuertes y encontradas hacia esa mujer. Curiosidad, envidia..., incluso miedo. ¿De qué servía tener marido si no era para darte tranquilidad en una situación como esa?

—¿Se encuentra bien, señora Ainsworth? —La voz de Nish sacó a Bella de su ensimismamiento.

—Estaba pensando en Constance —dijo—. La nueva niñera. Por lo visto viene en el mismo tren que Lucian ha ido a recibir. Tendrá que apañárselas sola para subir al hotel.

—No le pasará nada, estoy seguro —respondió Nish—. Cuando llegué a Mezzago, había tantos taxistas berreando que casi no podía ni moverme.

Bella se rio.

—Me pregunto por qué no me tranquiliza saberlo.

Con la bayoneta calada, Lucian colocó firmemente un pie sobre el escalón de tiro y el otro en la tambaleante escalera apoyada en el muro de la trinchera. Descansó la cabeza sobre el peldaño superior, cerró los ojos y susurró una plegaria.

¿Dios lo escuchaba? Nada parecía indicar que fuera así.

El crepúsculo se había abatido sobre el paisaje, mezclando cielo y tierra en una informe masa gris. Una lluvia helada se clavaba en su rostro como alfileres. Tenía las manos y los pies congelados, pero el sudor seguía chorreando por su espalda. El retronar sordo de las armas lo envolvía. ¿Cuándo se había producido el último momento de calma en medio de todo aquel tumulto? Lucian había dejado de llevar la cuenta de esos momentos. Se había habituado a aquel mundo de temor gélido y enfermo.

Tal vez, una parte en su interior siempre había estado acostumbrada a ese miedo. En la escuela, esperando a que lo echaran por alguna fechoría sin importancia, Lucian había perfeccionado una estrategia de defensa. Se encogía tan adentro en sí mismo que era incapaz de sentir ningún dolor.

Ahora recurría a la misma estrategia y se obligaba a concentrarse en su respiración y en el latido de la sangre en sus oídos. Pero no podía ignorar el estruendo distante de los obuses, el aullido y el impacto de los proyectiles. Cada segundo que pasaba parecía una eternidad.

Y entonces ocurrió. El coro espectral de silbidos a lo largo de la trinchera. Ladridos que exhortaban a prepararse. Lucian se agarró al talud enlodado para mantener el equilibrio. La tierra estaba helada, dura como una piedra. Cuando estallaba un proyectil, se levantaban partículas diminutas como esquirlas de ladrillos.

Un silbido penetró repentinamente en su oído izquierdo. Solo podía querer decir una cosa. Era su turno. Su turno de aportar su granito de arena y trepar al exterior...

Los ojos de Lucian se abrieron de par en par, pero no estaban preparados para la imagen que tenía enfrente: un hombre fornido, con bigote, cubierto con una gorra de plato roja y un largo abrigo con botones metálicos. Se le echaba encima y le gritaba en italiano:

—*Signore! Il treno da Nervi sta arrivando!*

Pero entonces el hombre se apartó con cautela, levantando las manos en gesto de súplica.

Lucian se incorporó despacio, con el corazón todavía acelerado.

Había vuelto a pasarle. Seguramente se había quedado dormido. Y como otras tantas veces, cuando se dormía, soñaba con Cambrai. Pesadillas espantosas que lo devolvían de lleno a la línea de frente.

Otra vez se oyó el ruido, y Lucian se estremeció, agarrándose a su asiento. ¿Dónde se encontraba? Su mirada empezó a volar de un punto a otro. Se tranquilizó inmediatamente al ver las baldosas de terracota y los brillantes carteles, el sol que entraba a raudales por las ventanas.

Claro.

La sala de espera de la estación de Mezzago.

El ataque de pánico se disipó.

El cuerpo voluminoso del jefe de la estación colmaba el hueco de la puerta. Tras bajarse el silbato de la boca, miró hacia Lucian y le señaló el tren parado con el pulgar. Lucian se puso de pie y lo siguió hasta el andén. El parecido que guardaba ese hombre con su viejo sargento mayor era siniestro. Aunque esos fantasmas parecían surgir de repente en todas partes.

La repentina bofetada de calor le pareció gloriosa, reparadora. Respiró hondo y notó el olor de los jazmines y el asfalto caliente. El andén estaba atestado de pasajeros y mozos, vapor y voces. Se abrió paso entre el gentío hacia el vagón de primera clase.

Había ido a recoger a una vieja amiga de su padre, Julia Drummond-Ward, y a su hija. Una vieja amiga... Lucian sabía qué significaban esas palabras, aunque era un tema que casi nunca se tocaba fuera de los aposentos de los criados.

—¿He visto alguna vez a la señora Drummond-Ward? —le había preguntado a su madre.

—Una vez solamente, cuando eras muy pequeño.

—¿Y cómo voy a reconocerla?

Su madre había esbozado una sonrisa enigmática.

—Me figuro que no habrá margen para la duda. Aunque, si te preocupa confundirla con otra persona, estoy segura de que tu padre tiene una foto vieja escondida en alguna parte.

El andén era más estrecho de lo que recordaba. Un gran grupo se

arremolinaba delante de él, impidiéndole ver. Tardó un rato en dispersarse, pero en cuanto lo hizo Lucian distinguió, a lo lejos, la imponente, inconfundible silueta de una mujer a la que reconoció de inmediato.

La señora Drummond-Ward.

Se había apeado del vagón y esperaba en el andén con un parasol en la mano, tratando de guardar la compostura.

—*Scusi!*

Abreviando el paso, Lucian se acercó a ella y le tendió la mano. Ella, sin embargo, no se la aceptó. En vez de ello, la mirada de la dama desfiló de su rostro bronceado a su camisa blanca sin cuello y sus mangas remangadas.

—Mi hija —dijo ella, señalando el tren.

Y fue entonces cuando Lucian vio por vez primera a Rose: de pie junto a la puerta del vagón, disponiéndose a bajar, con un vestido de encaje de manga larga con un cinto que realzaba su fino talle. Un sombrero de paja de ala ancha apenas alcanzaba a contener los rizos de su abundante pelo castaño. Si bien su rostro reflejaba mínimamente el cansancio del viaje, ello no desmerecía su extraordinaria belleza natural. Si acaso, la acentuaba, la volvía más natural si cabe.

Rose reparó en su mirada y le devolvió la sonrisa. Lucian sintió un vértigo en el estómago. Lo invadió la timidez y, algo que no le sucedía con frecuencia, una sensación como de no estar a la altura.

Los ojos de la mujer mayor seguían posados en él.

—*Nostri bagagli* —dijo ella de pronto señalando el vagón portaequipajes. A lo que añadió enseguida, en el mismo tono de voz imperioso, pero más despacio, como si se dirigiera a un niño—: Nuestro equipaje. Son ocho maletas. —Levantó seis dedos y dos pulgares—. *Otto*.

Lucian reprimió una carcajada al comprender lo que ocurría. La señora Drummond-Ward no tenía ni idea de quién era él. Y no le faltaban motivos, porque la verdad es que estaba bien cetrino, por emplear una palabra que esa señora probablemente usaría.

Bien, si pensaba que era italiano, italiano sería. Le hizo una pequeña reverencia y dijo:

—*Signora*.

—¡Y no me pierda nada!

Lucian agachó la cabeza.

—No, *signora*.

Dio media vuelta y se encaminó al vagón portaequipajes. Después de ver con alivio que ya habían bajado al andén las maletas de las señoras, supervisó cómo las subían a un carrito. Hecho esto, acompañó al maletero al interior de la estación y, sin separarse de él ni un momento, salieron a la *piazzetta*.

Allí, varios cocheros intentaban engatusar a los viajeros. Después de acordar lo que parecía una tarifa razonable, Lucian subió la mayoría de los bultos a la calesa que parecía menos peligrosa. El resto del equipaje viajaría con las Drummond- Ward en el carruaje del Hotel Portofino, que Lucian había renovado con sus propias manos. Él mismo lo había bajado a Mezzago, pues era el cochero oficioso del hotel.

Lucian volvió con las mujeres. Caminaba adrede de una forma que no era la habitual en él. Lo hacía más bien como imaginaba que lo haría un campesino italiano, con un aire petulante y garboso, o por lo menos eso era lo que con su cuerpo quebrado por la guerra intentaba aparentar.

Habían encontrado algo de sombra debajo de un toldo. Aun así, la señora Drummond-Ward se abanicaba con cara de pocos amigos. Su ropa de lana abrigaba demasiado para el día que hacía. Rose parecía menos preocupada. Miraba alrededor asombrada. Por el amor de Dios, qué guapa era. Lucian nunca había visto a alguien así, no tan de cerca, no en carne y hueso. Parecía salida de una revista de cine.

Por un lado, Lucian ansiaba decir algo, abandonar aquel ridículo jueguecito que él mismo había puesto en marcha. Pero era difícil encontrar la forma de hacerlo sin ofender. Además, podía ser divertido, reconoció para sus adentros, ver si era capaz de mantener la farsa hasta el final, si, de hecho, podía ganar el juego, porque sin duda eso era en lo que se había convertido, una competición. No entre Lucian y Rose —nada podía competir con ella—, sino entre él mismo y aquella madre orgullosa y con cara de amargada.

Al cabo de cinco minutos, Lucian había instalado a la pareja en el carruaje. La señora Drummond-Ward se había quejado un poco de la dureza de los asientos, pero no tardó mucho en sentarse y, tras ponerse cómoda, empezó a hablar sin freno.

Partieron por las calles adoquinadas que llevaban a la carretera de la costa. Sentado en el pescante, Lucian se moría de ganas de darse

la vuelta y dirigirse a sus pasajeras como lo haría un cochero del lugar. *Ecco la famosa chiesa! Attenta al vestito, per favore...* Hacerlo le habría brindado además la oportunidad de robar alguna que otra mirada a la divina Rose. Pero su italiano era rudimentario y, en cualquier caso, la señora Drummond-Ward no parecía dispuesta a que la distrajeran.

Hablaba sin cesar. Y si, durante una de las milagrosas pausas en aquel torrente de chismorreos elitistas, Rose no respondía con la prontitud esperada, la mujer le espetaba: «¡Presta atención!», a lo que Rose respondía: «Sí, mamá», con una inexpresividad que lindaba con la rebeldía.

La carretera se enderezó tras una serie de curvas muy cerradas, y Lucian se dejó llevar por sus pensamientos. Pero entonces la conversación derivó hacia su familia y aguzó el oído.

—Son una de las familias con más solera del condado —decía la señora Drummond-Ward—. Conozco a Cecil desde que éramos niños.

—¿Y qué te parece la señora Ainsworth? —Una pregunta inocente formulada con inocencia.

—No me hables de ella, por favor. Es de una clase completamente distinta.

—¿Una clase distinta?

—No seas tan obtusa, Rose. Sabes muy bien de qué hablo.

—Pues me parece que no lo sé, mamá.

—Es la clase de mujer que no ve nada raro en abrir un hotel. —Bajó el tono de voz—. Su padre tiene una fábrica de pieles. ¡Y le da igual que se sepa!

Rose había descubierto hacía mucho tiempo que el truco con su madre era no caer en sus provocaciones. Si lo hacías, el resultado era un estallido de ira seguido inmediatamente de un rato de enfurruñamiento. Mucho mejor era mostrarse sosegada y dócil. Que no era lo mismo que quedarse de brazos cruzados, no si lo hacías a propósito. Con todo, a Rose le sorprendía que los comentarios de su madre le siguieran resultando tan dolorosos, aunque ya era una mujer hecha y derecha en la tercera década de su vida.

Pronto —por favor, que fuera pronto— estaría casada. ¿Por qué no era capaz entonces de pasar por alto los desprecios e improperios

de su madre?

Lo que había ocurrido en el tren hacía un rato era buen ejemplo de ello. Cuando vio que llegaban a la estación, Rose se había asomado a la ventana para echar un vistazo al pequeño andén y toda la gente que se arremolinaba allí. Pero mamá se lo había afeado con saña. Le había dado un golpe —¡sí, un auténtico golpe!— en el costado con su maldita sombrilla. «¡Apártate de la ventanilla, Rose! Te tiznarás todo el vestido», le había dicho.

No tuvo más remedio que hacer lo que le pedía.

Ojalá hubiera podido viajar a Italia sola. ¡Habría sido maravilloso! Pero, por supuesto, algo así quedaba descartado. Una joven dama debe ir siempre acompañada. Y la acompañante ha de ser... su madre.

Pero ¿por qué?, se preguntaba Rose. Mamá detestaba el «extranjero», como solía decir. Su entusiasmo por el viaje había ido cuesta abajo desde el mismo instante en que ella y Rose habían llegado a su primera escala, Roma.

Madre e hija habían pasado unos días en una hostería respetable cerca de la escalinata de la piazza di Spagna. Era la primera vez que Rose estaba en Italia y temblaba de nervios y emoción, deseosa de comer espaguetis y poner a prueba su italiano, entresacado aplicadamente de una gramática que había encontrado en la biblioteca de su casa. Pero su madre, en las escasas ocasiones en que accedía a acompañar a Rose en sus excursiones romanas, se mostraba incluso más gruñona y displicente que de costumbre. Y Rose lo llevaba tan mal que por una vez se decidió a expresar su descontento.

Huelga decir que los reproches de Rose, unas débiles protestas que salieron titubeantes de su boca, cayeron en saco roto. «Demasiadas ganas tienes de idealizar esto. De jovencita, yo también hice mi Grand Tour, así que conozco bien Italia, quizá demasiado bien. Nunca olvides que esto es, en líneas generales, un país de pueblerinos analfabetos.»

—Dante era italiano —objetó Rose. Confiaba en no haber metido la pata. Le sonaba que era así.

Su madre soltó una fría carcajada.

—¿Qué sabrás tú de Dante? Dante no te ayudará a encontrar a un buen marido.

Ahora, en el carruaje, Rose se sintió como si estuviera envuelta

en una gruesa manta. No podía moverse, no podía respirar. Tenía tantas ganas de desembarazarse de la manta y... ser ella misma. Fuera lo que fuese ese «ser ella misma». Quizá podría hacerlo, serlo, en el Hotel Portofino.

Porque estaban a punto de llegar, sin duda. Mientras mamá vertía en su oído derecho los horrores de las viviendas sociales en Inglaterra —«Aquí no construyen eso, ya lo verás. En Italia los pobres son pobres y están contentos de serlo»—, Rose devoraba esos paisajes desconocidos y las vistas de los pueblos por los que iban pasando. Había niñas de gesto hosco que asomaban la cabeza por las ventanas más altas, viejas abuelas que hacían calceta delante de sus casas mientras los niños jugaban a sus pies. Todo era tan fascinante. «Para entender Italia, es preciso mirar a las personas, además del arte.» ¿Dónde lo había leído? No se acordaba. Tenía muy mala memoria, o eso le reprochaba siempre su madre.

Rose estaba especialmente embelesada con la nuca del cochero. Unos zarcillos ondulados de pelo castaño oscuro descendían por su cuello. Y era imposible no fijarse en sus fuertes hombros, en los músculos que se dibujaban bajo la tela blanca de su camisa sin cuello, manchada en el centro de la espalda por un gran redondel de sudor.

Suplicó en silencio que se volviera, pero evidentemente no lo hizo, no podía hacerlo. Tenía que estar pendiente de la carretera, que en realidad tenía muy poco de carretera y sí mucho de camino bacheado excavado en la ladera.

Aun así, pensó. Aun así. Sería muy agradable ver su cara.

Llegaron a Portofino cuando el momento de peor calor del día empezaba a quedar atrás. El carruaje recorrió la empinada y sinuosa calle levantando a su paso una estela de piedras sueltas y polvo.

A la izquierda había un huerto de naranjos o, para ser más exactos, *chinotti*, unas naranjas muy pequeñas y amargas que se empleaban para aromatizar el Campari, una de las bebidas favoritas de Lucian.

En su primer viaje a Liguria, la imagen de aquellas naranjas diminutas le había fascinado, lo que reforzó su idea de que ese país bañado por el sol, Italia, representaba en cierto modo lo contrario de la guerra. En Francia, durante el espantoso invierno de 1917, otro

oficial le había enseñado dos naranjas congeladas y adheridas entre sí. «¡Míralas! ¡Duras como pelotas de críquet!»

Pues bien, aquí no había naranjas congeladas.

Una de las primeras cosas que hizo después de que le dieran el alta en el pabellón de convalecientes y se hubiera recuperado lo suficiente para poder mantener la concentración más de diez minutos seguidos fue leer la vieja guía Baedeker sobre Italia de su madre. Le encantaban sus planos y mapas, los juicios mordaces sobre este restaurante o ese hotel.

Decidió ir a Europa y pintar como su héroe, David Bomberg. Porque eso era precisamente lo que era, un pintor, ¡y su padre podía irse al cuerno! Lucian no iba a tolerar más lecciones de un hombre que ni un solo día de su vida había trabajado como es debido.

Todos sus amigos estaban planeando escapar de una Inglaterra que les parecía mezquina y deslucida. Los mejores escritores y artistas ya se habían largado, especialmente los que habían conocido el frente durante la guerra. Después de todo, ¿había algún motivo para quedarse en Inglaterra? Ya estaba harto de todas esas bravatas patrióticas aderezadas con una casi total ignorancia sobre lo que en verdad había ocurrido en los campos de batalla y muerte de Francia y Bélgica.

—Inglaterra es un país de ignorantes —decía siempre Nish—, pero no se da cuenta. No tiene ninguna fuerza cultural. Por eso el imperio tiene los días contados.

El bueno de Nish. Con él, siempre sabías a qué atenerte.

Lucian paró el carruaje antes de acometer el descenso final para que los caballos pudieran descansar un momento y sus pasajeras disfrutar de las vistas: las altas casas de colores pastel que seguían el perfil curvo de la bahía y los barcos que cabeceaban suavemente en el azur perfecto del mar. Supuso que les apetecería hacerlo, que ese paisaje sería tan imponente para ellas como lo había sido en su día para él. Sin embargo, mientras Rose reaccionaba con un trémulo jadeo, la señora Drummond-Ward se mostró desconcertada.

—¿Por qué se ha detenido? —oyó Lucian que preguntaba.

—No lo sé. Para mostrarnos la vista, supongo.

—Pero yo no quiero parar. —Lucian sintió un golpecito en el hombro—. En marcha, por favor. —Luego, dirigiéndose a Rose—: ¿Cómo se dice: «Vaya al hotel»?

—Estoy intentando recordarlo —dijo Rose.

—Entonces díselo. Al cochero.

—*Vai in albergo?* —Rose contuvo la respiración.

—*Certo* —contestó Lucian. Por primera vez desde que habían abandonado la estación, se volvió en el pescante y vio que Rose lo observaba. La breve mirada que intercambiaron le alegró el corazón. «Me ha descubierto —se dijo para sus adentros—. O, si no lo ha hecho, tiene fuertes sospechas.»

Sonriendo, Lucian volvió a mirar al frente y azuzó a los caballos para que reanudaran la marcha, cuesta abajo, hacia el hotel.

2

Billy llegó corriendo por el pasillo, arreglándose la chaqueta al tiempo que sus relucientes zapatos negros repiqueteaban sobre el suelo de mármol.

—¿Cuándo llegan, señora Ainsworth?

Bella estaba esperándolo junto a la puerta.

—En cualquier momento, Billy. ¿Te da problemas el uniforme? —Bella bajó la voz, como si la pregunta pudiera incomodarlo.

—Es el cuello. —Se metió un dedo por debajo del algodón almidonado—. No consigo que me quede recto.

—Deja que te ayude. —Bella se acercó y le ajustó el cuello. Aprovechó también para remeterle el faldón de la camisa y enderezarle la corbata. Desde que era niño, Bella había tenido ese curioso impulso maternal con él. Incorporándose con burlona seriedad, le dijo—: Recuerda, Billy. La primera impresión es lo que cuenta.

El rostro del botones se iluminó con una sonrisa.

—La primera impresión. ¡A la orden, señora!

Anunciado por el crujido de las ruedas sobre la gravilla, el carruaje se detuvo frente al porche. Billy salió a toda prisa para ayudar a Francesco con el equipaje. Bella prefirió recibir a las Drummond-Ward en lo alto de los escalones de la entrada en vez de hacerlo desde detrás del mostrador de la recepción. Vio que Julia abría su bolso y dejaba caer unas monedas en la mano de Lucian.

—*Grazie* por su ayuda —oyó que le decía Julia. Le pareció que era un detalle curioso y se prometió que le preguntaría a Lucian a la primera oportunidad.

Pero ahora, pensó, estaba trabajando.

Dio un paso al frente.

—Señora Drummond-Ward. Rose. Bienvenidas.

—¿Señora Ainsworth? —Julia le tendió una mano enguantada, que Bella estrechó calurosamente.

—Por favor, llámeme Bella —respondió ella—. Espero poder llamarla Julia.

Julia asintió con gesto seco.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Largo —respondió Julia sin inmutarse—. Y sumamente cansado.

—Bueno, entonces nos esforzaremos en que haya merecido la pena. —Señaló la fachada de la villa, que brillaba bajo la fuerte luz del sol—. ¡Bienvenidas al Hotel Portofino!

Rose parecía más embelesada con el edificio que su madre. Su rostro se iluminó de alegría al volver la cabeza para contemplar el entorno.

—Esto es precioso de verdad.

Bella tomó la iniciativa y enlazó su brazo con el de Rose.

—Espero que Lucian os lo haya explicado todo. En el camino desde la estación.

—¿Lucian?

—Sí.

Julia se reincorporó a la conversación.

—¿El hombre que nos ha traído era Lucian?

—Desde luego.

—Pero yo creía... Ambas creíamos que...

—¿Qué? —Bella miró a su alrededor, esperando encontrar a Lucian para que acudiera en su auxilio. Pero no estaba por ninguna parte.

Melissa bajó el libro para observar la llegada de las Drummond-Ward desde la ventana del salón de la suite Ascot. Se quedó encandilada al verlas, tan serenas y glamurosas. Todos los rumores sobre la belleza de esa joven eran ciertos.

Melissa se perdió dulcemente en sus pensamientos. ¿Cuántos conjuntos de ropa habrían traído las Drummond-Ward? ¿Se quedarían todo el verano?

Pero entonces su tía abuela la llamó a voces desde el dormitorio.

—¡Melissa! ¿A qué viene todo ese alboroto?

—Creo que han llegado unas huéspedes.

—¿De veras? Válgame Dios. Sabía que teníamos que alquilar una

villa.

Ese era el lamento constante. Melissa echó un vistazo a la suite, espaciosa y amueblada con un gusto exquisito.

—Dudo mucho que hubiéramos estado tan cómodas como aquí —dijo.

Lady Latchmere apareció de pronto en la puerta, como si hubiera salido de una trampilla escondida.

—Pero habríamos estado un poco más tranquilas, ¿no crees?

Qué mujer más curiosa era su tía abuela. Tenía el pelo cano (pero solo un poco) y lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Su imponente figura iba envuelta en un batín de terciopelo negro con cuello de volantes. Melissa no sabía muy bien qué edad tenía ni tampoco se le ocurría una manera fácil de averiguarlo: ninguna de las personas que tal vez lo supieran se tomaría bien una pregunta tan desconsiderada. Sin embargo, le intrigaba la disparidad entre la actitud decaída de lady Latchmere y la evidente robustez de su físico, y también la que había entre su ropa anticuada, que francamente parecía salida de una tienda de disfraces, y su cutis terso y sin una sola arruga.

Sin embargo, la misión de Melissa en Italia consistía en complacer los caprichos de lady Latchmere, no en cuestionarlos. Su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra, tía?

—¡Verdaderamente mal!

—¿Les hago saber que no bajará a cenar?

—No, por el amor de Dios. Al mal tiempo, buena cara. —Lady Latchmere se acercó despacio, apoyándose en un bastón que Melissa sospechaba que era en realidad una pieza de atrezo, pues no había observado en su tía ningún indicio de debilidad—. En fin —dijo mirando por la ventana—. Dime qué impresión te causa la pequeña de los Drummond-Ward.

Melissa se sobresaltó. No soportaba que la pusieran en un apuro así por las buenas.

—No lo sé, tía.

—Vamos, vamos. Seguro que te habrás formado *alguna* opinión.

—De su aspecto, sí.

—¡Pues desembucha!

Melissa eligió cuidadosamente las palabras.

—Bien —empezó—, tiene un pelo muy bonito. Y sin duda va vestida a la última moda.

—¿Crees que al chico, a Lucian, le gustará?

—No tengo ni idea —respondió Melissa—. ¿Por qué me lo pregunta?

Lady Latchmere suspiró.

—De verdad, Melissa. Tienes que prestar más atención. —Dicho esto, lady Latchmere se le arrimó y le susurró con teatralidad—. ¡Sus padres pretenden casarlos!

La llamaban la suite Epsom, lo que hizo sonreír a Rose.

Bella, que se había mostrado tan simpática y acogedora, le dijo que su marido —el amigo especial de la madre de Rose en sus años mozos— había tenido la idea de bautizar cada habitación con el nombre de un hipódromo famoso. Esta suite constaba de dos habitaciones con sendas ventanas con un estrecho balcón que miraba al mar.

Las vistas eran espectaculares. Aunque un poco aburridas, si Rose era sincera consigo misma. El mar, a fin de cuentas, tampoco daba para mucho. Era sencillamente... el mar. Tenía el mismo aspecto en cualquier punto del mundo.

Lo primero que hicieron Rose y su madre fue descansar después del arduo viaje. Luego, tras lavarse en el palanganero con una esponja, Rose se había puesto su vestido nuevo —un diseño de seda de Chanel adornado con encaje metálico e hileras de lentejuelas superpuestas— mientras Julia se arreglaba en el cuarto de baño.

Una hora después, todavía estaba arreglándose en el cuarto de baño.

Francamente —pensó Rose—, ¿a quién pretendía impresionar?

Sintiéndose casi una exploradora, abrió un cajón y encontró un saquito de muselina lleno de lavanda seca. ¡Cómo le gustaban esos pequeños detalles! Ahora, la vieja *pensione* de Roma se le antojaba insulsa, cuando hacía tan solo unos días le había parecido la cosa más glamurosa del mundo.

—¡Madre! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—Mira qué bonito y encantador es todo esto. ¿Crees que la

señora Ainsworth se ocupa ella sola de todo?

La voz de su madre llegó desde el cuarto de baño.

—Estoy segura de que disfruta ensuciándose las manos. Le viene de familia. —Apareció entonces en la puerta—. ¿Estás lista?

—Hace siglos que lo estoy.

Julia se acercó con gesto apresurado a su hija.

—Deja que te vea.

Rose se mantuvo plácidamente de pie mientras su madre le ajustaba el vestido, le redondeaba el pecho y le pellizcaba las mejillas para darles color. Su madre pareció demorarse una eternidad, pero al final dictaminó que Rose estaba presentable. Giró a la muchacha para colocarla frente a un largo espejo de moldura dorada y juntas inspeccionaron el reflejo; Rose no tenía muy claro qué era lo que debía buscar, pero su madre no tenía la menor duda. Julia se puso recta y le indicó a Rose que hiciera lo mismo.

—La postura —dijo—. Todo depende de la postura. Acuérdate de lo que te decía tu profesora de danza.

Hubo un largo silencio, tan solo interrumpido por una carcajada masculina que procedía de la habitación de abajo.

Rose preguntó como si no fuera con ella:

—¿Crees que Lucian estará en la cena?

—¿Quién sabe? Debo decir que su comportamiento de esta tarde me ha parecido insólito.

Rose decidió arriesgarse a discutir con ella.

—Pero pensaste que era italiano. Te *dirigiste* a él como si fuera italiano. —Recordarlo la hizo sonreír.

—Y él tuvo tiempo de sobra para sacarme de mi error. Pero por alguna razón decidió no hacerlo. Sin duda, hay mucho de su padre en él. —Julia torció el gesto—. En fin, ¿dónde está Cecil?

«Así que era esto —pensó Rose—. Estás más quisquillosa que de costumbre por esto.»

Despacio y extremando la cautela desfilaron ambas por la escalera hacia la planta baja.

—No voy a comer demasiado —susurró Julia—. Y te aconsejo que me imites.

—Pero no he comido nada en todo el día.

—El hambre importa menos que mantener la figura.

Bella las recibió junto a la puerta del comedor. La sala estaba

medio vacía, pero de todos modos Rose sintió que las miradas de los comensales se posaban en ella mientras seguía los pasos de su madre a través del rumor apagado de las charlas hasta llegar a una mesa cerca de las puertas abiertas de la terraza.

La atención de los otros huéspedes convirtió la sensación de vacío en el estómago en una suerte de resplandor cálido.

La brisa penetró en la sala, haciendo temblar la lámpara de araña. Bella supervisó cómo una camarera —morena, italiana— les servía unas copas de vino espumoso. La madre de Rose no le había dicho que Bella fuera tan guapa. Era deslumbrante, si bien de una forma natural y sencilla. Su pelo castaño caía en grandes rizos sobre sus hombros, aunque Rose creyó adivinar una tristeza en sus grandes ojos azul grisáceo.

—Champán —comentó Julia—. Qué detalle.

Fueron las primeras palabras favorables que Rose le había oído a su madre desde su llegada. Miró a Bella para comprobar si el comentario no había caído en saco roto.

Bella aceptó el cumplido con una sonrisa.

—Es un *prosecco*, Julia. Más ligero y afrutado. Es de unos viñedos de la zona.

Julia tomó un sorbo y retuvo el sabor en la lengua durante unos segundos.

—Es muy dulce, pero sin ser desagradable.

Bella no pareció percibir el desplante, o, si lo hizo, era una actriz excelente.

—Me alegra oírlo. ¿Qué les han parecido sus habitaciones?

—Un poco más pequeñas de lo que estamos acostumbradas.

Rose intervino.

—¡Pero decoradas con un gusto exquisito! Nos preguntábamos si se había ocupado usted sola de todo, ¿verdad, mamá?

—Queridísima Rose —dijo Bella, al tiempo que su rostro se arrugaba formando una sonrisa—. De verdad espero que todos nuestros huéspedes sean tan agradables y observadores como tú.

—¿Somos de los primeros huéspedes? —Julia logró imprimir a la pregunta un tono recriminatorio.

Bella ni se inmutó.

—Abrimos puertas en Pascua, pero las cosas no empezaron a animarse de verdad hasta el mes pasado.

De pronto se oyó un violento altercado en el otro lado de la sala. Una mujer vestida con ropa pasada de moda estaba regañando a la camarera italiana, quien por lo visto había intentado servirle una copa de *prosecco*. Disculpándose, Bella se acercó a otra mujer —¿la hermana de Lucian?—, que procuraba terciar en la disputa.

Los comensales bajaron la voz intrigados.

—¿Hay algún problema, lady Latchmere? —Rose oyó la pregunta que hizo Bella.

—Jamás toco el alcohol —respondió la mujer—. ¿Cuántas veces tendré que recordárselo?

La hermana —Alice, recordó Rose que se llamaba— indicó a la camarera que retirase la copa.

—Lo siento mucho, lady Latchmere —dijo—. Le prometo que no volverá a ocurrir.

Rose estaba observando la escena con interés cuando algo en la puerta le llamó la atención. Eran dos italianos que entraban en el comedor, uno de mediana edad y de porte llamativamente majestuoso, el otro vestido en un estilo más informal y bastante más joven, más o menos como ella, que tenía veintitrés años. El parecido físico indicaba que eran padre e hijo.

Rose dio una palmadita al brazo de su madre.

—¿Quiénes son?

Julia también se había fijado en ellos y no los perdió de vista mientras cruzaban por el comedor.

—No lo sé —dijo la madre—. Vamos a preguntar. —Le hizo una seña a Bella para que se acercara—. ¿Y ese señor quién es?

Su anfitriona echó un vistazo.

—El conde Albani.

—¿Y su hijo?

—Sí. Se llama Roberto.

Julia frunció el ceño.

—Tenía entendido que solo se admitían huéspedes ingleses. El anuncio era muy concreto en este sentido. «Un hotel muy inglés en la Riviera italiana.»

—Ingleses o angloparlantes —precisó Bella—. El conde Albani estudió en Oxford.

Julia señaló a un joven de piel morena que estaba sentado solo a una mesa en el rincón más alejado del comedor. Leía un libro.

—¿Y qué me dice de ese?

Rose se moría de vergüenza. Su madre no podía ser más bruta.

—El señor Sengupta es amigo de mi hijo —explicó Bella.

—Entiendo —dijo Julia con tono vacilante.

En ese instante apareció Lucian por la puerta. Se había arreglado para la cena, aunque su atractivo anterior debía parte de su fuerza al pelo desordenado y el aire artístico que le daba la ropa arrugada. Rose sintió que las mejillas se le sonrojaban y bajó la mirada a la mesa. No estaba habituada a ese tipo de emociones y todavía no había adquirido la capacidad de mantenerlas a raya.

Bella se animó al ver a su hijo.

—¡Hablando del rey de Roma! Ven aquí a redimirte, Lucian. Quiero que les cuentes a Julia y Rose todo lo que sabes sobre Portofino.

Lucian iba hacia la mesa de Nish, pero cambió de rumbo al oír la voz de su madre.

—Bien, si me disculpan —dijo Bella, al tiempo que se incorporaba para marcharse.

De camino a la mesa, Lucian paró a la camarera, que pasaba a su lado con una bandeja, y cogió una copa de *prosecco*. Le guiñó el ojo, detalle que a Rose le pareció encantador, aunque deseó que su madre no lo hubiera visto.

—En fin —dijo él, tomando asiento a su mesa—. La verdad es que no sé por dónde empezar.

—¿Con una disculpa? —propuso Julia.

Lucian sonrió, una sonrisa muchachil, de esas que desarman.

—Lo siento —dijo—. Fue una estupidez por mi parte. Di la impresión opuesta del tipo de persona que soy realmente.

—¿Y esa persona cómo es?

La pregunta pareció sorprender a Lucian con la guardia baja. Hubo una pausa breve pero perceptible antes de que respondiera.

—Serio. Soy un hombre serio. Con ambiciones serias. —Echó una mirada a Rose, como si le rogara que lo creyera.

—¿Y cuál es su ambición?

—Ser artista.

—Por el amor de Dios. —Julia levantó las cejas—. ¿Es eso una profesión?

—Empecemos por el principio —dijo Rose, deseosa de desviar la

conversación hacia aguas más distendidas—. ¿Cómo termina una familia inglesa como la suya en un sitio como este?

Lucian tomó un largo trago de *prosecco*.

—Pues muy fácil. Mamá se enamoró de este pueblo. En su luna de miel.

¿Se lo imaginaba Rose o de verdad su madre había empalidecido un poco al oír la expresión «luna de miel»?

—No me sorprende. Pero ¿qué fue lo que la decidió a instalarse aquí?

—Pensó que necesitábamos hacer borrón y cuenta nueva. —Lucian hizo que pareciera muy sencillo—. Una nueva aventura después de la guerra. Ella, Alice, Lottie, yo. Incluso papá.

Julia metió baza.

—¿Y su padre nos honrará con su presencia esta tarde?

«Por el amor de Dios —pensó Rose—. ¿Por qué tenía que ser siempre tan directa?»

—Me temo que he de transmitirles sus disculpas —dijo Lucian, ruborizado—. Ha tenido que quedarse en Génova por un compromiso ineludible.

Paola dejó una bandeja de *crostini* en el centro de la mesa. Rose tenía tanta hambre que no pudo esperar y se metió uno en la boca.

—¡Delicioso! —exclamó.

Esperaba que su madre la regañara, pero Julia no parecía haberla visto.

A las diez de la noche, todos los huéspedes habían terminado de cenar y habían abandonado el comedor en busca de otras diversiones. Algunos fumaban sentados en la terraza. Un grupito liderado por lady Latchmere jugaba al bridge en la biblioteca. Nish se había retirado a su habitación a leer.

Bella aprovechó la tregua para sentarse un rato en el comedor mientras Alice se dedicaba a disponer las mesas para el desayuno. La noche había concluido y Bella pensó que en todas esas semanas no había hecho más que prepararse para la llegada de Julia y Rose. Y ahora, finalmente, estaban el hotel.

Julia se había mostrado glacial, como era de esperar. En cuanto a Rose, no cabía duda de que era hermosa, aunque un poco flaca.

¿Lucian se encariñaría de ella? Bella no lo tenía nada claro.

Las imágenes del día fueron pasando ante ella como las placas de una linterna mágica. La nuca de Cecil acostado a su lado en la cama. El gato callejero con la oreja rota, acurrucado frente al horno de la cocina. Los pendientes oscilantes de Julia, tan parecidos a los que Cecil le había regalado hacía tanto tiempo.

Pese al desasosiego de Betty, los platos que había cocinado eran exquisitos. Había asado la pieza de ternera italiana marinada a las finas hierbas con vino dulce, con toda seguridad una receta del libro de Artusi, aunque Bella la había visto hablar con el carnicero del pueblo, que sabía algo de inglés. El sabor de la carne, en palabras del conde Albani, «lo había transportado al paraíso mismo».

Julia había disfrutado con el *prosecco*, al igual que Lucian, aunque en su caso quizá en demasía. En un momento dado, le había pedido a Francesco que trajera más, una botella entera. Francesco había mirado a Bella en busca de consejo, y ella le había dicho que no con la cabeza. Para empezar, era un vino caro. No era el típico vino de mesa para consumo familiar. Y, además, sabía perfectamente del daño que podía causar el alcohol y cómo se comportaban algunos hombres cuando bebían más de la cuenta.

Rezaba todas las noches porque Lucian no hubiera heredado esa debilidad de su padre.

Alice estaba doblando las servilletas con unos pliegues en zigzag para que tuvieran forma de abanico. Era un trabajo tedioso y Bella trató de animarla un poco.

—Parece que todo ha salido de maravilla —dijo.

—¿La cena? —Alice levantó la vista.

—Sí. Y las presentaciones con Rose.

Alice no dijo nada.

—Es muy guapa —comentó Bella.

—Supongo que sí. Aunque eso da igual.

—Tienes razón. El carácter es lo que cuenta.

Al oírlo, Alice soltó un bufido destemplado que pretendía ser una carcajada.

—Ay, mamá. Los seis mil acres de tierra cultivable de primera calidad que tiene su padre son lo que cuenta.

La rotundidad del desplante sorprendió a Bella. Pero ¿estaba siendo justa? Quizá Alice había expresado de viva voz lo que ella no

se atrevía a decir.

—No seas malpensada, Alice. No te sienta nada bien.

Pero Alice no se dejó amilanar.

—¡Es la verdad! Papá haría cualquier cosa por casarla con Lucian aunque fuera guapa como el trasero de un ómnibus.

—¡Alice!

—No creo que vaya a esforzarse ni una décima parte en encontrarme otro marido.

Bella no tenía energías para discutir. Además, había un poso de verdad en las palabras de Alice. Terminaron de poner las mesas en un silencio tenso y luego Bella bajó a la cocina, donde Betty estaba quitándose el delantal.

—¿Sigues aquí, Betty?

—Justo ahora me marchaba, señora Ainsworth. —Se interrumpió —. ¿Desea algo, señora?

—Quizá una taza de poleo menta.

Con gesto cansado, Betty volvió a anudarse el delantal.

—No te molestes, por favor. —No era eso lo que Bella quería—. Por favor. Ya me lo hago yo. —Se acercó a una jarra de agua en la que había un manojo de menta fresca y arrancó un puñado de hojas perfumadas—. A propósito, gracias por la cena.

Betty permaneció en silencio.

—El conde Albani me ha pedido que te felicite.

Una sonrisa cansada surcó el rostro de Betty.

—¿De verdad?

—Por la ternera sobre todo.

—Bueno, ¿quién lo hubiera imaginado? —Pareció que iba a levitar de gusto.

Betty subió con paso cansado la escalera y fue a acostarse. Bella cogió la tetera de la repisa que había sobre los fogones y fue a llenarla al fregadero. Estaba a punto de abrir el grifo cuando vio una botella descorchada de vino blanco escondida detrás de unas botellas de aceite de oliva. Tan solo dudó un momento antes de premiarse con una pequeña copa como broche a lo que había sido un día largo y agotador.

Luego, sacó de la despensa la caja en la que guardaban el dinero suelto. También, un panecillo de los que servían con el desayuno y un tarro de *tapenade*. Un pequeño tentempié le daría energía mientras

examinaba los libros de cuentas, algo que intentaba hacer todas las noches, porque al fin y al cabo, ¿quién iba a hacerlo si no? ¿Cecil?

Se sentó a la mesa de la cocina, que estaba vacía. Sin embargo, en cuanto abrió el libro, oyó un golpe en la puerta trasera de la cocina.

¿Quién demonios podía estar ahí fuera?

Los goznes rechinaron cuando Bella abrió el cerrojo y tiró de la puerta. En el umbral apareció una muchacha menuda de unos veinte años, con grandes ojos suplicantes y una melena rubia ceniza recogida y cubierta con un canotier de paja. Llevaba una pequeña maleta y se la veía tan cansada que parecía trastornada.

Bella la miró de arriba abajo, fijándose en los zapatos pelados y el tosco vestido de lino.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Por favor, señora —dijo la muchacha—. Soy Constance March. La nueva niñera.

Hacía años, muchos años, que Constance no se sentía tan agotada. Pese a que el camino era casi todo cuesta abajo, el último kilómetro había sido una verdadera tortura. Tenía los pies doloridos, llenos de llagas, y su vestido estaba empapado de sudor.

Constance solo tenía dos conjuntos para vestirse. Ese vestido basto y pesado, encogido después de un sinfín de lavados, era uno de ellos. El otro era su vestido de los domingos, que después de mucho pensarlo no se había puesto para el viaje por miedo a que se le desgarrara o ensuciara. Su sueño era ahorrar bastante de su sueldo para poder comprarse ropa nueva. Pero ya sabía que era un sueño imposible. Había prometido enviar gran parte de lo que pudiera ganar en Italia a su madre y el bebé.

¿Quizá Betty conocería alguna tienda en el pueblo, un sitio que no fuera demasiado caro? Hacían encajes en Portofino, ¿no? ¿Quería decir eso que el encaje era más barato en Italia? ¿O que era caro? Ojalá lo supiera, ojalá no sintiera tan a menudo cómo su falta de formación escolar se hacía tan patente.

Betty había sido muy amable con ella al recomendarla para el puesto. Constance estaba decidida a no fallarle y tampoco quería convertirse en ningún tipo de carga. Por ello, se había alegrado de

haber llegado a Mezzago a la hora prevista.

Había esperado en el polvoriento andén, contemplando el trajín de desconocidos atareados que iban a lo suyo y de los mozos que empujaban carros repletos de maletas. Brillantes flores rojas estallaban en macetas de arcilla de color teja. Un joven pasó a toda prisa, bastante apuesto, la verdad. Era evidente que acudía a una cita con alguien importante. En Génova, Constance había visto a una madre inglesa con su hija, ambas muy bien vestidas, mientras embarcaban en el vagón de primera sin dejar de discutir ni un momento. Quizá, pensó ensimismada, ese joven iba a recibirlas.

Pero entonces la multitud empezó a dispersarse, hasta que Constance fue la única viajera que quedó en el andén.

«Da igual», se dijo. ¿Quizá la persona que habían mandado del hotel la estaría esperando delante de la estación? Betty le había dicho que bajaría a recogerla el hijo de los dueños. Abrió la carta y volvió a leerla.

Espera en el andén. Lucian es inconfundible. Es un chico alto y guapo de pelo castaño oscuro.

La estación de Mezzago era minúscula comparada con la de Génova, en la que había un vestíbulo cubierto en el que varios ómnibus esperaban a los viajeros para trasladarlos a sus hoteles. Un batiburrillo de hombres desaseados se arremolinaba junto a la entrada, fumando unos cigarrillos hediondos. Miraron a Constance de arriba abajo cuando la vieron pasar. Uno de ellos le silbó, pero ella siguió a lo suyo.

Constance buscó por todos los rincones de la estación, pero no encontró a nadie que encajara con la descripción de Lucian que Betty le había transmitido.

Seguramente, el director del hotel se había olvidado de su llegada. O Lucian se había retrasado por algún motivo. Sea como fuere, Constance necesitaba presentarse urgentemente en el Hotel Portofino antes de que terminara el día.

Sintió que el pánico invadía su pecho. Luchó por contenerlo como siempre hacía, respirando despacio, con decisión, para así refrenar el ritmo del mundo y contener el latido desbocado de su corazón, y usando también la cabeza, que por cierto siempre le habían dicho que la tenía bien amueblada.

No tenía dinero para pedir un carruaje. No sabía hablar italiano. Pero era una persona fuerte e ingeniosa y se había visto en aprietos más difíciles que ese. En el peor de los casos, siempre podía hacer el camino a pie. Mezzago no podía estar tan lejos de Portofino. Había crecido en Yorkshire del Oeste, y desde la estación de Menston hasta su casa solo había tres minutos de paseo...

Se fue derecha hacia la primera persona que le pareció que tenía un aspecto oficial: un maletero viejo con una gorra de plato.

—Perdone —dijo Constance—. ¿Habla mi idioma?

—No —respondió él, sin levantar la vista del periódico que estaba leyendo.

Un encanto de hombre.

A continuación probó en las taquillas. El empleado no podía ser mucho mayor que ella. Tenía los ojos almendrados y un bigote bien recortado. Había algo en su aspecto que le hizo recordar a Constance una de las frases de su madre: «Si estuviera hecho de chocolate, se comería a sí mismo».

—Buenas tardes —dijo el empleado—. Ser usted una muchacha muy guapa.

—Gracias. —Constance se protegió del cumplido con una sonrisa brevísima—. Quizá pueda ayudarme. Tengo que llegar a Portofino.

—¿Portofino? ¿Por qué Portofino? —El empleado se abrió de brazos—. ¡Si Mezzago ser muy bonito!

—Es verdad —convino Constance—. Pero mi empleo, mi trabajo, me espera en Portofino. Debo llegar allí hoy mismo. Y no tengo dinero.

—¿Nada de dinero? —El joven puso cara de espanto.

—Nada de nada.

—Pero usted ser inglesa, ¿no?

—Sí. Pero no todos los ingleses tenemos dinero.

El empleado pensó un instante. Se levantó de su silla.

—Esperar aquí —le dijo al tiempo que levantaba el dedo en señal de advertencia—. Quizá solucionar su problema.

Salió a paso ligero de la estación hacia la plaza que se extendía frente al edificio.

—¡Carlo! —exclamó.

Al oír su nombre, un anciano de pelo cano rapado levantó la vista. Estaba de pie junto a una carreta cargada de frutas y verduras.

Hablaron un momento y luego el empleado de la estación le hizo un gesto a Constance para que se acercara.

El sol de media tarde todavía pegaba con fuerza y la deslumbraba. El sudor empezaba a perlar su frente y Constance cruzó la plaza hasta llegar a la carreta, que estaba aparcada en una sombra junto a la puerta de un estanco. El caballo solitario atado a la carreta había conocido días mejores.

—Este señor ser amigo mío —le dijo el vendedor de billetes—. Él llevarla a Portofino.

Una sonrisa de alivio apareció en el rostro de Constance.

—Muchísimas gracias —dijo—. Pero quiero ir a un hotel. ¿Conoce el Hotel Portofino?

—Sí, sí.

—¿Y su amigo lo conoce?

—¡Claro!

Constance se subió a la carreta junto a Carlo, colocando la maleta entre ambos. Intentó no parar mientes en el olor a vino, o en la manera que tenía Carlo de balancearse ligeramente de un lado a otro. Cuando el empleado de la estación les dijo adiós con la mano, Constance lo sorprendió guiñando el ojo disimuladamente a su amigo.

—*Buon viaggio!* —exclamó.

Carlo azotó con la fusta la grupa escuálida del caballo y la carreta empezó a avanzar, salió de la plaza y enfiló por la calle mayor hasta salir del pueblo.

Pese al intenso calor, Constance no tardó en acompasarse al viaje. Al cabo de unos diez minutos, sin embargo, el bamboleo de Carlo se hizo más evidente y el avance de la carreta más errático. En efecto, al señor le costaba mantener el rumbo.

El ruido rasposo que a Constance le había parecido que procedía de las ruedas de la carreta en realidad estaba saliendo de la boca abierta de Carlo. El hombre roncaba.

La carreta viró bruscamente a la izquierda, evitando por los pelos un árbol. Aterrorizada, Constance le arrebató las riendas y trató de meter en cintura al animal. Su iniciativa sacó a Carlo de su sueño ligero. Recuperando las riendas con un grito indignado, hizo parar la carreta de golpe.

—Se ha quedado dormido —se explicó Constance—. Hemos estado a punto de tener un accidente.

Pero Carlo no se dejó apaciguar. Empezó a gritarle en italiano y su rostro arrugado se puso lívido de rabia. Constance no entendía lo que le decía, pero su forma de gesticular con las manos no era nada amistosa y le quedó claro que el viejo quería que se apeara de la carreta y que continuara a pie.

Como se había criado en los páramos del centro de Inglaterra, Constance estaba más que acostumbrada a recorrer largas distancias caminando. Pero no con ese calor y menos todavía sin contar con un mapa. Aun así, ¿qué otra opción tenía?

Agarró su maleta y enfiló por la carretera cuesta arriba, siguiendo una curva, confiando en que su instinto la llevara por el buen camino, por el único camino que conducía al hotel. Por lo menos, el paisaje era precioso. El cielo lucía azul, sin una sola nube, y las cunetas a ambos lados de la carretera eran un estallido de anémonas moradas y acederas amarillas. Varias veces pasó junto a altares con velas encendidas y estampitas enmarcadas de la Virgen. Se preguntó por qué las habían dejado allí y en recuerdo de quién.

Empezó a tener sed y se preocupó, pero enseguida apareció la oronda figura de una vieja campesina en el lado opuesto de la carretera. Llevaba un chal escarlata en torno al cuello y cargaba sobre la cabeza un cesto con botellas de una sustancia de un color dorado oscuro y varias barras de pan.

La mujer se detuvo al llegar a la altura de Constance. Le sonrió mirándola de arriba abajo. Constance le devolvió la sonrisa. Y entonces ocurrió algo extraordinario. Como si intuyera el estado de necesidad en el que se hallaba Constance, la mujer se sacó del cinto una cantimplora forrada de mimbre y se la ofreció.

—*Bevi un po' d'acqua* —dijo.

Constance tomó varios sorbos generosos —no quería parecer codiciosa— antes de devolvérsela.

—*Grazie* —dijo. Era la única palabra italiana que sabía.

La mujer pareció recibir encantada el agradecimiento.

—*Prego* —respondió.

Constance siguió caminando. El sol se ponía detrás de las montañas y la carretera se hacía cada vez más escarpada. Unos cuantos carruajes la rebasaron y también un automóvil, pero nadie se detuvo para ofrecerse a llevarla y ni siquiera parecieron percatarse de su presencia. Empezó a sentirse sola, casi al borde de las lágrimas;

extrañaba su mundo, tanto Yorkshire como su familia, y especialmente al pequeño Tommy.

Su primer atisbo del mar, de un gris acerado bajo el terso atardecer, le indicó que tal vez se encontraba cerca de Portofino. El penetrante olor del tomillo invadió su olfato. Arriba, en las colinas, se divisaban grandes villas detrás de frondosas hileras de pinos. Alguno de esos edificios sería un hotel. Pero ¿cuál de ellos? Lo único que sabía Constance, lo único que Betty le había explicado, era que se trataba de una villa amarilla, muy bonita, con jardines que descendían a la costa.

Finalmente, llegó a una verja de hierro forjado pintada de blanco situada en un muro bajo de piedra. La placa metálica de la jamba le confirmó que en efecto se trataba del Hotel Portofino. Cuando empujó la verja y esta se abrió, Constance casi derramó lágrimas de alivio.

La casa se alzaba ante ella, con su fachada pintada de un amarillo claro y cálido.

Incluso a media luz, la casa lucía magnífica. Constance había visto no pocas mansiones durante sus años de servicio. Pero esta era distinta; resultaba acogedora en lugar de intimidante, y sus grandes dimensiones quedaban endulzadas por una suerte de corpulencia descoyuntada que hacía difícil calibrar bien su altura. Ninguna de las ventanas parecía estar al mismo nivel. A la izquierda, había un torreón con una techumbre plana que parecía un sombrero aplastado. Sin embargo, al otro lado, detrás de una hilera de postigos pintados de verde, se veía una especie de pasillo expuesto a la intemperie.

Constance no acertaba a hacerse una idea cabal del lugar.

¿Qué pasaba cuando llovía? ¿O acaso no llovía nunca en Italia?

Como lo último que quería era llamar al timbre de la entrada y despertar a todo el hotel, se metió por un caminito que rodeaba un flanco del edificio y vio una luz en lo que supuso que era la cocina.

Había una puerta, a la que llamó con fuerza.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó una mujer que era alta, bella y probablemente no otra que la señora Ainsworth.

—Por favor, señora —dijo ella—. Soy Constance March. La nueva niñera.

La mujer esbozó una sonrisa al tiempo que daba un paso atrás.

—Adelante, adelante. ¿Cómo demonios has llegado aquí?

—A pie, señora. Aunque me han llevado en carreta las primeras millas.

—Ha habido un malentendido sobre la hora de tu llegada. Tendrías que habernos enviado un telegrama desde Génova.

Constance estuvo tentada de precisar que no habría sabido cómo hacerlo aunque hubiese podido permitírselo y que, además, no debería haberse producido ningún malentendido porque lo había explicado todo perfectamente en su respuesta a la carta de Betty. Pero no podía decir nada de eso. Su trabajo consistía en ser competente, servicial y fiable.

—No quería tirar el dinero, señora Ainsworth.

—Te lo habría reembolsado.

—Es muy generoso por su parte.

Constance echó un vistazo a la espaciosa y fresca cocina y vio el pan de Bella sobre la mesa. Lo debió de mirar con una intensidad especial, porque Bella le preguntó enseguida:

—¿Tienes hambre?

Constance nunca había tenido tanta hambre. Pero no quería hacer un drama.

—Puedo aguantar hasta el desayuno, señora.

Bella no dio su brazo a torcer.

—¿Cuándo has comido por última vez?

—Esta mañana, señora.

—¿Y has venido a pie hasta aquí?

Constance asintió.

Sacudiendo la cabeza, Bella desapareció en la alacena y volvió con un panecillo y un vaso de agua, que colocó sobre la mesa. Se sentaron frente a frente. Mientras Constance apuraba el vaso de agua, Bella le acercó un pequeño bol sobre la mesa.

—Pruébalo —dijo—. Se unta en el pan.

—¿Qué es?

—Se llama *tapenade*. Es una pasta hecha con olivas y alcaparras. Toma, usa este cuchillo...

Constance introdujo el cuchillo y sacó un poco de pasta que extendió sobre el pan. Se lo comió con apetito, disfrutando de la explosión de sal en su lengua. A primera vista, la situación era extraña: compartir mesa con su ama, ser servida en lugar de servir. Pero no percibió ninguna incomodidad en ello. Seguía mirando a hurtadillas el rostro de Bella, aunque no era fácil porque la señora no dejaba de observarla. Había en ella algo angelical, concluyó

Constance, con esa gran mata de pelo rizado. Algo sereno y labrado en piedra.

—¿Te gusta? —preguntó Bella.

Constance asintió sin dejar de masticar.

—Mucho —dijo en cuanto hubo engullido el mordisco—. Sabe a... —Se interrumpió, buscando la palabra justa.

—¿A qué? —Bella se recostó en la silla, sonriendo. Parecía sinceramente interesada.

—A un día soleado —dijo Constance—. Sabe a días soleados.

Con una almohada colocada detrás de la cabeza, Nish estaba tumbado en la cama y releía lo que había escrito en su diario.

> *Durante la última década, este tramo de litoral se ha desarrollado hasta quedar irreconocible. La joya de la corona, valga la expresión, es el pueblo de Portofino, que está enclavado en torno a un puerto en el flanco continental de un farallón que se adentra en el mar. Elegantes villas con fastuosos jardines se suceden en las laderas de las colinas circundantes. Su omnipresente aire de sobrio lujo eduardiano hay que agradecérselo a los ingleses, quienes siempre han amado Portofino y que hoy día continúan veraneando aquí en irreflexivos rebaños.*

Cerró el cuaderno y se mordió la uña del pulgar, un hábito que había adquirido en la niñez. Por una parte, no quería sonar severo ni desagradecido. Pero, por otra, ese mundo idílico requería una mirada ajena que lo interrogara, la mirada de alguien que, como él, siempre sería un extraño.

A veces se convencía a sí mismo de que era la persona adecuada para acometer aquella misión. Siempre había sido un amante de los libros y había soñado con escribirlos algún día. Pero se había formado como médico. Ese había sido el deseo de su familia. Y también amaba la medicina, eso no podía negarlo, la emoción de restañar cuerpos estropeados, por no hablar de la disciplina y el trabajo en equipo que la labor exigía.

Nish había disfrutado observando a los comensales durante la cena. Pero habría deseado ver un poco más a Lucian, que Lucian se

sentara a su mesa y cenaran juntos, como solía hacer. Cuando Lucian se acercó a la mesa de Rose, Nish había sentido el desplante como si fuera una bofetada. Intentó quitarle hierro al asunto. Al fin y al cabo, era ridículo lo que sentía por ese hombre. Lo único que cabía hacer era reprimirlo. Sin embargo, una y otra vez, se sentía conminado a provocar situaciones en las que pudiera ocurrir algo. Intentar forzar esos momentos y desencadenar una crisis.

El diario era una distracción, quizá incluso una evasión. Por supuesto, de momento no recogía casi nada personal, y quizá nunca lo haría.

Echó un vistazo a la buhardilla donde se alojaba, tan inglesa y sobria en su decoración. Bella había prodigado sus atenciones a todas las estancias, incluso a las más pequeñas, que no se alquilaban porque estaban reservadas para el servicio y los amigos de la familia. Con una sonrisa, Nish pensó que había adaptado a su gusto el cuarto. De ser una habitación de muestra, lo había convertido en un estudio destartalado de universitario, mal ventilado, cerrado, con pilas vacilantes de novelas: Conrad, Wells, esa novela india que Forster había sacado hacía unos años, y que Nish se reservaba para leer ese verano.

Oyó que llamaban suavemente a la puerta. Nish la abrió un poco y vio por el resquicio que Lucian estaba ahí. Sin decir nada, le hizo un gesto a su amigo para que pasara y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Siento lo de antes —dijo Lucian, con gesto avergonzado.

—No pasa nada. De verdad.

—Me ha llamado el deber.

Nish le señaló el diario que tenía sobre la cama.

—Mi trabajo me ha hecho compañía.

—He pensado que quizá te apetecería bajar para que nos diéramos un baño.

Nish se rio.

—Es muy tarde. Lady Latchmere se habrá acostado hace mucho rato.

Lucian agarró una toalla del respaldo de una silla y se la tiró a Nish.

—¿Paraggi o las rocas?

—Las rocas —dijo Nish—. Está más cerca. Y es más discreto.

Bajaron sigilosamente la escalera y salieron por la puerta

principal, antes de enfilar un sendero curvo que conducía a unos escalones de piedra de escasa altura que descendían hasta una verja con candado que había en el muro que delimitaba la propiedad. Más allá se extendía la cala privada a la que llamaban «las rocas».

Nish se quitó la ropa rápidamente y entró desnudo en las olas, deleitándose en la sensación del aire fresco de la noche en su cuerpo, en el agua negra y límpida que lo engullía. Se volvió para ver si Lucian lo imitaba. Como de costumbre, no se había quitado la camiseta interior. Nish nadó mar adentro quizá unos cien metros y luego volvió, preocupado de que a Lucian tal vez le costara mantener su ritmo.

Para cuando llegó a la orilla, Lucian ya estaba secándose con la toalla y seguía con la camiseta interior.

Nish sintió una desagradable mezcla de preocupación y deseo.

—Quítate la camiseta —le dijo—. Está empapada.

—¿Y? Difícilmente agarraré un resfriado aquí.

—No seas infantil. Ya te la he visto. Cientos de veces.

Lucian no parecía muy convencido, de modo que Nish insistió.

—En serio. Quítatela. Quiero ver cómo va cicatrizando.

A regañadientes, Lucian se quitó la camiseta y se volvió de espaldas. Nish se arrodilló y examinó de cerca la gran cicatriz que se extendía por todo el costado izquierdo de su espalda, desde la cintura hasta el cuello. Extendió un dedo indagador y tocó la cicatriz. Fue un gesto cariñoso, pero sintió que Lucian se encogía de dolor.

Nish retiró la mano. Entendía los demonios de Lucian. Recordaba el estado en el que se encontraba la primera vez que lo vio, en una camilla, con el uniforme empapado de sangre.

—¿Cuál es el pronóstico? —preguntó Lucian.

—Solo un arañazo —respondió Nish, y ambos se echaron a reír. Era una broma que compartían desde hacía tiempo—. ¿Te molesta?

—Casi nada. Ya han pasado ocho años.

—Lo llevas bien —dijo Nish. Y lo pensaba de verdad. En casi todo lo demás, Lucian parecía disfrutar de una salud envidiable—. Italia te sienta de maravilla.

Lucian sonrió tímidamente. No por primera vez Nish se preguntó hasta qué punto sospechaba Lucian de él; si es que sabía por lo menos que era posible que dos hombres se amaran. Seguro que lo sabía, ¿no? Lucian había estado en un internado y de todos era sabido lo que

ocurría en esos sitios. Además era pintor y había empezado a moverse en lo que la gente llamaba, con un eufemismo, «círculos artísticos».

Nish ansiaba poder sincerarse con su amigo, pero le faltaba el valor para hacerlo. Había un código de silencio en lo que respectaba a la inversión. Y si tenías la desgracia de no acertar con la persona con quien lo incumplías o lo hacías en un momento inoportuno, bien... No quería ni pensarlo.

—Bueno —dijo Lucian—. ¿Qué te parece?

—¿A qué te refieres?

Lucian soltó una carcajada.

—¡La chica, majadero!

La chica. Claro.

—¿Primera impresión? Pues me ha parecido un bomboncito.

—¿De verdad lo piensas?

—Claro que sí. Aunque no era fácil comprobarlo a cinco metros de distancia y contigo babeándole encima.

Lucian se agachó para agarrar un puñado de arena y se lo tiró a Nish.

—¡No estaba babeando!

—Estoy seguro de que seréis los dos muy felices.

—No hay nada decidido. —Lucian tomó un trago de una botella de whisky y se la tendió a su amigo. Hasta ese instante, Nish no se había dado cuenta de que había bajado con esa botella. Rechazó el ofrecimiento sacudiendo la cabeza. No le gustaba que Lucian bebiera.

Volvieron al hotel. Lucian tenía su propia llave. Abrió la puerta y dio un paso atrás para dejar pasar a Nish al vestíbulo a oscuras.

—Aquí me despido hasta mañana.

La decepción fue demoledora.

—¿No vas a subir? —preguntó Nish.

—Creo que me apetece darme un paseo por el jardín.

—¿Quieres que te acompañe?

Lucian sacudió la cabeza.

—Tú a lo tuyo.

Nish vio cómo Lucian se internaba en la oscuridad.

Tras un instante de duda, decidió seguirlo. Puso una piedra en el suelo para que la puerta no se cerrara y se deslizó silenciosamente por los parterres y los setos hasta llegar al establo que los Ainsworth habían convertido en el alojamiento para los criados italianos. Se

agachó detrás de una escultura con la esperanza de que la oscuridad pudiera servirle de manto.

Así había terminado. Espiando a su amigo.

Lucian se detuvo frente a una ventana. Nish sabía que era la de Paola. Tenía los postigos cerrados, pero se podían ver perfectamente unas rendijas de luz en los bordes. Vio que Lucian llamaba con suavidad.

Durante unos segundos que parecieron eternos no hubo respuesta. Lucian se había dado la vuelta, dispuesto a marcharse, cuando oyó que alguien destrababa los postigos.

Un débil rayo de luz se derramó sobre el patio. A través del postigo entreabierto, Nish pudo ver a Paola, de pie, no del todo envuelta en una sábana blanca que no acertaba a ocultar la generosa forma de sus senos ni el borrón oscuro del vello entre sus piernas. La muchacha se apartó de la ventana, volviendo al interior de la habitación. Lucian echó un vistazo al patio, intentando en vano cerciorarse de que nadie lo hubiera visto, y luego la siguió al interior.

«Ah —pensó Nish—. Así que todos tenemos secretos.»

3

La caja había sido de la madre de Bella. Era de madera, con una taracea de madreperla con motivos florales, y Bella la guardaba en el cajón inferior de su tocador, escondida debajo de una pieza de terciopelo negro sobre la que se disputaban el espacio varios frascos y botes.

La caja podía cerrarse con llave, y siempre lo estaba. El cajón no podía cerrarse, pero resultaba útil que no tuviera cerradura, porque de este modo disipaba las sospechas. Si un cajón no estaba cerrado, entonces cabía suponer que no contenía ningún secreto.

Cecil jamás se habría molestado en rebuscar en un cajón sin llave.

Después de la cena improvisada, Bella había acompañado a Constance a su cuarto. Era una chica muy dulce, abierta e ingenua. También guapa, a su manera. Bella le había hecho un resumen aproximado de la rutina matinal de Lottie, recalcando que nadie esperaba de ella que se hiciera cargo de la niña esa misma mañana, pero era evidente que estaba demasiado cansada para asimilar ninguna información.

—Ve a dormir, cariño —le había dicho, y Constance asintió—. Ya hablaremos mañana como es debido.

Bella había vuelto por el pasillo hasta la suite que compartía con Cecil, aunque «compartir» no era la palabra más adecuada para describirlo. Cada uno tenía su habitación y, salvando algún que otro día especial, dormían en camas separadas.

De todos modos, ¿dónde demonios se había metido Cecil? Quizá se había ido de picos pardos, como le gustaba decir.

En fin, por lo menos podría relajarse un rato a solas, aunque no durase demasiado.

Bella abrió el cajón y retiró los primeros objetos disuasorios: los tarros, el terciopelo. Luego sacó la caja en la que guardaba sus tesoros más íntimos. Después de colocarla sobre la cama, la abrió con una

llave diminuta que siempre llevaba al cuello. Dentro, había un fajo de cartas bien sujetas con un lazo.

Fue directamente a la carta que buscaba y le sorprendió ver lo mucho que le temblaban las manos al abrirla. Decía así:

> *Mi querida Bella. Cómo me ha emocionado tu última carta. Ojalá pudiera estar allí, a tu lado, para vivir todas las maravillas que Italia puede ofrecer.*

A Cecil no le importaba reconocer que estaba borracho. No para consigo mismo, al menos. Con Bella, en cambio, la cosa se ponía más difícil. El Fernet-Branca había sido la gota que había colmado el vaso. Ese digestivo era horrible. Nunca lo mezcles con brandy. Aunque iba bien para calmar los nervios durante una timba de póquer.

Cecil se había asegurado de salir del hotel antes de que Julia llegara. Eran demasiadas cosas a la vez. El trajín de Bella por un lado y el aplomo glacial de Julia por otro. Como un anticiclón y una borrasca dándose de bruces. Mejor no estar cerca. Aunque, dicho esto, lo cierto es que tenía ganas de ver a Julia después de tantos años. ¿Quizá podrían reavivar la vieja llama?

En cuanto a la hija, esa muchacha que habían seleccionado para Lucian, todo el mundo sabía que era una belleza. Aunque, cielo santo, no podía imaginarse cómo sería tener a Julia de madre... Pobre muchacha.

La puerta principal siempre estaba cerrada con llave, lo que le molestaba sobremanera. La llave era enorme y a Cecil siempre le daba pereza llevarla encima. Motivo por el cual ahora tenía que rodear a tientas el hotel hasta llegar a la puerta de la cocina, que tenía una llave más pequeña. De hecho, lo era tanto que siempre la extraviaba... ¿Dónde estaba? Empezó a palparse frenéticamente hasta que la encontró. Ahí estaba, en el bolsillo de su chaqueta.

Encendió la luz. Vio un plato con restos de comida sobre la mesa de la cocina. *¿Tapenade?* Después de olerlo, Cecil dio un mordisco para probarlo. Puaj. Lo escupió asqueado.

Luego vio la caja del dinero y el libro de cuentas. Acercó la mano a la tapa y comprobó que no estaba cerrada con llave. Vaya, vaya.

Echó un vistazo a su alrededor. No había nadie a la vista.

Abrió la caja con una sonrisa, cogió el billete más grande que

pudo encontrar y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. «Y todos para uno...», pensó.

Bella ya debía de estar en su habitación. Le daría una sorpresa. A su mujer le gustaban las sorpresas, o por lo menos antes era así.

La noche deslucía la villa, pensó mientras subía la escalera. Ahora que no hacía calor y no se veía el paisaje, era como estar en cualquier otro sitio, con la única diferencia de que había más mosquitos.

Entró en la habitación de Bella sin llamar a la puerta, como tenía por costumbre.

Ella se sobresaltó y se volvió en la cama donde estaba sentada. A Cecil le pareció que se había ruborizado.

—¿Qué estás haciendo? —La pregunta le salió con un tono de reproche más fuerte de lo que había pretendido.

—Desmaquillarme —respondió Bella a toda prisa—. Llegas muy tarde.

—El tren se retrasó.

—¿Qué tal en Génova?

—Ah... Ya sabes cómo es. —Por un instante, Cecil se había olvidado de su coartada—. Génova siempre es Génova. —Se quedó mirando a Bella. Seguía siendo hermosa. Era una pena que nunca le permitiera acercarse a ella. Por lo general podía soportarlo. Tenía otras válvulas de escape, por así decirlo. Sin embargo, cuando se había tomado una copa de más, le resultaba complicado controlar la necesidad. Intentando no parecer desesperado, preguntó:

—¿Quieres que esté contigo?

Ella suspiró.

—Esta noche no. He tenido un día muy largo y estresante.

—Ah, claro. ¿Cómo ha ido todo?

—Julia se ha tomado mal que no estuvieras en el hotel para recibirla. Y Alice está intratable. Por lo demás, todo bien.

—¿Y la muchacha?

—Rose es un encanto.

—¿Y guapa? ¿Crees que Lucian se decantará por ella?

Bella puso cara de resignación.

—La belleza no lo es todo, Cecil.

—No. Aunque sí ayuda a dorar la píldora.

Cecil no se quedó mucho rato, por fortuna. Una de sus virtudes, pensaba a veces Bella, era que sabía cuándo no era bien recibido. Aun así, esperó a que empezara a roncar antes de echar la llave de la puerta que conectaba sus habitaciones. Solo ella tenía copia de la llave.

Cecil había estado peligrosamente cerca de descubrir su tesoro secreto. Pero Bella había tenido la precaución de guardar la caja en el cajón después de haber sacado la carta. Ahora, se la sacó del bolsillo del camisón, donde la había metido a toda prisa al oír los pasos de Cecil. La abrió de nuevo para leerla una vez más, prestando especial atención a las últimas líneas:

No hay nadie en el mundo que me sea más querido.
Tuyo, siempre fiel y enamorado. Henry. Un beso.

Esas palabras, e imaginar a Henry escribiéndolas, le provocaron un vértigo en el estómago. Por sí solas, no bastaban para despertarla, para hacerle sentir lo que ansiaba sentir.

Bella se acercó sigilosamente a la estantería para sacar una Biblia. Pasó sus páginas de finísimo papel hasta encontrar lo que buscaba: un retrato de un joven de pelo oscuro con unos labios suaves y una mirada cálida y seductora. Miró la fotografía, absorbiéndola, fijándola en su recuerdo.

Cuando estaba sola de verdad, se llevaba la foto a la cama, junto con la carta. Pero era demasiado arriesgado, incluso con la puerta cerrada con llave y Cecil durmiendo al otro lado, así que devolvió ambos objetos a sus escondrijos antes de meterse en la cama.

Hacía calor esa noche. Se despojó de la pesada colcha y también de todas las sábanas salvo una. Esa única sábana, sobre su cuerpo, le provocaba un agradable cosquilleo. Dejó que sus manos se deslizaran por su cuerpo, familiarizándose nuevamente con sus arrugas y pliegues secretos, entregándose a las imágenes que durante todo aquel día habían revoloteado por su mente, distrayéndola sin cesar. La garganta le dolía de placer. Imaginó a Henry estrechándola entre sus brazos, besando con suavidad su nuca. Lo imaginó tomando su mano y llevándola a ese punto donde él la quería.

Un gemido largo y grave resonó en la habitación.

Lo primero que pensó Bella fue que había surgido de sus labios. Pero luego aguzó el oído y entendió que procedía del pasillo, y que era un gemido inconfundible de dolor, no de placer.

Se incorporó de un salto en la cama, y enseguida la rabia dio paso al temor. Su bata colgaba de la puerta. Mientras cruzaba sin hacer ruido la habitación para ponérsela, se dio cuenta de que se había olvidado de cerrar del todo los postigos. Un movimiento en el patio llamó su atención. La puerta de la habitación de Paola en el viejo establo se había abierto y alguien salía. Bella guiñó los ojos en la tenue luz.

Al descubrir de quién se trataba, se apartó de la ventana tambaleándose.

Era Lucian, con los zapatos en una mano y una botella vacía en la otra.

Bella se llevó la mano a la boca al instante. «Claro —pensó—. Ahora lo entiendo todo.»

Sin embargo, cuando otro gemido quebró el silencio, Bella recobró el aplomo. No era el momento de mortificarse con ese desagradable giro que habían dado los acontecimientos.

Iluminaban tenuemente el pasillo unas lámparas eléctricas montadas en la pared. Bella se detuvo un momento y aguzó el oído. El llanto procedía de la suite Ascot, las habitaciones de lady Latchmere.

Melissa, la sobrina nieta, le abrió la puerta. Parecía pálida y exhausta.

—Ay, señora Ainsworth —dijo—. Su excelencia tiene muchos dolores.

—¿Qué le duele?

—Mucho me temo que no es capaz de decirlo.

—Necesitamos a un médico —decidió Bella—. Pero es muy tarde. —Entonces se le ocurrió una idea—. Nish.

—¿Quién?

—El señor Sengupta. El amigo de mi hijo. Fue médico durante la guerra. Salvó a Lucian.

Nish se tomó unos minutos antes de despertarse. Estaba desgreñado y olía a mar. Bella le explicó la situación, pero no parecía muy dispuesto a involucrarse.

—Estoy un poco oxidado —le advirtió.

Bella se apresuró a tranquilizarlo.

—Por favor, Nish. Para nosotros sería el final, antes incluso de que hayamos arrancado, si llega a ocurrirle algo a su excelencia.

Las buhardillas eran pequeñas y no tenían buena ventilación. Los huéspedes de pago no ponían los pies allí y era la parte de la casa que menos le gustaba a Bella, la única que le parecía que todavía tenía trabajo pendiente. Esperó delante de la puerta de Nish a que este se pusiera un pijama y una chaqueta de punto y luego bajaron juntos la escalera y se internaron por el pasillo que llevaba a la suite Ascot, donde, después de advertir las dudas renovadas en lady Latchmere, Bella subrayó una vez más que las credenciales de Nish como médico eran intachables.

Era espantoso ser testigo de la angustia de Melissa. La joven estaba plenamente convencida de que su excelencia estaba a punto de morir, entre otras razones porque la propia lady Latchmere así lo creía y su convicción era lo bastante clamorosa como para contagiar a quienes la rodeaban.

A la pálida luz proyectada por una lámpara de pie, no era fácil distinguir la silueta tendida boca arriba e inmóvil en la cama. Solo los gemidos que lanzaba periódicamente permitían suponer que esa figura tenía vida y respiraba.

Bella siguió a Nish y Melissa hasta el pie de la cama. Lady Latchmere estaba con la mitad inferior de su cuerpo oculta por una sábana y llevaba un camisón de encaje blanco y un gorro de dormir de seda que incluso la abuela de Bella habría rechazado por anticuado. Sus perfectas manos descansaban dobladas sobre el pecho.

Nish se volvió nervioso hacia Bella.

—Quizá lo mejor es que me deje a solas con ella, ¿no cree?

Bella asintió.

Melissa, por su parte, la miró con gesto implorante.

—¿Cree que se curará? —preguntó. Su rostro pecoso transmitía una adorable imagen de juventud.

Bella sonrió.

—Está en las mejores manos. —Tomó entonces las manos de la chica—. ¿Te apetece una taza de té? ¿O quizá algo un poco más fuerte?

Melissa asintió, riendo a pesar de las lágrimas.

Bella no recordaba haberse quedado dormida, pero ya había amanecido y Nish la estaba zarandeando suavemente para despertarla. Estaba acurrucada en una butaca de la salita de la suite, con un vaso de whisky a medio beber a un lado. Importante recoger *eso* antes de que lady Latchmere lo viera...

—¿Ha estado en vela toda la noche? —preguntó él con un gesto risueño que, sin embargo, no ocultaba su sorpresa.

—Le dije a la señorita De Vere que estaba bien aquí —recordó Bella—. Por si acaso su tía abuela volvía a encontrarse mal.

Bostezando, Bella estiró los brazos, sorprendida por lo doloridos que tenía los músculos. Dormir en una butaca era una actividad para gente joven y flexible.

—¿Qué ha ocurrido?

—No demasiado.

—¿Debo llamar a un médico? —Se corrigió enseguida—. A otro médico, quiero decir.

Nish obvió el desprecio involuntario.

—Yo no soy médico en el sentido estricto de la palabra y no, no creo que sea necesario. He conseguido aliviarla de sus síntomas inmediatos. Pero —añadió sonriendo— tal vez no estaría de más servir ciruelas pasas con el desayuno.

—¡Oh! —exclamó Bella, devolviendo la sonrisa a Nish.

—¿Y me permite sugerirle un digestivo para su excelencia? Después de cada comida.

—¿Tienes algo en mente?

—¿Quizá un sorbito de ese *limoncello* excelente que nos sirvió anoche?

—Lady Latchmere no toma alcohol.

Nish volvió a sonreír.

—Entonces dígale que es limonada italiana.

Bella no pudo contener una carcajada exultante. Lo que le proponía era un complot delicioso.

Lady Latchmere y Melissa aún dormían en su habitación. Harta de la oscuridad, Bella abrió de par en par los postigos de la salita, saboreando las primeras notas de la débil brisa del día, que llegaba del mar. La estancia estaría llena de luz y de vida cuando tía y sobrina finalmente se despertaran.

Una imagen pasó de improviso por su mente: Lucian saliendo de

la habitación de Paola la noche anterior. Con la botella colgando de la mano.

—Dime, Nish. ¿Cómo ves a Lucian?

—Creo que por fin está superándolo. Por lo menos, físicamente.

—¿Y en lo demás?

Nish se encogió de hombros.

—Lo que tuvimos que sufrir siempre proyectará una sombra sobre nuestras vidas.

—Lo sé, lo sé. Es solo que me gustaría que... —Se interrumpió y volvió a intentarlo—. Antes Lucian siempre tenía proyectos y planes. Y metas.

—Volverá a ser el que era —la tranquilizó Nish—. Dele tiempo.

Bella se miró el reloj. Las seis y media, una buena hora para ponerse en danza. Se lavó y vistió, intentando no hacer caso de la rigidez que sentía en la espalda.

En cuanto bajó, Alice se le acercó blandiendo el libro de cuentas y la caja del dinero como si fueran trofeos.

—Anoche te los olvidaste en la cocina —dijo—. Betty está que se sube por las paredes.

Abrió la caja para que Bella pudiera comprobar inmediatamente lo que había ocurrido.

Una oleada de calor se apoderó de su rostro al ver que faltaba dinero... Otra vez.

—Gracias, Alice —dijo ella secamente.

—Mucho me parece que... —empezó a decir Alice.

—Ya te he dado las gracias. Déjalo en mis manos.

Enrabietada, Bella se retiró al cuartito que había junto a la cocina y que utilizaba como despacho. Aprovechando unos escasos minutos de soledad, escribió las señas en un sobre para la carta que pretendía escribirle a Henry más tarde.

Justo cuando terminaba, Cecil entró sin llamar. Tenía el irritante don de parecer descansado incluso después de haber bebido la noche anterior. El industrioso padre de Bella, que no era precisamente un adalid de la aristocracia, habría dicho que se debía a que la indolencia le corría por las venas.

—Buenas —dijo él con desidia. Cogió el sobre de la mesa y preguntó—: Por cierto, ¿quién es este Henry Bowater? —Intentó que el nombre sonara chistoso.

—Uno de los contables de mi padre —respondió Bella, y lo hizo con tanta seguridad que casi se convenció de que era cierto.

—¿De la fábrica textil?

—De su finca. —Bella observó detenidamente a su marido—. Quiero escribirle para darle noticia de nuestros movimientos de caja.

La frase surtió el efecto deseado y Cecil dio un paso atrás, como un vampiro ante un crucifijo.

—Ah —dijo—. En fin. Creo que luego me daré un paseo hasta el pueblo. ¿Quieres que la lleve a correos?

—Ya te buscaré cuando la haya terminado. —De hecho, el plan de Bella era pedirle a Paola que la enviara. Podía confiar en Paola para que hiciera bien su trabajo, aunque no, por lo visto, en que dejara tranquilo a su hijo.

—Estupendo. —Cecil se volvió para marcharse.

Antes de que pudiera hacerlo, Bella dijo:

—Sé lo que hiciste, Cecil.

Él se detuvo y se dio la vuelta.

—Entonces te debo una.

—Ya es feo que hayas robado el dinero —dijo ella—. Pero encima no me mientas, por favor.

Él cerró los ojos, como si todo aquello le resultara muy penoso.

—Iba a decírtelo.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Cuando tuviera los medios para devolvértelo.

—¿Y qué ha pasado con tu herencia familiar?

Cecil se encogió de hombros.

—Pues creo que me he fundido hasta el último céntimo.

Justo lo que Bella se había temido, aunque no era ningún consuelo tener razón. Sintió que la ira la desbordaba.

—No puedo dirigir el hotel a crédito. Necesito todo el dinero del que pueda echar mano.

Cecil soltó una carcajada triste.

—Yo también, cariño. Yo también.

Constance había puesto la alarma del reloj a las seis.

Después de ir al cuarto de baño que compartía con Lottie —que era más espacioso que toda la planta baja de la casa familiar en

Yorkshire—, se puso su vestido de los domingos, cogió el paquete que había traído para Betty y bajó a la cocina.

La puerta a la que había llamado vencida por la desesperación la noche anterior estaba abierta de par en par. Se detuvo en el umbral e inspiró los frescos aromas a pino y tomillo silvestre que traía el amanecer, al tiempo que sentía, agradecida, que volvía a invadirla el entusiasmo por Italia.

Se volvió de golpe al oír que alguien entraba en la cocina.

Una cara redonda y perpleja le sonrió.

—¿Eres tú, Constance? ¡Cielo santo!

Betty, o por lo menos Constance pensó que debía de tratarse de ella, se le acercó corriendo y la envolvió en un cálido abrazo. Luego, la soltó y dio un paso atrás.

—Deja que te mire. No te veo desde que eras una nena. Madre mía, dichosos los ojos que te ven. Estás preciosa.

Constance se sintió incómoda bajo la mirada escrutadora de Betty.

—Me parece un milagro estar aquí —dijo.

—Habrías llegado antes si no me hubiera confundido con las fechas. ¿A qué hora llegaste?

—Poco después de medianoche.

Betty soltó un chillido.

—Por favor, dime que encontraste un carruaje que te trajera desde la estación.

—Encontré un carruaje en la estación —respondió Constance con una sonrisa.

—Bueno, algo es algo. —Los ojos de la cocinera se posaron un instante en el reloj de la pared, que marcaba las seis y cuarto—. En cualquier caso, te has despertado cuando canta el gallo.

—Las viejas costumbres nunca mueren.

—No te falta razón. ¿Qué te ha parecido Portofino?

—Es maravilloso. No puedo parar de mirar las vistas.

—Puede tener ese efecto. Aunque, si me preguntas, Whitby es, a su modo, igual de bonito. —Le guiñó el ojo y se fijó en el paquete envuelto en papel de estraza que Constance apretaba entre sus manos —. ¿Qué es? ¡No habrás traído eso desde Inglaterra!

—Solo son unas cositas. Mamá pensó que quizá te gustarían. También hay una carta.

Betty llevó el paquete a la mesa de la cocina y lo abrió. Cuando vio lo que contenía, sonrió de oreja a oreja.

—Ay, gracias a Dios. ¡Mermelada! Y un poco de mostaza inglesa como Dios manda. —A continuación, cogió la carta y se la acercó a los ojos para poder leer el nombre escrito en el sobre—. Quién lo habría imaginado... —Constance vio lágrimas en sus ojos y se acercó para consolarla, pero Betty le dijo que no con la cabeza—. Quién habría imaginado, cuando Fanny Gray y yo trabajábamos juntas como domésticas, que terminaría aquí, al cabo de más de treinta años, con su hija. —Sonriendo, abrazó a Constance—. ¡Y en Italia, nada menos!

Pero no tenían tiempo para la nostalgia. Había mucho que hacer, y Constance tenía mucho que aprender.

Después de sujetarse bien un delantal prestado, Constance ayudó a Betty con los desayunos. Troceó fruta y sirvió platos de beicon y huevos revueltos para llevarlos a los huéspedes. Dos de las mujeres a las que sirvió —una de mediana edad y antipática, la otra hermosa pero ausente; ¿se llamaba Rose?— habían sido muy exigentes con ella. Habían devuelto el café a la cocina porque les pareció demasiado amargo e hicieron lo propio con la fruta porque consideraron que estaba «aplastada». Sin embargo, la clientela había sido amable en términos generales.

Estaba lavando los platos en el enorme fregadero —¡era grande como una bañera!— cuando Bella entró en la cocina y dictaminó que era un buen momento para explicarle a Constance cuál iba a ser su cometido.

—Por supuesto, tu prioridad será Lottie —dijo—. Pero también tendrás otras tareas. Ayudar a Betty, como has hecho esta mañana. O limpiar si es preciso. Necesitaremos que nos eches una mano. —Le dirigió una sonrisa—. Aunque, según veo, lo estás haciendo muy bien de momento.

—Estaré encantada de arrimar el hombro en todo lo que se me pida, señora Ainsworth. —Constance lo había dicho de verdad. El mero hecho de estar allí la hacía feliz.

—¡Estupendo! Hay un uniforme en mi despacho. Tendrás que ponértelo cuando no estés cuidando a Lottie. —Bella le pasó las cartas del menú. Estaban escritas a mano con una cuidada caligrafía—. Puedes empezar llevando las cartas al comedor. Y ten presente que debes responder a todas las preguntas de los huéspedes.

Constance echó una ojeada a la primera carta. Probablemente pareció confundida al ver aquella ristra de expresiones extranjeras, porque Bella le preguntó:

—Sabes leer y escribir, ¿verdad, muchacha?

No estaba segura de cómo responder. No tenía ni idea de cómo se pronunciaba *«stracciatella»* y ni siquiera de lo que era. ¿Qué muchacha inglesa lo sabría?

—Me las arreglo, señora —dijo con cautela.

Constance se disponía a protestar, o por lo menos a aclarar las cosas, cuando una joven de aspecto estirado apareció en la puerta. Bella la llamó con un gesto.

—¡Alice! Te presento a Constance March, la nueva niñera. Constance, te presento a mi hija y madre de Lottie, la señora Mays-Smith.

—Encantada de conocerla, señora —dijo Constance haciendo luego una inclinación. Era extraño, pero la recién llegada parecía mayor que su madre. Estaba muy flaca y desmejorada.

—No es necesario que me hagas reverencias —dijo Alice en un tono más arisco de lo que a Constance le pareció estrictamente necesario.

Volviéndose hacia Alice, Bella preguntó:

—¿Crees que es un buen momento para que conozca a Lottie?

—Mejor hoy que mañana —dijo Alice—. Ahora la bajo.

Constance suspiró aliviada cuando Alice y Bella salieron de la cocina. Tuvo la impresión de haber superado una prueba de la que nadie le había puesto al corriente. Intuyendo su estado de ánimo, Betty se arrimó a su lado y le puso una mano regordeta en el brazo.

—No te preocupes por la señora Mays-Smith. —Bajó el tono de voz—. He aprovechado este ratito para echar un vistazo a la carta. He llorado a lágrima viva mientras la leía, que lo sepas.

Constance pudo imaginar por qué.

—Dios te bendiga.

—Cuando tu madre me escribió para pedirme que te buscara trabajo aquí... En fin, jamás se me habría ocurrido el motivo.

—No quisimos decírtelo.

—Lo habrás pasado muy mal. Pobrecilla. Ahora entiendo por qué no te lo pensaste dos veces cuando te propuse que vinieras aquí. Para hacer borrón y cuenta nueva. Tan lejos de casa. —Constance asintió.

Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Pues eso es justo lo que te vamos a dar. ¡Una vida nueva! La oportunidad de dejar atrás todos tus problemas. —Betty sostuvo el rostro de Constance entre sus manos, pasándole los pulgares por el rastro que las lágrimas habían dejado en sus mejillas—. El tiempo lo cura todo, cariño. El tiempo..., el trabajo duro... y la buena comida.

Hallándose a medio camino entre Alassio y Portofino, Jack frunció la frente por encima de la montura de sus gafas de conducir. Pasar de tercera a segunda era una maniobra delicada que exigía toda su concentración.

Claudine lo observaba con gesto sonriente. No era la primera vez que pensaba que Jack conducía de la misma forma que hacía el amor: suavemente, seguro de sí mismo y con escasa consideración por el goce del pasajero. A cambio, Claudine podía ver lo mucho que disfrutaba Jack cuando estaba al mando y lo seguro que parecía de que era el único que sabía el camino para llegar al destino.

Los automóviles nunca habían sido santo de su devoción. Pero era difícil resistirse al encanto de ese modelo en concreto. Su potencia estaba a la altura de su belleza. Los otros coches gruñían y rechinaban al trazar las curvas de las sinuosas carreteras de montaña italianas. Pero ese Bugatti podía con todo.

Habían pasado juntos todo el verano viajando por la Riviera francesa y la italiana. Partiendo de Cannes, habían asistido a una retahíla deslumbrante de fiestas, conciertos, timbas de *blackjack* y retiros en villas siguiendo la costa en dirección este, recalando en Niza, Montecarlo, San Remo y Alassio. Su siguiente escala sería en Portofino, el pueblo más bonito de la costa, o eso aseguraba la gente.

Casi había pasado un año desde que Jack había ido a ver el concierto de Claudine en París. «Cantas como los ángeles», le había dicho él, con su suave acento tejano.

Claudine acababa de salir del escenario. Estaba acalorada y exhausta, y sin demasiadas ganas de jaleo. Sin embargo, aunque se aproximaba a los cincuenta y no era exactamente el tipo de hombre que le gustaba —era grueso, rubio, con entradas y un bigotito demasiado atildado—, Jack la había seducido con su encanto anticuado y su aire de serena autoridad.

—Sería un honor para mí invitarla a cenar —le había dicho, inclinándose con elegancia—. Como estadounidenses que somos, debemos apoyarnos los unos a los otros.

—Vale —había contestado ella, sonriendo—. Pero yo decido adónde vamos.

Claudine lo había llevado a La Coupole en el boulevard de Montparnasse. Siempre se había sentido a gusto allí, entre el batiburrillo de estadounidenses que componían su clientela, muchos de los cuales eran artistas y escritores. También la tranquilizaba ver a menudo a otros negros en el local.

Jack sabía a qué se dedicaba Claudine. Se lo había contado todo: su estancia como artista contratada en el Lido de Venecia, la recomendación del mismísimo Cole Porter para los productores del Théâtre des Champs-Elysées. Él, en cambio, ¿qué hacía con su vida?

—Bueno, ya sabes —dijo él, atacando su *choucroute à l'alsacienne* —. De todo un poco.

—Necesito que me des más detalles, Jack.

Él la miró con gesto indeciso, brumoso.

—¿Y si te digo que soy *commissionnaire d'objets d'art*?

Claudine levantó una ceja.

—¿Es verdad?

Jack sonrió.

—Digamos simplemente que no es mentira.

Claudine no tardó en comprobar que esa observación resumía a la perfección el carácter de su amante. La vida de Jack se desarrollaba entre la verdad y la mentira, entre la honestidad y la deshonestidad. Pero tampoco le molestaba demasiado. Por lo menos, no hasta ahora.

¿Por qué no? Porque Claudine no había imaginado en ningún momento que esa relación pudiera durar. El problema, sin embargo, era que había resultado ser notablemente resistente. Además, cuanto más duraba, más consciente era ella de que necesitaba más de la relación de lo que Jack parecía capaz de dar. No era que esperase un compromiso por su parte, no exactamente, pero sí cierta seguridad; la confianza de que, si algún día regresaban juntos a Estados Unidos, Jack sería igual de feliz con ella —y dejándose ver con ella— que en la fiesta eterna que estaban compartiendo en Europa.

A Jack le encantaba viajar. Pero si viajabas de forma constante al final ya no sabías dónde estabas. La vida se volvía aburrida y

mecánica, un borroso desfile de ciudades y personas nuevas. Por primera vez en su vida, Claudine deseó echar raíces. Pero ¿dónde? ¿Y con quién?

La carretera de la costa serpenteaba sin fin por los cabos rocosos, bajo imponentes farallones y escarpadas laderas. El sol refulgía en el cielo y el perfume del tomillo impregnaba el aire. Claudine se bajó las gafas de sol para observar mejor los pueblos desperdigados y los pinares.

Era difícil conversar con el ruido del motor. Pero hacía tanto rato que ninguno de los dos hablaba que el silencio empezó a resultarle incómodo. Arrimándose a Jack, Claudine le gritó al oído:

—Háblame del Hotel Portofino.

Él sonrió.

—Es un hotel —le respondió gritando, sin despegar los ojos de la carretera—. Está en Portofino.

—Muy chistoso. —Claudine le atizó con cariño en el hombro.

—No sé mucho —reconoció Jack—. Lo único que sé es que abrieron hace poco menos de un año. Cuentan que es muy confortable. Grandes suites. Cuartos de baño modernos. Vistas maravillosas al pueblo y a la bahía. Lo regenta una pareja inglesa, Cecil y Bella Ainsworth. Él es un aristócrata, o algo parecido, aunque está sin blanca, como la mayoría de esa gente hoy día. Todo el dinero es de la mujer.

—Qué desgracia —dijo Claudine—. Para él, quiero decir.

Jack soltó una carcajada.

—Y que lo digas.

—¿Cómo te has enterado de todo esto?

—Cecil es amigo de un amigo de un amigo.

Ahora le tocó a Claudine soltar una carcajada.

—Contigo, ¡todo el mundo es amigo de un amigo de un amigo!

Jack se encogió de hombros.

—No se me ocurre mejor forma de vivir. —Echó un vistazo a Claudine y le guiñó un ojo antes de volver a concentrarse en la carretera—. Hay que tener contactos, querida. Por lo menos si quieres tener éxito en la vida.

Rose contemplaba el mar desde la barandilla cuando Lucian se le

acercó. Había esperado ese momento, había deseado que él la buscara, confiada en que el atuendo que su madre le había elegido —un vestido recto de color crema con mangas de encaje, realzado con un collar holgado de perlas— le sentaba, si no perfecto, por lo menos muy bien. Atractiva, pero recatada. Moderna, pero no tanto como para asustar.

La emocionó reparar en que Lucian debía de estar pensando algo parecido.

—¡Ahí estás! —exclamó él fingiendo enfado.

Ella lo obsequió con una sonrisa tímida.

—Aquí estoy —dijo, antes de volverse nuevamente hacia el mar. Sintió que él se tomaba un momento para apreciar su belleza, el único aspecto de sí misma en el que tenía una total confianza. La belleza era algo que siempre había poseído, hasta el punto de que nunca había dejado de preguntarse si se necesitaba algo más en la vida.

La mañana era cada vez más cálida y agradable. Permanecieron un momento junto a la barandilla, mirando el mar, recibiendo agradecidos la brisa que agitaba sus cabellos.

—Qué vista tan bonita —comentó Lucian. Luego, se quedó callado un momento sin saber qué decir—. Se me ocurre que luego podríamos bajar a la playa, si te apetece. Cuando cae la tarde refresca un poco. O podríamos hacer una excursión en barco. Sabes nadar, ¿no?

—No estoy muy segura.

—Entonces será un placer enseñarte.

Rose no estaba muy convencida de bajar a nadar. Significaba mojarse y nadie, ni siquiera ella, lucía perfecta estando empapada.

—No sé —dijo ella—. Tengo que consultárselo a mamá.

Lucian la miró con gesto divertido, preguntándose sin duda por qué iba a necesitar esa muchacha el permiso de su madre para hacer algo tan banal.

—Hay muchas cosas maravillosas que hacer aquí, Rose —dijo él, zalamero—. Florencia y Pisa están a un día de camino. Génova está aquí al lado, en la costa.

—Ya lo sé. Tomamos el tren allí.

—Y hay pequeñas maravillas todavía más cerca. Cada iglesia parece albergar un tesoro. Es como vivir en un museo.

Rose no podía imaginar nada peor. Puso una mueca y dijo:

—De verdad espero que el ambiente no esté demasiado cargado. —Lo había dicho en tono de broma, pero el comentario no hizo efecto y Lucian no parecía saber cómo reaccionar. Rose se acordó de que no se le daban bien los chistes. ¿Por qué no?, se preguntó.

Una vez más volvía a sentirse confundida. No solo por esa conversación incómoda, sino también por el hecho de que el guapo carretero cuya nuca había mirado con tanta intensidad no hubiese sido un italiano anónimo, sino Lucian. Ahora, frente al *verdadero* Lucian —el Lucian del que su madre no había parado de hablar—, no sabía cómo comportarse. ¿Lo encontraba atractivo? ¿Le gustaba siquiera un poco? Le parecía imposible hallar respuesta a esas preguntas. Aunque, en sí mismas, tampoco parecían difíciles.

Un ruido extraño desvió el curso de sus pensamientos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, mirando a su alrededor.

—¿A qué te refieres?

—Ese zumbido espantoso que viene y va.

Lucian hizo ver que escuchaba con gesto exagerado.

—Ah, son cigarras.

—¿El qué?

—Un tipo de insecto. Parecido a un saltamontes. —Lucian echó una ojeada a los arbustos y los matorrales que los rodeaban—. Espera. Déjame ver si encuentro una para ti.

Rose chilló.

—¡No, Lucian! ¡Por favor! ¡No lo hagas! No puedo con los bichos.

Levantó entonces la cabeza y miró hacia la ventana, donde, detrás del cristal, pudo ver la figura tiesa e inflexible de su madre espiándola.

No se sorprendió. Estaba acostumbrada. Sin embargo, ¿quién era ese hombre que apareció de pronto a su lado? Mamá seguro que lo había oído llegar, pero en lugar de volverse hacia él cerró los ojos. Y al hacerlo una expresión curiosa se adueñó de su rostro. Un semblante de serenidad, pensó Rose. ¿O era deseo?

Julia supo que era Cecil sin tener que volverse. Cuando entró en la habitación, todo el ambiente pareció cambiar. Incluso su olor era el mismo de siempre: un aroma almizcleño a agua de colonia y tabaco. Siempre le había resultado muy atractivo.

Cecil se acercó sin hacer ruido a la ventana y, colocándose demasiado cerca de ella, miró por encima de su hombro.

—Problemas en el paraíso, veo.

Ella no se movió.

—¿De dónde has salido? ¿Has estado evitándome?

—Como si pudiera. O quisiera. ¿Mi hijo está siendo simpático?

—Digamos que no hemos empezado con buen pie.

—Eso me han dicho.

—Supongo que a ti te habrá parecido divertido.

—Confieso que un poco. ¿Y qué me dices de tu muchacha? ¿Transigirá con nuestro plan?

—Bueno, Rose es muy obediente —dijo ella, como si la pregunta le pareciera ridícula—. Hará lo que yo le diga.

Bella echó una ojeada al pasar frente a la biblioteca y vio a Julia conversando íntimamente con Cecil junto a la ventana. Sintió una opresión en el pecho. ¿Qué tontería estaría barruntando su marido?

Bien, era evidente que Julia lo miraba con buenos ojos. Por el amor de Dios, esa mujer era todo un personaje. Bella se había topado con madre e hija cuando estas bajaban a desayunar. Les preguntó si habían dormido bien, sinceramente interesada después de lo mucho que se había esforzado en acomodar sus habitaciones.

Julia había medido su respuesta con ánimo de herir.

—Normal. Hacía calor en la habitación. Y siento decirlo, pero me ha parecido un poco recargada.

—Lamento mucho que esa haya sido su impresión.

Como de costumbre, Rose se apresuró a restañar las heridas.

—Yo he dormido como un niño de pecho. No me parece estar en un hotel. Es como una preciosa casa de campo.

Deseosa de desaparecer, Bella les había indicado el camino hacia el comedor. Pero Julia se había mantenido firme.

—Me preguntaba si no tendría algo un poco más espacioso.

—Todas las habitaciones están reservadas —había respondido Bella, esforzándose en mantener un tono de voz medido y sereno.

—Pero no ocupadas. Quizá debería hablar con Cecil. —Julia había echado un vistazo a su alrededor—. Si es que se digna a aparecer.

—No, no. Veré que puedo hacer. —No le convenía en lo más mínimo que Cecil interviniera con su habitual torpeza, que en nada ayudaba.

Quizá de eso estaban hablando ahora los dos.

Pero cualquier veleidad de interferir en su conversación quedó disipada por un alegre y potente bocinazo procedente del exterior.

«Claro —pensó Bella—. ¡Los Turner llegaban esta mañana!»

No sabía demasiado de automóviles, aparte del ruido espantoso que hacían. Aun así, cuando salió a la luz del día, le resultó difícil no quedar impresionada por el reluciente coche rojo que se detuvo derrapando sobre la gravilla.

—¡Madre mía! —exclamó Bella—. ¡Una entrada magnífica!

El conductor se quitó las gafas y sonrió de oreja a oreja. En un fuerte acento estadounidense, dijo:

—Jack Turner. A su servicio.

Un grupito de gente se congregó en torno al coche.

—Un Bugatti —observó el conde Albani con evidente satisfacción —. Muy bonito.

Sin embargo, al cabo de unos segundos, la atención de todos los presentes se había desplazado por completo a la elegante mujer que salía por el otro lado del vehículo, con sus rizos prietos agitados por la brisa.

—Gracias —dijo cuando Billy se acercó a ayudarla. También hablaba con un marcado acento estadounidense.

Billy estaba fascinado con la ropa que vestía la mujer: un traje de hombre, cortado para resaltar su silueta con resultados despampanantes. Betty, que había salido corriendo de la cocina para ver qué ocurría, le propinó un fuerte codazo.

—Deja de babear, muchacho. ¡Ve a coger sus maletas!

Bella condujo a los recién llegados al vestíbulo y les pidió que firmaran en el registro.

—Aquí, por favor —indicó a Jack al tiempo que le alargaba una estilográfica—. En nombre de usted mismo y de... —lanzó una discreta mirada a la mano de la mujer, desnuda de anillos— la señora Turner.

Jack firmó sin decir palabra y luego dirigió una mirada cómplice a su acompañante.

Ella esbozó una minúscula sonrisa de satisfacción.

—Puede llamarme Claudine —dijo.

Algo que Lucian había descubierto durante su convalecencia era la importancia de mantenerse ocupado. De hecho, había sido idea de su médico: cortar de raíz toda cavilación o reflexión. En esos primeros días, casi cualquier cosa hacía aflorar la negra testuz de la melancolía, y los ataques, como eran imprevisibles, resultaban tanto más violentos. Lucian podía estar paseando por el campo en un día perfectamente agradable de verano cuando, de pronto, y sin motivo aparente, se le abría un agujero en el alma y se precipitaba en él.

Con el tiempo, había aprendido a desterrar esos cambios de humor con el pincel. Porque la pintura lo ayudaba a evadirse de sí mismo. No solo el acto repetitivo y mecánico de aplicar óleos sobre el lienzo, sino la absorbente concentración en algo externo, ya fuera una fuente de fruta o un puente de ferrocarril.

El problema era que la fe de Lucian en su arte estaba siendo minada por la misma gente que supuestamente debería estar apoyándolo. Uno de los atractivos de Italia —el motivo de que se hubiera tragado su orgullo y hubiera seguido a sus padres tan lejos— eran sus paisajes, tan pintables.

Sin embargo, la ojeriza que su padre le tenía a los artistas era tan descomunal que, cada vez que Lucian mencionaba que le gustaría dedicarse profesionalmente a ello, le resultaba imposible declarar sus ambiciones sin parecer débil o iluso. Ello se había contagiado a sus pensamientos íntimos, de modo que cuando hablaba consigo mismo su voz adoptaba un tono de burla.

Su familia había envenenado sus intentos de labrarse una felicidad futura. Lo único que les interesaba era casarlo y verlo abandonar el nido.

Otro detonante de su mal humor había sido la conversación con Rose. ¿Cómo podía una chica tan guapa ser tan superficial? Volviendo de la estación, había soñado con una Rose completamente distinta: aguda, equilibrada e independiente. Ese primer entusiasmo había dado paso a una suerte de torpor al comprobar lo muy equivocado que estaba. La verdadera Rose era una promesa demasiado fastuosa como para resultar creíble. Tan aplastada estaba por la autoridad de su madre que parecía uno de esos higos pisoteados que solía encontrarse por el jardín.

Lucian descubrió con agrado que la biblioteca estaba vacía. Sacó un libro de uno de los estantes y empezó a hojearlo sin ganas. Era de Trollope. Como si alguien en su sano juicio fuera a viajar a Italia para decirse: «Bueno, voy a leer *Las torres de Barchester*». Se prometió que compartiría la observación con Nish. A él también le haría gracia.

Seguía riéndose para sus adentros cuando su madre entró en la sala.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Durmiendo, si tienen la cabeza sobre los hombros.

—¿Y a ti no te ha apetecido echarte la siesta? Anoche estuviste despierto hasta muy tarde.

Así que se había enterado de su baño nocturno. Lucian levantó la vista del libro.

—¿Por qué estás aquí? ¿Me buscabas por algo?

Bella se le acercó.

—Solo me preguntaba dónde estabas. No te he visto entre la multitud que se ha reunido para ver la llegada de los Turner. —Por las palabras empleadas, su madre parecía referirse a la inauguración de una galería de arte.

Lucian se encogió de hombros.

—Los huéspedes vienen y van. Al fin y al cabo esto es un hotel.

—No es necesario que seas grosero.

—¿Te ha enviado papá?

—¡Lucian! —Bella parecía sinceramente disgustada.

—¿Qué? Ha estado atosigándome cada vez que se le presentaba la ocasión. Dile que no tiene de qué preocuparse.

Una mano maternal lo cogió del brazo.

—Soy yo la que está preocupada.

—¿Por esa condenada boda?

—¡Por ti!

Lucian la miró y pudo comprobar que era verdad. La preocupación se traslucía en sus ojeras, en la vena que palpitaba con suavidad en su sien derecha.

—No tienes por qué preocuparte —dijo él.

—Pero lo estoy. Me cuesta reconocerte.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Lo que quiero decir es que me parece que estás malgastando el tiempo. Y de una forma bastante dañina.

Lucian pareció herido.

—Eres igual que él. «Vuelve a Inglaterra. Encuentra trabajo. Cásate.»

—Me importa un bledo lo que hagas. Simplemente, haz algo.

—Tú me pediste que viniera aquí.

—Y te quiero aquí. Claro que quiero que estés aquí. No estaba diciendo eso.

Un silencio lúgubre se apoderó de la sala. Lucian decidió romperlo.

—¿Y qué me dices de ti?

—Yo tengo un proyecto que me apasiona. —Bella hizo un gesto con el brazo señalando toda la sala.

—¿Y te hace sentir satisfecha?

—Tanto como ser madre.

—¿Y tu matrimonio con papá?

—Claro que sí —dijo ella sin demasiada seguridad—. Eso también.

—¿Y puedes encontrar tu propósito en la vida amando a otra persona?

—Si la amas de verdad, sí.

—¿Pero si no?

Bella se disponía a responder cuando Cecil irrumpió en la biblioteca.

—¿Qué hacéis escondidos aquí? —Lucian se dio cuenta de que su padre se había puesto elegante. Iba trajeado. Era evidente que quería impresionar a alguien. Miró el rostro antaño apuesto de su padre.

Por el tono que Bella empleó en su respuesta, fue como si en realidad lo odiara.

—Estábamos hablando sobre el amor —dijo ella, con los ojos clavados en Lucian.

Cecil puso una mueca.

—Válgame Dios —dijo, antes de dar media vuelta y desaparecer por el pasillo.

Para complacer a Lucian, Bella había colgado una selección de sus cuadros en una pared discreta detrás de la escalera. Cecil se quedó de piedra al ver que Jack Turner, el nuevo huésped estadounidense, los

estaba examinando con un interés más que evidente.

Cecil había visto el automóvil en el camino de acceso y había sospechado que podría serle útil conocer a su dueño. Así pues, se había propuesto dar con él. Por fortuna, no le había tomado demasiado tiempo.

—No están mal, ¿verdad? —dijo en voz alta, encaminándose hacia Jack. A decir verdad, no tenía ni la más remota idea de si los cuadros eran buenos o no.

—Decir que no están mal es quedarse muy corto —respondió Jack.

Cecil le tendió la mano.

—Cecil Ainsworth. Imagino que ya ha conocido a mi mujer.

El hombre se la estrechó con una mano desagradablemente laxa.

—Jack Turner —dijo, antes de volverse hacia el cuadro que estaba contemplando, un retrato de una mujer con un vestido de seda y una rosa amarilla en la mano—. ¿Es de un artista local?

—Más o menos. Es de mi hijo, Lucian.

Jack levantó una ceja.

—Tiene talento.

—Quizá, pero no se lo diga. Solo me falta que crea que puede ganarse la vida como pintor.

Ambos compartieron una risa grave en la que sobraban las palabras.

—¿Están en venta? —quiso saber Jack.

La pregunta desconcertó a Cecil.

—Puede ser —dijo. No era algo en lo que hubiera pensado antes —. ¿Es usted coleccionista?

—No exactamente. Pero conozco a algunos.

Cecil iba a hacerle más preguntas cuando oyó el ruido de alguien que bajaba la escalera calzada con unas bailarinas. Era la compañera de Jack —improbable que fuera su esposa, pensó Cecil—, la tal Claudine de la que todo el mundo hablaba. Bajo su kimono de seda, Cecil pudo atisbar un brillante bañador rojo de tiro alto. Tenía la piel muy oscura.

—Nena, te presento al señor Ainsworth —dijo Jack, sin volverse. Parecía saber exactamente quién había llegado con solo oír la ligereza de sus pasos.

Claudine no se quitó las gafas de sol ni el sombrero, pero sí que

le tendió una mano a Cecil para que se la besara.

—Encantado —dijo él, besándola. Luego se volvió hacia Jack—: ¿Tienen grandes planes para la jornada de hoy?

—Habíamos pensado dar un paseo hasta la playa —dijo Jack.

Cecil se adelantó unos pasos, disfrutando por una vez de interpretar el papel de solícito anfitrión.

—Permítanme entonces que les abra la puerta. Esta es sin duda la mejor hora del día para darse un baño.

Cuando Melissa vio cómo se marchaban Jack y Claudine, volvió enseguida a la terraza donde lady Latchmere estaba echándose una siesta en una silla. Acercándose sigilosamente, le susurró:

—¡Tía! ¡Despierte! ¡Tiene que ver esto!

Lady Latchmere soltó un glugluteo de pavo, como si quisiera desperezarse.

—¿Qué? —Intentó darle un sopapo a Melissa en la cabeza, pero esta lo esquivó, situándose rápidamente fuera de su alcance—. Cálmate, querida. No armes escándalo.

—¡Pero mire!

Señaló a Claudine, que desfilaba con andares precisos de modelo de pasarela hacia el sendero que bajaba a la playa. Jack la escoltaba, llevándole el bolso y la sombrilla.

Lady Latchmere estiró el cuello, tensando todos sus tendones osificados en busca de nuevos chismorreos que contar.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó al atisbar el bañador rojo. Volvió a arrellanarse en la silla y empezó a abanicarse—. Me siento muy débil.

Melissa se preocupó.

—¿Voy a buscar al señor Sengupta?

—No será necesario. Pero quizá me vendría bien otro vasito de esa limonada italiana que he tomado con el desayuno.

—Veré qué puedo hacer —dijo Melissa.

Los *caffès* eran caros en Portofino. Tenían las mismas mesas de estaño y tazas de porcelana blanca que los de Génova, pero endosaban un treinta por ciento más por el privilegio de poder observar a las

señoronas inglesas nadando como perritos en las olas. De vez en cuando, solo de vez en cuando, podía sonreírte la suerte y disfrutabas de la visión de una verdadera rosa de Inglaterra quitándose la ropa...

Había un par de rosas alojadas en el Hotel Portofino, recordó Roberto. La más joven se llamaba Rose, de hecho. Qué curioso, ¿verdad? Tenía la tez lechosa, tersa y delicada. Tirando a flaca, pero las chicas inglesas solían serlo. Habría que empapuzarlas como a las ocas.

La rosa inglesa llegó con la madre acoplada. Roberto esbozó una sonrisa zorruna al pensar en la vieja. ¡Era tremenda! Vigilaba a su hija como si todavía fuera un bebé.

«¡No vayas ahí!»

«¿Dónde has estado?»

Todo el día, todos los días. No entendía cómo la chica podía soportarlo.

Roberto dio un sorbo a su Campari con gaseosa. Alguien bajaba por el camino del hotel. Un hombre de mediana estatura con una sombrilla en la mano. Delante de él, caminaba una mujer negra, alta, con la figura más increíble que Roberto hubiera visto en toda su vida.

Llegaron a la playa, donde la mujer se despojó del kimono para revelar... ¡Dios mío! La espera había valido la pena. Roberto se quitó las gafas de sol para disfrutar mejor de la vista. Por desgracia, no era el único que se había fijado en ella. Una pequeña multitud había empezado a congregarse en la playa, avanzando lentamente hacia la toalla que el hombre había extendido en la arena.

¡Gente! ¡Tapándole la vista!

Roberto se puso en pie y estiró el cuello. Al hacerlo, un hombre se acercó a su mesa. Lo acompañaban dos hombres más jóvenes. Se quedaron un paso atrás, de brazos cruzados y con las piernas, fuertes como robles, ligeramente separadas. El hombre mayor llevaba el pelo rapado y tenía los hombros caídos. Vestía ropa elegante, pero barata. Le tendió la mano.

—Danioni —dijo. Tenía un acento fuerte y rústico. Ni siquiera parecía genovés.

—Un gusto conocerle —dijo Roberto, tratando de ocultar la rabia que le daba haber tenido que despegar los ojos de la playa.

Danioni dio un paso atrás.

—Lamento haber interrumpido sus... observaciones. Pero me

interesa saber algo. ¿Está usted afiliado al Partido?

—Me lo estoy pensando. —Roberto procuró hablar con un acento refinado para marcar distancias.

Danioni miró en la misma dirección que Roberto, hacia la mujer tumbada en la playa, que concitaba la atención de todos los presentes.

—¿Extranjera?

—No me diga.

—¿Se aloja usted en ese hotel inglés?

Roberto asintió y se encendió un cigarrillo.

—Confío en que se ande con ojo.

Roberto sonrió.

—Mi padre también se aloja aquí. Le encantan los ingleses.

Danioni carraspeó para hacer subir un cuajo de flema y lo escupió a los pies de Roberto.

—Pues entonces no combatió en la guerra.

Roberto se quedó mirando el esputo amarillo que todavía temblaba en el suelo. Poco a poco, dejó que su mirada ascendiera al rostro cetrino y despreciable de Danioni.

—Tengo entendido que la guerra ya terminó —dijo.

—¿Ah, sí? —Danioni enarcó las cejas. Acto seguido, echó un vistazo a sus dos compañeros, que sonrieron obedientemente—. Qué curioso. A mí me han dicho que ni siquiera ha empezado todavía.

El hachazo con el que Bella se había despedido de Lucian al final de su discusión —o más bien discrepancia, al decir de ella— había sido que, si quería hacer algo útil en vez de ir por ahí sin rumbo, podía enseñar a leer a Constance.

—¿Quién es Constance? —había preguntado él.

—La nueva niñera.

—¿La chica que he visto antes en la cocina? ¿Con el uniforme de camarera?

—Hará un poco de todo.

—Pobre Constance.

Bella le había dirigido una sonrisa conciliadora.

—¿Vuelves a tener un «espasmo de radicalismo»? —Era una alusión a una recordada bronca que Lucian había tenido con su padre.

—Puede ser. —Lucian se quedó callado un momento—. Lo que

no entiendo es por qué no podemos contratar a una niñera y a una criada, si necesitamos ambas cosas.

Bella suspiró. Ni Lucian, ni Cecil, ni siquiera Alice sabían el dinero que costaba mantener aquel tinglado en marcha. O, si lo sabían, les traía sin cuidado.

—Porque no nadamos en la abundancia —le espetó—. De todos modos, no es nada fácil encontrar buenos criados últimamente. Y creo que la chica tiene madera.

Lucian encontró a Constance enfrascada en la lectura de un ejemplar maltrecho de *La Ilíada*.

—Ah —dijo él—. ¿Qué lees? ¿Trollope?

Ella cerró el libro de golpe, poniéndose colorada.

—¿Cómo dice, señor?

—Descuida. Es una broma que tengo con un amigo. ¿Me lo enseñas?

Constance sostuvo el libro como un escudo, pero Lucian se lo arrebató de todos modos.

—Me parece que tal vez sería más prudente empezar con algo menos ambicioso que Homero, ¿no crees? —Se lo devolvió.

Asintiendo, Constance dejó el libro en el sitio donde lo había encontrado.

—Me han comentado que necesitas un poco de ayuda con la lectura —dijo Lucian.

—No supe leer la carta, simplemente. Las palabras eran extrañas. —Tenía un marcado acento de Yorkshire. Era cautivador, realmente cautivador.

—Bueno, mi madre me ha rogado que te ayude.

—Ya lo sé, señor. Por eso la señora Mays-Smith ha tenido la bondad de darme una hora libre.

Tras quitarse la chaqueta, Lucian se sentó cómodamente al escritorio. Constance no se movió de donde estaba, junto a la librería. ¿Se lo parecía a él o de verdad la chica estaba enfurruñada? Le lanzó una mirada de impaciencia.

—Escucha. Tengo las mismas ganas que tú de estar aquí. Así que vamos a aprovechar este rato al máximo, ¿de acuerdo?

Tras un momento de duda, Constance se acercó a la mesa. Echó

mano de una silla y se sentó.

—De acuerdo —dijo—. Señor.

—Llámame Lucian, por favor.

—Lucian. —Arrugó la nariz—. Suena divertido. No el nombre —puntualizó a toda prisa—. Oírme a mí misma diciéndolo.

Lucian sonrió. Era una muchacha dulcísima.

—Vamos a empezar con el alfabeto —dijo.

De una cartera de cuero, Lucian sacó un abecedario infantil, una hoja de papel y un lápiz. Dejó todos los útiles sobre la mesa espaciándolos de forma regular como si el orden de la disposición fuera la primera lección de la clase.

—Veamos cómo se te dan estos ejercicios —dijo él—. Y grita cuando hayas terminado.

Mientras ella se aplicaba a la tarea, Lucian se hundió aún más en su butaca favorita —la que estaba tapizada con cuero rojo capitoné— y trató de concentrarse en la lectura del periódico. Se había informado sobre la huelga general cuando todavía no había partido para Italia porque sabía que era algo en lo que debía mostrar interés. Pero no podía parar de lanzar miradas furtivas a Constance. No era guapa en el sentido convencional del término, no como Rose. Tenía los ojos bastante juntos bajo unas cejas densamente pobladas. Desde luego, vestía ropa vieja y sin formas. Aun así, la chica tenía algo.

Seguramente se había dormido, porque de pronto la oyó carraspear.

Lucian levantó la vista, cambiando de postura en la butaca para disimular que se había dormido.

—¿Has terminado? —preguntó, fingiendo aplicado interés.

—Tengo que irme ya —dijo ella, mirando la puerta de la biblioteca—. Me necesitan.

—Pues deja que eche un vistazo.

Ella le entregó la hoja, que había doblado cuidadosamente.

—¿Mañana a la misma hora? —propuso él.

Constance dudó.

—Deje que hable con la señora Mays-Smith.

—¿Quieres que lo haga yo?

—Yo lo haré. Trabajo para ella. —Un silencio respetuoso—. ¿No me necesita para nada más, señor?

—Nada más —respondió Lucian.

Constance salió de la biblioteca, pero al verla marcharse Lucian tuvo el extrañísimo deseo de volver a llamarla, solo para poder experimentar de nuevo la delicada sensación de compartir con ella el mismo espacio. Pero no tenía ningún pretexto creíble y habría sido la peor demostración de poder que cupiera imaginar. Tener criados ya era algo vergonzoso y, de hecho, Lucian no se lo decía a sus amistades artísticas, ni siquiera a aquellas que habían tenido empleados domésticos en casa, siendo niños. Que eran casi todos, ahora que lo pensaba.

Cuando hubo terminado esta reflexión, que sabía que no lo dejaba en muy buen lugar, Lucian desdobló la hoja que Constance le había dado.

Lo que leyó le hizo soltar una carcajada.

«A lo mejor no sé qué son los huevos Benedict, ¡pero sí me sé el abecedario!»

Cecil se cruzó con la nueva criada de camino a la terraza. Estaba saliendo de la biblioteca y tenía esa deliciosa sonrisa de descaro típica de las chicas como ella. ¿Qué hacía allí? ¿Era la niñera de Lottie o algo por el estilo? Bella había elegido bien.

Tenía una botella de brandy y una misión entre ceja y ceja: encontrar a Jack para mantener una conversación con él como era debido. Lo había visto en la terraza, vestido elegantemente y sin Claudine. Lo que era una decepción en algunos aspectos, pero útil en otros.

Agarró un par de copas del aparador del salón antes de encaminarse con sigilo a la mesa.

—¿Le importa si le acompaño?

Jack levantó la vista.

—Como usted quiera.

Cecil sirvió dos tragos generosos. Luego, se sacó un estuche de plata del bolsillo y lo abrió con ademán teatral para mostrarle una ristra de gruesos cigarros. Ofreció uno a Jack, pero este dudó.

—No se preocupe —lo tranquilizó Cecil—. Son de importación. Para ciertas cosas no es muy prudente confiar en los italianos.

Sonriendo, Jack tomó un puro y aceptó el mechero que Jack le alargaba. Pasaron unos cuantos minutos en un silencio agradable

mientras fumaban.

—Me habló de sus contactos en el mundo del arte —dijo Cecil.

—¿Ah, sí?

—Puedo ver que tiene ojo. ¿Se dedica a ello profesionalmente?

—Compro y vendo un poco.

—¿Tiene una galería?

Jack dijo que no con la cabeza.

—Solo clientes privados.

Cecil permaneció en silencio unos instantes antes de plantear la pregunta para la que más le urgía una respuesta.

—¿Y cree que esos clientes estarían dispuestos a adquirir algunas de las obras de Lucian?

—Mi interés era exclusivamente personal —respondió Jack, seco.

—Oh. —Cecil trató de ocultar su decepción.

—No se gana mucho dinero con los pintores de este siglo. A menos que uno sea Matisse, claro.

—Claro.

—Ahora bien, el Renacimiento... —dijo Jack, y su rostro se iluminó de pronto. Cecil reparó una vez más en su acento y pensó que era odioso. Malditos estadounidenses—. Es otra historia.

—¿De verdad?

—Gracias a eso me compré el Bugatti.

Cecil sintió que algo se removía en su pecho. Un estallido de euforia animal.

—¿Se refiere a los maestros antiguos?

—Se venden como rosquillas en Estados Unidos. Museos. Ricos de buena familia. Banqueros de Wall Street. No se cansan de comprar.

—Fascinante.

—Desde luego, la gente que sabe siempre invierte en peritos que autentiquen la obra de arte. Si apoquinas cien mil pavos por un Tintoretto... En fin, más te vale que no te den gato por liebre.

—¿Le pagan por su aprobación?

—No la mía, colega. —Echó un vistazo a Cecil entre las hebras de humo que despedían sus puros—. Pero tengo al mejor en este negocio.

Desde luego, se dijo Danioni para sus adentros, ese Hotel Portofino era un sitio muy elegante. Era indiscutible que los ingleses entendían el

negocio. De hecho, quizá incluso mejor que algunos hoteleros italianos.

«Este tirador para el timbre, por ejemplo», pensó, mientras tiraba de la cuerda junto a la entrada. ¿Cuántos hoteles tendrían un timbre así de anticuado hoy día? Lo que hacían era instalar timbres eléctricos y dárselas de modernos. «¡Mire mi timbre eléctrico! Pulse el botón y maravíllese.» Los ingleses, en cambio... Hacían las cosas a la antigua usanza, decían que lo suyo era lo mejor... y la gente los creía.

Se preguntó, mientras se presentaba como señor Danioni, del consejo municipal, si la señora Ainsworth había reparado en la insignia que llevaba en la solapa, una insignia del Partido Nacional Fascista con la tricolor italiana y los fasces romanos. Le pareció que los ojos de la dama se habían fijado un instante en el escudo, pero no estaba seguro.

Después de comprobar que la señora hablaba algo de italiano, le preguntó si podían conversar un momento en privado.

Ella pareció sobresaltada.

—Mi marido no está aquí, me temo —dijo—. Volverá más tarde.

Danioni se había visto obligado a decirle que no era con su marido con quien deseaba hablar, sino con ella.

Lo condujo a una sala a la que llamó biblioteca porque había varias estanterías repletas de libros. Dentro, vio a una joven y una niña de unos seis años leyendo. El semblante de la señora Ainsworth debió de comunicar la gravedad de la situación, porque la joven y la niña se marcharon inmediatamente.

—¿Su hija? —preguntó él.

—Nuestra niñera.

—Ah. La gran niñera inglesa. La roca sobre la que se construye un imperio, ¿no?

La señora Ainsworth hizo caso omiso del comentario.

—¿En qué puedo servirle, señor Danioni?

Esa mujer no se andaba por las ramas. Danioni introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje. Sacó una carta —la carta destinada al hombre al que ella llamaba Henry— y la dejó sobre la mesa.

—Es un asunto delicado —dijo él.

La señora Ainsworth miró el sobre con gesto cauteloso antes de cogerlo. Danioni pudo sentir su miedo.

—¿Quién le ha dado esto?

El italiano se encogió de hombros. Aunque, por supuesto, lo sabía perfectamente. Había interceptado a Paola cuando esta bajaba caminando al buzón. Era una mujer sensata —una pena lo de su marido— y sabía que no le convenía en absoluto ocultarle nada. ¿Por qué complicarse la vida de forma innecesaria y complicársela además a tu familia?

—No se me escapa nada de lo que ocurre por aquí —le dijo.

—Es una carta privada. —La señora Ainsworth estaba empezando a ponerse nerviosa.

—En efecto. Repleta de sentimientos privados. Será *una grande disgrazia*, ¿no? Si esto..., ¿cómo se dice? Si esto termina en malas manos.

Había supuesto que la dama se derrumbaría. En cambio, se irguió en toda su estatura, que era considerable, y dijo:

—Entonces debo darle las gracias, señor Danioni. Por devolvérmela.

Danioni también se puso de pie, reaccionando a su intento de dar la conversación por terminada. Ella se adelantó hasta la puerta. Sin embargo, cuando ella se la abrió para que saliera, él volvió a tomar la palabra:

—Espero... que las muchas cartas que escribe hayan llegado a su destino.

Al oírlo, la señora Ainsworth cerró la puerta de nuevo y se quedó plantada ante él con los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que desea exactamente?

Una sonrisa se apoderó del semblante de Danioni. Disfrutaba con esos momentos en los que su interlocutor comprendía la situación. A algunas personas les llevaba más tiempo que a otras.

—Lo que todos deseamos, *signora* Ainsworth.

4

Bella estaba sentada en camisón ante su tocador, desenredándose el pelo con un cepillo.

La noche anterior, mientras Cecil dormía a pierna suelta, había vuelto sigilosamente a su cuarto y había abierto los postigos; para dejar salir a los malos espíritus, se había dicho a sí misma, e inspirar los refrescantes aromas de la noche italiana.

Luego había vuelto a meterse en la cama con Cecil, pues sabía que se pondría de uñas si, después de una de las pocas noches que pasaban juntos, no la encontraba con él por la mañana.

Los postigos seguían abiertos, pero ahora dejaban pasar la deslumbrante luz de la mañana y el canto de las cigarras. Una mosca trepó soñolienta por la pared hasta detenerse en la cornisa. Bella la miraba medio hipnotizada. Entonces sus ojos volvieron al espejo. El reflejo le reveló a Cecil desnudo, acechándola a su espalda como una sombra.

—¿Volvemos a ser amigos, Bella?

Todavía estaba medio dormida y no lo oyó del todo.

—Te he preguntado si volvemos a ser amigos.

—Sí, Cecil. —Bella se volvió de mala gana para mirarlo.

—Pues dilo. —Su voz sonó suplicante.

Ella contuvo un suspiro.

—Volvemos a ser amigos —dijo.

—Perfecto. Ya sabes que no soporto que me mires con malos ojos.

Se llevó un cigarrillo a la boca y se dispuso a encenderlo.

Bella torció el gesto.

—¿Es imprescindible?

Fingiendo dominar un gran disgusto, Cecil obedeció.

Al abrir el cajón superior para guardar el cepillo, Bella se sobresaltó al ver que la carta de Henry estaba ahí. La había tirado dentro del cajón apresuradamente, con la intención de guardarla bajo llave en la caja cuando tuviera un momento libre. Apenas si tuvo

tiempo para impulsar el cajón con la mano —con toda la despreocupación que supo aparentar— antes de que Cecil se acercara a ella por la espalda para acariciarle el hombro y besarle el cuello.

Sus ojos se encontraron en el espejo.

—Lo hemos pasado bien, Bellissima, ¿no?

—Muy bien. —No mentía. Cecil era un buen amante, firme y fiable.

—Entonces, ¿a qué viene esa mala cara?

—No lo sé. Tengo muchas cosas en la cabeza.

Cecil suspiró y apartó la mano del hombro de Bella.

—Ya lo sé.

A Bella se le hacía insoportable la expresión en el rostro de su marido.

—Sé que detestas hablar de dinero —dijo ella.

—Eso no es verdad —replicó él—. Lo que detesto son todas las incomodidades que se derivan de no tener bastante.

Bella se puso de pie con la intención de dirigirse a su vestidor, pero él la detuvo estrechándola entre sus brazos.

—Pero, cariño, eso tiene fácil solución.

Ella negó con la cabeza.

—No es nada fácil pedirle dinero a mi padre.

—Y dale.

—Mi padre es un hombre muy generoso. De hecho, decir que es generoso es quedarse corto.

—Ha puesto exactamente lo que convinimos en nuestras capitulaciones matrimoniales. Ni un penique más ni uno menos.

—Pero nosotros no hemos visto nada de ese dinero.

Al oírlo, Cecil la soltó con gesto exasperado.

—No empieces. No puedes reprocharme el maldito impuesto de sucesiones. El coste de la finca, de la casa, de todo... Al final todo será para Lucian.

—Suponiendo que algún día quiera volver a casa.

«¿Y por qué iba a hacerlo?», pensó Bella. Era un sitio horrible. Parecía un mausoleo.

Cecil cambió de táctica.

—Tu padre... Eres todo lo que tiene. Te adora. Solo quiere que seas feliz. Nunca te ha reprochado ni un céntimo de lo que te has gastado en el hotel.

—No puedo seguir acudiendo a él con la gorra en la mano.

—¡Eso es una soberana tontería! —Cecil había levantado la voz, con el rostro encendido—. ¡A tu padre le sale el dinero por las orejas!

—¿Y por qué te parece una tontería no querer tener deudas con alguien?

—¡Pero si ya las tienes! Tu padre ha pagado cada cojín y candelabro de este puñetero hotel.

—Y le he prometido que se lo devolvería.

—No espera ver ni un penique.

—Y justo por eso estoy tan decidida a que sea así.

Habían llegado al mismo punto muerto de siempre. Así pues, no era de extrañar, pensó Bella, que Cecil reaccionara como siempre hacía, teatralmente, como si fuera él quien se había impuesto en la conversación y no ella.

—Trágate tu maldito orgullo, Bella. —Escupió las palabras con enconado desdén antes de salir del cuarto cerrando de un portazo.

«¿Por qué? —pensó Bella, sentada en el borde de la cama—. ¿Por qué no puede ser más amable? Ser como era cuando nos conocimos.»

Nish caminaba tranquilo por los jardines buscando un sitio discreto donde fumar cuando vio a Claudine, la mujer de la que todo el mundo hablaba.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en una especie de esterilla de ratán, vestida con un pijama de seda holgado. Avergonzado por haberla sorprendido desprevenida, se disponía a retirarse cuando se dio cuenta de que ella también lo había visto. Claudine unió las palmas de las manos y le hizo una pequeña reverencia.

Nish no se contaba entre la multitud que había presenciado su llegada. Aun así, lo sabía todo de la escena porque Lucian se lo había contado.

—Es cantante, creo —le había dicho Lucian—. O quizá bailarina. Sabe dejar huella, eso seguro.

—Namasté —le dijo ahora ella.

La palabra hizo saltar a Nish.

—¿Disculpe?

Una sombra de preocupación surcó el rostro de Claudine.

—¿Lo he dicho mal?

—¡No! No, por favor. Es la primera palabra en hindi que oigo en..., en mucho tiempo. Solo eso.

—Bueno, es la única que conozco. —Sonrió—. Él no me enseñó nada más.

Volvió a colocarse en su postura de yoga y Nish tomó asiento en un banco que había al lado.

—¿Y quién es él, si me permite la pregunta?

—El hermano del maharajá de Jaipur. —Claudine permanecía con la espalda recta, sin volverse hacia él.

—¿Ha estado en Jaipur? —Esa mujer le aventajaba en eso, pensó Nish sonrojándose.

—¡Qué va! —Seguía sin moverse—. El hermano del maharajá vino a ver mi espectáculo.

—¿En Estados Unidos?

—En París. —Claudine abandonó finalmente la postura y se puso de pie con agilidad. Luego fue a sentarse a su lado, dejando que la seda cayera sobre el banco. Llevaba pintadas las uñas de los pies con un esmalte rojo brillante. Su piel, varios tonos más oscura que la de Nish, era tersa y brillante. Sin pedírselo, le quitó el cigarrillo de los dedos y dio una larga calada antes de expulsar un perfecto aro de humo al aire.

—No he vuelto a casa desde la guerra.

—Yo tampoco.

Le devolvió el cigarrillo con una sonrisa. Una sensación difusa, pero alegre, de indolencia impregnaba el ambiente y ambos parecían disfrutar de ella.

—¿Y qué le parece Italia?

Ella se rio.

—La pregunta es qué le parezco yo a Italia. A Italia le encantaría meterme en la cárcel ahora mismo. Por fortuna, todavía no se han decidido a aprobar una ley contra mí.

Nish se estremeció por dentro.

—Tengo la impresión de que tal vez no tarden en hacerlo.

Ella se levantó y se colocó en la postura del perro boca abajo, sus largos brazos y piernas extendidos en perfectas líneas rectas.

—Pero no solo es Italia, ¿no cree? Mejor no engañarnos. —La voz le había salido ahogada. Rompió la postura un momento y lo miró de

forma traviesa por debajo de la axila—. Estoy segura de que usted tampoco se engaña.

Era extraño, pensó Nish. La mayoría de los hombres —o eso creía él— se volverían locos con la proximidad de ese cuerpo extraordinariamente flexible. Era evidente que reunía todos los requisitos de una mujer atractiva. Y, sin embargo, ahí estaba él, con todos los sentidos absorbidos por el azul inmaculado del mar y el seco crujir del viento en las palmeras.

Claudine volvió a sentarse cruzando las piernas.

—Fue mi mentor, por si le interesa saberlo.

—¿El hermano del maharajá?

—Me ofreció una perla tan grande como un huevo de pato. Pero no fui capaz de darle el gusto. Así que el hombre tuvo que conformarse con darme clases de yoga.

—Demostró usted mucha integridad —reconoció Nish, bajando la cabeza. Aunque no sintiera atracción por ella, era divertido flirtear.

—¿Yo, íntegra? —Claudine se rio—. Esa sí que es buena. —Señaló con la cabeza un punto a su lado en el suelo—. ¿Quieres practicar conmigo, encanto?

—No es lo mío.

—Vamos. —Lo invitó a acercarse—. Lo pillarás enseguida.

Nish dudó un último instante y entonces, en un arrebato de espontaneidad, se quitó los zapatos Oxford y, con cautela, se puso a gatas. Le preocupaba estropearse o rasgarse los pantalones, que eran nuevos.

—Algo que vi en Cannes —dijo ella— es que la gente está loca por tener una piel como la nuestra.

—¿La gente?

—Los blancos. —Claudine echó un vistazo a su propia piel—. No estaba de moda, pero ahora... —Se encogió de hombros—. Ahora sí que lo está, o eso parece. Las mujeres se tumban al sol, asándose como filetes, embadurnadas en aceite y tinturas. Cuando se levantan para ir a comer, solo hablan de lo morenas que están o de lo morena que está alguna de sus conocidas. Están tan desesperadas por broncearse que terminan con la piel quemada. Una noche fui con Jack al Restaurant des Ambassadeurs. La mujer de la mesa de al lado tenía marcas en carne viva en los brazos y llevaba unos vendajes en las piernas. Le pregunté si le dolía. ¿Y sabes qué me contestó?

Nish dijo que no con la cabeza.

—Me dijo: «A usted no le duele».

Ambos se rieron.

—Mi abuela murió siendo una esclava —continuó Claudine—. Y si no tengo la piel más oscura es por un motivo muy concreto. Pero, ¡eh!, a mí no me duele.

—Quieren ser morenos —dijo Nish—, pero no quieren tener nada que ver con nosotros.

—Exacto —dijo ella asintiendo con la cabeza.

Si Nish hubiera podido elegir el momento más propicio para que Lucian y Rose aparecieran, no habría sido ese. Pero allí estaban, caminando juntos.

El idilio de un amor juvenil.

Rose iba de *sport*, con un jersey de golf, un cesto de mimbre colgado del brazo y un pañuelo azul estampado en el pelo. Nish pensó con displicencia que parecía una niña vestida con lo primero que había encontrado en una caja de disfraces.

—¿Qué hacéis? —preguntó Lucian al llegar a su lado—. ¿Gimnasia sueca?

Nish puso cara de no dar crédito.

—Es yoga, mamarracho.

—¿Hay sitio para dos pequeños?

—Cuantos más seamos, mejor —dijo Claudine con una sonrisa.

Lucian miró a Rose.

—¿Qué te parece?

Antes de que pudiera responder, la voz de Julia resonó como una campana en un funeral.

—¿Rose? ¿Dónde estás?

—Será mejor que no.

—¿De verdad? —El tono de Claudine transmitió una educada incredulidad.

—Sí. —Se giró para volver al interior del hotel.

—Estaré aquí todas las mañanas —le gritó Claudine—. Por si cambias de opinión.

Constance no terminaba de entender por qué Julia y Rose habían pedido el cambio de suite. A ella, la suite Epsom le parecía preciosa.

Saltaba a la vista que el empapelado era nuevo, pero sus delicados motivos —que eran casi inapreciables si no te acercabas— daban la impresión de que el papel se había desgastado durante varias décadas, sometido a los rigores del sol en su lento transitar por el cielo. Por ello, la habitación resultaba cálida y hogareña pese a su majestuosidad. No parecía concebida para expulsarla, como muchas de las habitaciones en las mansiones en las que había trabajado. Había visto esas habitaciones, generalmente, desde un punto de vista casi a ras de suelo, de rodillas, ordenando o encendiendo la chimenea a primera hora de la mañana.

Ya no.

Bella le había pedido que la acompañara para así aprender a preparar una habitación. Constance se preguntó en voz alta si las Drummond-Ward iban a marcharse.

—¡No, Dios mío! Solo han pedido que las cambiemos a otra suite. Aunque no sé muy bien por qué.

Constance miró a su alrededor.

—Nunca había visto una habitación tan bonita, señora Ainsworth.

—Gracias, Constance. Esperemos que el señor y la señora Wingfield sean de la misma opinión.

Constance se preocupó al advertir una expresión de dolor en el rostro de Bella y se apresuró a tranquilizarla.

—Seguro que les encantará —dijo.

Paola ya estaba cambiando las sábanas cuando llegaron. Cuando Bella la saludó, la camarera respondió con una torpe reverencia. Constance se quedó cautivada al ver su pelo negro rizado y su boca de labios gruesos y voluptuosos.

¿Qué tenía esa mujer?

La confianza de Paola en su cuerpo se manifestaba en un comportamiento que podría considerarse insolente, pero que en realidad era sencillamente despreocupado y natural. Parecía querer decir: «Yo soy así y así vivo mi vida».

Por primera vez, Constance entendió que le habían inculcado la falta de confianza. Trabajar de empleada doméstica, ser de clase trabajadora en la Inglaterra de esos días significaba justamente eso. Una total falta de confianza en una misma.

Bella le había contado antes que Paola era viuda. Constance se

preguntó a qué debía de dedicarse esa mujer cuando su marido vivía. ¿También trabajaba de criada? ¿O había dejado atrás una vida completamente distinta? No parecía lo bastante mayor para haber hecho gran cosa.

Bella habló con Paola en italiano y luego se lo tradujo a Constance.

—Le he explicado que la ayudarás. Parece que le ha gustado la idea. No sé si nos entiende mucho. Pero nunca se sabe.

En cuanto Bella salió de la habitación, Paola miró a Constance y le guiñó el ojo exageradamente.

—Nunca se sabe —dijo imitando a la señora con un fuerte acento italiano.

Constance se quedó boquiabierta.

—¡Nos entendías!

—Un poquito. El *signor* Lucian...

—¿El señorito Ainsworth?

—Darme... —Se interrumpió, buscando la palabra correcta.

—¿Lecciones?

—*Certo*. Lecciones de lengua. —Soltó una risita nerviosa y Constance se echó a reír también. El buen humor de Paola resultaba contagioso.

Pero entonces las cosas dieron un giro extraño y Constance recordó algo que le había dicho su madre para prevenirla: que los italianos podían ser muy antojadizos, como el tiempo en abril.

Constance había agarrado una punta del edredón y estaba ayudando a Paola a sacudirlo cuando le dijo:

—A mí también me dan lecciones.

Paola se quedó quieta y le echó una mirada penetrante.

—¿Lecciones?

—Sí.

—¿Con el *signor* Lucian?

—Sí.

El ambiente se enfrió. Paola frunció el ceño y tiró del edredón con rabia. Casi se lo arrancó a Constance de las manos.

—No lo entiendo —dijo Constance, mirando por encima de la gran cama que las separaba—. ¿Qué he dicho?

Pero la locuacidad de Paola en una lengua que no era la suya parecía haberse secado por completo.

Lucian se sintió obligado a seguir a Rose al interior del hotel. Pero empezaba a cansarse de esa inusual situación.

Si la estaban coaccionando y menospreciando, ¿por qué lo toleraba? Por más tranquila que fuese Rose de puertas afuera, pensó Lucian, debía de estar echando humo por dentro.

Por supuesto, como era de esperar, al entrar en el salón la vio junto a la ventana como alma en pena, con su vestidito de tenis colgando de su cuerpo diminuto. Miraba hacia el jardín, donde Claudine y Nish seguían charlando y riendo durante su lección de yoga.

Julia estaba sentada junto a una mesa baja, leyendo una guía turística.

Sus ojos de lagarto se alzaron.

—Pareces acalorada —dijo Julia.

—He hecho una clase de yoga.

—¿Yoga? —Julia logró que la palabra sonara extravagante y grotesca a un tiempo.

—Es una especie de... gimnasia estática —explicó Lucian, aunque sospechaba que Julia lo sabía perfectamente—. En la India hace siglos que lo practican.

—¿El señor Sengupta os ha enseñado?

—Más bien la señora Turner.

Como si les diera la réplica, les llegó del jardín la sonora carcajada de Claudine.

—Parece que es una mujer polifacética —observó Julia.

—Eso parece.

Julia volvió a concentrarse en su libro, pero Lucian no había terminado.

—Si me permite el atrevimiento...

—¿Sí?

—Había pensado..., tenía la esperanza... de que, con su permiso, Rose pudiera acompañarme a dar un paseo por el pueblo más tarde. Incluso podríamos visitar la playa. Para una lección de pintura.

La cabeza de Julia se volvió como un resorte hacia Rose, que aguardaba en la ventana.

—¿Lo habéis hablado?

—No, mamá. —Su voz sonó asustada.

—Si quiere acompañarnos, será muy bienvenida —propuso Lucian.

—Debo insistir en ello. —Cerró el libro—. Pero ¿no hará un calor de mil demonios?

—Siempre sopla la brisa junto al mar. Y hay muchos sitios con sombra.

—Me apetecería tomar un té allí. Un té como es debido.

Lucian asintió.

—Eso tiene fácil solución.

—Y con camareros que te lo sirvan.

—Desde luego.

Julia frunció el ceño, como si estuviera sopesando distintas opciones.

—La niña podría divertirse —dijo.

—¿Rose? —Lucian torció el gesto, confundido.

—Me refería a su sobrina. Lottie.

—Ah, claro. Es una propuesta muy amable por su parte. Hablaré con mi hermana.

—Rose también se divertirá, estoy segura. Aunque me temo que sus esfuerzos caerán en saco roto. Carece de todo talento artístico.

A Rose se le encendieron las mejillas de rabia al recibir la pulla. Viendo que sus finos dedos se crispaban, Lucian se preparó para asistir a una réplica desafiante que pusiera a Julia en su sitio, o eso esperaba.

La respuesta, cuando llegó, fue medida. Pero había método en su contención.

—Siempre dices que debo aprovechar cualquier ocasión para cultivarme, mamá.

—Así es —reconoció Julia.

—Pues, bien, creo que debo ir. Creo que sí iré. —Miró a Lucian. Lo estaba haciendo por él.

El silencio que siguió a esta declaración de intenciones fue tenso y expectante. Pareció durar una eternidad o, en todo caso, el tiempo suficiente para que Lucian se sintiera incómodo, pues en verdad no le gustaba presenciar las discusiones de la gente, después de haber tenido que soportar tan a menudo las de sus padres cuando era niño.

Rose desplazó la mirada hacia su madre. Ambas mujeres se miraron. Los labios de Rose se tensaron y una arruga de tozudez

apareció entre sus ojos.

Julia escudriñaba el rostro de su hija como si lo estuviera sujetando en una mordaza de acero. Entonces, de pronto y con una sonrisa seca, aflojó la tuerca y apartó la mirada, concentrándose en el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

—Muy bien —dijo—. Eres una mujer adulta. Debes buscar las oportunidades de cultivarte donde consideres oportuno.

—Estupendo —dijo Lucian—. Entonces, asunto cerrado.

Aliviado por tener un pretexto para salir de la sala, se dirigió sin pensarlo al armario que había debajo de la escalera, donde guardaba su material de pintura.

Al arrastrar el cajón hacia fuera, tirando primero de un lado y luego del otro, se golpeó la cabeza contra el dintel de la puerta del armario, que era muy bajo. «Maldita sea», dijo, antes de mirar hacia arriba y descubrir que su padre lo estaba observando desde lo alto de la escalera. Con su traje perfectamente planchado de lino crema, tenía un aspecto un tanto ridículo, el dandy más viejo del pueblo.

—Padre —balbuceó—. Eres tú.

—Sí, soy yo. —Cecil miró los caballetes y las pinturas y luego volvió a concentrarse en su hijo—. Sabes que esta tontería tiene que acabar tarde o temprano, ¿no?

—¿Tontería?

Cecil señaló los cuadros en la pared.

—No valen ni un penique. Ni uno solo de tus cuadros vale nada. Lo sé de buena tinta.

—Para mí sí tienen valor —dijo Lucian, pero se arrepintió inmediatamente, porque la frase había sonado débil e ineficaz. Justo el tipo de réplica que su padre esperaba oírle decir—. Me llevo a la señorita Drummond-Ward a darle una lección de pintura. En la playa. Pensaba que te agradaría.

Cecil sopesó esa información mientras pasaba la mano por la encerada barandilla de caoba.

—Algo es algo, supongo. En fin, mejor que no hagas esperar a la dama.

Los huevos cabeceaban con suavidad en el agua hirviendo. Constance volvió a poner la tapa sobre el cazo. «Unos minutos más», pensó.

Había cuidado de Lottie gran parte de la mañana. La niña le había enseñado juguetes, libros y cosas curiosas, por ejemplo una polilla que había atrapado en un tarro. Lottie lo había levantado para que Constance pudiera ver las grandes alas plegadas sobre el cuerpo peludo del insecto.

—Tienes que hacerle un agujero a la tapa —le había dicho Constance—. Si no, no podrá respirar.

Le enseñó a hacer un agujero en la tapa sirviéndose de un clavo y un martillo que pidió prestados a Francesco.

—Esta polilla es de las normales —le había dicho Lottie—. La próxima que quiero atrapar es una polilla esfinge. Son enormes, ¡como un colibrí! Y tienen una calavera pintada sobre las alas.

Era un niña dulce y simpática, de ojos redondos y sana, y no resultaba especialmente difícil. Los niños como Lottie estaban acostumbrados a no ver demasiado a sus padres. Y, desde luego, no tenía hermanos, lo que a un tiempo era liberador para ella pero también desconcertante, como ser la reina de un país desconocido.

Constance se preguntó cómo sería disponer de toda una habitación a esa edad. De una casa entera para pulular de un lado a otro. ¿Crecerías pensando que nadie podía arrebatarte el derecho a disfrutar de espacio y libertad?

La madre, Alice, era una mujer curiosa. Fría y frágil. Quizá se volvería más cálida con el tiempo.

Hacía fresco en la cocina, que parecía más bien una cripta con muebles. Constance lo agradecía porque aún no se había acostumbrado al calor de Italia. Canturreando para sus adentros, deslizaba rítmicamente un pie hacia delante y hacia atrás sobre el encerado suelo de baldosas rojas. Volvió a mirar cómo estaban los huevos. Casi listos.

Lo había pasado bien con Lottie —cuidar de la niña no parecía un trabajo—, aunque, inevitablemente, la entristecía, porque la hacía pensar en Tommy. Las tareas de la cocina eran, por consiguiente, una distracción muy bienvenida. Se acordó del comentario de Betty sobre la utilidad del trabajo duro y una buena alimentación para recobrar la salud. Era verdad, y de hecho tenía peso viniendo de Betty, que había pasado tantas penurias. Su madre siempre le había dicho: «No sé cómo Betty ha podido soportarlo. Lo que hemos pasado no es nada comparado con lo de ella».

Betty estaba cortando unas rebanadas finas y regulares de una hogaza que ella misma había horneado esa mañana.

—¿De qué vas a hacer los sándwiches, Betty? —le preguntó Constance desde los fogones.

—Buena pregunta. La *lingua di…* —Betty dudó—. Espera un momento. La señora Ainsworth me lo ha apuntado. —Metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó una lista de la compra con ademán victorioso—. La *lingua di… vitello*.

—¿Y qué es eso cuando lo comemos en Inglaterra?

—Lengua de ternera. Es una exquisitez local.

—En casa a veces comemos lengua. Aunque no de ternera. De buey.

—No me disgusta la lengua de buey —dijo Betty—. Escucha, ¿te hace ilusión? ¿Ver la playa?

Constance se encogió de hombros.

—Solo me han llamado para llevar las cosas.

—Pero igual puedes meter los pies en el agua.

—Estoy segura de que la señora Drummond-Ward se asegurará de que esté ocupada en todo momento.

Betty cortó la corteza de los sándwiches.

—Esa mujer es un auténtico ogro.

—¡Betty! —Constance se tapó la boca con la mano para contener la risa.

—¿Qué? ¡Es la verdad! ¿Has visto cómo acoquina a esa pobre chica?

—Rose es preciosa.

—Bueno, no te lo discuto. Pero es una mocosa atontada. Sería incapaz de matar una mosca. —Envolvió los sándwiches en papel sulfurado y luego mostró el resultado a Constance para que le diera su visto bueno—. En fin, más me vale morderme la lengua. ¡Y no va con segundas!

Su propia ocurrencia le provocó a Betty un ataque de risa tan estentóreo que Constance no tardó en sucumbir también.

Sin embargo, cuando se puso a preparar los *scones*, el humor de Betty cambió y se volvió más reflexivo.

—Esa chica será nuestra jefa más pronto que tarde.

—¿Te refieres a Rose?

—¿Todavía no te has dado cuenta? ¿Ella y el señorito Lucian?

—¿Están enamorados?

Betty soltó un bufido.

—Tendrán tiempo de sobra para preocuparse por el amor. Una vez que estén casados.

Constance sacó los huevos de la cacerola con una espumadera y los dejó en un cuenco de agua fría para que no se pasaran de cocción.

—Entonces ¿está todo apalabrado?

—No. Pero lo estará antes de que termine el verano. Por poco que dependa del señor Ainsworth, en cualquier caso.

Cecil caminaba con cuidado de no rasparse los zapatos con los adoquines o pisar en cualquier cosa desagradable. Había elegido con mimo la ropa que llevaba. Al fin y al cabo, el atuendo decía mucho de uno. Por ejemplo, la nueva niñera. Era bastante guapa, aun a pesar de tener la cara alargada, pero sus vestidos parecían estar confeccionados con arpillera.

Se abrió paso por las calles estrechas y sorprendentemente atestadas de Portofino hasta llegar a la oficina de telégrafos, que se encontraba justo detrás de la *piazzetta*, en un edificio achaparrado de una sola planta y pintado en un color parecido al de una galleta de mantequilla desmigajada. Un cartel en la puerta decía que estaba *chiuso*, pero Cecil sabía por experiencia que, en Italia, el hecho de que algo estuviera cerrado a menudo no era más que el punto de partida para una negociación, sobre todo si tenías llena la billetera. Aporreó la puerta, pero nadie contestó.

Tras recular para evitar las palomas que aleteaban en los escalones de piedra, Cecil se encendió un cigarrillo y sopesó cuál iba a ser su siguiente paso.

El atraso de Italia a veces le resultaba exasperante. Evidentemente, los italianos eran adictos a su cabezadita después de comer. Decían que era por el calor, aunque todo el mundo sabía que era una excusa para rascarse la barriga durante varias horas. Miró su reloj. ¡Pero si todavía no era mediodía! ¡Solo eran las once y veinte!

De ese tipo de cosas se lamentaban siempre sus amigos que trabajaban en la administración colonial. En esos parajes era imposible conseguir lo que uno buscaba cuando lo necesitaba. ¡Era increíble!

Una mujer pasó a su lado. De mediana edad, italiana. Una pierna torcida, parecía. Cecil le preguntó en italiano dónde había un teléfono, al mismo tiempo que imitaba el gesto de llevarse un auricular al oído, pero ella lo ignoró. Maldita maleducada.

Fue entonces cuando vio a un hombrecillo enjuto en la puerta de la casa consistorial que había enfrente. Se estaba toqueteando los gemelos de la camisa. Había algo en él que le resultaba familiar. ¿Había estado en el hotel por algún motivo? Cecil no estaba seguro. El hombre se descubrió a guisa de saludo y Cecil reparó en que, detrás de él, había dos mozos más jóvenes, acechando. Sus músculos en tensión eran visibles bajo sus camisas negras.

—¡Señor Ainsworth! —le gritó el hombre—. ¿Necesita *assistenza*?

—Estaba buscando un teléfono —le contestó Cecil también a voces.

El hombre soltó una carcajada y se encogió de hombros con gesto exagerado.

—Los italianos somos pobres. Nos maravillamos con ustedes, los ingleses, y sus invenciones.

—Pues dígaselo a Marconi —replicó Cecil. Nunca estaba de más halagar a los oriundos del lugar. Se tocó el ala del sombrero y empezó a marcharse.

Pero ese individuo no podía ser más insistente.

—Un momento, *signore*. —Cecil se volvió de mala gana y vio que el hombre le señalaba la puerta abierta del edificio—. Si viene conmigo, quizá pueda ayudarlo.

Tocándose el ala del sombrero para saludar a los matones de camisa negra, que se quedaron en la plaza, Cecil siguió al hombre escaleras arriba y entró con él en la oficina, que era sorprendentemente espaciosa, con una mesa, un mostrador y un ventilador sobre una peana. Unas plantas se agostaban en macetas sobre el alféizar de la ventana. En la pared que había frente a la mesa, colgaba un retrato enmarcado de Benito Mussolini. Como de costumbre, el primer ministro italiano parecía un poco trastornado, con los puños cerrados y un mentón altivo y prominente.

—Ah —dijo Cecil—. El gran hombre en persona.

—Un gran hombre, en efecto.

—Me imagino que no querrán prestárnoslo, ¿no? Ni que sea para cascar algunas cabezas inglesas.

El hombre lo miró con gesto inexpresivo.

—Bueno, supongo que no —dijo Cecil arrastrando los pies.

Sobre el mostrador reposaba un reluciente teléfono negro.

—Por favor —dijo el hombre—. Tómese todo el tiempo que necesite.

Cecil se sentó en la silla que había detrás.

—Es usted muy amable. Le pagaré, por supuesto.

El hombre hizo como si semejante oferta le pareciera insultante.

—Pero debo insistir —dijo Cecil.

—Y yo insisto. También. —Juntó sonoramente los talones y sacó una tarjeta de visita que dejó delante de Cecil.

—Vincenzo Danioni. A su servicio.

—Cecil Ainsworth. Y yo al suyo.

Se dieron la mano y Danioni salió de la sala. Cecil esperó a que se alejara y entonces sacó un cuadernito de cuero en el que encontró el número al que quería llamar.

Después del embrollo de rigor con la operadora, el mayordomo atendió la llamada. Y, al cabo de una espera que pareció durar horas, el teléfono llegó a manos de Edmund, su hermano, el vizconde Heddon, por concederle el título formal que le daba de comer, porque, sinceramente, ¿qué más tenía?

—¿Cecil? ¿Eres tú? —La línea crepitaba y la voz de su hermano sonaba débil, subacuática.

—Soy yo.

—¿Desde Italia?

—Sí, Edmund. Desde Italia nada menos.

—Bueno, que me aspen.

Cecil se arrellanó en la silla y puso los pies sobre la mesa.

—¿Cómo va todo por ahí?

—En fin, ya lo sabes. Nos desmoronamos sin prisa, pero sin pausa.

—¿Y Margot?

—Contenta cuando lleva el timón. —Edmund se interrumpió, a todas luces desconcertado por lo inesperado de la llamada—. ¿A qué debo este placer?

—Voy a ir directo al grano.

—Así lo espero.

—¿Todavía tienes el Rubens del abuelo?

—¿Esa rubia enorme con el espejo? ¿En el salón del ala oeste?

Cecil se miró las uñas.

—Sí, el mismo.

—La rubia seguía criando polvo entre nuestros antepasados la última vez que fui a verla.

—Estupendo. Sé bueno, mete el cuadro en una caja y envíamelo. He conocido a un tipo interesante.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso?

—Porque sé de alguien que quiere comprarlo.

—¿Por más de lo que costaría enviártelo?

—Mucho más. Suficiente para que el cobrador de impuestos te deje en paz un par de años.

Cecil estaba disfrutando. Le gustaba hallarse en situación de mostrarse dadivoso. No ocurría muy a menudo.

—Aun así —observó Edmund—, solo tenemos la palabra del viejo. Decía que era de Rubens, pero a saber.

Cecil contaba con ese reparo.

—No por mucho tiempo, espero.

—¿Qué quieres decir?

—He conocido a un tipo de Estados Unidos. Sabe de esto.

—Bien, bien —dijo Edmund—. Mantenme informado.

Cecil le aseguró que así lo haría.

Estaba a punto de colgar —su hermano ya había interrumpido la comunicación— cuando oyó un curioso chasquido en la línea.

Una conexión defectuosa, seguramente. Nada de qué preocuparse.

Al salir, buscó a Danioni para agradecerle de nuevo la generosidad que le había mostrado. Pero no parecía estar por ningún lado, de modo que Cecil se dirigió al bar que había en la esquina.

Sin duda había que celebrar la ocasión con una copichuela.

En medio del vestíbulo había varios objetos bien ordenados que iban a necesitar para su excursión a la playa. Alice vio una pala y un cubo, y pensó que Lottie iba a pasarlo muy bien. Contempló entonces los caballetes y los lienzos, los pinceles, los lápices y los cuadernos de bocetos, y se le avinagró el gesto. Tantísimos... cachivaches.

Alice compartía la ambivalencia de su padre con respecto a la

afición de Lucian por la pintura. Era un hábito sórdido, zafio, aceptable tal vez como una forma de terapia, pero nada más. Al mismo tiempo, era lo bastante lúcida para sospechar que ello apuntaba a ciertas carencias por su parte, tanto a la falta de cualquier talento semejante como a una inflexibilidad cada vez más rayana en el dogmatismo. Incapaz de soltarse, había hecho virtud de sus defectos, atribuyendo la amargura y la falta de generosidad resultantes al luto. Sabía que parecía más vieja de lo que era en realidad, de modo que se vestía con ropa de mujer mayor, lo que la hacía parecer más vieja todavía... Era un círculo vicioso.

Al volverse, vio que lady Latchmere salía escopeteada del salón, mucho más rápido de lo que cabría esperar en ella. Esa mujer le daba pena, a pesar de lo antipática que había sido durante la cena. Intuía, sin embargo, que tenían bastantes cosas en común. El respeto por el protocolo. La exasperación con esas nuevas formas, a todas luces pasajeras, de hacer las cosas.

Intentaría hablar con ella, pensó, y, para sorpresa de todos, conseguiría implicar a la venerable dama en actividades que nadie habría esperado que pudiera tolerar.

La llamó.

—¡Lady Latchmere!

La dama se puso tiesa y la miró.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—¿Le gustaría venir de excursión a la playa de Paraggi esta tarde? Tengo entendido que es una playa preciosa. La única playa de arena que hay por aquí. —De hecho, Alice nunca había estado en Paraggi y había resistido estoicamente las súplicas de Lottie de que la llevara.

Una expresión de repugnancia invadió el rostro de lady Latchmere.

—¡Santo Dios! Ni hablar. No soporto la arena.

Alice le sonrió con gesto comprensivo.

—Quizá una visita a la iglesia este domingo nos resultaría un poco más agradable a ambas.

Pero la reacción que provocó esta última propuesta fue todavía más extrema. La voz de lady Latchmere subió una octava entera.

—¿A la iglesia? ¿En Italia?

Alice estaba abochornada.

—Lo siento —dijo—. Había supuesto que...

—No encuentro mayor consuelo que la religión, querida. Pero solo cuando es la buena. ¡No soporto todo ese incienso y esa obsesión por el Papa!

Claudine llegó al vestíbulo vestida de forma exigua y lujosa, y era evidente que había oído el final de la conversación.

—Cuando hay tormenta, todo puerto es bueno. Siempre lo he pensado —le dijo a Alice guiñándole el ojo.

Alice decidió obviar ese exceso de confianza que, según había leído, era un rasgo habitual entre los estadounidenses.

—¿Tiene por costumbre asistir a misa, señora Turner?

—Nunca he sido una mujer de costumbres, querida. —Claudine miró con gesto decidido a lady Latchmere—. Pero un sitio donde confesarse... Eso siempre es bueno para el alma. ¿No cree?

Temerosa de cómo iba a encajar lady Latchmere esa provocación, Alice salió del vestíbulo para reunirse con Constance, Paola y Francesco, que habían empezado a cargar las cajas y varias cosas sueltas en el carruaje. Lucian supervisaba las operaciones y, como siempre, daba la lata con los caballetes, insistiendo en que tuvieran cuidado con ellos. A un lado, esperaban impacientes Julia y Rose, con sus sombrillas.

—¿Quién viene? —preguntó Constance, secándose el sudor de la frente y señalando con la cabeza el final del camino, por donde había aparecido otro carruaje. Todo el grupo se volvió al unísono bajando la voz con actitud cavilosa.

El carruaje se detuvo pulcramente. El conductor se apeó entonces y abrió la puerta. Emergió con agilidad un joven de aspecto atlético, con una abundante mata de pelo negro compensada por unos penetrantes ojos azules. Luego apareció una mujer, su esposa, presumió Alice. Sus pómulos altos y angulosos contrastaban vivamente con la sencillez de su vestido rojo.

Francesco se separó del grupo para cargar las maletas mientras la pareja entraba a toda prisa antes de que cualquier curioso tuviera la oportunidad de saludarlos siquiera. Tenían un aire agobiado, como estrellas de cine acosadas por los fotógrafos en la Croisette.

—Conque esos son los Wingfield —comentó Alice al acordarse de haber visto su apellido en el libro de reservas.

De todos los presentes, pensó ella, Lucian parecía el más

impresionado. Miró a Rose y Julia, que parecían desconcertadas, y exclamó:

—¡No puedo creer que sea él! ¡Plum Wingfield!

—¿Quién? —preguntó Rose.

—¿Es un Wingfield de Suffolk? —preguntó Julia.

—No tengo ni idea —respondió Lucian—. Lo único que sé es que es tenista. Y de primera categoría.

Al igual que Alice, Julia y Rose recibieron la noticia sin inmutarse. Lucian a veces era un crío. ¿De verdad que a alguien le importaba el tenis en lo más mínimo? No, pero aun así Lucian seguía dando la lata con eso.

—¡Hace unos años estuvo a punto de ganar la Copa Davis!

—Si tú lo dices —respondió Julia.

Por lo menos, los Wingfield sí parecían satisfechos con la suite Epsom.

—La vista es magnífica —dijo Plum, asomándose a la ventana. Tenía unos modales impecables, herencia de su educación en Eton, así como la costumbre tan habitual entre los políticos de mirar profundamente a los ojos cuando hablaba con alguien.

—A que sí —respondió su esposa, quien se había presentado como Lizzie. Ella resultaba más difícil de calar, pensó Bella; seguramente era mayor que Plum. Parecía cansada después del viaje, mientras que Plum se mostraba alegre y vivaz—. Y esta habitación... —Lizzie miró a su alrededor—. Es un primor. Hay todo lo que una puede necesitar.

—Seguramente habrá también un mueble bar —dijo Plum—, si buscas a fondo.

Lizzie no dijo nada. Bella fingió que no había oído el comentario. Lo cual era fácil, porque en ese instante había echado un vistazo por la ventana y se había distraído por completo al ver a Cecil subiendo a pie por el camino en compañía de ese italiano, Danioni. Sintió que la invadía el pánico. ¿Cómo diablos se habían conocido? De esa alianza no podía salir nada bueno.

—Si me disculpan —dijo ella—. Tengo que hablar con alguien urgentemente.

—No se preocupe por nosotros —dijo Plum—. Sabemos divertirnos solos.

Cecil y Danioni estaban en la terraza cuando Bella los encontró. No soportaba que el italiano estuviera allí, en el hotel. Era como si lo contaminara con su sola presencia.

—Ahí estás —dijo Cecil al verla—. ¿Me permites presentarte al señor Danioni?

El italiano se quitó el sombrero con un ademán ostentoso que a Bella le hizo pensar en alguien que empleaba la falsa modestia para ganarse a los demás.

—Es un honor, *signora* Ainsworth.

Bella aceptó el saludo con un gesto mínimo de cortesía para no parecer grosera.

—Si nos disculpa, señor Danioni, tengo que preguntarle algo a Cecil. —Indicando a su marido que quería hablar con él a solas, salió de la terraza y lo esperó en el comedor.

Cuando finalmente Cecil se encontró con ella, Bella le susurró:

—¿Se puede saber qué hace ese individuo aquí?

—¿Danioni? Está resultando de lo más servicial. He pensado que lo mínimo que podíamos hacer era mostrarle algo de hospitalidad a cambio.

—¿Hospitalidad?

—Ya sabes. Un té. Un par de sándwiches. Un trozo del pastel que hace Betty. Dejar que por una tarde crea que es un caballero inglés.

Bella echó un vistazo a Danioni, que estaba paseándose por la terraza, fingiendo que aquello no lo intrigaba en lo más mínimo.

—¿Te ha... pedido algo?

—Nada de nada. Me ha dejado llamar a casa sin cobrarme ni un céntimo.

—¿Sabes que es un...? —Levantó una ceja, pero Cecil se hizo el tonto—. Es un fascista, Cecil. —Se dio un toquecito con el dedo en la solapa indicando el sitio donde iría una insignia con el revelador emblema de un manojo de varas y un hacha.

—Bueno, sí. Es posible. Pero ya sabes lo que digo siempre: mejor que esos malditos rojos.

—Acordamos que haríamos todo lo posible para no mezclarnos con la política italiana.

Cecil la miró con gesto desdeñoso.

—Nunca se sabe. Podría resultarnos útil.

—¡Lady Latchmere podría cruzarse con él!

—Es posible que tengan más en común de lo que crees. Bueno, entonces. —Dio una palmada—. ¡Es la hora del té! ¿Puedes pedirlo tú? —Bella se dio la vuelta—. ¡Ah, Bellissima! —añadió—. Pregunta a Albani si le apetece sentarse con nosotros. Podría animar un poco la conversación.

Bella cayó en que hacía tiempo que no veía al conde Albani. Decidió ir a buscarlo, aunque tenía la esperanza de que el conde prefiriera no mezclarse en el asunto cuando supiera que Danioni era el invitado.

Hacía un calor insoportable en la playa. Muy de vez en cuando, una racha de brisa les daba un respiro mientras Constance, Francesco y Paola preparaban todo lo necesario para el pícnic. El transporte de cada mueble había requerido un viaje desde la carretera, donde el carruaje los había dejado.

Abrieron la mesa y las sillas. Constance sujetó la sombrilla mientras Francesco hacía un agujero en la arena para clavarla. Por su parte, Paola montó un nido de piedras en la base para que se mantuviera recta. Cuando por fin empezaron a poner la mesa para el té de la tarde, ya estaban exhaustos.

Lucian había llevado a Julia y Rose a Portofino para mostrarles los lugares de interés. Constance se los imaginó paseando por los jardines repletos de rosas, deteniéndose un momento a contemplar la obra de un artista callejero, o explorando las frescas y sombrías iglesias, con su olor a cirios y viejas plegarias. ¿Disfrutaría Rose con esas cosas?

Tenía la frente perlada de sudor. Paola se abanicaba con la mano. Evidentemente, le parecía absurdo que los ingleses quisieran hacer un pícnic en la playa a pleno sol con el calor que hacía.

Los otros no tardaron en llegar. Bajaban con cuidado por el camino, liderados por Lucian.

—¡Madre mía, qué calor hace! —exclamó Rose protegida por la sombrilla. Entonces vio la mesa puesta con toda la vajilla de plata reluciendo al sol—. Qué delicia. Se me ha abierto el apetito con tanto turismo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —dijo Julia, esperando a que Paola le ofreciera una silla para sentarse—. A mí el sol me quita el hambre.

Lottie corrió hasta Constance. Estaba radiante de alegría.

—¿Vas a comer con nosotros? —preguntó—. ¿Te sentarás a mi lado?

—Dentro de un ratito —le susurró—. Estoy trabajando. —Le guiñó un ojo.

—Es bastante insólito —observó Julia—. Esto de tener a una niñera que también hace de criada.

—¿Usted cree? —Lucian se arrellanó en la silla, mientras Paola le servía un vaso de limonada—. ¿Por qué habría que conservar estas viejas distinciones?

—Pues para que todo el mundo sepa el lugar que le corresponde —respondió Julia—. Incluidos los criados.

Constance sintió que la invadía la ira. Betty había dado en el clavo cuando le habló de esta mujer.

—Hemos subido a la iglesia —le dijo Lottie a Constance, buscando su mano—. Dentro hacía frío y olía mal. ¿Qué es ese olor dulzón tan raro que hay en las iglesias?

—Incienso —intervino Lucian.

—¿Por qué no lo usamos en Inglaterra?

Julia tomó un sorbo de limonada y puso una mueca al notar la acidez.

—Porque en nuestro país la Iglesia restringe su uso —dijo.

Lottie frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no somos católicos —apostilló Lucian—. Bueno, a ver cómo están estos sándwiches.

Después de ayudar a recoger el servicio de té, Constance jugó con Lottie en la arena húmeda. Lucian preparó dos caballetes uno al lado del otro. La idea era pintar unas marinas con acuarelas: el mar reluciente, la silueta de los barcos a lo lejos, el promontorio rocoso cubierto de verde vegetación.

Rose se colocó a su lado, sosteniendo un pincel como si fuera una pistola cargada. Lucian tenía que asomarse a su lado sin cesar para

enseñarle qué debía hacer. Constance pudo oír los consejos que le daba: «Lo primero es hacer un boceto a lápiz. Luego, lo coloreamos con una primera capa de color. Para el cielo necesitamos un azul cobalto suave, entonces, aquí, un tinte más neutro servirá para que la vegetación respire un poco...».

—Suena muy complicado —dijo Rose.

Lottie lanzó una pelota que terminó justo detrás de los caballetes. Cuando fue a recogerla, Constance miró de reojo el boceto de Rose y vio inmediatamente que no tenía ningún talento, ni el más mínimo. El resultado era un dibujo torpe e ingenuo, como el que podría haber dibujado un niño pequeño.

Constance esperaba que aquel descubrimiento fuera motivo de alegría o por lo menos de una triste satisfacción. Pero se sorprendió al comprobar que no era así.

Entretanto, Julia estaba sentada como una marquesa contemplando un pequeño barco de pesca anclado a escasa distancia de la costa. Paola le llevó un vaso de agua, que aceptó sin darle las gracias.

—¿Qué buscan esos buzos? —preguntó Julia.

Lucian vio que estaba mirando el barco.

—¿Vieiras? ¿Erizos de mar, quizá?

Los buzos salieron del agua y arrojaron sus capturas al barco. Constance también los observaba y reparó en algo. Se volvió y llamó a Lucian.

—¿Ese no es Billy?

Lucian miró con sus prismáticos.

—¡No me lo puedo creer! ¡Llevo todo el día preguntándome dónde estaba!

Del barco llegaron risas y algarabía. Billy forcejeó con uno de sus compañeros antes de zambullirse con él en el mar. Daba la impresión de que lo estaban pasando en grande y Constance no se sorprendió cuando Lottie, que también estaba observando la escena, le pidió a Lucian que la llevara a nadar.

—Ahora no, Lots. Estoy ocupado.

—¡Jo! —Lottie pareció que iba a echarse a llorar.

Constance intervino entonces.

—¿Qué te parece si vamos a chapotear un poco?

Lucian la miró agradecido mientras ella se agachaba y empezaba

a desatar los cordones de la niña.

De vuelta en el Hotel Portofino, el té con el que Cecil había decidido agasajar a Danioni iba viento en popa. Bella detestaba ese ambiente, pues se le antojaba anquilosado y falso. También le parecía insoportablemente masculino, como una de esas espantosas veladas que celebraban en el Pall Mall Club. Cecil estaba en su elemento, encadenando esos puros apestosos que reservaba para las grandes ocasiones. Acababa de contar un chiste, con toda probabilidad obsceno, y se reía a carcajadas con el conde Albani.

Curiosamente, fue Danioni el primero en reparar en ella. Se puso de pie para saludarla, pese a que ella le insistió en que permaneciera sentado. Por su parte, el conde Albani también se levantó al verla y le preguntó si deseaba sentarse con ellos.

—Es una pena, pero no puedo —dijo ella—. Solo he venido a comprobar que estén bien atendidos.

—Como siempre —dijo él—. Danioni dice que estos *scones* lo han llevado al séptimo cielo. —Señaló el plato, que estaba vacío salvo por unas pocas migas desperdigadas.

Danioni le preguntó en italiano:

—¿Cómo los llaman en Inglaterra?

—Creo que los llaman *fat rascals*. —El conde Albani no le tradujo el nombre para que no entendiera el sentido, «bribones gordos». Miró a Cecil en busca de confirmación.

—Un nombre muy acertado —se limitó a responder este.

Danioni se besó los dedos mirando a Bella en señal de gratitud.

—*Squisito* —dijo.

Bella aceptó el cumplido con una sonrisa forzada.

—Cree que podríamos ganarnos un buen dinerito si sirviéramos el té de las cinco a los italianos —dijo Cecil.

—Debo reconocer que así es —añadió el conde Albani, asintiendo.

Bella se apresuró a descartar la idea.

—Betty está hasta arriba de trabajo sirviendo a nuestros huéspedes. Pero no dude que le trasladaré sus felicitaciones. Ahora, si me disculpan, caballeros...

Lucian había bosquejado las primeras líneas y ahora estaba aplicando las acuarelas, pequeñas pinceladas repartidas por el lienzo, para desarrollar poco a poco los tonos y las texturas. Pretendía crear una imagen velada, empapada de calor, para evocar cómo se sentía en ese preciso instante: sediento —se habían quedado sin agua—, un poco quemado e impresionado por los elementos. De vez en cuando, abandonaba la tarea y estudiaba la vista con los prismáticos. Las sombras que se deslizaban sobre la ladera. La franja blanca donde el mar besaba el cielo azul.

Julia chasqueó los dedos.

—¿Me los prestas?

«Un *por favor* no habría estado mal», pensó Lucian. Aun así, le pasó los prismáticos, no sin antes secarse las manos para, en la medida de lo posible, limpiarlas de pintura. Julia había abandonado la protección de la sombrilla y permanecía quieta, concentrada al parecer en observar la otra punta de la playa.

Lottie se había marchado con Rose. Lucian no pudo evitar un sentimiento de pena por la niña. Era evidente que le entusiasmaba sentirse rodeada de tantos adultos dispuestos a jugar con ella y sin duda se pondría muy triste cuando el día terminara.

Constance se le acercó por la espalda. Olía a mar y a sudor. Se percató de que estaba mirando su cuadro con tanta intensidad que de pronto Lucian se sintió cohibido.

—No es gran cosa —dijo—. Por lo menos de momento.

—Moriría feliz si algún día pudiera hacer algo la mitad de bueno —opinó ella.

La bravura con la que hizo ese comentario le intrigó. Señalando su cuaderno y un lapicero, dijo:

—Puedes probar si te apetece.

Constance estaba a punto de decir que sí —Lucian no tenía la menor duda al respecto—, cuando Lottie llegó corriendo descalza por la playa seguida de Rose. Al verla acercarse, Lucian sintió algo, una especie de dolor en el abdomen, y se sobresaltó al comprender que ese dolor lo había provocado la desilusión.

—¡Mira! —le gritó Lottie—. ¡Mira lo que ha encontrado Rose!

Lucian se agachó y la niña le puso en la mano una preciosa concha nacarada.

—¡Anda! —dijo él—. Seguro que vale una fortuna, Lots.

Al devolvérsela, intercambió con Rose una mirada cómplice. Le señaló el caballete.

—¿Lista para retomar la tarea?

—Supongo —respondió ella resignada.

—No lo haces nada mal —le insistió sin demasiado convencimiento.

Rose se puso colorada.

—Si tú lo dices.

Constance se retiró.

—Vamos, Lottie —dijo—. Dejemos tranquilos a Lucian y Rose para que puedan continuar pintando.

En ese instante oyeron que Julia gritaba.

—¡Madre del amor hermoso!

Inquieto, Lucian bajó el pincel.

—¿Qué ocurre?

Julia le pidió que se acercara y le pasó los prismáticos. Lo que vio al final de la playa era un cuadro pequeño pero abigarrado. Claudine estaba recostada en una tumbona, con las extremidades dispuestas en una postura lánguida, rodeada por una caterva de mirones.

—¿Cree que necesita alguien que la rescate? —preguntó Lucian bajando los prismáticos.

—Desde luego que no —dijo Julia—. Estará vendiendo entradas en menos que canta un gallo.

Era indiscutible que Claudine parecía la personificación de la tranquilidad en su escotado traje de baño y sus gafas de sol Foster Grant de montura redonda. Estaba acostumbrada a llamar la atención. Gajes de ser negra y mujer, en especial en sitios como ese. Entonces ¿por qué no seguir el juego? ¿Sacar algo de ello?

Llevaba un buen rato esforzándose en ignorar a la muchedumbre que se había congregado a su alrededor. Sin embargo, ahora le había entrado sed, por lo que hizo un gesto a dos muchachos que estaban en primera fila. Bajarse un poco las gafas de sol surtió el efecto que deseaba: aterrorizarlos. Evidentemente, esos chicos estaban más cómodos en el papel de *voyeurs* pasivos.

—Tranquilos —dijo ella—. No muerdo.

Se miraron nerviosos el uno al otro antes de acercarse.

Claudine sacó dos monedas de su bolso y se las dio al más alto de los dos. Una pelusilla casi invisible empezaba a asomarle en el labio superior y llevaba el pelo negro peinado hacia atrás.

—*Due limonate* —dijo ella. Se señaló a sí misma con el dedo y luego los señaló a ellos—. *Una per me. Una per voi*. —Una para mí, una para vosotros. El chico asintió y condujo a su compañero cuesta arriba por el camino que llevaba a las tiendas.

Claudine se había vuelto a colocar bien las gafas y ya se disponía a tumbarse de nuevo cuando vio a Roberto, el joven italiano del hotel, de pie sobre una plataforma de madera que flotaba bastante adentro. Al bajarse las gafas para apreciar mejor su cuerpo moreno y esbelto, enfundado en unos calzoncillos que no dejaban nada a la imaginación, el joven se zambulló de cabeza en la límpida agua azul.

Permaneció bajo el agua un buen rato, lo suficiente para que Claudine comenzara a preocuparse. Se incorporó, plegando las rodillas contra el pecho. Pero entonces —milagrosamente, o eso parecía— Roberto volvió a la superficie. Se encaramó a la plataforma y se quedó allí, pasándose los dedos por el pelo mojado y dejando que el agua fuera cayendo de su cuerpo.

«Sabe que estoy aquí —pensó con una sonrisa—. Y que lo estoy mirando. La pregunta es: ¿qué voy a hacer al respecto?»

5

Bella miraba por la ventana mientras Cecil y el conde Albani se despedían largamente de Danioni. Sus sonoras carcajadas de club rancio le repugnaban. ¿Por qué cambiaban tanto los hombres —se volvían tan bastos y excluyentes— cuando se juntaban?

Cecil siempre se había sentido orgulloso de su talento para congraciarse con la gente, un talento que posiblemente superaba cualquier otro que tuviera. La cortesía del conde Albani la excusó, en cambio, por ser Danioni un compatriota suyo. Aun así, le había sentado mal que no hubiera dado a ese chantajista furtivo la callada que sin duda merecía por respuesta. Bella prefería pensar que aquel compadreo no era digno de un hombre como él.

El conde fue el primero en entrar. Debía de estar acaloradísimo, pensó Bella, al verlo con su traje de espiga oscuro; confeccionado en Savile Row, le había dicho él mismo con orgullo. Pero ese hombre no parecía sudar nunca.

—Veo que Danioni no es muy de su agrado —dijo él, colocándose a su lado frente a la ventana.

—¿Ha sido tan evidente?

—Sus modales han sido intachables.

—Italia sería el paraíso si no estuviera plagada de pequeños burócratas.

—Así es —respondió el conde con una sonrisa—. Con todo, creo que sería prudente transigir con él.

—¿Lo dice por su postura política?

—Lo digo porque los hombres de su ralea disfrutan de lo lindo convirtiéndose en una molestia.

—He empezado a comprobarlo.

Cecil entró tambaleándose, desbaratando ese momento de solemne intimidad que habían compartido.

—Y bien —dijo, atravesando los nervios de Bella como una sierra —. ¿Qué te parece el jueves que viene?

—¿El jueves? —Bella torció el gesto.

—Para nuestro primer té público. Danioni ha prometido traernos a unos cuantos parroquianos.

—¡De verdad, Cecil! Sería una verdadera temeridad.

Eso era precisamente lo que Bella quería evitar, que los compinches de Danioni se metieran en el hotel. Pero Cecil parecía empecinado en conseguir que ocurriera.

—Tonterías —dijo—. ¿Qué le parece a usted, conde?

—Todo el pueblo llamará a su puerta. A los italianos nos gusta fingir que detestamos a los pérfidos ingleses, pero en realidad aspiramos a ser como ustedes.

Cecil le guiñó el ojo a Bella.

—Justo lo que pensaba. —Luego se volvió hacia el conde Albani —: ¿Le apetece tomarse una copa conmigo?

—Quizá dentro de un rato.

El conde sabía cómo hacer que un no pareciera un sí. Cecil se dio por satisfecho y se marchó sin percatarse de que el conde se quedaba con su mujer y se deshacía en atenciones hacia ella.

—¿He dicho alguna inconveniencia? —preguntó el conde volviéndose hacia ella.

—No, no. Es una idea estupenda —dijo Bella con la voz apagada.

—Me encantaría ayudarla en su pequeño proyecto.

—Sus consejos son siempre muy bienvenidos.

—¿Quizá la señora Mays-Smith y yo podríamos planificar el menú entre ambos?

Bella vio que el conde miraba embelesado por la puerta abierta en dirección al mostrador de la recepción, que en aquel momento estaba bajo el mando de Alice, con el semblante pálido y serio mientras cumplimentaba la última remesa de formularios que las autoridades italianas habían enviado al hotel. Bella siempre se había preciado de ser una mujer vigilante cuando se trataba de sus hijos. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo?

Con el cerebro dándole vueltas, se las ingenió para responder:

—Estoy convencida de que a Alice le agradará. —Aunque en verdad nunca se le había dado bien adivinar lo que podía gustarle a su hija. Percatarse de un problema no era lo mismo que ser capaz de resolverlo.

—Será una unión perfecta de *distinzione* italiana y sofisticación

inglesa —declaró el conde.

Bella trató de ocultar su inquietud.

—Estoy impaciente por verlo —dijo.

Julia roncaba en una tumbona con la boca abierta de par en par. Constance sonrió para sus adentros al acordarse de otro de los dichos de su madre: «Así cazarás alguna mosca». Era tan curioso que las personas cambiaran tanto cuando dormían, que el sueño privara a una mujer imperiosa y aterradora de todo su poder e influencia. A buen seguro, Rose solo podía disfrutar de algunos momentos de libertad cuando su madre estaba en la cama.

Constance se había sentado a los pies de Julia y estaba dibujando a Lottie, que también había caído rendida de sueño, pero estaba acostada en una toalla bajo una sombrilla de playa con una muñeca abrazada. Miró entonces a Lucian y Rose. Él estaba detrás de ella, guiando su mano con dulzura mientras ella iba repartiendo pinceladas sobre el lienzo. Entonces, su mirada se desplazó hacia Paola, que estaba recogiendo el servicio de té con ademán enojado y ruidoso. Ahí pasaba algo, algo que se le había escapado. Intuyó que estaba relacionado con la reacción de Paola cuando le había dicho que ella también daba clases con Lucian.

¿Estaba Paola prendada de Lucian?

La idea le molestó, aunque en realidad apenas conocía a ninguno de los dos.

Mejor borrarlo de su cabeza. Pensar en otra cosa.

Se había concentrado de nuevo en su dibujo, procurando plasmar las sombras de los rizos rubios y húmedos en la frente de la niña, cuando la soñolienta tranquilidad del momento se vio perturbada por una exclamación.

Era Rose.

—¡Esto es el acabose! —gritó, saltando de su silla.

—Rose —dijo Lucian—. Lo siento mucho.

Una brillante mancha roja lucía con descaro en la manga de su vestido. Rose la miraba horrorizada y por un instante Constance se preguntó si no sería sangre.

—¡Me lo has destrozado! ¡Esto no se quita! —Estiró el brazo con gesto acusador.

El alboroto desperezó a Julia. Sus ojos se abrieron como un resorte.

—¿Qué ocurre?

—Es pintura, mamá.

—¡Te dije que tuvieras cuidado!

Lucian dio un paso al frente.

—Ha sido culpa mía, señora Drummond-Ward. Su manga ha rozado mi paleta.

De pronto Rose se echó a llorar; eran lágrimas de verdad, rodando imparables por su rostro arrugado de muñeca de porcelana. Constance sintió vergüenza ajena. Era un espectáculo completamente indecoroso, como una rabieta de niño pequeño.

—Te prometo que se quitará —dijo Lucian. Sacó una botella de aguarrás del maletín de pinturas e intentó humedecer la manga. Sin embargo, Rose reculó horrorizada al ver que le acercaba un trapo sucio y viejo.

—Estoy mareada —dijo, y era indiscutible que su rostro estaba incluso más pálido que de costumbre. Constance se acercó a toda prisa y la ayudó a sentarse en su silla.

—Deberíamos volver ya —dijo Julia rotundamente.

Lucian estuvo de acuerdo.

—Por supuesto —dijo.

—Ahora mismo —insistió Julia.

Llegaron a una solución de compromiso. Francesco se llevaría a las Drummond-Ward de vuelta al hotel en el carruaje con Paola y las cosas del té. Constance se quedaría en la playa con Lucian y Lottie, ayudaría a recoger el material de pintura y, hecho esto, los tres regresarían a pie.

Los caballetes eran muy ligeros, diseñados para la pintura al aire libre. Constance los llevaba bajo el brazo, lo que le dejaba las manos libres para cargar con la caja de pinturas, que parecía un maletín, y la bolsa que contenía los cuadernos y los lienzos.

Aunque las peores horas de calor ya habían pasado, caminaban por la carretera a paso tranquilo. Lucian llevaba a Lottie, que estaba medio dormida, aferrada al pecho. Constance sintió una punzada de ternura al ver las sandalias diminutas de la niña colgando a lado y lado y su generosa mata de pelo oscuro. Pero también miró inquieta a Lucian, que estaba más sofocado de lo que cabría esperar.

Se le veía bajo de ánimo y cansado.

—Menudo escándalo —dijo, como si hablara para sus adentros—. Y todo por una manchita de pintura.

—Sí, parecía muy disgustada.

—¿A quién se le ocurre ir a la playa con un vestido de seda?

Constance sintió la necesidad de defender a Rose casi como si fuera una hermana.

—Solo quería estar guapa —dijo ella.

—Me caerá la del pulpo.

—Estoy segura de que Rose te perdonará.

—No me refiero a Rose. Estaba pensando en mi padre.

Constance no supo qué responder. Intuyendo su incomodidad, Lucian dijo:

—Lo siento. No es justo que te involucre en esto.

—No pasa nada, de verdad.

Lucian señaló la caja de pinturas y los caballetes.

—¿Podrás con todo?

—Claro que sí. No te preocupes por mí. Estoy segura de que pesan menos que Lottie.

—Nadie lo sabe mejor que tú.

Ella sonrió.

—Todavía no he tenido motivos para llevarla en brazos.

—Eres muy buena con ella.

—Gracias.

—¿Tienes mucha experiencia? ¿Cuidando a niños?

Fue una pregunta inocente, planteada con ternura. Quizá por ese motivo Constance sintió que se le hacía un nudo en la garganta y las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Rezó porque Lucian no se diera cuenta, pero su silencio, en vez de ahuyentar su atención, no hizo sino atraerla.

—Lo siento —dijo él, mirándola—. No quería...

Constance volvió la cara hacia el otro lado para que no pudiera mirarla.

—No pasa nada. Es el sol y el salitre. Me escuecen los ojos.

Lucian dejó pasar un momento y luego preguntó con dulzura:

—Hay algo más, ¿verdad?

De nuevo, la intención era buena. Pero estaba mal, todo estaba mal. No era eso de lo que quería hablar. Su trabajo dependía de que

no hablara de eso. Así que no le quedó más remedio que mentir. Aunque detestaba mentir. La gente lo hacía tan a menudo y con tanta tranquilidad. Lo había vivido en sus propias carnes. Y al final siempre pagabas las consecuencias de tus propias mentiras.

—¿Te importa que cambiemos de tema? —dijo ella.

Lucian estaba acostado en la cama, jugando distraídamente con un hilo suelto de la colcha mientras su madre se preparaba para la cena. Visitar a su madre cuando llevaba a cabo esa asombrosa transformación era una vieja costumbre forjada en su más temprana infancia, un hábito que ni Lucian ni Bella estaban todavía en condiciones de abandonar, por lo menos de momento.

La luz del atardecer que entraba por la ventana era centelleante y misteriosa. Cuando Bella se volvió, el ángulo con el que la luz incidió en su pelo hizo que este pareciera llamear suavemente.

«Tengo que pintarla —pensó él—. Tengo que pintarla como Rembrandt pintaba a su madre.»

Pero pensar en la pintura solo le traía a la memoria esa tarde y el tremendo fiasco que habían vivido.

Regresando al hotel, sus caminos se habían separado: Constance había ido a bañar a Lottie (la niña se había despertado justo al llegar a la verja) y él a lavar los pinceles y guardar todo el material de pintura. Había conservado el cuaderno de bocetos y se lo había llevado a la habitación de Bella cuando entendió que lo que necesitaba en realidad era el consejo de su madre.

En un largo e inconexo arrebato, le había contado lo ocurrido con Rose y su vestido y que esta, acompañada de Julia, había vuelto prematuramente al hotel. Tuvo la precaución de no comentarle nada acerca de su conversación con Constance.

—Veo entonces que no ha sido un éxito, ¿no? —Bella estaba retocándose el peinado con las manos frente al espejo.

—Pues no precisamente.

—No te preocupes, cariño. Ya sabes que Paola obra milagros.

Presa del pánico, Lucian respondió con una vehemencia excesiva:

—¿Qué insinúas?

Bella bajó la vista para mirarlo a los ojos.

—Solo que Paola dejará el vestido impoluto.

—Vale. —Lucian cambió de tema—. ¿Mi padre ha dicho algo?

—¿Sobre qué?

—El matrimonio.

—No he hablado con él —dijo ella—. Ha estado tomando copas con el conde Albani.

—Necesito tener una idea más clara de lo que quiere mi padre.

Bella se volvió como un resorte.

—¿Cuántas veces debo decírtelo? ¡Da igual lo que quiera tu padre!

—¿Y has intentado decírselo?

—Lo único que importa sois tú y Rose. Y si pensáis que podríais ser felices juntos.

Él asintió sin convencimiento.

—¿Crees que hay alguna posibilidad? —Bella guardó silencio un instante—. ¿Crees que podríais ser felices?

Lucian suspiró.

—Es muy difícil formarse alguna opinión con su madre pululando todo el rato a nuestro alrededor como una carabina insoportable.

Bella sonrió.

—Es verdad que esa mujer es de armas tomar.

Él se rio.

—Debo decir que me cuesta imaginar a mi padre con esa mujer de pareja.

—Eran muy jóvenes. Demasiado para ir en serio.

—¿Estuvieron prometidos?

—No formalmente. O eso creo.

—Pues había supuesto que lo estuvieron. Eso explicaría por qué está tan emperrado en que me case con Rose.

Bella frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Pues es muy sencillo. Sería una forma de reparar los agravios del pasado. Él y Julia no lograron reunir sus patrimonios casándose. Pero ahora tiene una segunda oportunidad gracias a Rose y a mí.

—Bueno, si eso es verdad, te aseguro que no me lo ha confiado.

Bella se levantó del taburete y abrió los brazos. Lucian se puso de pie y se dejó abrazar descansando la cabeza en su hombro e inspirando el aroma a jazmín y sándalo del perfume de su madre, que siempre le traía recuerdos de su niñez.

—Date tiempo con Rose —le susurró ella, y él asintió.

Cuando se separaron levemente azorados, el cuaderno de Lucian se deslizó de la cama al suelo. Bella se agachó para recogerlo. Lo hojeó con educado interés antes de que su pulgar se detuviera sobre un dibujo que le gustó especialmente.

—Por lo menos tiene ojo de artista —dijo Bella, señalando la página con la cabeza—. No es poca cosa, ¿no crees?

—Hum…

Bella puso el cuaderno abierto sobre las manos de Lucian y volvió a sentarse frente al espejo.

Él miró el dibujo y descubrió al instante lo que su madre no había podido saber: que el dibujo no era obra de Rose en absoluto.

Rose no tenía ojo. Quienquiera que hubiera dibujado eso carecía evidentemente de toda formación, pero tenía el don natural de ver los objetos en tres dimensiones y de saber plasmarlos. El sombreado, en especial, estaba muy logrado.

«Constance —pensó—. Lo ha hecho Constance.»

El descubrimiento le impresionó y emocionó a partes iguales.

Después de coger el cuaderno —decidió guardarlo en el cajón de su escritorio a partir de entonces—, Lucian volvió a su habitación para cambiarse.

Cuando se disponía a bajar, pasó a recoger a su madre como habían acordado y salieron juntos a la terraza, donde los huéspedes estaban empezando a congregarse. La tarde los había sorprendido con una temperatura fresca y agradable. Bella fue abordada casi de inmediato por lady Latchmere, que llevaba un vasito de *limoncello* bien sujeto entre el índice y el pulgar.

Sonriendo, Lucian se abrió paso entre la multitud para reunirse con Francesco, que estaba preparando *bellinis* en una mesa baja vestido con su elegante uniforme. Bajando la cabeza en señal de agradecimiento, Lucian tomó una copa y se la bebió de un trago, saboreando con la lengua el burbujeo dulce y viscoso del combinado. Después de coger otro vaso, se acercó a Plum y Lizzie, que estaban a solas en el extremo más alejado de la terraza.

—Espero no interrumpir —dijo, después de presentarse como es debido.

—En absoluto. —Plum era un hombre delgado y de aspecto ágil que irradiaba encanto y sinceridad.

—Lo vi jugar en Queens en 1923 —dijo Lucian—. Ganó a un australiano. Tom no sé qué.

—Todd Phillips.

—El mismo. Seis-dos, seis-cuatro, seis-dos, creo.

—Seis-tres en el tercer set. —Plum sonrió a su pesar, reconociendo así el buen intento de Lucian—. Pero ¿qué es un partido entre amigos?

—¡Casi no falló ni una bola!

—Y ahora casi no le da a ni una. —El ácido comentario fue cortesía de Lizzie, quien permanecía al lado de Plum con gesto inexpresivo y, todo hay que decirlo, aburrido.

Lucian cambió de tema.

—¿Qué les trae por Portofino?

—La semana pasada jugué en Montecarlo —dijo Plum alegremente.

—Perdió en primera ronda —añadió Lizzie.

Plum echó a Lucian una sufrida mirada de camaradería entre hombres.

—Me voy a Milán a finales de esta semana. El torneo de Milán empieza el lunes que viene.

—Lo que significa que tomaremos el tren de vuelta a casa el martes, con un poco de suerte. —Lizzie vació su copa.

De pronto, Lucian se sintió incómodo y a disgusto. Echó un vistazo a su alrededor, buscando a alguien más con quien conversar, cualquier vía de escape. Pero no encontró ninguna. Nish estaba hablando con el conde Albani. Rose aún no había aparecido; seguramente estaría discutiendo con su madre en alguna parte. Claudine y Jack se dirigían al comedor...

Claudine y Jack. Ella era un encanto. Con Jack, en cambio, todavía no había cruzado palabra, de hecho, pero el hombre debía de ser interesante si estaba con Claudine.

Después de disculparse con los Wingfield, Lucian siguió a la pareja estadounidense y se adentró detrás de ellos en el silencioso ambiente del comedor iluminado por las velas.

Sin embargo, al ver a su padre, se quedó helado. El viejo fue derecho hacia la pareja. Se encontraban a medio camino de su mesa y no podrían evitarlo, los pobres.

Como no tenía ganas de compartir a los Turner con su padre,

Lucian dio media vuelta y salió de nuevo a la terraza, tratando de fingir indiferencia, como si se hubiera olvidado el vaso en alguna parte y estuviera buscándolo. Pero no pudo evitar preguntarse... ¿Por qué su padre estaba tan interesado en esa pareja de Estados Unidos?

Cecil llevaba varios minutos merodeando fuera del comedor cuando oyó que Claudine decía:

—No sé tú, pero yo estoy muerta de hambre.

Estaba eufórico después de la conversación telefónica sobre el cuadro y ansiaba poner en marcha su proyecto, un proyecto que requería la participación discreta de Jack.

Logró que el encuentro pareciera fortuito.

—¡Ah, Jack! ¡Qué alegría verte!

—Cecil.

Se dieron la mano. Cecil se inclinó ante Claudine y prendió la mecha de su encanto.

—Justo ahora salía a la terraza, pero ¿puedo invitaros a una última copa después de la cena?

Claudine percibió inmediatamente que Cecil solo tenía ojos para Jack.

—Me temo que ese «invitaros» no me incluye a mí —dijo, y se marchó en dirección a su mesa.

Jack trató de escaquearse.

—No te lo tomes a mal, pero creo que esta noche no va a poder ser.

—¿Quizá mañana?

—Quizá. —Hizo ademán de seguir a Claudine.

—Qué remedio —dijo Cecil—. Supongo que puede esperar.

—¿Qué es lo que puede esperar?

—La historia del Rubens del abuelo.

Jack se detuvo en seco. «Ahora sí que me haces caso, comadreja», pensó Cecil.

—¿Tu abuelo tiene un Rubens?

—Lo tenía, ya no —puntualizó Cecil—. Estiró la pata cuando la reina Victoria todavía estaba en el trono.

Pero aquella historia había suscitado el interés de Jack. Dio media vuelta, como si hubiera olvidado de pronto la cena.

—¿Y ahora dónde está?

—Sigue colgando de una pared en nuestra casa.

—¿Y estás seguro de que es un Rubens?

Cecil se rio.

—Había pensado que serías tú quien me lo diría.

En torno a ellos, el salón empezó a llenarse a medida que los huéspedes llegaban paulatinamente de la terraza conversando en grupitos. El tenue olor a humo de tabaco y perfume se hizo más fuerte. Jack echó un vistazo a la mesa a la que se había sentado Claudine. Estaba de espaldas a él y se retocaba el pintalabios.

—Mañana —dijo—. Hablemos mañana. Será más fácil.

Eran como dos enfermos ingresados en la misma ala de un hospital, pensó Cecil, consolándose cada uno con la enfermedad del otro.

—Muy bien —dijo—. Que sea mañana.

Bella se despertó tarde y con una ligera jaqueca, tal vez fruto de los *bellinis* que se había permitido la noche anterior. ¿Cuántos había tomado? ¿Tres? ¿Cuatro quizá?

Bueno. Los había disfrutado.

Después de asearse y vestirse, al pasar por la puerta de la suite Ascot de camino a la planta baja, Bella oyó alboroto. Su primer pensamiento fue que lady Latchmere había enfermado de nuevo. Pero entonces la puerta se abrió, revelando a una aturullada Melissa, que le dijo que no, que el problema era completamente distinto y que si tendría la bondad de entrar.

Lady Latchmere estaba sentada en la cama con una bandeja delante. Su pecho subía y bajaba mientras boqueaba agitada. «No me digas —pensó Bella—. Alguien le ha dado confitura de albaricoque en lugar de mermelada.» Pero tampoco era ese el problema. No, el problema parecía residir en el pan, una rebanada untada de mantequilla que lady Latchmere blandía al viento como una bandera de juguete.

—Completamente incomestible —dijo—. Casi me parto un diente cuando lo he mordido. —Para aliviar el supuesto dolor, tomó un trago generoso de *limoncello*, que se había convertido en parte imprescindible del desayuno en la suite Ascot. Los dedos largos y finos

de la dama, crispados en torno al tallo de la copa, le recordaron a Bella una de esas arañas de patas larguísimas.

—Lo lamento mucho, su excelencia —dijo ella, sinceramente escandalizada—. Enviaré a alguien con otro cesto de pan. De inmediato.

Los escalones resonaban al ritmo de los pies de Bella en su descenso por la escalera. Lucian se encontraba junto a la puerta del comedor con gesto perplejo, como si estuviera esperándola.

—¿Hay algún problema? —preguntó él torciendo el gesto.

—¿No me das los buenos días? —dijo Bella—. ¿De qué problema me hablas? ¿Por qué lo preguntas?

—Parece que no hay desayuno.

Fue tan grande el sobresalto que a Bella le entró un sudor frío en las manos. ¿Qué estaba sucediendo?

En la cocina, Betty estaba sentada a la mesa con la cabeza apoyada en los brazos. Constance estaba agachada a su lado y al parecer intentaba consolarla bajo la exasperada mirada de Alice. Al ver a su patrona, Betty dijo débilmente:

—Ay, señora Ainsworth.

Bella se volvió hacia Alice exigiendo una explicación, pero su hija se encogió de hombros.

—No he conseguido que hable claro.

Bella colocó la cesta de pan incomestible sobre la mesa, delante de Betty. Suave pero severa, le dijo:

—Así lo acordamos cuando entraste a trabajar, Betty. Solo nos vale lo mejor.

—No es culpa suya —intervino Constance apasionadamente.

Alice le echó una mirada fulminante.

—¡Cierra el pico!

Pero Constance no se amilanó.

—No puede hacer el desayuno si no hay nada.

—¿No hay nada? —preguntó Bella.

—No hay comida, señora Ainsworth. Puede comprobarlo usted misma. No han traído nada. No tenemos ni pan, ni leche, ni huevos.

—¡La despensa está vacía! —Betty levantó la cabeza para sollozar, antes de volver a apoyarla entre sus brazos.

La puerta exterior se abrió. Billy entró a toda prisa y dejó dos grandes hogazas de pan y un queso redondo sobre la mesa. Luego,

empezó a sacar varios huevos de sus bolsillos.

—Ay —exclamó Betty al verlo—. Eres un encanto. Déjalos aquí... —Bajó un cuenco de una repisa que había a su espalda y lo dejó sobre la mesa.

—No he encontrado nada más, mamá —dijo Billy.

Betty se animó y se puso manos a la obra.

—Nadie quería venderme nada, señora Ainsworth. He tenido que suplicar para que me dieran algo.

—Seguro que es un malentendido —dijo Bella.

—Disculpe, señora, pero no. No creo que lo sea. ¡Me cerraban la puerta en las narices!

—Esto no tiene ningún sentido. Estamos al corriente de todos nuestros pagos, que yo sepa.

Bella se quedó callada mientras reflexionaba sobre el asunto. «Ese Danioni debe de tener mucho poder —pensó—. Hay que tenerlo para poner a todo un pueblo a sus órdenes.»

Había algo verdaderamente peligroso en todo ello, algo que iba mucho más allá del Hotel Portofino y la imposibilidad de servir el desayuno.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Alice.

—¿A qué hora empieza la misa?

Alice se miró el reloj.

—Dentro de dos horas.

—Puede sonar extraño —dijo Bella—, pero creo que la respuesta quizá la encontremos en la iglesia.

Al poco de su llegada a Portofino, había entendido que asistir a las ceremonias religiosas era en Italia incluso más importante que en Inglaterra. Desde luego, los feligreses eran aquí más devotos, como también eran más habituales los testimonios de una fe verdadera. Sin embargo, a semejanza de lo que ocurría en Tonbridge o en Leeds, las misas eran sobre todo actos sociales donde se hablaba de negocios y se intercambiaban chismorreos. Gustase o no, la iglesia unía a la sociedad. No podías pasar por alto sus interminables celebraciones, procesiones y fiestas aderezadas con fuegos artificiales, de la misma forma que no podías ignorar a un tendero o un regidor municipal conflictivo.

Bella tuvo la idea de presentar un frente unido, de reunir a las tropas, por emplear su expresión. Encomendó a Lucian la misión de

escribir rápidamente una nota en su mejor letra en la que debía informar a los huéspedes del servicio religioso de esa mañana de domingo y recomendarles que asistieran a la misa, pues esta representaba «una oportunidad de oro para observar a los italianos en su hábitat natural». Luego, Bella puso la nota en un marco y la dejó en el vestíbulo, sobre el mostrador de la recepción.

Nish se la hizo ver a Claudine, explicándole el contexto. Esta accedió a unirse al grupo, pero dijo que no tenía sentido pedírselo a Jack, de modo que Bella lo desestimó. El conde Albani aseguró a Bella que iría, pese a que puso algún reparo al redactado de la nota: «¡Hábitat natural! ¿Qué somos? ¿Elefantes?». Alice y Lottie accedieron de buena gana, así como Melissa. Sin embargo, Bella se llevó un disgusto, aunque no una sorpresa, con la rotunda negativa de Lucian. Tenía pinceles que lavar, dijo.

Menos sorprendente si cabe fue la respuesta de lady Latchmere, quien afirmó que la mera idea de ir a una misa católica la ponía enferma: «No habría elegido el Hotel Portofino como alojamiento de haber sabido que era un antro de papistas depravados».

Al cabo de un rato, partieron todos juntos hacia San Martino. Formaban una vacilante procesión, avanzando a trompicones por las calles adoquinadas, hasta enfilar los escalones de la iglesia, que evidentemente no se habían pensado para sus elegantes zapatos. Cuando llegaron a la terraza de mosaico que había frente a la portada de la iglesia, un variopinto grupo de turistas, vecinos del pueblo y «campesinos pobres» al decir del conde Albani aguardaba ya en la entrada.

Danioni estaba en medio de la multitud, hablando por los codos como un abogado en un juicio. Cuando vio al conde, se quitó el sombrero e inclinó la cabeza, gesto que enfureció a Bella y la reafirmó en su decisión de zanjar el asunto con ese individuo, y cuando a ella le pareciera oportuno. De momento, se limitaría a lanzarle un dardo de advertencia.

Fue derecha a buscarlo, cogiendo con tanta fuerza la mano de Lottie que la niña se quejó.

—¡*Signor* Danioni!

El regidor se volvió, interrumpiendo su conversación con un hombre de calva incipiente y corta estatura en quien Bella reconoció al farmacéutico del pueblo.

—Ah, señora Ainsworth. —Danioni forzó una sonrisa zalamera—. No sabía que era usted una mujer religiosa.

—Descuide —replicó ella—. No voy a montar el número delante de todo el pueblo. Por lo menos, no *antes* de la misa.

Cuando Danioni se tocó el ala del sombrero, Bella advirtió que su mirada se apartaba de ella y se dirigía a Claudine y Nish, que subían por la escalinata y entraban en la iglesia. La aversión que le causaban era más que evidente.

—¿Te has fijado? —preguntó Nish a Claudine. Ambos seguían a Alice en busca de un banco en el que cupieran todos.

Claudine miró a su alrededor.

—No. ¿Qué?

—Ese hombre. Cómo nos ha mirado.

—Ah, ese. ¿Sabes qué, cariño? Ya ni lo noto. Si lo hiciera, estaría todo el día fijándome en estas cosas. Y cansa.

Nish se sentó al final del banco, como un acomodador. Una vez empezada la misa, le sorprendió lo mucho que disfrutaba del misterio sonoro pero huero de la liturgia latina, tan reconfortante por serle familiar. Nish había estudiado en un internado católico y sabía perfectamente lo que era una misa, pues se le exigía que asistiera sin consideración por su fe. Con todo, el ambiente que se respiraba en la iglesia de Portofino no podía ser más distinto del de la gélida capilla de Stonyforth. Los niños pululaban a su aire con un juguete en una mano y un cirio en la otra, ajenos a los sollozos y ruegos de las ancianas que se apiñaban en los últimos bancos, secas y grises como tizones.

Al salir, Alice se le acercó corriendo.

—Te agradezco muchísimo que hayas venido, Nish. No estaba segura de si la iglesia te iba...

—¿A gustar?

—No. —Se puso colorada—. Lo digo simplemente porque... En fin, que Lucian se ha vuelto muy contestatario con todo esto.

—Dice que Dios murió en las trincheras. Muchos de mis compañeros de armas piensan lo mismo.

—¿Estuviste en el frente? —preguntó Claudine.

—En el Servicio Médico Indio. —Les hizo un pequeño saludo

militar.

—¿Y crees que Dios no volvió de la guerra, Sengupta?

Nish pensó un momento antes de responder.

—El Dios de Inglaterra quizá no. Pero el mío sí volvió.

Alice y Claudine siguieron caminando. Nish vio que un niño lo observaba y le sacó la lengua poniendo los ojos bizcos. La intención era hacerle una broma, pero el niño pareció asustarse de verdad y escondió la cara en el costado de su madre. Sintiéndose culpable, Nish apartó inmediatamente la mirada antes de que la mujer pudiera reparar en él y reprenderlo.

Nish esperó con Melissa y Claudine a que Bella saliera de la iglesia. Una mujer bien vestida y de porte aristocrático salió por la puerta en compañía de otra mujer. Alice exclamó: «¡Lady Caroline!», pero la mujer tan solo echó un vistazo en su dirección antes de continuar caminando.

—¡Será posible! —Alice estaba indignadísima.

—Quizá no te ha visto... —aventuró Melissa.

—O ha preferido no hacerlo —apuntó Claudine.

Bella se reunió con ellas sujetándose el sombrero con la mano.

—¿Qué ocurre? —dijo—. ¿A qué viene este alboroto?

—Creo que acaban de desairarme —dijo Alice.

—Y ha sido lady Caroline Haig —añadió Melissa.

Claudine parecía confundida.

—¿Debería saber quién es?

Melissa le explicó que era la hija del conde Harborne y que tenían alquilada una villa en las colinas.

—Fuimos a visitarlos cuando llegaron —añadió Alice—. Ese día fueron muy educados con nosotros.

Claudine frunció el ceño.

—Espero que no te haya ignorado por mi culpa.

—Seguro que no —dijo Bella, con una rotundidad tal vez un poco excesiva—. Tiene que haber una explicación perfectamente razonable.

En el otro extremo de la terraza, lady Caroline charlaba con el conde Albani. Este se unió al grupo del hotel y descubrió que todos lo miraban con gesto expectante.

—¿Me he perdido algo?

—Estábamos hablando sobre los Haig —dijo Bella.

—Parece que conoce usted a lady Caroline —dijo Alice.

—Estudié en Oxford con su tío —explicó el conde.

Pero Bella parecía desconcertada. Había visto a alguien, advirtió Nish. Era esa comadreja humana que se había quedado observándolos a él y Claudine antes de la misa.

—¿Me disculpáis? —dijo Bella, y se encaminó hacia ese hombre a través de la muchedumbre.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Nish.

Pero nadie parecía saberlo.

Era curioso, pensó Cecil, cómo cambiaban las cosas. Un día, alguien no quería hablar contigo. Y entonces, de golpe y porrazo, sí le apetecía. Jack, sin ir más lejos. Se había encontrado a Cecil leyendo el periódico en la biblioteca y lo había saludado calurosamente, sin el menor atisbo del recelo dubitativo de sus encuentros anteriores. Todo el mundo había salido para la iglesia. Cecil nunca perdía el tiempo con esas cosas y era evidente que Jack tampoco, porque cuando Cecil sacó el tema dijo: «Yo solo me arrodillo ante el altar del becerro de oro». Huelga decir que Cecil era de la misma opinión.

Sonriendo, Jack le mostró la llave de su Bugatti y la hizo bailar en el aire.

—Me preguntaba si te apetecería venir a dar una vuelta conmigo.

—Pues me parece una excelente idea —respondió Cecil cerrando el periódico.

El deportivo trazaba las curvas de forma admirable, aunque la carretera era estrecha y a Cecil le aterrorizaba pensar qué podía ocurrir si se encontraban otro automóvil de frente. Aun así, ocultó sus temores. Además, Jack parecía saber lo que hacía.

Aparcaron a un lado de la carretera entre Rapallo y Camogli. Desde el acantilado, contemplaron la extensión crespa de tejas rojas que cubrían las casas y las ruinas de un castillo que se alzaban en un peñón que se adentraba en el mar.

—En Rapallo tienen unas pistas de tenis de primera —comentó Cecil, aunque no había puesto un pie en ellas. Solo había fingido que le gustaba el tenis para impresionar a Bella durante su luna de miel—. Y también hay una biblioteca inglesa, según me han dicho.

—Vosotros los ingleses llegáis a todas partes —dijo Jack, y esbozó una sonrisa—. Pero nosotros también.

Dieron media vuelta y regresaron al coche. Jack se encendió un cigarrillo y fumó apoyado en el capó mientras Cecil pasaba un dedo por el metal caliente de la carrocería.

—Te habrá costado un potosí.

—La belleza es eterna.

—Eso dicen.

—Es un Type 35 —dijo Jack—. Las llantas son de aleación y la suspensión delantera es de ballesta. Bugatti ganó la Targa Florio con este modelo el año pasado. El diseñador es un genio, te lo aseguro.

Cecil no sabía nada de coches, pero no tuvo inconveniente en fiarse de la palabra de Jack. Aun así, en un ataque de celos patriótico, dijo:

—¿Un genio mayor que Walter Bentley?

—¿Bentley? —Jack se rio—. ¿Sabes cómo llama Bugatti a los Bentley? «Los camiones más rápidos del mundo.» Y no le falta razón.

Cecil no dio su brazo a torcer.

—Puede ser. De todos modos, es una pena que estos italianos no tuvieran un material decente como esta máquina durante la guerra. Quizá habrían salido mejor parados.

—¿Estuviste en el ejército?

—Esta última vez no. —Se interrumpió mientras rememoraba el espectro de su breve y nada distinguida carrera militar—. Mis días de combate terminaron a unas millas de Ladysmith en 1899, durante la segunda guerra de los bóers. ¿Tú tienes experiencia militar?

Jack bajó la cabeza y miró al suelo. Ahí había una historia, intuyó Cecil. Pero a Jack no le apetecía contarla. Todavía no.

Sentándose al lado de Jack sobre el capó, se sacó un papel arrugado del bolsillo interior de la chaqueta.

—A propósito del cuadro —dijo alisándolo.

Jack miró el papel entornando los ojos.

—No puede ser esto.

—Claro que no. Lo he arrancado de uno de los libros de Lucian.

Jack cogió el papel y lo levantó para estudiarlo de cerca.

—*La Venus del espejo*.

—Esta es la chica. Me ha costado encontrarla.

—Es un tema muy habitual en el arte del Renacimiento —dijo Jack con aires de superioridad.

—Si tú lo dices. —A Cecil no le caía bien la gente que alardeaba

de unos conocimientos que él no compartía.

Jack resopló.

—¿Así que tu Rubens no tiene título?

—No. Y tampoco firma. Por desgracia.

—Hum...

—¿Sería un problema?

Jack se encogió de hombros de forma casi imperceptible.

—No es inusual en esa época.

—Y es ahí donde entra la gente como tú, ¿verdad? —Cecil estaba perdiendo la paciencia. Quería respuestas, no tediosas ambigüedades.

Jack le devolvió el trozo de papel.

—Es imposible saberlo. A menos que mi hombre pueda echarle un vistazo.

—Por supuesto —dijo Cecil—. Lo entiendo perfectamente. Por eso he dado instrucciones de que me lo envíen y ya está en camino.

La noticia tuvo el efecto buscado de sorprender a Jack.

—¿De verdad vas en serio con esto?

—Siempre voy en serio cuando se trata de ganar dinero. ¿Tú no?

Jack guardó silencio un momento.

—Si no es lo que dices, no hacían falta alforjas para este viaje. Demasiado lío para los dos.

Cecil se sacó una petaca del bolsillo.

—No te preocupes, viejo. —Tomó un trago antes de pasársela—. Estoy convencido de que encontraremos la forma de que nos merezca la pena a ambos.

¿Eran imaginaciones suyas o Danioni se encogió cuando la vio llegar? Como todos los matones, en el fondo era un cobarde y no le gustaba enfrentarse a la gente porque sí.

—*Signore* —le dijo Bella, envalentonada al verse rodeada de tanta gente, por el hecho de que el encuentro se resolviera en público—. ¿Podemos hablar un momento, por favor?

Inclinándose en señal de conformidad, se disculpó ante sus compañeros, los cuales intercambiaron miradas cómplices.

—Tengo entendido que he de darle las gracias por la maravillosa sorpresa de esta mañana —dijo Bella.

—No sé de qué me habla, *signora*.

—Pues yo creo que sí. Usted mismo lo dijo. Aquí no ocurre nada sin que usted lo sepa.

Danioni inclinó de nuevo la cabeza.

—Puede ser.

—Entonces quizá pueda decirme qué he de hacer para resolver este contratiempo. No puedo dirigir mi hotel si el pueblo me niega el abastecimiento. O su buena voluntad.

Danioni se volvió. Bella vio que miraba en dirección a la iglesia y reparó en una mujer con un vestido azul que estaba de pie en la escalinata. La mujer los observaba atentamente. Danioni levantó la mano para hacerse ver y ella hizo lo mismo.

—Es mi mujer —dijo.

—¿Sabe ella que me está chantajeando?

Danioni puso una mueca.

—Qué palabra más fea. En Italia no creemos en el chantaje, *signora*.

—Entonces ¿en qué creen?

—En la *furbizia*.

—No lo entiendo.

—La astucia. Es lo que nos permite poner un plato en nuestra mesa. Y comprar vestidos a nuestras mujeres. —Volvió a mirar a su esposa, antes de concentrarse nuevamente en Bella—. Vestidos bonitos. Y joyas. Como el *zaffiro*.

—¿Zafiros?

Danioni miró la mano de Bella, en la que centelleaba un zafiro.

—Sí. *Zaffiro*. A mi esposa le encantan.

Constance y Betty estaban en el fregadero cuando Bella entró en la cocina. Se reían y hacían el tonto, mientras Constance manipulaba la boca del pez que tenía en las manos para hacer ver que hablaba. Lo dejaron y se cuadraron cuando vieron a Bella, aunque la risa reprimida todavía arrugaba la solemnidad impostada de sus rostros.

—Me alegra ver que te has recuperado, Betty.

—Gracias, señora Ainsworth. Me siento mucho mejor.

Al principio, Constance se temió que Bella estuviera preocupada por algo. Tenía el gesto inquieto y distraído, y no paraba de toquetearse el dedo corazón de la mano derecha. La mujer tenía

muchas preocupaciones, se dijo Constance para sus adentros. Todo el lío de esa mañana con el reparto, como si llevar un hotel no fuera ya bastante difícil.

En cualquier caso, pareció animarse un poco cuando vio las pilas relucientes de pescado fresco sobre la mesa.

—Veo que alguien ha tenido mucho trabajo —dijo.

—Ha sido Billy, señora —dijo Constance.

—Madre mía. ¿Lo ha pescado todo él solo?

—No, señora Ainsworth. Conoce a unos chicos del puerto. Se ayudan unos a otros.

—No te olvides de darle las gracias de mi parte. Nos servirá para preparar una cena estupenda.

—Así se lo transmitiré, señora Ainsworth.

—Gracias, Constance. Y Betty, me han asegurado que el reparto se reanudará mañana a primera hora.

—Me alivia saberlo, señora.

Bella se disponía a salir de la cocina cuando se fijó en el pez con el que las dos criadas se habían reído hacía unos instantes.

—Madre del amor hermoso. ¡Qué feo es!

Constance continuó la broma.

—Es un escupitajo de mi tío Albert —dijo ella. Y no le faltaba razón.

—Espero que sepa mejor de lo que aparenta.

—Justo ahora me devanaba los sesos intentando imaginar qué haría con él —confesó Betty—. Tendré que echar un vistazo a ese libro...

—¿Artusi?

—Ese mismo.

Mientras hablaban, Paola había ido varias veces a la despensa a buscar cepillos y trapos para el polvo. En ese instante se disponía a salir de nuevo de la cocina cuando oyó algo que le hizo aguzar el oído.

—¿Artusi? ¡Bah!

Soltó un bufido y sacudió la cabeza, lentamente, como si no pudiera soportar el peso de la ignorancia de esas inglesas.

Bella le preguntó en italiano por su opinión acerca de Artusi y luego tradujo su respuesta para las demás. Resultó que a Paola no le caía bien Artusi porque era «un viejo botarate que no sabe nada». Añadió que el pez que Billy y sus amigos habían capturado era un

rubio, bueno para comer, especialmente guisado.

—A Paola le gustaría cocinarlo —dijo Bella—. ¿Te importaría, Betty?

La cocinera mostró su beneplácito haciendo un amplio gesto con el brazo.

—Ni una pizca.

A instancias de Bella, Paola dejó en el suelo la caja que llevaba en brazos y empezó a revisar los peces de uno en uno, examinando esos ejemplares resbaladizos en busca de golpes o indicios de descomposición. Por sus refunfuños, todos los presentes dedujeron que aprobaba lo que veía. Solo tiró a un lado unos pocos peces que no acabaron de convencerla.

Bella y Betty intercambiaron una mirada.

—Quizá no nos vendría mal tener una pinche de cocina esta noche —sugirió Bella.

—Justo estaba pensando en eso, señora.

—¿Se lo pido?

—No parece que vayamos a tener que insistir mucho.

—Estupendo. —Bella dio unas palmadas—. Será una cena especial. Podemos anunciarla como «Un bocado de Italia».

Constance siempre ayudaba a servir la cena después de acostar a Lottie. Su anterior patrona le había enseñado a servir a la inglesa. Sin embargo, aunque Bella prefería por lo general una versión menos protocolaria del servicio, el plan para esa noche era que Betty emplatara en la cocina y que Constance y Billy se encargaran de llevar los platos al comedor.

Lottie había seguido toda la conversación sobre el guiso de pescado y tuvo un berrinche porque no le permitieron quedarse a verlo.

—A los niños italianos los dejan quedarse despiertos hasta tarde —se había quejado a Constance.

—Pero tú no eres italiana —le había respondido esta—. Nosotros tenemos otra forma de hacer las cosas. Además, tu madre no puede tenerte estorbando por aquí mientras estamos sirviendo a los huéspedes.

—No estorbaré —dijo Lottie con los ojos bañados en lágrimas.

Al final, Bella había accedido a que la niña ayudara a poner las mesas. Lottie estaba preciosa en su vestido de lino azul cielo con un

ribete blanco en el cuello. Con Alice y Constance, había extendido los blancos manteles, sin una sola arruga, sobre las mesas. Luego, habían dispuesto la cubertería y los platos para las guarniciones y el pan, antes de colocar unos cuencos llenos de flores en el centro de las mesas. Alice enseñó a la niña a doblar las servilletas.

Mientras trabajaban, alguien —¿Lucian tal vez?— puso un disco en el gramófono. La música se extendió serenamente por toda la casa. Era el tipo de música que Constance siempre había atribuido a los ricos: ópera. Había escuchado algunos trocitos de esa música en la radio, pero nunca le había encontrado el sentido, nunca le había parecido una música que alguien pudiera escuchar por gusto. Ahora, por primera vez, y pese a que la lengua de los cantantes le resultaba impenetrable, tuvo la impresión de que podía entender el interminable anhelo y melancolía, la expresión embriagadora de esas emociones tempestuosas. Con el corazón en un puño por todo lo que había dejado atrás, Constance tuvo que esforzarse para que esos sentimientos no la abrumaran.

Paola había estado cocinando toda la tarde. Betty no se había separado de ella, observando y tomando apuntes, intentando no interferir.

—Es buena, vaya si lo es —repetía una y otra vez—. Está echando pimentón a todos los platos.

No era habitual que todos los huéspedes coincidieran en la cena. Con frecuencia, algunos salían a cenar a otro sitio, pues abundaban en Portofino los restaurantes de categoría. Sin embargo, había corrido la voz de que esa noche iba a ser especial, un «bocado de Italia» como no había otro igual.

A las ocho, los comensales habían terminado sus cócteles y tomado asiento. Se respiraba en el ambiente una sensación de impaciencia y emoción, aderezada por el hecho de que nadie sabía qué esperar, pues habían guardado en secreto los detalles del menú, aunque a decir verdad los olores deliciosos que llegaban de la cocina se habían extendido por el hotel toda la tarde.

Cucharón en mano, Paola servía raciones generosas del guiso en unos grandes platos hondos que Constance y Billy llevaban con cuidado al comedor. Los primeros agraciados fueron Roberto y el conde Albani. Cuando Constance les sirvió los platos, el conde inspiró el vapor que se elevaba antes de rozarle ligeramente el brazo y

decirle:

—Bueno, querida. Debes decirme qué me has traído.

Constance se había preparado para esa pregunta y sabía perfectamente cómo responder.

—Es un guiso de pescado ligur con rubios, salmonetes y vieiras. —Como no sabía pronunciar «langostinos», optó por omitirlos.

—Excelente —dijo el conde—. ¿Y es posible que note un aroma a hinojo?

—Así es, señor.

—Dime... —Le indicó que se arrimara y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Esto es obra de la *signora* Betty o de la *signora* Paola?

—Podría decirse que ha sido un trabajo de colaboración, señor.

El conde soltó una carcajada.

—¡Eres muy diplomática! Una virtud de incalculable valor, estoy seguro, en un hotel como este.

Billy tuvo menor fortuna y le tocó servir a Julia y Rose, aunque el guiso pareció ser de su agrado. Constance vio que Rose sacaba con la cuchara un langostino entero del plato y se lo enseñaba a su madre, cuyos ojos se abrieron de par en par, horrorizados.

Lady Latchmere, por su parte, puso una cara de evidente recelo cuando se acercó la cuchara a los labios. Pero su semblante terminó decantándose por una expresión de inesperado placer cuando saboreó esa primera cucharada.

Hacia el final de la cena, Constance regresó a la cocina para cambiarse el delantal cuando vio que Billy salía con sigilo por la puerta del patio y se perdía en la noche. «Habrá salido a ver a sus nuevos amigos», pensó Constance. Le preocupaba que pudieran llevarlo por el mal camino. Billy le parecía muy niño todavía. Había conocido a muchos como él en Inglaterra. Chicos de pueblo. Siempre con ganas de correrse una juerga, pero sin la sensatez necesaria para saber parar a tiempo.

Eso sí, pensó, la gente seguramente pensaba lo mismo de ella.

Pese a que lo había cocinado casi todo sola, Paola la ayudó a fregar los platos, lo cual fue todo un detalle por su parte. Ella, Betty y Constance fregaron y secaron la vajilla en un silencio cansado pero satisfecho, hasta que Betty colgó su delantal y dijo:

—Vale. Me voy a la cama.

—*Buona notte*, Elizabetta —dijo Paola.

Betty sonrió encantada.

—Esta noche nos has hecho sentir orgullosas, cariño.

Era obvio que Paola no la había entendido del todo, pero aun así le dio un abrazo.

Se habían quedado a solas y de pronto el ambiente se volvió frío. A todas luces, Paola creía que había algo entre Constance y Lucian. Pero todo era producto de un malentendido, porque no había nada entre ellos, ¿no?

—*Buona notte*, Paola —dijo Constance, lista para subir a la cama.

Pero Paola no dijo nada.

Ya en su cuarto, Constance se sentó en camisón frente al tocador. Observó su rostro en el espejo con una severidad que sus conocidos habrían considerado inmerecida. Siempre le había sido más fácil encontrar defectos que virtudes, o quizá, sencillamente, parecía más apropiado ser cruel consigo misma si no merecía otra vida que esa. No después de lo que había ocurrido. Aunque no hubiera sido culpa suya. De verdad que no lo era.

Procurando no estropear el cierre, se quitó el guardapelo que siempre llevaba colgado del cuello con una cadena y lo abrió. Dentro había una fotografía diminuta de Tommy, tomada cuando tenía seis meses. Habían ido a Keighley para el retrato y el diablillo había llorado durante todo el trayecto. Constance sonrió, dio un beso a la foto pequeñita y luego, a pesar de tener los huesos molidos, empezó a escribir la carta que había estado pensando durante toda la jornada.

Queridísima mamá: Tengo tanto que contarte...

Bella estaba en el cuarto de baño y se desmaquillaba con un paño suave de algodón. Cecil había salido, estaba fuera. Era el único que se había perdido el guiso de pescado. En otros tiempos habría disfrutado con esa comida. En otros tiempos, habría sido un placer compartido.

Todo era cosa del pasado. No tenía ningún interés en compartir los placeres actuales de su marido, que eran el póquer y el brandy. Pero lo que más la soliviantaba era que su comportamiento la forzara a adoptar un papel que no tenía ningún deseo de desempeñar: una gruñona de la liga por la abstinencia dándole la tabarra eternamente

sobre esa bebida del demonio como si se tratase de una figura salida de una viñeta dieciochesca.

Se sobresaltó al oír un ruido abajo que interrumpió el curso de sus pensamientos: un golpe fortísimo cerca de la cocina.

Su mente voló de inmediato a Cecil. ¿Qué estaría haciendo esta vez? Pasaron unos minutos y, al ver que no subía, se puso la bata y bajó sin hacer ruido a investigar.

La cocina estaba por completo a oscuras. Encendió la luz y la primera impresión fue que la estancia estaba impecable. Las chicas lo habían recogido todo maravillosamente bien. Se disponía a apagar la luz y volver a la cama cuando oyó algo.

Era sin lugar a dudas un gruñido.

El corazón se le paró un instante y luego empezó a latir con tanta fuerza que Bella se mareó.

—¿Quién anda ahí? —Armada con un gran cucharón de metal, se adentró indecisa unos pasos en la estancia—. ¿Eres tú, Cecil?

Entonces se armó de valor y entró del todo, sujetando el cucharón por encima de la cabeza, lista para asestar el golpe, cuando vio una silueta encogida de miedo debajo de la mesa. Miró más de cerca. Eran dos siluetas acobardadas y Bella reconoció una.

—¡Billy!

—Lo siento, señora. —Tenía un golpe en la mejilla y toda la ropa destrozada. Sobre su regazo, sostenía la cabeza de un chico de su edad. Estaba ensangrentado, con el pelo apelmazado y pegajoso. Tenía toda la cara hinchada y llena de moratones. Sus ojos apenas eran unas ranuras.

—¿Qué demonios? —preguntó asustada.

—Por favor, no se enfade conmigo —le rogó Billy—. No sabía qué más podía hacer.

—Pero ¿qué está haciendo aquí, Billy? ¿Qué le ha pasado?

—Oh, señora Ainsworth —dijo con la voz quebrada—. Han sido los fascistas. Lo han apaleado hasta dejarlo sin sentido.

6

Esa noche cayó una tormenta fortísima. La lluvia azotaba las palmeras y salía a borbotones de las alcantarillas. Largos aguijones de luz se precipitaban sobre las colinas, iluminando la imponente silueta del Castello Brown como si estuviera en llamas.

No es que Constance tuviera miedo exactamente, pero nunca había visto una tormenta igual y le resultaba imposible conciliar el sueño. Con cada estruendo, el hotel temblaba y los cristales vibraban en las ventanas. Se tumbó de lado, preguntándose si debía abrir los postigos y contemplar el espectáculo de relámpagos. Al final optó por no hacerlo. Iba a darse la vuelta e intentar pegar ojo cuando alguien llamó con fuerza a su puerta.

Era Billy, vestido con su ropa de calle, sujetando una vela con la que iluminaba su rostro sucio y magullado.

Constance se quedó sin aliento.

—¡Billy! ¿Qué ha pasado?

El muchacho contestó en tono impasible, esforzándose en dominar sus emociones.

—La señora Ainsworth dice que debes bajar ahora mismo a los establos. Trae una palangana de agua caliente. Y toallas.

Billy se marchó antes de que ella pudiera preguntarle nada más.

Constance se hizo una coleta y se puso la bata. Seguía lloviendo cuando cruzó el patio y el aire estaba brumoso, cargado de humedad. La luna proyectaba una temblorosa luz argentada sobre los adoquines mojados. Casi se dio de bruces con Nish, que había acudido a la misma llamada urgente. En una mano sostenía un maletín de cuero marrón, como los médicos; con la otra se abrochaba un botón rebelde de una camisa que a todas luces se había echado encima a toda prisa.

—¿Qué ocurre, señor Sengupta? —preguntó ella—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo él en tono cansado—. Pero confieso que echo de menos poder disfrutar de una noche de sueño sin interrupciones.

—¿Qué quiere decir?

—Parece que aquí, en lugar de ser un huésped como otro cualquiera, me he convertido en un doctor de guardia permanente. —Se corrigió enseguida—. Tampoco es que me queje, desde luego.

Billy iba delante de ellos guiándolos a los viejos establos, donde tenían los caballos del carruaje. En el mismo instante en que otro relámpago restalló sobre sus cabezas, una voz masculina y grave gritó de terror.

Nish fue el primero en reconocer a su dueño. Se detuvo y dijo perplejo:

—¿Lucian?

Él y Constance se volvieron al unísono hacia el origen del grito: las dependencias de los criados, en el otro extremo del patio.

—Detesta los truenos —explicó Nish, de pronto azorado—. Le recuerdan a Francia.

Sí, pensó Constance. Y ese recuerdo ha de ser espantoso, insoportable. Pero ¿qué hacía Lucian en los establos en plena noche cuando su habitación estaba en la casa principal?

Estuvo a punto de preguntárselo a Nish. Pero en cuanto terminó de formular mentalmente la pregunta se le encogió el corazón, pues se dio cuenta de que sabía a la perfección la respuesta. La había tenido delante de las narices desde el principio, pero había sido demasiado boba e ingenua —demasiado confiada, pensó— para reconocerla. ¡Con razón la odiaba Paola!

Aun así, no había tiempo para demorarse en esas cosas, porque Bella los llamaba encarecidamente pero sin alzar la voz desde la entrada.

—¡Por favor! ¡Venid deprisa!

Pasaron a la primera caseta del establo, donde un chico de la edad de Billy estaba tumbado boca abajo en un lecho improvisado de paja.

El chico gemía de dolor. Obligándose a no perder la calma, Constance se arrodilló a su lado. Mojó un trapo en la palangana. La piel, la ropa, todo estaba pringado de sangre, y su cara pálida estaba tan hinchada que Constance pensó que sería difícil reconocerlo salvo por su chaqueta harapienta y el pelo castaño cortado al rape. Yacía completamente inmóvil, como si el menor movimiento pudiera provocarle un mal espantoso. Constance le fue mojando la cara con

dulzura, intentando lavarle la sangre en la medida de lo posible. Pero cada vez que le tocaba la cara, el chico soltaba un aullido de dolor. Era desgarrador verlo. ¿Cómo podía alguien hacerle algo así a un chaval que tendría unos quince años?

—Espera un momento —dijo Nish, agachándose a su lado—. Deja que le dé algo para el dolor. —Sacó del maletín una jeringuilla hipodérmica que llenó en un frasco—. Súbele la manga y sujeta con fuerza su brazo. —Miró entonces a Bella, como si le estuviera pidiendo permiso—. Voy a administrarle morfina. Quince miligramos.

—Haz lo que tengas que hacer —respondió ella.

El brazo del chico se tensó cuando la aguja penetró en su piel. En cuestión de minutos, los gemidos cesaron y Constance retomó la tarea de limpiarle la cara. Después de dejarlo lo más aseado que pudo, le acarició el pelo con cariño. Tenía un tacto áspero, como el de un gato.

Permaneció con él largo rato, quizá incluso una hora, era difícil estar segura. Finalmente, Bella la llamó y le susurró:

—Ya has hecho bastante, cariño.

La tormenta había llegado a su fin. De las colinas llegaba el canto de los pájaros. Nish, Constance y Bella se reunieron frente a la puerta del establo. Bella había enviado a Billy al pueblo para que diera aviso a la familia del chico.

Se volvió ahora hacia Nish.

—¿Cómo está?

—Más estable, pero sigue débil. Ha perdido mucha sangre.

—¿Se curará?

—Es joven y fuerte. Aunque puede que haya perdido visión.

Mientras Nish hablaba, Billy llegó corriendo al patio, seguido de dos italianos de mediana edad que empujaban una carretilla. Las ruedas traquetearon sobre el empedrado. Después de tocarse el ala del sombrero en señal de agradecimiento hacia Bella, entraron en silencio en el establo pasando junto a Constance.

—¿Quién es esta gente? —preguntó Bella.

—Más le vale que no haga presentaciones, señora Ainsworth —respondió Billy.

Constance entró en el establo detrás de los dos hombres. Intercambiaban ásperas palabras en italiano. Enseguida subieron al chico durmiente, izándolo bruscamente por las piernas y los hombros, de forma que su cuerpo roto se dobló por la mitad. Pese a la morfina,

chilló de dolor cuando la pareja lo cargó en la carretilla herrumbrosa.

—¡Tengan cuidado! —les gritó Constance.

Pero la ignoraron y pasaron a cubrir al joven con una lona, como si ya estuviera muerto.

La imagen también perturbó a Nish.

—Tiene que verlo un médico —le dijo a Bella—. Dígales que es indispensable. ¡Por favor!

Bella se dirigió a los italianos y estos dieron la impresión de escucharla. Uno de ellos asintió, lo que dejaba abierto un resquicio de esperanza. Entonces se lo llevaron empujando la carretilla sin contemplaciones, tal y como habían hecho al traerla.

Bella se volvió hacia Billy.

—Ve a limpiarte —dijo.

—Sí, señora.

—Y luego me gustaría veros a ti y a Constance en mi despacho. Tienes que darme muchas explicaciones, joven.

Billy se esfumó. Constance recogió la palangana y los trapos, mientras se esforzaba en no perder palabra de la conversación que Nish y Bella mantenían entre susurros. Sintió unas palpitaciones nerviosas en el pecho. ¿Por qué quería verla a ella también? ¿Qué había hecho mal? Solo había querido ayudar... ¿Acaso no había bajado a toda prisa?

—¿Ha contado Billy algo más? —le estaba preguntando Nish a Bella en ese instante—. ¿Ha explicado cómo resultó herido el chico?

—Solo lo que ya te he dicho. Que fueron unos matones de Mussolini.

—Y en este pueblo amodorrado. Es increíble.

—Ay, Nish —dijo ella, perdiendo la paciencia—. ¿Todavía no lo has entendido? ¡Están en todas partes!

En el despacho de Bella reinaba el ambiente tenso e impaciente de un juzgado. Con sus paredes encaladas y un alto y estrecho archivador, la estancia tenía un aire decididamente inglés y le recordó a Constance a todos los despachos de amas de llaves que había conocido a lo largo del tiempo. Parecía poner un foso de por medio con el mundo italiano que lo circundaba, representar oscuramente las normas, la riqueza y las emociones reprimidas que caracterizaban a los ingleses, hasta el

punto de que las dificultades del sol para manifestarse a través del ventanuco batiente estaban en triste consonancia con el ambiente que reinaba en su interior.

De pronto apareció fulgurante una idea en su mente: «Bella no es feliz cuando está aquí». Pero era presuntuoso. No le correspondía a ella juzgar la fuerza y el calado de las relaciones de Bella, ya fueran con su familia, el hotel o Italia.

Constance recordó aquel primer momento de intimidad con ella, sentadas ambas a la mesa de la cocina, cuando Bella le pasó el tarro de *tapenade*. Entendió que el deseo que la dominaba era el de que todos esos formalismos desaparecieran. Que Bella le revelara todo su ser en un gesto único y secreto.

Como si fuera su igual y no su criada.

Aguardaba al final del despacho con Betty a su lado, mientras Bella, sentada a su mesa de trabajo, trataba de averiguar qué había ocurrido exactamente la noche anterior. La paciencia medida de la que hacía gala inspiraba más terror que si hubiera tenido un ataque de ira.

—¿Por qué lo trajiste aquí, Billy?

—Supongo que me asusté, señora.

—¿Os persiguieron?

—Sí.

—¿Quién?

—Unos zagales. Eran tres o cuatro.

—¿Saben que trabajas aquí?

—No, señora.

—Algo es algo. —Bella guardó silencio unos instantes, como si estuviera sopesando cuál era la mejor respuesta. Finalmente dijo—: Sé que lo hiciste con la mejor de las intenciones, Billy. Pero esto no puede volver a ocurrir.

Billy agachó la cabeza.

—Le prometo que no volverá a ocurrir, señora.

—La situación en Italia es muy delicada y no podemos permitir que nos vean tomar partido. ¿Lo entiendes?

Él asintió.

—Está bien. Puedes marcharte.

De camino a la puerta, Billy miró fugazmente a su madre.

—Lo siento, mamá.

Pero Betty se mostró fría e impasible.

—Se me cae la cara de vergüenza.

Constance se emocionó por ambos, pero en especial por Billy. Era solo un niño, y Constance todavía sentía en su interior la niña que había sido en esas mañanas en las que solo quería correr, bailar y tirar cosas al aire. A veces quería olvidar que tenía veinte años y que ya era madre.

Y para colmo una madre ausente.

Después de que Billy cerrara la puerta, Betty tomó la palabra:

—No sé qué decir, señora.

—No es necesario que digas nada, Betty. No es culpa tuya.

—Sus hermanos le daban un tortazo cuando se pasaba de la raya. Pero ahora... En fin, no es fácil para una mujer sola. Saber cómo hay que tratar a un chico de su edad.

Bella suavizó el tono.

—Puedes estar orgullosa de cómo lo has criado, Betty. Solo quiere vivir aventuras.

Cuando Betty salió del despacho, Constance se preparó para lo peor. Había llegado su turno.

Estaba acostumbrada a que le gritaran en esas situaciones. Aun así, sentía una vergüenza injustificable, como si hubiera fallado a Bella sin darse cuenta.

¿O acaso lo había malinterpretado todo? La sonrisa que le llegaba desde el otro lado de la mesa —porque era una sonrisa, de eso no cabía duda— transmitía calidez y amparo.

—Quiero manifestarte mi gratitud —dijo Bella.

Si se hubiera desnudado delante de ella, Constance no se habría llevado una sorpresa mayor.

—No ha sido nada, señora Ainsworth —balbuceó.

—Y pedirte que seas discreta.

—Puede confiar en mí, señora.

—Por supuesto, como comprenderás, no puedo tolerar la injusticia. —Bella miró por la pequeña ventana—. Especialmente aquella que se impone mediante la bota o el puño.

—No, señora. Yo tampoco. —Era una conversación extraña, pensó Constance. ¿Adónde quería llegar?

—En cualquier otra circunstancia, bajaría de inmediato a la puerta del señor Danioni y le apretaría bien las clavijas.

—Estoy segura de que así lo haría, señora Ainsworth.

—Pero lo he dado todo por este hotel. Para conseguir que sea un éxito. Y si fracasara, o me lo arrebataran, no sé si lo podría soportar.

—No, señora.

Por un instante pareció que Bella iba a echarse a llorar.

—¡Santo cielo! —exclamó, soltando una carcajada incómoda—. ¿Qué pensarás de mí? Aquí estoy, confesándote mis problemas. ¡Y en realidad casi no nos conocemos!

—No se preocupe, señora. —En verdad, Constance estaba encantada de ver que la formalidad entre ellas se iba erosionando.

—Gracias, Constance. —Bella se puso en pie, marcando de esta forma un cambio en el ambiente, la introducción de un tono más alegre y frívolo—. En fin, vamos a ver cómo organizamos eso del té. El conde Albani insiste muchísimo en que lo celebremos. Para presumir de nuestros pasteles ingleses con los vecinos.

Encontraron a Betty hablando con Alice frente al horno. Estaban hablando del reparto de tareas y del menú. Constance deseó que la enviaran al pueblo a comprar. Cualquier encargo era agradable y, además, sentía la necesidad de estar a solas para pensar en lo que Bella le había dicho y pedido, que todavía resonaba en su cabeza.

Al verlas llegar, Alice le preguntó a Constance:

—¿Dónde está Lottie?

—No lo sé. He estado...

—Eres su niñera, ¿no? ¿Qué haces aquí? —La miró de arriba abajo—. Y además en bata.

Bella acudió en su auxilio.

—Estaba ayudándome, Alice. Y resulta que me ha ayudado muchísimo.

—Ah, bien —dijo Alice después de que su madre le cortara las alas; Constance tuvo una intuición de la clase de niña adusta e insatisfecha que debía de haber sido—. El caso es que —continuó Alice— me preguntaba si celebrar ese té es de verdad una buena idea.

—Nunca está de más incorporar una nueva pieza al repertorio —dijo Bella.

—¡Pero Betty ya está hasta arriba con lo que tiene!

—Siempre me ha gustado probar cosas nuevas —dijo Betty,

ligeramente ofendida—. Ya sabe que me encanta hacer pasteles.

Alice torció el gesto.

—Pues no parecías muy feliz el otro día.

—Yo podría echar una mano —se ofreció Constance enseguida—. A ver, no estoy ni mucho menos a la altura de Betty como cocinera, pero sé hacer galletas o incluso, si me apuras, una torta de jengibre.

Alice guardó silencio, pero Bella esbozó una sonrisa alentadora.

—No estoy segura de que nuestros buenos vecinos de Portofino estén listos para una torta de jengibre. Pero gracias de todos modos, Constance.

—Toda ayuda es bienvenida, cariño —dijo Betty.

Bella se volvió hacia Alice.

—Bueno, ¿te ocuparás tú de todo esto?

—Sí, madre.

—¿Y hablarás con el conde Albani? ¿Sobre lo que vamos a servir?

Alice suspiró.

—¿De verdad es necesario? Preferiría tomar mis propias decisiones.

—El conde ha insistido mucho en participar.

—Cuesta imaginar que su interés por los pasteles vaya más allá de comerlos.

—Bueno —dijo Bella—, quizá no son los pasteles lo que le interesa.

El silencio que siguió a esas palabras fue cavernoso, un silencio en el que uno podría perderse si no tuviera un hilo que lo guiara hasta la salida. Quedó roto cuando Betty trató de sofocar una carcajada tapándose la boca con la mano. Constance no sabía adónde mirar, así que se miró los dedos, que todavía estaban manchados con la sangre reseca del chico italiano.

Completamente sonrojada, Alice se apartó del grupo dando un paso atrás y se apoyó en la mesa, que estaba manchada de la harina con la que Betty había intentado previamente hacer unos *gnocchi*.

Fue como si Bella se hubiera olvidado de que estaban en presencia del servicio. O quizá, pensó Constance con emoción, simplemente le daba igual.

Lucian y el pobre viejo que conducía el carruaje habían estado

esperando media hora larga a las Drummond-Ward. Finalmente, estas salieron del hotel envueltas en un remolino de maletas y sombrillas, lanzándose reproches entre sí.

La culpa era de Rose, que estaba obsesionada con su pelo...

No, de su madre, se había equivocado de zapatos...

Lucian se preguntó para sus adentros si era buena idea embarcarse en una excursión turística a Génova con la sola compañía de una guía Baedeker. Se había ofrecido a hacer de cicerone, pero ellas se lo habían tomado a guasa. Madre e hija deseaban experimentar «la verdadera Italia» a su aire, si bien Lucian sospechaba que la Italia que querían ver era la de las tiendas y los salones de té en lugar de aquella que él prefería, la de las galerías y los museos.

Daba igual. Había esperado a las puertas del hotel para despedirse de ellas, como el obediente yerno en el que querían verlo convertido sus padres algún día.

—Deberían ir al Palazzo Bianco, si tienen tiempo —dijo él, mientras ayudaba a Julia a subir los escalones del carruaje—. Tienen un Caravaggio extraordinario.

A Julia le costaba disimular su aburrimiento.

—Tenemos muchos encargos que hacer. Rose no tiene ropa adecuada para ese té del que todo el mundo habla.

Pero Lucian no dio su brazo a torcer.

—El Palacio del Dogo también vale una visita. Por lo menos, para verlo desde fuera.

Rose frunció el ceño y su nariz se arrugó delicadamente.

—¿Qué es un dogo? —preguntó.

—Una especie de rey elegido.

Rose abrió los ojos de par en par.

—¿Génova tenía su propio rey?

—En su día fue la república más temida de todo el Mediterráneo —respondió Lucian, encantado de haber suscitado un mínimo interés —. El viejo José el Verde incluso compuso una ópera sobre uno de los dogos más famosos de Génova, si mal no recuerdo.

Julia lo miró con incredulidad.

—Mi marido tiene un palco en el Covent Garden, señor Ainsworth. Y *nunca* he oído hablar de un tal José el Verde, sea joven o viejo.

—¿Giuseppe Verdi?

Por fin lo entendió.

—Ah —dijo ella, sin ningún rubor—. Una agudeza.

—Me he perdido —dijo Rose.

El carruaje se alejó traqueteando, dejando a Lucian con una resaca de nerviosismo y enfado.

Con Rose, a solas, sí podía disfrutar, porque si se aburría siempre le quedaba la opción de mirarla.

Con Julia, a solas, podía contenerse, porque había conocido a multitud de mujeres como ella a lo largo de su vida y había adquirido cierto grado de inmunidad.

Juntas, sin embargo, eran agotadoras.

Dio media vuelta para entrar en el hotel justo cuando Plum salía por la puerta principal. ¡Plum, su héroe deportivo! Allí, justo en ese instante, caminando a grandes trancos por la gravilla, en dirección a él. En cualquier otro momento, se habría emocionado.

—¡Ainsworth! Justo el hombre al que andaba buscando. Supongo que no podrá conseguirme una montura para ir de excursión, ¿no?

—¿Quiere ir a caballo?

—Por el amor de Dios, no. ¡En bicicleta! ¡Fui soldado de infantería, no un condenado húsar montado en un burro!

—Lo siento —dijo Lucian, desconcertado por la susceptibilidad de Plum.

—Creo que no me vendría mal dar una vueltecilla de prueba. Inyectar un poco de energía en estos viejos músculos míos. Así tendré las piernas preparadas para la batalla.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, hombre.

A Lucian se le ocurrió algo.

—¿Quizá podría prestarme un par de raquetas a cambio?

—¿Raquetas? Encantado, muchacho. Más que encantado. Siempre viajo con montones de repuesto.

Volvieron juntos al hotel, aunque Plum se desilusionó después de que Lucian le confesara que ya no jugaba mucho al tenis. No tenía ganas de entrar en detalles, pues habría tenido que hablarle de huesos destrozados y de una cirugía plástica experimental. La gente normalmente no quería saber nada de eso.

—Quiero pelotear con mi sobrina —le explicó.

—*¿Pelotear?* —saltó Plum, como si el concepto le pareciera

aborrecible. Su atención derivó entonces hacia Bella, que estaba en la recepción revisando la correspondencia de los huéspedes que acababa de sacar de su despacho—. No hay nada para mí, ¿no?

—Me temo que no —respondió ella con una sonrisa—. ¿Esperaba correo?

—Una carta de casa.

—Estoy segura de que terminará llegando. Aunque el correo aquí no es muy de fiar. Por decirlo suavemente.

Plum tenía la curiosa costumbre de mirar muy de cerca cuando hablaba con alguien, como si fuera un mago ocultando un truco. Ahora escudriñaba a Bella, pensó Lucian, mientras su madre guardaba la llave del despacho en un cajón detrás del mostrador.

—No se preocupe —dijo él—. Quizá aparecerá mañana.

—Estoy segura.

Cuando Plum se marchó, Bella le dio una carta a Lucian.

—Sí hay una para ti —dijo, antes de seguir revisando el resto—. Y una..., dos..., tres... para tu padre. —En una de ellas, se leían, estampadas en relieve en el anverso, las palabras «Casino di Sanremo».

Madre e hijo se echaron una mirada que lo decía todo.

—Permíteme —dijo Lucian, tomando las tres cartas.

—No os peléis.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿De qué serviría?

Encontró a su padre leyendo el periódico en la biblioteca.

Cecil levantó la vista y torció el gesto.

—¿Qué pasa?

—Mamá me ha pedido que te dé esto.

Había colocado encima la carta del casino. Le dio placer ver que su padre la cogía con plena conciencia de que su hijo sabía de qué se trataba.

Pero Cecil optó por fingir que todo estaba en orden. Se metió los sobres como si nada en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Gracias —dijo—. No quiero entretenerte más.

Bella repartió personalmente el resto del correo, dejando la carta más fascinante para el final. Iba dirigida a Alice: un sobre color crema, grueso y pesado, con la dirección escrita en una exquisita cursiva incluso más elegante que la de Lucian. Como si eso no fuera suficiente

motivo de interés, el sello era italiano.

Encontró a su hija en el salón, sentada con Melissa y lady Latchmere. Formaban un curioso trío, las tres con idéntica expresión sombría en el rostro, lo que le recordó a Bella un busto que había visto una vez sobre una tumba en la catedral de Saint Paul en Londres.

El semblante de Alice, por lo menos, se iluminó cuando vio la carta.

—Dios mío —dijo, agarrándola como si fuera una reliquia sagrada durante un tiempo que a su madre se le antojó eterno.

—¿No vas a abrirla? —preguntó Bella.

—No me metas prisas —saltó Alice.

Rasgó el sobre lentamente, encantada con el público que tenía a su alrededor, al que pronto se sumaría alguien más, pues el conde Albani había aparecido en la puerta y la miraba con interés.

Alice ojeó la caligrafía pulcra y compacta.

—¡Es de lady Caroline! —Se puso de pie, casi sin poder contener su sorpresa y emoción.

—¿Qué dice? —Melissa casi chillaba—. ¡Ay, no nos tengas en vilo, Alice!

—«Estimada señora Mays-Smith: Le ruego que excuse mi imperdonable grosería por no haberle escrito hasta ahora para agradecerle su visita a Villa Franchesi de la antepasada semana.»

—No hace falta que nos la leas palabra por palabra, cariño —dijo Bella.

Los ojos de Alice volaron de izquierda a derecha mientras leía en silencio el resto de la carta.

—¡Su madre nos invita a una cena ligera!

—¿A todos? —preguntó Melissa.

—A ti, querida Melissa. Y a tu tía...

—¡Santo cielo! —exclamó incrédula lady Latchmere.

—Y a mamá y a papá. Y al conde Albani. Y a las Drummond-Ward.

—¿Conozco yo a esa gente? —preguntó lady Latchmere.

Con paciencia, Melissa le explicó que lady Caroline era la hija del conde Harborne.

—La condesa desea conocerla, su excelencia —dijo Alice.

—Mmm... —dijo lady Latchmere—. ¿Está muy lejos?

—Un breve paseo en carruaje hacia las montañas —dijo Bella.

—No esperen de mí que viaje a ninguna parte después del anochecer.

—¡Ay, por favor, tía! —Había desesperación en la voz de Melissa.

El conde Albani dio un paso al frente.

—Quizá, si me lo permite, podría acompañarla, lady Latchmere. Y brindarle mi protección personal.

—¿Su protección? —Lady Latchmere soltó un débil refunfuño—. Bueno...

—¿Y cuándo se celebrará el gran acontecimiento? —preguntó Bella.

Alice volvió a mirar la carta.

—El veintiuno. —Soltó un gritito—. ¡Es este jueves!

—Bien —dijo Bella, que no recordaba la última vez que había visto tan animada a su hija—. Ve a decírselo a Betty para que no prepare comida de más.

—Y tenemos que decidir la ropa que nos pondremos —añadió Alice.

«El efecto de esta carta ha sido extraordinario», pensó Bella. Alice y Melissa salieron del brazo a toda prisa, chocando prácticamente con el conde Albani, quien sonreía y se acariciaba el mentón con sus dedos largos y finos.

Entendiéndolo de pronto, Bella le lanzó una mirada juguetona.

—¿Tenemos que darle las gracias por esto, señor conde?

—Es a lady Caroline a quien deberían dárselas.

—¿Ah, sí? —Bella continuó mirándolo a los ojos, retándolo a que él hiciera lo mismo, pero el conde no quiso seguirle el juego—. En fin, quienquiera que esté detrás de esto, ha hecho muy feliz a alguien.

—Entonces yo también lo estoy —dijo el conde, sonriendo e inclinando la cabeza antes de abandonar el salón.

Bella y lady Latchmere se habían quedado a solas.

La anciana seguía inquieta.

—¿Estaré segura si me confío a él? Ya sabe lo que se dice de los italianos.

—Pues la verdad es que creo que no lo sé, lady Latchmere. —Ciertamente, las opiniones de esa mujer eran muy peculiares.

—Tienen muy mala fama en este sentido, según me han contado.

—¿Qué tipo de mala fama, su excelencia?

—¡Por el amor de Dios, señora Ainsworth! No me obligue a

decírselo en voz alta.

Bella se mordió el labio para reprimir la sonrisa.

—El conde Albani es sin duda un hombre atento, pero también muy íntegro. Por lo menos, esa es la impresión que siempre me ha dado.

—¿Y hay una condesa Albani?

—Es viudo.

—Ah —dijo lady Latchmere con gesto sombrío—. Entonces eso lo explica.

Cuando Constance bajó de su cuarto después de quitarse el camisón y vestirse, sintió de pronto que estaba agotada. El sueño interrumpido le había hecho mella. Pero decidió no dejarse vencer por el cansancio. Una criada no podía permitírselo. Como le decía siempre su madre: «No te pagan para que estés cansada».

Esa mañana tenía «turno de Lottie», que era como se refería a ello íntimamente. Siempre era su parte favorita del día.

La primera persona a la que vio fue Lucian, a través de la ventana de la cocina. Estaba en el jardín, atando un trozo de cuerda a dos cañas clavadas en el suelo. A su lado se encontraba Lottie, botando una pelota sobre una suerte de aro ovalado con una malla muy tupida de cuerdas. Parecía una experta.

Al salir, Constance le preguntó de dónde había sacado esa cosa.

—El señor Plum —dijo la niña.

Lucian se rio, aunque Constance vio unas reveladoras sombras oscuras bajo sus ojos.

—Se refiere al señor Wingfield. Nos ha prestado un par de raquetas. Para darme las gracias por haberle encontrado una bicicleta.

Constance no tenía del todo claro quién era ese señor Wingfield. Aún no había conocido a los últimos huéspedes.

—Entonces ¿qué estáis haciendo?

—Esto será la red —dijo él, haciendo un nudo en la cuerda.

—¿La red?

—Sí, claro. Para el tenis.

Era la primera vez que oía esa palabra.

—¿Tenis?

Lucian la miró con un gesto tan confuso como confusa se sentía

ella.

—¡Santo Dios! No me digas que no sabes qué es el tenis.

—Pues no. De hecho, no tengo ni idea.

—¿Y no te suena Wimbledon?

Ella negó con la cabeza.

Lucian afiló la mirada.

—¿No será esto una alambicada tomadura de pelo, señorita March? ¿Como eso de que no sabía leer?

—Se lo juro por mi vida.

A Lucian se le iluminó el gesto.

—Pues qué bien. Por fin tengo algo que enseñarte.

Le explicó a Constance cómo debía empuñar la raqueta —que era el nombre de ese aro ovalado— y cómo sacar para iniciar el juego. Le dijo que era importante mantener el brazo relajado y las rodillas ligeramente flexionadas. Se acercó a ella varias veces para ajustar su postura y Constance descubrió sorprendida que le agradaba que lo hiciera, que ansiaba el roce respetuoso de los dedos de Lucian sobre su brazo desnudo.

Era precioso oír los hurras y las exclamaciones de Lottie. Constance se apartó un mechón de pelo de la frente sudada. Qué maravilloso era estar al aire libre, envuelta en ese calor vital y chispeante, y pensar además que ese fuera su trabajo.

Seguían pasándose la pelota con la raqueta. Por lo visto, a eso se le llamaba «intercambio de golpes». ¿O era una volea? En un momento dado, golpeó la pelota con tanta fuerza que le dio a Lucian en la cabeza, para regocijo de Lottie.

—¡Falta! —dijo la niña, y se puso a señalar a Constance con el dedo—. ¡Falta! ¡Falta!

Constance no tenía ni idea de lo que le decía la pequeña de la que cuidaba.

Pero no iba a dejarse disuadir. ¡Empezaba a pillarle el truco!

A continuación, ensayó un golpe llamado «derecha invertida», pero la pelota pasó volando por encima de la cabeza de Lucian y atravesó la ventana de la cocina...

Se oyó un alegre cascabeleo cuando el cristal se rompió.

—¡Ay, no! —Varias olas sucesivas de pánico inundaron su cuerpo y Constance tiró la raqueta al suelo y corrió hacia la puerta de la cocina.

—No te preocupes —le gritó Lucian, yendo detrás de ella—. Y no te disculpes. Yo te cubriré.

Cuando llegaron a la casa, Betty ya estaba barriendo los cristales rotos mientras Alice observaba la escena.

—Bueno —dijo Alice, con los brazos cruzados—. No puede decirse que hayas sido muy inteligente, ¿no?

—Ten cuidado, por favor —dijo Constance a Lottie, que había corrido detrás de ellos y estaba a punto de pisar el suelo de la cocina con los pies descalzos. Agarró a la niña de la mano y la sujetó con fuerza.

Se quedaron mudos un momento, mientras con la escoba Betty iba reuniendo los trozos de cristal en un montoncito.

Pero entonces apareció Bella, sofocada, seguida de Alice, que había ido a buscarla a su despacho.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Fue mirando sus caras de una en una.

—Hemos roto una ventana —respondió Lucian.

—¡Eso ya lo veo! —Le devolvió la pelota responsable del desaguisado.

—Estábamos jugando al tenis —se explicó Lucian.

—¿Quiénes erais?

—Lottie y yo. —Se interrumpió, antes de añadir—: Y la señorita March. —Miró entonces a Constance, que solo quería que la tierra se abriera en ese instante y la engullera—. Ha sido sin querer.

—Pues este accidente que perfectamente se podía haber evitado me saldrá caro.

Lottie se puso a llorar.

—¡No he sido yo, abuelita Bella!

Al oírla, Lucian y su hermana tomaron la palabra al mismo tiempo.

—¡He sido yo! —dijo Lucian.

—¡Ha sido Constance! —dijo Alice.

Constance notó que empezaba a temblar. ¿Había visto Alice lo que había pasado?

—Ha sido culpa mía —repitió Lucian, con más convencimiento esta vez—. Estaba haciendo el tonto. Y la cosa se ha descontrolado un poco.

Bella se llevó la mano a la boca, y Constance creyó ver lágrimas

en sus ojos cansados.

—¡Como si no tuviera bastantes líos!

—Lo siento, mamá —dijo Lucian—. Yo arreglaré la ventana.

—Por favor, ocúpate de que así sea.

Bella dio media vuelta y salió rabiosa de la cocina. Constance miró a Lucian, tratando de expresarle su gratitud, pero este salió corriendo detrás de su madre, agarrando la puerta de paño verde antes de que se cerrara violentamente. Se quedó a solas con Alice, que la miraba con gesto asesino. Constance tuvo la impresión de que, si no hubiera estado Lottie allí, Alice le habría dicho cosas espantosas, imperdonables. Lo único que acertó a decirle al final, porque era lo suficientemente vago como para no empeorar la situación, fue:

—No te olvides de cuál es tu sitio.

El despacho de Bella solía estar desordenado. Había facturas tiradas sobre el escritorio de caoba y la alfombra estaba arrugada. Aunque estaba enfadado con su madre, Lucian también estaba preocupado por ella.

—¿Te pasa algo?

—Estoy bien. —Bella se puso a recoger las facturas ordenándolas en pilas.

—No lo parece.

—¡Estoy bien, Lucian! ¡Por favor! —Bella parecía azorada.

—¿Problemas de dinero?

Bella levantó la mirada al instante.

—¿Por qué lo piensas?

—Porque me parece que has armado un buen jaleo por una ventana rota que se arregla con un puñado de liras.

Bella guardó silencio.

Lucian posó la mirada en las manos de su madre.

—Y no he podido evitar ver que no llevas el anillo. He pensado que quizá te habías visto obligada a venderlo.

Bella se cubrió instintivamente la mano derecha con la izquierda, pero era demasiado tarde.

—¡Tienes una imaginación desbordante! Se me han hinchado los dedos con este calor, nada más. No quería que se me clavara. Así que me lo he quitado.

Lucian acusó el golpe de aquella mentira.

—Esta mañana vi la carta del casino. Me la diste tú, así que he pensado que en parte querías que la viera.

Las facciones de Bella se comprimieron en un gesto enfurruñado.

—Andamos algo justos de dinero en efectivo, nada más. Hemos tenido que hacer frente a muchos pagos por adelantado. Y para colmo me han puesto una demanda sin que lo viera venir.

Preocupado, Lucian bajó el tono.

—¿Irá todo bien?

—Eso espero. Si logramos llegar al final de la temporada.

—¿Y el abuelo no podría ayudarnos?

—Ay, Lucian. No me vengas con eso tú también. Ya sabes que no tolero a los gorrones.

—Olvida lo que he dicho. —Le dio vergüenza haberlo planteado.

—Te dije que abrir este hotel sería un sueño hecho realidad, pero solo si nos da para pagar las facturas.

Lucian se sentó. El silencio se posó en torno a ellos y Lucian se sentía cada vez más sombrío.

—Quizá papá tiene razón. Quizá ya va siendo hora de que vuelva a casa y me busque un trabajo. Y hacer lo que se espera de mí.

Pero Bella dijo que no con la cabeza. Le tendió los brazos. Él se inclinó sobre la mesa y le estrechó las manos.

—No, no y no. Nadie te obligará a hacer nada si no estás preparado aún.

—Quizá nunca estaré más preparado que ahora.

—Seré yo quien juzgue eso —dijo Bella, al tiempo que su tono y su rostro se endulzaban un poco—. Al fin y al cabo soy tu madre.

La playa de Paraggi se iba llenando de turistas a medida que transcurría la mañana. Los hombres conversaban en grupitos. Las mujeres colocaban sus sombreros de paja con flecos bajo las piedras y se ponían sus vestidos de baño para salir corriendo hacia el agua. Hacía calor y no soplaba el viento. El cielo se alzaba infinito y vacío sobre la arena ardiente.

Claudine estaba echada en una tumbona, escuchando el desmayado chapoteo de las olas. A su lado, se encontraba Lizzie. Se habían encontrado por casualidad en el vestíbulo del hotel. Lizzie

aprovechó para preguntarle si le importaba que la acompañara. Claudine le había respondido que en absoluto, y eran palabras sinceras. Había dejado a Jack en el hotel.

A decir verdad, Claudine era una de las pocas personas en el hotel que sabía quién era Plum Wingfield, pues había oído no pocas conversaciones sobre tenis en sus viajes, y era aficionada a los chismorreos como el que más. Pero Lizzie parecía nerviosa, descontenta, como si aquel calor fuera una sorpresa para ella. No era la mejor compañía, a decir verdad.

—Al final terminaré como una langosta si no tengo cuidado —dijo.

Claudine sacó un chal de seda con borlas y le cubrió los hombros.

—Problema resuelto —dijo.

—¿No lo notas? —preguntó Lizzie.

—¿Qué?

—El sol.

—Claro. Si estoy fuera demasiado tiempo.

—Pero tú..., ya sabes...

Claudine sabía adónde conducía esa frase.

—¿Si me pongo más morena?

Lizzie asintió.

—Todos cambiamos de color cuando nos ponemos al sol, cariño.

—¿Te molesta que te lo pregunte?

—Claro que no. ¡Me han preguntado cosas mucho peores! —Y con mucho menos tacto, pensó Claudine. Estaba preparada en esta ocasión para obviar la ingenuidad de las preguntas de Lizzie. El hecho de que esa inglesa fuera respetuosa al plantearlas valía su peso en oro.

Lizzie soltó una risita, pero inmediatamente se reprimió, mientras miraba de forma fría y decidida el rostro y el cuerpo de Claudine.

—Tiene que ser muy difícil —dijo.

—A veces sí —concedió Claudine—. Y a veces no.

Lizzie asimiló la respuesta, la complejidad de lo que anunciaba y no su aparente simplicidad, o por lo menos eso era lo que esperaba Claudine. Luego dijo:

—Creo que voy a dar una vuelta. Quizá pida algo de beber.

Mientras lo decía, Claudine se distrajo al ver a Roberto. Estaba de pie en una acumulación de gruesas rocas que le hicieron pensar, acaso de forma infantil, en unos dinosaurios abrevándose juntos en una

charca.

—Ve tú por delante —dijo—. Luego iré a buscarte.

—Haces muy bien —dijo Lizzie.

Cuando se cercioró de que Lizzie se había alejado bastante para no verla, Claudine se bajó las gafas de sol para poder observar mejor el esplendoroso físico de Roberto.

Una idea se formó en la parte más primaria y temeraria de su cerebro. Su boca se le secó y se le aceleró el pulso.

Esperó a que volviera a zambullirse. Entonces, Claudine se puso de pie y se adentró en las olas, dejando que acariciaran su cuerpo, antes de sumergirse con rapidez para que él no la viera. Tras la impresión inicial, se sintió felizmente colmada de una sensación de sosiego y seguridad. «Lo que algunas personas obtienen de la iglesia —se dijo para sus adentros—, a mí me lo da el mar, la sensación de estar sumergida en algo más grande y trascendente que una misma.»

Era una formidable nadadora y no tardó en llegar a las rocas. Trepó a una y ya estaba de pie cuando la cabeza de Roberto apareció en la superficie del agua. Claudine lo miró desde lo alto, confiada e imperiosa, plenamente consciente del aspecto que tenía y de la reacción que provocaba en hombres como Roberto.

Él sonrió de oreja a oreja.

—*Ciao* —dijo, y trepó fuera del agua para ponerse a su lado.

—*Ciao*.

—¿*Signora* Turner?

—Te he visto en el hotel —dijo ella tras asentir.

Roberto se señaló a sí mismo.

—Roberto. Roberto Albani.

—Un gusto conocerte, Roberto Albani. —Le tendió una mano mojada y él se la besó.

—Muy poquito su idioma... —dijo él.

—*Parlez-vous français?*

Roberto parecía confundido.

—No te preocupes, cariño. No tenemos por qué hablar.

Permanecieron un rato en las rocas, examinándose el uno al otro. Roberto hizo el gesto de zambullirse y preguntó:

—¿Gustar?

—Claro que me gusta.

Claudine hizo un salto del ángel magnífico y se zambulló en el

mar. Decidió bucear bajo el agua hasta quedarse sin aire. Con suerte, tiempo suficiente como para preocupar a Roberto y que cayera en la tentación de lanzarse a rescatarla.

Salió a respirar y, flotando, miró a su alrededor. Roberto ya no estaba en las rocas. ¿Dónde se había metido?

Finalmente, salió a flote, a varios metros de distancia. Tras quitarse el agua de la cara, la vio y sonrió nuevamente.

Ella soltó una carcajada y se alejó nadando, confiada en que él la seguiría. En sus exploraciones anteriores había descubierto una discreta cala de arena, no muy lejos de donde se encontraban. Puso rumbo a la cala, pasando del crol a la braza, antes de rendirse y dejar que las olas la llevaran en volandas a la playa.

Una vez allí, se echó boca arriba con los codos clavados en la arena para contemplar cómo Roberto salía a grandes trancos del azur. Se detuvo ante ella, con la cara a contraluz del sol, y luego se dejó caer sobre las rodillas. Claudine dejó que su cuerpo se relajara en la arena, invitando silenciosamente a que él lo cubriera con el suyo.

Roberto estaba encima de ella y sus brazos nervudos la envolvían. Su torso ancho y lampiño se encontraba a escasos centímetros de sus pechos. Un calor seco, embriagador parecía irradiar de cada poro de la piel de Roberto. Ella le echó un brazo por el cuello para arrimarlo. Él acercó la boca a la suya y empezaron a besarse, y eran besos tan ansiosos que casi se sentía desamparada, vencida por la sorpresa. La suavidad de esos labios, el sabor de esa lengua; no había deseado nada más, no había ansiado nada más.

Cuando sus bocas se separaron, jadeando, Claudine deslizó las manos por las tensas formas de su espalda antes de bajarlas al interior de la cinta floja de su bañador.

Levantó la vista y lo miró a los ojos. La piel le cosquilleaba de deseo.

—*Bene* —dijo Claudine—. *Molto bene*.

7

Lo primero que hicieron Lucian y Nish al llegar a Portofino fue visitar el *tabaccaio* de via Roma, para que Nish pudiera abastecerse de sus cigarrillos Caporal, su marca favorita. Habían pensado que dar un paseo los ayudaría a despejarse. Bueno, en realidad había sido idea de Lucian, pero Nish había aceptado entusiasmado.

A Lucian le preocupaba a veces que no estuviera siendo lo bastante atento con su viejo amigo. Pero en esos últimos días había tenido que concentrarse en Rose y en sí mismo. Decidir qué quería de la vida. Y ello implicaba un cierto egoísmo. Además, pensó, Nish era un chaval bastante autosuficiente, con sus libros y su interés por la política. No necesitaba que Lucian se preocupara por él.

Al bajar al pueblo, se habían cruzado con una niña inglesa patilarga de uno de los hoteles que había en la zona más alta de la colina. La niña iba leyendo mientras caminaba. Había ignorado o quizá no había oído el saludo de Lucian, y este había pensado con malestar que la envidiaba: añoraba su libertad de evadirse tan profundamente en la lectura de un libro y dejarse simplemente llevar por las sencillas satisfacciones que le ofrecía el relato.

Todavía no se esperaba nada de ella, aunque eso no duraría demasiado. Así eran los ingleses. Lucian no sabía hasta qué punto era Nish consciente de lo encorsetado que estaba por las expectativas que su familia había depositado en él, por la descomunal cantidad de suposiciones sobre con quién debería casarse y cómo debería ganarse la vida. Lo cual no dejaba de ser curioso, dada la semejanza de sus situaciones.

Habían conversado largo y tendido sobre sus respectivas familias durante la convalecencia de Lucian. El padre de Nish quería que volviera a la India, se casara con una chica apropiada para él y ejerciera como doctor en la tradición médica inglesa.

Nish no quería eso. De hecho, el Servicio Médico de la India le despertaba sentimientos encontrados, ya que lo consideraba una

herramienta más del Imperio británico. «A ver —había razonado una noche, hacía mucho tiempo, mientras cambiaba los vendajes a Lucian —, ¿se puede saber qué hacemos los hombres como yo aquí? ¿Combatir en una guerra europea promovida por los intereses geopolíticos europeos?»

Nish quería ser escritor con la misma vehemencia que Lucian quería ser pintor. Y por ello compartían un vínculo de simpatía. Por lo menos así lo había pensado Lucian desde siempre.

Después de salir del estanco, la pareja se quedó charlando junto al bordillo, esperando a que pasara el tráfico antes de cruzar. La calle olía a calor seco y alcantarillas. Un perro pasó corriendo como una sombra, ladrando a algo que había visto. Fuera de la *drogheria*, una vieja barría los escalones con golpes lentos y metódicos.

Pasó entonces una motocicleta; su conductor parecía un mecánico, a juzgar por las manchas de aceite que había en sus manos y en su cara. Cuando el vehículo se acercó, un camisa negra apareció de la nada y se puso en medio de la calzada, forzando al conductor a detenerse o a atropellarlo.

Lucian y Nish aprovecharon la ocasión para cruzar la calle. Nish bajó la cabeza en señal de agradecimiento, intentando como siempre ser educado. Pero el camisa negra se limitó a mirarlo. Entonces murmuró algo a sus compañeros y todos se rieron con sorna.

Uno de los hombres, un tipo fornido con el pelo peinado hacia atrás, preguntó: «*Cosa stai fissando?*».

Lucian se volvió dispuesto para la pelea, pero Nish tiró de él.

—No, Lucian.

—Pero nos ha insultado.

—No vale la pena. Créeme.

Otra voz le gritó: «*Ehi! Negretto!*».

Bajaron a paso ligero por la calle, transmitiendo decisión en vez de miedo, o al menos esa era su intención. Cada vez que volvían la cabeza atrás, ahí estaban esos hombres, siguiéndolos y sonriendo malévolamente.

—*Venite qui, bei ragazzi.*

Lucian miró a Nish.

—No se rinden, ¿no?

Nish dijo que no con la cabeza.

Aceleraron el paso y se abrieron camino entre los demás

peatones, pidiendo disculpas, antes de echar a correr cuando encontraron un tramo despejado de calle.

Un carrito de helados que salió de una calle lateral les permitió ganar unos valiosos segundos de tiempo, ya que bloqueó el paso a sus perseguidores. Rodeándolo, Nish y Lucian se metieron en una callejuela y se apretaron contra la pared. Al cabo de unos segundos, pasaron los camisas negras dejando una estela de voces y carcajadas, y aparentemente se olvidaron de su presa.

Jadeando, Nish se dejó caer despacio hasta quedar agachado. Se secó la cara con un pañuelo.

—A veces me pregunto cuándo terminará esto. Si algún día terminará.

Lucian también estaba agotado y apoyó las manos en las rodillas.

Entonces oyeron una voz, grave, italiana.

—*Signori?* ¿Puedo serles de ayuda? —Un joven de pelo oscuro, de poco más de veinte años, caminaba hacia ellos desde las sombras.

—No pasa nada —dijo Lucian, agarrando con gesto protector el brazo de Nish—. No necesitamos ayuda.

El hombre levantó las manos.

—No se preocupen. No les harán daño a plena luz del día. A veces se contentan con humillar.

Lucian lo miró receloso.

—¿Y quién es usted?

—Me llamo Gianluca. —Hizo entonces un gesto para indicarles que lo acompañaran—. Por aquí, por favor. Si quieren estar a salvo.

Decidieron confiar en él y lo siguieron en silencio, pasando por debajo de ventanas y balcones adornados con ropa tendida, de los que se filtraban los sonidos tranquilizadores de bebés que lloraban y parejas que discutían. Tras unos cinco minutos en ese laberinto de callejuelas estrechas y desconocidas, salieron por fin al paseo marítimo, lleno a rebosar de turistas bien vestidos. Lucian se sentía sudado y andrajoso, como si todo el mundo los estuviera observando.

—El hotel es por allí —dijo Gianluca, señalando el camino.

—¿Cómo sabe dónde nos alojamos? —preguntó Lucian.

El italiano se rio.

—Todo el mundo sabe dónde viven los ingleses.

—Yo no soy inglés —dijo Nish.

—Pues entonces se comporta como si lo fuera. —Nish pareció

ofenderse. Al verlo, Gianluca se apresuró a puntualizar—: Mis amigos los conocieron en el hotel esta mañana. En Portofino no hay nadie más que encaje en su descripción.

Claro. Los hombres de la carretilla.

La compasión y la curiosidad se impusieron al rencor y Nish preguntó:

—¿Cómo está el chico?

Gianluca puso una cara como si quisiera decir: «Nada bien».

—¿Alguien lo ha visitado?

—Los médicos de por aquí... no se preocupan de las personas como nosotros.

Lucian no pudo resistirse a preguntar:

—¿Y quiénes son las personas como ustedes?

—Los que luchamos.

Gianluca se sacó del bolsillo de los pantalones un pequeño folleto que entregó a Nish. En la portada, había una calavera pirata con las típicas tibias cruzadas, pero el lugar del cráneo lo ocupaba la cabeza de Mussolini. Lucian cogió el papelillo impreso de las manos de Nish y le echó un vistazo antes de devolvérselo a su amigo.

—Ambos hemos visto lo que ocurre cuando los hombres luchan —dijo Nish—. El horror de la guerra.

No pareció que el comentario impresionara a Gianluca en lo más mínimo.

—Entonces ¿qué harán cuando vayan a por ustedes?

—No hay *fascisti* en Inglaterra —dijo Lucian con seguridad.

—Claro que los hay, amigo mío. Solo que todavía no se han puesto la camisa. —Gianluca los miró con gesto sereno. Tenía los ojos claros, de un azul duro, metálico, pero en las profundidades de sus iris algo brilló y se movió.

Cuando llegaron de vuelta al hotel, Nish subió inmediatamente a su habitación. Se lavó en el cuarto de baño comunitario del primer piso —que por una vez estaba libre— y luego se dio el lujo de una breve siesta.

Al despertarse, se puso a trabajar en su diario. Se sentía más indignado y politizado que la última vez que había empuñado la pluma. Menos dispuesto a permitir que Italia, o los turistas ingleses,

quedaran libres de culpa.

Han pasado varios años desde la Marcha sobre Roma. Y los turistas ingleses que visitan Italia, a salvo en sus hoteles de lujo, se convencen de que el fascismo no tiene nada que ver con ellos. Pero se equivocan. El fascismo ha penetrado en todas las facetas de la vida en Italia. La violencia del squadrismo *sigue acosando en todas las provincias a cualquier persona que los camisas negras de Mussolini consideren subversiva por mantener posiciones socialistas. O porque su piel resulte ser de un color distinto.*

Si me preguntas cómo lo sé, te lo diré.

Porque lo he vivido.

No paraba de pensar en Gianluca. En el saludo con el puño alzado que les había ofrecido antes de salir corriendo. En sus ojos azules y su nariz aguileña. En los gruesos músculos en la parte alta de sus brazos. Se preguntó qué aspecto tendría desnudo.

Déjalo, déjalo. Un pensamiento ridículo. No sirve de nada.

El folleto lo retaba burlón desde la mesa. Lo cogió deleitándose en el peligro seductor de su mensaje y el tacto del papel barato entre sus dedos, un papel que había tocado Gianluca.

El texto estaba en italiano. Nish deseó poder entenderlo correctamente. Podía reconocer alguna que otra palabra y su diccionario bilingüe no estaba mal.

Aun así, era mucho mejor disponer de una traducción fiel a cargo de alguien que hubiera vivido en Italia.

Cerró su diario y se puso la chaqueta.

Pero Lucian no estaba en su cuarto, donde le había comentado que estaría. Nish siguió el rastro de su voz sonora y bajó a la biblioteca.

Permaneció unos segundos frente a la puerta, escuchando lo que se decía. Constance le estaba leyendo algo a Lucian, con cuidado, titubeando. Su amigo estaba dándole una clase.

—Entonces, la bella Helena eligió a un príncipe que se llamaba Me..., Me...

—Menelao —la corrigió Lucian con dulzura.

—Hermano de Aga... menón, quien reinaba en... ¡Uf!

—Micenas. Sigue leyendo. Lo estás haciendo de maravilla.

Nish llamó suavemente a la puerta.

—Siento interrumpir.

—No pasa nada —dijo Lucian levantando la vista—. Estamos leyendo a Homero.

—La versión para niños —puntualizó Constance, algo avergonzada.

Lucian mantuvo la mirada firme.

—¿Necesitas algo?

—Puede esperar.

Pero Lucian había visto el folleto que llevaba en la mano.

—Eso me suena.

Nish se atrevió a dar otro paso hacia el interior de la biblioteca.

—Había pensado que quizá podrías traducirme lo que dice.

Lucian chasqueó los dedos.

—Pues pásamelo ahora mismo. —Afilando la mirada para leer la letra diminuta del texto, leyó en voz alta—: «¡A los amantes de la justicia y de la libertad! Repudiamos toda solidaridad con el fascismo y sus crímenes...» —Siguió leyendo, traduciendo mentalmente, antes de resumirle el contenido—. Tienen una reunión mañana por la noche. En un taller. Cerca de la carretera de Rapallo. —Dio la vuelta al folleto y entornó los ojos para observar la caricatura de Mussolini que adornaba la parte delantera—. Es todo un poco infantil, ¿no crees?

Nish se acercó y le quitó el folleto con brusquedad.

Lucian frunció el ceño.

—No me digas que estás pensando ir.

—¿Te burlas de mí? ¿Por querer informarme?

—Claro que no. No seas tan picajoso.

—¿Crees que Mussolini es un chiste?

—Creo que todos los políticos son despreciables. Sean del color que sean.

Una respuesta típica de Lucian. Seguro, pero impreciso. Sin mojarse. Se miraron con furia. Mientras lo hacían, la sala pareció inclinarse, como si los muebles encogieran en sus rincones, y a Nish le sorprendió de pronto la sospecha de que era un extraño, que no era bienvenido allí, que estaba solo.

Por esta razón, fue el primero en agachar la cabeza.

—Lo siento. Pensé que no estaría de más conocer un poco mejor lo que está pasando aquí. Nada más. No vale la pena discutir por eso.

Lucian sacudió la cabeza.

—No, no. Soy yo quien debe disculparse. Por ser un redomado diletante. —Se puso de pie y abrazó a su amigo, y luego, al separarse de él, le dio una palmada en la espalda.

Constance se movió en la silla. Nish había olvidado por completo que estaba allí.

—Lo siento —le dijo—. Te he echado a perder la lección.

—Qué va —dijo ella—. Casi habíamos terminado. —Empezó a recoger sus cosas. No parecía incómoda, lo que era un alivio.

—Por favor, no te vayas por mí.

—Tengo que hacerlo. Alice me necesitará dentro de poco para que me ocupe de Lottie. Y luego hay que preparar la cena.

—No nos tendrás en muy buena estima —dijo Lucian—. Pelearnos por una tontería.

—No me ha parecido que lo fuera. —Constance guardó silencio un momento—. Mi hermano, Arthur..., dice que hay un fascista agazapado en cada uno de nosotros.

—Parece un hombre inteligente —dijo Nish.

—No crea. Emigró a Canadá y ahora... ¡no soporta el frío!

Todos se rieron.

—¿Tienes mucha familia? —preguntó Lucian.

—Ya no. Solo me queda mi madre en Inglaterra. Y el pequeño Tommy. —La voz de Constance titubeó claramente al pronunciar el nombre.

—Habrá sido difícil para ella —dijo Nish—. Dejarte marchar...

Ella respondió con una franqueza que sorprendió a Nish.

—¿Y qué me dice de usted, señor Sengupta?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—No he visto a mi familia en casi diez años.

—¡Diez años! —Constance se quedó de piedra.

—Su padre lo mandó a Inglaterra cuando tenía doce años —explicó Lucian—. Para que lo educaran como a un caballero inglés.

—¿Y cuántos años se necesitan para conseguirlo? —preguntó Constance.

Nish se rio.

—Te lo diré cuando lo averigüe.

—¿Dónde has estado? —le soltó Alice—. Si no te he llamado con el timbre mil veces, no te habré llamado ninguna.

—Lo siento. He estado con el señor Lucian. La lección se ha alargado.

—Ya lo veo.

Alice y Francesco salían de la cocina cuando Constance se los encontró de sopetón: Alice llevaba un palanganero plegable y Francesco una jofaina con un aguamanil lleno de agua caliente.

—Toma —dijo Alice, pasándole el palanganero—. Coge esto y acompaña a Francesco a la suite de los Turner. La señora se ha quejado de que alguien está usando el cuarto de baño compartido y dice que no puede entrar. Sinceramente —añadió con un suspiro—, no todas las suites pueden tener su propio cuarto de baño. Esto no es el Savoy.

La puerta se abrió casi al instante dejando a la vista a Claudine en una combinación de seda tan ceñida que parecía desnuda.

—Estupendo —dijo ella, observando la carga que traían los criados—. Déjenlo allí. El palanganero junto al tocador, por favor.

Apartando la mirada de Claudine, Francesco llevó con paso vacilante el pesado aguamanil a la cómoda. Antes de que Constance pudiera colocar la jofaina en el palanganero, el chico se escabulló acaloradamente de la habitación.

—Veo que alguien tiene prisa —comentó Claudine. Se había sentado sobre un taburete de terciopelo que había frente al tocador y tenía una esponja en la mano izquierda—. ¿Puedes ayudarme? —Alargó la esponja a Constance y le indicó que quería que le limpiara el cuello y la espalda—. Tengo arenilla por todas partes. Me he emocionado un poquito más de la cuenta en la playa.

Claudine agachó la cabeza y permaneció inmóvil mientras Constance le limpiaba el cuello con movimientos de esponja lentos y suaves, sin poder apartar la vista del reflejo de esa mujer madura en el espejo, enfundada en aquella combinación finísima. Claudine inclinó la cabeza a un lado y de pronto levantó la vista. Constance se ruborizó y bajó la mirada.

—Descuida. No pasa nada por mirar.

Constance sonrió tímidamente y retomó la labor con la esponja.

—No era mi intención ser maleducada.

—Nunca habías visto una piel como la mía, ¿verdad?

Constance dijo que no con la cabeza.

—Me figuro que Helena de Troya debía de parecerse mucho a usted.

—¿Y quién es Helena de Troya?

—Una mujer que sale en un libro que estoy leyendo. Se libró una guerra por ella. Los griegos y los troyanos.

Claudine soltó una carcajada.

—Entonces procuraré que no estalle una por mi culpa. ¡Las guerras son malas para el negocio!

Tirando suavemente de la combinación, Constance le pasó la esponja entre los huesos de los hombros, siguiendo los bultos de su columna. Claudine empezó a relajarse y a disfrutar de la tranquila compañía de Constance.

—¿Puedo preguntarle algo, señora Turner?

—Por supuesto. Pero antes de nada: no soy una «señora» y te aseguro que ni en broma me apellido Turner.

—Pero yo creía que...

—Qué ibas a pensar, si no —la interrumpió sonriendo—. Me llamo Claudine Pascal. O por lo menos ese era mi nombre en París.

—¿Y ahora?

—Sigo llamándome Claudine, supongo. Casi siempre.

«Bueno, esto no tiene ni pies ni cabeza», pensó Constance. Estrujó la esponja y empezó a secar a Claudine con una toalla.

—Su vida parece de película.

—Eso parece —admitió Claudine—. Aunque las películas están sobrevaloradas, ¿no crees? —Al decirlo, una expresión triste y pensativa se adueñó de su rostro, y Constance prefirió no insistir más.

Cuando hubieron terminado, Claudine rebuscó en su armario la ropa que iba a ponerse mientras Constance recogía la jofaina y el aguamanil.

—Le diré a Francesco que suba luego, señorita Pascal. —Sonrió y Claudine le devolvió la sonrisa—. Para recoger el palanganero.

—Un segundo. —Claudine metió la mano en un bolso que estaba tirado en su cama y sacó un puñado de monedas que a continuación ofreció a Constance.

Ella dijo que no con la cabeza.

—De verdad que no es necesario.

—Acéptalo, niña.

—No puedo.

Claudine reparó probablemente en que los ojos de la camarera se iban a los pintalabios que tenía sobre el tocador.

—¿Prefieres uno de estos? —le dijo sonriendo, antes de acercarse y elegir un estuche dorado con unas hojas grabadas a ambos lados. En la parte superior, se leían las iniciales «P & T», enmarcadas por una guirnalda—. Las letras representan Park & Tilford —le explicó—. Es una marca de Estados Unidos.

Constance sostuvo nerviosa el pintalabios.

—No sabría qué hacer con esto.

—Es muy sencillo. Deja que te enseñe.

Claudine sacó los labios, animando a Constance a que siguiera su ejemplo, y luego le pidió que no se moviera mientras le aplicaba una generosa capa de un carmín rosa acastañado. Por último, le puso un toque casi imperceptible de colorete en las mejillas.

—Ahora vamos a por los ojos —dijo Claudine—. Ya sabes lo que se dice de los ojos, ¿no?

—¿Qué?

—Que son las ventanas del alma.

Constance sonrió, procurando no moverse mientras Claudine iba probando con distintos tonos para la sombra de ojos.

—¿Usted lo cree así?

—No —respondió Claudine sin interrumpir la tarea—. Los ojos pueden engañar. Sé que tu alma es buena por cómo hablas. Por cómo te comportas.

Cogió a la criada de los hombros y la giró un poco para que ambas pudieran observar el resultado en el espejo. Constance no reconoció a la mujer que la miraba desde el azogue, pero a Claudine parecía agradarle.

—Da igual si se pelean por mí. No hay más que verte para que estalle una guerra por ti.

Constance sintió que se ruborizaba. Apartó la vista.

—Nadie se fija en mí.

—¡Eso es porque te escondes! No puedes escudarte en la timidez para no mostrar lo que eres. O lo que quieres.

Con dulzura, hizo que Constance se volviera a sentar y empezó a quitarle las horquillas del pelo. Era castaño con reflejos dorados, rubio

donde le había dado el sol.

—¿Está segura? —Constance había disfrutado de los mimos, pero le preocupaba que aquello se le fuera de las manos—. A la señora Mays-Smith no le gustará.

Claudine la miró con gesto incrédulo y se echó a reír mientras apretaba tiernamente los hombros de Constance con las manos.

—¿Pero qué dices, ricura? —saltó—. No es a la señora Mays-Smith a quien pretendemos que gustes.

—¿Qué estáis haciendo? —Bella asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca y vio que Lucian y Nish estaban revisando una pila de discos de gramófono—. Tened cuidado. Son frágiles, ya lo sabéis.

—Estamos tratando de rememorar nuestra juventud dilapidada —dijo Lucian.

—¡Era este! —exclamó Nish, al tiempo que sacaba un disco de su funda de papel—. ¡Ponlo!

Lucian miró la etiqueta.

—Ay, Dios, por favor...

Bella frunció el ceño fingiéndose ofendida.

—Esa lengua, Lucian.

Sonriendo, los dejó a lo suyo. Ya empezaba a caer la tarde. Hora de encender las luces. Mientras se dirigía al salón, oyó un chasquido y, enseguida, la música empezó a sonar: eran las cuerdas inconfundibles de «For he is an Englishman» de la ópera cómica *HMS Pinafore*.

Bella tarareó la canción mientras se dedicaba a sus cosas. Como la mayoría de sus competidores, el Hotel Portofino ofrecía luz eléctrica en sus instalaciones. Pero Bella —y, según sospechaba, la mayoría de sus clientes más veteranos— prefería el ambiente que creaban los quinqués, que proyectaban un resplandor difuso y otoñal.

Estaba ajustando la mecha de un quinqué especialmente rebelde cuando, con el rabillo del ojo, vio algo que la hizo saltar.

Era lady Latchmere, sentada en la silla verde junto a la ventana. Parecía desorientada, como si acabara de despertarse de un sueño inquieto y repleto de pesadillas.

—Lo siento, su excelencia —dijo Bella—. No la había visto.

—Iba a arreglarme para la cena —dijo lady Latchmere. Su voz sonó plana e impasible.

La música continuaba sonando.

—Se me escapa una sonrisa cuando oigo esta canción —dijo Bella.

—No me sorprende.

—Los italianos nos regalaron la ópera y nosotros la convertimos en esto. Qué país más curioso somos. Por lo menos tenemos a Elgar, algo es algo.

Bella se disponía a retomar el encendido de las lámparas cuando lady Latchmere dijo:

—La vi en directo.

—¿Sí?

—*HMS Pinafore*, en el Savoy. Antes de la guerra. Con Ernest.

Sacó un guardapelo de su vestido y lo abrió al tiempo que indicaba a Bella que se acercara para que pudiera ver el retrato que contenía. Bella arrimó una silla y se sentó a su lado, vagamente consciente de que la música había parado. Cogió el guardapelo que le ofrecía lady Latchmere. El retrato mostraba a un joven apuesto vestido con el uniforme del ejército.

—Era mi hijo mayor —dijo lady Latchmere—. Pisó una mina. Fue cerca de Mont Sorrel. Mañana se cumplen nueve años. —Guardó silencio un momento—. Solo llevaba allí cinco minutos.

Bella le devolvió el guardapelo. Luego se sorprendió a sí misma ofreciéndole el que llevaba al cuello. Nunca se lo había enseñado a nadie, y jamás se le habría ocurrido hacerlo con una mujer como lady Latchmere. Pero Bella sintió intensamente que era lo que debía hacer en ese instante. De hecho, el ansia de sincerarse era tan fuerte que resultaba indistinguible de una necesidad física.

La fotografía que contenía mostraba a un niño vestido de marinero.

—Es mi benjamín —dijo Bella—. Laurence. Habría cumplido catorce años el mes que viene. —Lady Latchmere se acercó el guardapelo para examinarlo—. Se lo llevó la gripe —continuó Bella—. Es uno de los motivos de que nos viniéramos a Italia.

—¿Para empezar de nuevo?

—Para vivir en un sitio sin recuerdos.

El tictac del reloj era reconfortante. No tardaría en dar la media hora.

Lady Latchmere cerró el guardapelo y lo depositó en las manos

de Bella, envolviéndolas entre las suyas.

—Ojalá tuviera su valentía, querida —dijo.

En ese instante, Bella tuvo la repentina intuición de que esa mujer no era mucho mayor que ella, que quizá tan solo las separaban cinco años, o tal vez menos.

La diferencia era que lady Latchmere se había quedado congelada en el tiempo. Aún peor, el pasado se había acumulado en su seno como si estuviera encerrado en una gran caja y ahí dentro continuaba existiendo para ella, de suerte que todos los días, de la mañana a la noche, se veía obligada a revivirlo sin poder dejarlo atrás.

Bella no podía imaginar una tortura más cruel.

La cena de esa noche fue otro clásico ligur: pollo estofado al vino blanco con romero, piñones y tomates, servido con espinacas salteadas.

—Ha quedado muy sabroso —dijo Betty a Constance mientras esta dejaba una pila de platos sucios junto al fregadero—. Aunque tampoco era un plato demasiado complicado.

Constance estuvo a punto de observar que, si la receta no le había parecido muy difícil, era porque una vez más Paola la había ayudado a hacerla. Pero se mordió la lengua.

Con un ligero fastidio, Constance vio que ni Betty ni nadie parecía haber reparado en el cambio que Claudine había obrado en su rostro.

Betty le entregó a Constance una bandeja cargada de cuencos de cristal que contenían una espesa mezcla cremosa de color marrón.

—¿Qué es?

—Tiramisú. Es como una versión italiana del *trifle* de jerez, pero con *amaretto*. Anda, sé buena y sal a repartirlos.

Constance echó los hombros hacia atrás, respiró hondo y desfiló hacia el comedor.

Quizá tuvo algo que ver con su forma de caminar, pero esta vez sí apreció una diferencia palpable; la sintió como un calambrazo de electricidad estática al tocar el pomo de una puerta.

Al pasar junto a Billy, que volvía a la cocina, este soltó un discreto silbido de admiración y ella se estremeció por dentro, aunque no fuera su objetivo, si es que esa era la palabra apropiada. Dejó la

bandeja sobre el aparador y se volvió esperando las instrucciones de Bella, que estaba revisando los postres.

Bella no percibió ninguna diferencia. Pero tampoco era de extrañar. A veces se quedaba ensimismada en su mundo. Una auténtica soñadora.

El tiramisú estaba listo para el servicio. Cuando Constance se acercó a la mesa de Claudine, esta le guiñó el ojo. El señor Turner levantó la vista brevemente, pero esbozó una expresión de incredulidad, como si la reconociera y al mismo tiempo le resultara una desconocida, lo cual era comprensible, habida cuenta de que no había tenido demasiado trato con él.

Roberto, en cambio, no falló. Él sí tenía ojo para las mujeres. Estaba sentado con su padre y Cecil, aburrido con la conversación que mantenían en inglés, que por descontado no entendía. Se enderezó en la silla al verla llegar, sonriendo lascivamente mientras se recreaba en su imagen. Ella asintió y le devolvió la sonrisa, antes de encaminarse con rapidez hacia la mesa de Nish. Roberto no era la clase de hombre al que quería incitar. Aunque tenía los ojos bonitos.

Nish había cenado solo y observaba a Lucian, que compartía mesa con Julia y Rose.

—¿Han vuelto a dejarle a dos velas? —preguntó ella.

—Eso parece. —La observó detenidamente mientras ella dejaba el bol sobre la mesa—. Te noto... distinta.

Constance sonrió, pero se marchó sin decir nada.

Su siguiente y más importante parada era la mesa de Lucian.

Él y Rose estaban juntos, mirando una selección de postales de obras de arte que ella había comprado en su excursión a Génova. Le llegaron fragmentos de su conversación o, siendo más precisos, de los comentarios de Lucian.

—La gente suele desdeñar la escuela genovesa, pero Strozzi, en particular, es fascinante... —Rose iba asintiendo, embelesada. ¿O acaso se aburría? Era difícil saberlo.

Solo Julia levantó la vista cuando dejó los postres sobre la mesa. Constance dudó unos segundos, esperando que Lucian se percatara de su presencia y la saludara.

No lo hizo. Siguió hablando como si tuviera miedo de quedarse callado. Pero la madre de Rose la miró de hito en hito y continuó haciéndolo con una maldad hastiada que era tanto más aterradora por

cuanto se mostraba totalmente natural.

Su mirada decía: «¡Oh, por el amor de Dios!».

En Inglaterra, ese trato habría suscitado en Constance algún tipo de reacción útil e instintiva de autodefensa. Pero aquí se sintió estúpida y vulnerable. Lo único que quería hacer era desaparecer de allí antes de que las lágrimas que se acumulaban en sus ojos se volvieran visibles. Colocándose la bandeja bajo el brazo, salió a toda prisa del comedor. Una vez fuera, con el dorso de su mano libre, se quitó el carmín de los labios sin contemplaciones.

Al día siguiente, Cecil se despertó temprano, pues sabía que tenía más cosas que hacer que de costumbre. Después de un desayuno ligero de huevos y varias tazas de ese café fuerte y amargo que había aprendido a disfrutar, escribió algunas cartas, incluida una al casino, en la que les agradecía el envío de la factura y les aseguraba que abonaría la deuda en breve plazo.

Lo principal era no enfangarse en tediosos dramas domésticos relacionados con Bella o con el servicio.

A tal fin, Cecil salió a dar uno de sus paseos. Subió hasta el Albergo Delfino, un hotel rival al que se llegaba por un camino estrecho y empinado a cuyos márgenes se colocaban viejas italianas haciendo encaje de bolillos sobre unas almohadillas. Evidentemente, no les hizo el menor caso.

El Delfino era un viejo caserón no muy distinto del Hotel Portofino, con una terraza con vistas al muelle. El establecimiento gozaba de gran popularidad entre los alemanes y, aunque naturalmente Cecil tenía sus dudas con Alemania, la gracia de las jóvenes que se alojaban allí era innegable y, de hecho, se rumoreaba incluso que algunas de esas mozas tomaban el sol desnudas —*O tempora, o mores!*—, como también era indiscutible la magnificencia de las vistas desde sus ventanas, que alcanzaban más allá del mar las poblaciones costeras de Chiavari y, más al sur, Sestri Levante.

Se planteó dar un paseo hasta el faro de Portofino, pero al final lo descartó. Nunca había entendido por qué le resultaba tan atractivo a la gente ese faro, que todavía no existía cuando Bella y él estuvieron por primera vez allí, y que además le parecía que era un borrón en el paisaje. En fin, por lo menos era útil para los barcos.

Nadie le había pedido directamente que ayudara a organizar el té. Sin embargo, como la idea había sido suya, supuso que sus aportaciones serían bienvenidas.

Cuando regresó al hotel vio que gran parte del trabajo duro ya estaba hecho. ¿Acaso no pasaba siempre lo mismo? Francesco había segado y barrido el césped, y ahora estaba izando, con la ayuda de Billy, una gran carpa blanca. Se oía el suave golpeteo del martillo que estaban usando para clavar las estacas en el suelo.

Cecil fue a la bodega y buscó algo que servir a quienes tal vez el té les pareciera insuficiente. Estaba orgulloso de su selección de vinos, que incluía varias botellas de Petrus de 1915 y de Château Margaux de 1900.

Danioni y sus compinches seguramente querrían tomar algo italiano, y a él le parecía bien. Encontró un par de cajas de un vinacho piamontés —tirado de precio, pero aceptable— y llamó a Billy para que las subiera a la cocina.

El hotel parecía estar lleno de gente y de vida. Era curioso, pero, a medida que progresaban los preparativos para la fiesta, Cecil iba poniéndose más nervioso. Se sentía inquieto entre las multitudes. Y además tenía la preocupación añadida del cuadro, que debía llegar ese mismo día. ¿Podría llegar a pasar que no estuviera disponible cuando entregaran el envío? Por no hablar de si iba a llegar realmente. Era imposible saberlo en un país como Italia.

Mientras Paola barría las terrazas, las fuentes de sándwiches y las jarras de limonada llegaron a las mesas que habían colocado bajo las sombrillas del jardín. La gente se había puesto elegante y Cecil pensó que le convenía hacer lo mismo, de forma que subió a su habitación y se puso su traje de lino crema favorito con una camisa y un cuello nuevos. Se recortó el bigote y luego lo tintó con nitrato de plata, como hacía cada dos días, empleando un cepillo de dientes.

La tenue brisa que llegaba del mar le erizó la piel. Cecil echó un vistazo desde su ventana al césped salpicado por el sol y a los grandes macizos de rosas y lirios africanos. En días así, sentía que le embargaba una sensación de orgullo por los logros de Bella, sensación que se mezclaba con la rabia por no mostrarse más elogioso con ella.

Decidió esmerarse más, procurar ser un mejor marido. Aunque, a decir verdad, tampoco es que fuera malo. Cecil sabía hasta qué punto podían ser malvados los hombres, eso era algo que cualquier hombre

sabía. Un secreto, un saber ignominioso que pasaba de generación en generación. Él tampoco era tan malo, si es que hacía falta decirlo.

El tiempo seguía siendo maravilloso. Oyó que Bella comentaba que no habrían tenido un día mejor para un té campestre si lo hubieran encargado.

Los huéspedes empezaron a llegar sobre las tres de la tarde.

Cecil estaba peinándose cuando oyó que la puerta de la suite de las Drummond-Ward se abría. La voz de Rose resonó en el pasillo, dejando una estela de pánico. No tenía sombrero. ¿Qué sombrero iba a ponerse? Se oyó entonces a Julia, una octava más grave:

—El mismo que te pusiste el domingo.

No, no, ese no podía ponérselo, tenía una mancha.

¡De verdad!

Cecil esperó arriba todo el tiempo que pudo, armándose de valor, hasta que finalmente bajó al jardín y vio al conde Albani —quien por lo visto había tomado el mando— presentando a Alice y Lucian a un grupito de personalidades locales, encabezado por... Danioni.

Betty y Constance aparecían de vez en cuando como cucos de un reloj, llevando teteras y bandejas repletas de pasteles y *scones*. También había repostería italiana, incluida en el menú por insistencia del conde. Pero a Cecil esas pastas no le gustaban demasiado.

Se sirvió una copa de ese vino piamontés. La vació. Era un vino aguado y ácido que le hizo toser.

Los grupos se iban dispersando y se formaban otros nuevos. En el extremo más alejado del césped se encontraba Bella, preciosa en su *robe de style* color pastel de Jeanne Lanvin que él la había animado a comprar el año anterior. Estaba en el centro de un corro en el que se encontraban Danioni, su ayudante y un hombre de la junta de la compañía eléctrica. Su director de sobornos, seguramente.

Malditos italianos. Siempre con las manos en la masa.

Nish conversaba con Alice. Rose, sentada al lado de su madre en una de las mesas, charlaba con Lucian. Por lo visto, nunca había visto unos sándwiches tan encantadores.

Cecil oyó que Julia intervenía.

—Solo son para decorar. Se supone que no te los tienes que comer.

Cecil sonrió. Pero estaba descontento. No disfrutaba de la fiesta, pese a haberse esforzado tanto en darle el primer empujón. Estaba

apartado de todos, sujetando la copa vacía como si fuera un objeto de atrezo.

Se miró el reloj de bolsillo. Las tres y media. Ya debería haber llegado. Vamos, vamos.

Cinco minutos después, el tintineo de las conversaciones educadas fue sofocado por el sonido de un motor que entraba en el patio delantero del hotel.

—Si me disculpan —dijo Cecil sin dirigirse a nadie en particular, antes de esfumarse rápidamente.

Llegó al patio justo a tiempo para ver a dos fornidos italianos saliendo de una camioneta.

—Ah —dijo él, con repentina cordialidad—. *Buongiorno, amici miei*.

Sin más ceremonia, los italianos desembalaron un gran paquete plano. Cecil sintió que el pecho se le hinchaba de emoción.

Los repartidores llevaron el bulto al interior del hotel. Cecil los siguió y les pidió que lo apoyaran en la pared de la biblioteca.

Estaba acompañándolos a la puerta cuando vio que Jack bajaba por la escalera. ¡Ese hombre tenía el don de la oportunidad!

—Ah —dijo Cecil—. Justo el hombre al que estaba buscando.

—Vi la camioneta desde mi ventana. —Jack se frotaba las manos saboreando por anticipado el contenido del paquete—. ¿Ha llegado de una pieza?

—Eso parece.

—¿Te importa que eche un vistazo?

—Había pensado dejar el gran momento para después, si no te importa —dijo Cecil, disimulando su entusiasmo. Hizo un gesto señalando el jardín—. Ya sabes, la fiesta. Si me entretengo, me echarán de menos.

—Cómo no.

—Estoy seguro de que la espera merecerá la pena.

Justo en ese momento, Plum apareció por la escalera bajando a toda prisa. Como era evidente, se había olvidado de la fiesta, ya que no se había vestido para la ocasión. Quizá iría de todos modos. Le bastaba con el vestido de su fama, al fin y al cabo.

—Lo siento, muchachos. ¡Ando con prisa!

Jack se apartó a un lado para dejarlo pasar.

Cuando Plum se hubo marchado, Jack dijo:

—¿Crees que nos ha oído?

—¿Quién? ¿Plum? No. Y aunque lo hubiera hecho, su mente tiene ocupaciones más importantes que el arte. Como ganar partidos de tenis.

—Supongo —dijo Jack, pero no parecía convencido.

Cecil cerró la puerta de la biblioteca y se dirigió al patio de la entrada, donde vio que Danioni hablaba con uno de los repartidores a través de la ventanilla de la camioneta. «Maldita sea —pensó—. ¿Qué estará tramando ahora ese granuja?»

Danioni levantó la vista cuando Cecil apareció a su lado.

—Me han contado que ha recibido un paquete, ¿no?

—Eso es.

—¿De Inglaterra?

Cecil se puso rígido.

—No me parece que eso sea de su incumbencia.

Danioni sonrió.

—Todo lo que ocurre aquí es de la incumbencia del Consiglio Comunale, *signor* Ainsworth. Policía. Permisos. Tasas... —Hizo una breve pausa—. Sobre productos de importación, por ejemplo.

—Me hago cargo —dijo Cecil—. Aun así, le aseguro que aquí no hay nada que deba preocuparle. —Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta su cigarrera de plata y se la tendió al italiano mientras procuraba evadirse del cosquilleo que le provocaba el sudor en las axilas—. ¿Le apetece un puro?

Betty estaba sacando una bandeja de *fat rascals* del horno cuando Constance entró en la cocina con dos fuentes de sándwiches vacías.

La cocinera la miró.

—¿Se han terminado?

—Hasta el último.

—Qué rápido.

—¡Se los han zampado en un periquete!

—Pues tuve que suplicar los pepinos en todas las tiendas en cinco kilómetros a la redonda.

Constance dejó las fuentes vacías en el fregadero.

—El conde Albani se los comió casi todos. Perdí la cuenta cuando llegó al séptimo.

—Me gustan los hombres con un buen apetito. ¡Hay mucho donde agarrarse!

—¡Betty!

Ambas se echaron a reír a carcajadas.

—Es difícil imaginarlo con esa flacucha —dijo Betty.

Constance la miró desconcertada.

—¿No te has fijado? —preguntó Betty.

—¿En qué?

—Que el conde le hace ojitos a la señora Mays-Smith.

—¡Pero si Alice tiene la mitad de sus años!

—Pues puede darse con un canto en los dientes. Me apuesto a que el conde será capaz de poner una sonrisa en esa cara de amargada que tiene.

Constance disfrutaba cuando Betty hablaba de esa forma. Decía en voz alta lo que ella solo se atrevía a pensar.

—Quería preguntarte algo. ¿Sabes lo que le pasó al padre de Lottie?

—Lo mismo que a los demás.

El buen humor de un momento antes dio paso a algo más sombrío y reflexivo. Ambas mujeres se quedaron calladas.

Entonces, Betty intentó espabilarse.

—Venga —dijo—. Vamos a emplatar esos bollos. No hay nada más triste que un *fat rascal* frío.

Los asistentes a la fiesta se habían dispersado. Caminaban en pequeños grupos, admirando la elegante solemnidad de los jardines y las vistas sobre el mar resplandeciente.

Bella, que se sentía acalorada en su vestido ligero pero formal, volvía al interior del hotel cuando vio a Danioni con una mano apoyada en el cristal de la ventana de la biblioteca para tapar el reflejo y ver el interior de la estancia.

—¿Está evaluando sus próximas adquisiciones, señor Danioni? —le gritó ella.

Él se apartó de la ventana y dijo:

—*Non capisco*.

—Me refiero a si está buscando algo que robar. —Con furia renovada, levantó el dedo en el que el anillo brillaba por su ausencia y

se lo mostró a Danioni. El anillo de zafiro había dejado un cerco de piel blanca en su dedo.

—Por favor. —Danioni hizo ver que estaba decepcionado—. Tenemos que ser amigos.

—Los amigos no se chantajean.

—¡Otra vez! ¡Esa palabra! —Levantó las manos en fingida demostración de indignación—. Usted me ha dado un regalo para mi mujer. Y yo le he dado clientes para su hotel. Así funcionan las cosas entre amigos.

—Un intercambio —dijo ella con frialdad.

—Sí. Un intercambio. —Danioni señaló el hotel—. Pero no olvidemos que hay quien puede dar más.

Danioni se tocó el ala del sombrero a modo de despedida y se marchó por el camino.

Al verlo marcharse, se le ocurrió a Bella que Danioni no se equivocaba. Era verdad que algunos podían dar más.

Y, sin embargo, pensó, sería capaz de casi cualquier cosa con tal de librarse de él.

La expectación ante lo que pudiera esconderse en la biblioteca le había aguado la fiesta casi por completo. Plum no había conseguido quitárselo de la cabeza. Y en consecuencia sabía que su comportamiento había sido extraño. Incluso se había mostrado irritable, al decir de Lizzie.

Dejó a su esposa en la suite. Lizzie había bebido demasiado, por más que supuestamente se tratara de un té, y ahora se quejaba de que le dolía la cabeza. Le había pedido a Plum que le consiguiera una aspirina. Por supuesto, había dicho él. Se la pediría a Bella. No tenía otra intención.

Pero antes entró en la biblioteca, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Ahí había gato encerrado.

Si hubiera pasado por alto esos pequeños detalles no habría llegado a su posición actual en la vida.

Cruzó la sala y trató de abrir los cajones del escritorio. Se había fijado en que Cecil usaba ese escritorio; también en que no tenía un despacho privado, lo que algo decía del equilibrio de poder entre él y

su esposa.

La mayoría de los cajones estaban cerrados con llave. Pero uno de los de abajo no lo estaba. Y había una carta dentro, remitida por un casino de San Remo. Plum sonrió. Adivinó enseguida de qué iba la historia.

Con las manos temblorosas —una novedad desafortunada—, sacó una cuartilla del sobre. Era una factura. Sus ojos fueron derechos al final de la hoja: «*Totale dovuto: 20.530 lira*».

Vaya, vaya. Cecil ha sido un niño malo. ¡Habrá que castigarlo!

Se le encogió el pecho al oír unas voces en el pasillo. Cuando al fin se apagaron en la distancia, echó un vistazo a la biblioteca.

¿Se le había escapado algo?

Entonces lo vio, apoyado en la pared, envuelto en tela y parcialmente escondido por una silla. Era bastante pequeño, en realidad. Aun así, se le aceleró el pulso. Se acercó y levantó una punta de la tela, pero en ese mismo instante se abrió la puerta y la voz poderosa de Jack irrumpió en la biblioteca.

Maldita sea.

Solo le dio tiempo a esconderse debajo del escritorio, con el corazón desbocado, antes de que dos hombres entraran en la sala.

Eran Jack y Cecil.

—Lo siento —dijo Cecil. Según pudo ver Plum, llevaba un caballete en la mano—. Me refiero a la fiesta. Un auténtico peñazo. Mi mujer no me habría perdonado que no asistiera.

Cecil cruzó la sala y cogió el cuadro. Plum se encogió de miedo debajo del escritorio, esperando contra toda esperanza no ser descubierto. El marido de Bella tiró de la tela y esta cayó al suelo. Luego, colocó algo sobre el caballete, que antes había abierto sobre sus tres patas. Por lo menos, eso era lo que Plum suponía que estaba pasando. Aunque a decir verdad no veía mucho más que un par de zapatos marrones, estilo Oxford, ligeramente gastados.

—¿Primera impresión? —dijo una voz. Era de Cecil.

Una pausa mientras Jack examinaba el cuadro.

—Es más pequeño de lo que esperaba —dijo este por fin.

Otra pausa.

—¿Es un problema? —La voz de Cecil había cobrado un tono distinto. Plum estaba cada vez más interesado. La conversación estaba resultando muy jugosa.

—El arte no se vende a tanto el metro.

Plum se movió debajo del escritorio. Empezaba a notar el primer hormigueo de un tirón en su pierna izquierda.

Oyó que alguien daba un paso atrás.

—Mmm... —dijo Jack.

—¿Y bien? —La voz de Cecil sonó impaciente.

—No soy un experto.

—¿Pero qué te dice el instinto?

—No hay duda de que es su estilo.

Cecil dio unas palmadas entusiasmado, como un niño que asistiera a un espectáculo de magia.

—Pero, eh —le advirtió Jack—. El tipo tenía un taller donde los hacían como churros. Algunos los pintaba él en persona. En otros, ponía alguna que otra pincelada. Otros los supervisaba. Lo más probable es que sea de la escuela de Rubens, no un Rubens de verdad.

—Pero ¿podría colar?

—Podría colar.

—¿Y cuánto costaría autentificarlo?

—Unos cientos de dólares, quizá.

—No. Lo que quería decir es... ¿Cuánto costaría asegurarme de que lo autentificaran? —Había aparecido un nuevo elemento de tensión en el diálogo.

—Oh... —Jack se quedó callado un momento—. Un cuarenta por ciento si se vende por más de cien mil. ¿Un uno por ciento menos por cada dos mil dólares por debajo del precio de venta?

—Mejor empecemos en el veinticinco por ciento, ¿te parece?

—El treinta.

—Trato hecho. Huelga decir que necesitaré disponer del documento de autenticidad —dijo Cecil—. Y un adelanto. Antes de entregártelo.

—Por supuesto.

Permanecieron en silencio. ¿Un apretón de manos para cerrar el trato? Plum se atrevió a asomarse un poco y pudo comprobar que en efecto se daban la mano. Luego, los dos hombres salieron de la biblioteca, dejando el cuadro sobre el atril, listo para que cualquiera pudiera robarlo, si así lo deseaba.

Cuando se aseguró de que se habían marchado, Plum salió de su escondrijo. Estiró las piernas y los brazos para desentumecerse y a

continuación se puso a caminar tranquilamente por la biblioteca, aparentando una actitud relajada por si acaso alguien entraba de pronto y lo sorprendía dentro.

Pero no podía dejar de contemplar el cuadro.

Una rubia imponente que se miraba en un espejo.

Plum no sabía nada de arte, pero aun así le parecía incomprensible que ese cuadro pudiera valer tanto. Incluso más de lo que él ganaba, siendo un deportista en el mejor momento de su carrera.

Se alisó la ropa con las manos.

Cecil no tardaría en volver a por el cuadro.

Era el momento de ensayar una de sus escapadas.

Claudine no había sido invitada a la cena ligera en la villa. Pero Jack recibió una sorpresiva invitación después de que Rose, la cría de los Drummond-Ward, tuviera un inoportuno ataque de migraña.

Demasiado sol, seguramente. Y no beber suficiente agua. Sea como fuere, Nish le había dado unos polvos y ahora estaba acostada en su suite con una compresa fría sobre la frente.

Cecil se había convertido en el nuevo mejor amigo de Jack. Lo que no sorprendió a Claudine. Eran tal para cual. Unos oportunistas. Cecil le había pedido a Jack que fuera a la fiesta en lugar de Rose, pero le dejó bien claro que solo había sitio para uno...

—Una verdadera pena —había dicho, por lo visto—, ya que estoy seguro de que a lady Caroline le encantaría conocer a... la señora Turner.

Claudine no tenía especiales ganas de ir. Pero la idea de que Jack pudiera ir sin ella la alteró. Había una palabra que definía bien lo que creía —no, sabía— que había ocurrido allí. Racismo. Y era agotador tener que soportarlo todos los días. Los blancos no tenían ni idea de lo que era.

En París lo había sufrido menos porque había más negros en la ciudad: pintores, bailarinas, músicos... También escritores, como su buen amigo Langston. Gente creativa. En el Grand Duc, de juerga con Ada *Bricktop* Smith y Florence Jones, se había sentido en su salsa. En Portofino... En fin, era imposible que fuera como en París.

—¿No te importa? —le había preguntado Jack, mientras se hacía

el nudo de la corbata ante el espejo.

—Te lo repito —dijo ella, cansada—. No me importa.

—Ainsworth dice que el tal Harborne tiene una mansión alucinante en Londres. Llena de arte, por lo visto.

—Pues habrá que salir a cazar.

No había sido su intención que el comentario le saliera tan sarcástico. Pero Jack captó el tonillo y se arrimó a ella para ofrecerle su fórmula de consuelo especial, con la que en realidad se consolaba él más que ella. Ella apartó la cara cuando él intentó darle un beso.

—Vamos, nena —dijo él—. No te cabrees conmigo. Ya sabes que preferiría mil veces quedarme aquí contigo.

—Pues casi no te he visto el pelo desde que llegamos. —Claudine se sorprendió al percibir la fuerza de su propio rencor.

—Ya sabes que tengo que ocuparme de mis negocios.

—No, Jack. Lo que tienes que hacer es ocuparte de mí. —Claudine redobló el ataque—. No quieres que te vean conmigo. Es eso, ¿verdad?

Él se apartó, exasperado.

—¡Ya te lo dije! Solo había sitio para mí.

La mirada escéptica que le echó Claudine le hizo entender que no le creía del todo.

Jack lo volvió a intentar.

—Mira. Te he traído aquí, ¿no?

—Claro que sí, encanto. —Claudine se apoyó en los codos—. Pero empiezo a preguntarme por qué.

Rose despegó los ojos y se dio cuenta de que el dolor que le había martilleado la cabeza había desaparecido por fin. Aún mejor, había sido sustituido por una gloriosa sensación de ligereza, parecida a la que recordaba haber sentido de niña, cuando de verdad se sentía ligera y libre, una especie de lucidez prístina.

Estaba sonando música en algún sitio del hotel. Las notas subían por la escalera. Un sonsonete metálico, pero mágico, como de hadas cantando al final de un jardín.

Como un becerro recién nacido, se levantó y se aproximó lentamente a la puerta. Al abrirla, la música se amplificó revelando nuevos sonidos: risas y conversaciones. Procedían del salón.

Reconoció la música. ¡Pero si esa canción le encantaba! Era *Sweet Georgia Brown* interpretada por Django Reinhardt.

Bajó por la escalera agarrándose del pasamanos. Había gente en el salón. Pero todo estaba cambiado. El ambiente era distinto. Al acercarse a la puerta abierta, vio que habían enrollado la alfombra para hacer una pista de baile. Lizzie, la mujer del tenista, estaba allí. También Claudine, Roberto y algunos más. Bebían *prosecco* mientras bailaban.

¿Qué demonios estaba pasando? Se quedó fuera, mirando y escuchando.

—Dios, me encantaría poder bailar como tú —estaba diciendo Lizzie.

—¿No reconoces a una profesional en cuanto la ves? —Era la voz de Claudine.

—¿Te ganas la vida bailando? —Lizzie no daba crédito.

—Bailando y haciendo otras cosas. —Claudine hizo una pirueta exagerada—. Mi nombre está en el candelero. —Usó las manos para hacer un dibujo en el aire—. Claudine... Pascal.

—Qué maravilla de nombre. ¡Suena tan francés!

—Pues dudo que pueda triunfar como Louella-Mae Dobbs. Y en París todavía menos. —Claudine soltó una carcajada.

Roberto la hizo girar y se la llevó a bailar con él. Lizzie le hizo un gesto a Lucian para que bailara con ella. ¡También estaba ahí! ¡Lucian!

—¿Dónde está su marido? —le preguntó Lucian.

—Se ha ido a la cama. Es un verdadero muermo cuando tiene torneos.

Finalmente, Lucian vio que Rose estaba en la puerta. Fue corriendo a interesarse por ella.

—¡Rose! Tu madre nos dijo que tenías migraña...

—Me encuentro mucho mejor.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Claudine le gritó desde lejos.

—Pues entonces ven y únete a nosotros. Aquí nadie te dirá «no».

Lucian le ofreció la mano. Tras un instante de duda, Rose decidió que no permitiría que la cautela volviera a gobernar sus pasos. Todo el mundo estaba disfrutando de la fiesta, ¿por qué no iba a poder hacerlo ella?

Qué bien lo pasó esa noche. Se divirtió como nunca habría imaginado que pudiera hacerlo. En su mundo bellamente encorsetado nadie se comportaba así. Las canciones, que nunca antes había escuchado, tuvieron en ella efectos imprevistos. La hacían evadirse de sí misma y luego la devolvían, energizada, a su propio cuerpo. El resultado fue una maravillosa inestabilidad. Aunque quizá esa sensación se debió al *prosecco*.

—¿Qué está sonando ahora? —preguntó a Claudine.

—*Pinetop's Boogie Woogie*. La bailamos en París. Fue una locura.

—¡Es maravillosa! —exclamó Rose.

—¡Ya lo sé! —dijo Claudine.

Roberto sirvió los restos de la botella de *prosecco* en la copa de Claudine y le indicó a Lucian que fuera a por más, cosa que este hizo, antes de ofrecerle una copa generosa a Rose. Roberto bailaba como un poseso, lanzando golpes al aire y pavoneándose mientras Claudine y Lizzie lo observaban, intercambiando codazos y risitas. Lizzie vació su copa y se la puso teatralmente sobre la cabeza.

Rose daba grandes tragos a su copa de *prosecco*. Lucian le preguntó si se encontraba bien y ella asintió. Riendo, pasándolo en grande, animándose cada vez más.

Aquello era mucho mejor que esa estúpida cena ligera en una villa aburridísima.

En cierto momento, Nish apareció y se unió a la fiesta, saltando, haciendo piruetas y volteretas.

Estaba toda la gente que le gustaba a Rose. Toda la gente simpática y buena.

Alguien cambió el disco y puso *The Charleston*.

—¡Esta sí la conozco! —gritó Rose y todo el mundo la vitoreó—. ¡Esta sí la conozco!

La música sonaba más fuerte y rápida. Sintió entonces la mirada de Lucian. La manera que tenía de atraerla hacia sí, de sujetarla, como si su cuerpo estuviera hecho de arcilla y Lucian la esculpiera para convertirla en una persona mejor, más seria, alguien que sabía de qué iba la historia. Deseó que él la besara. Pensó que nunca antes había deseado algo tanto.

Más tarde pensó en lo distinto que habría sido todo si el Bugatti del señor Turner no hubiera aparcado delante del hotel en ese preciso instante.

Si su madre no hubiera estado sentada a su lado y Bella en la parte de atrás.

Si Julia no hubiera oído la música, las risas y, después de intercambiar una mirada de espanto con Bella, no se hubiera bajado a toda prisa del coche para investigar.

Si ella, Rose, no hubiese sido la última en dejar de bailar, sonrojada y eufórica, embriagada por la vida misma.

Hasta que la música calló.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando a Lucian, que había levantado la aguja del gramófono. Estaba mirando a alguien que había detrás de ella, una aparición terrorífica.

Rose se volvió: su pecho subía y bajaba agitado, su ropa elegante estaba empapada de sudor.

Su madre estaba en la puerta, con Bella detrás.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Julia con frialdad.

Nish encontró a Lucian en el jardín. Estaba sonrojado, aturdido, un poco ebrio.

—No podían haber elegido peor momento —dijo.

Ambos miraron hacia las ventanas iluminadas del salón, donde Bella, Alice y Constance estaban recogiendo.

—¿Has visto a Rose? —preguntó Lucian.

—Claro. —Nish se rio—. Su madre le está arrancando la piel a tiras. Supongo que la dejará bien bonita.

Lucian puso una mueca de dolor.

—¿Y mi madre? ¿Ha dicho algo?

—Está limpiando con Constance y tu hermana. Le he dicho que podíamos echar una mano, pero me ha sugerido que nos fuéramos a la cama.

—¿Sugerido?

—Vale, era más bien una orden. —Nish se rio.

—No pegaré ojo —dijo Lucian—. Estoy demasiado... animado.

—Yo también. —Nish se sacó el folleto del bolsillo, el que le había dado Gianluca—. Bueno, ¿qué te parece?

—¿La reunión? Creo que está demasiado lejos para ir a pie.

—No hace falta que vayamos caminando. No cuando tenemos

una bicicleta. —Señaló la destartalada bicicleta de paseo que Billy le había conseguido a Plum. Estaba apoyada en la pared que tenían detrás. Una de las toallas de mano con el monograma del hotel seguía atada al portaequipajes trasero con un par de cintas elásticas.

—Vamos, entonces —dijo Lucian—. Si no hay más remedio.

Lucian se sentó en el manillar y juntos recorrieron dando tumbos la serpenteante y oscura carretera que llevaba a Rapallo, cantando el estribillo del himno socialista *Bandiera Rossa* en un italiano chapucero.

Al cabo de unos quince minutos se detuvieron de golpe frente al patio del único edificio que les pareció que podía ser un taller: era una construcción semejante a un granero, con las paredes encaladas, del tamaño de un salón parroquial. Las voces que salían del interior les permitieron suponer que habían encontrado el sitio que buscaban.

Llamaron y un señor mayor que vigilaba la puerta los dejó pasar. Se quedaron al final de la sala. En una tarima elevada, frente a una sala repleta de un público enfervorizado, estaba Gianluca. Hablaba de forma apasionada, en italiano, golpeándose la palma de una mano con el dorso de la otra.

Había levantado la vista un instante, en tensión, al oír que se abría la puerta, pero se relajó visiblemente, e incluso sonrió un poco, cuando los vio entrar.

Y entonces ocurrió. El desastre que todos los presentes debían de haber temido, pero que en su fuero interno sabían que era inevitable. La gente había asumido aquel riesgo cuando decidió acudir a la reunión.

Lo primero que oyeron fue un zumbido monocorde de motores, que fue ganando fuerza paulatinamente hasta que se convirtió en un bramido. Ya era demasiado tarde para poner pies en polvorosa. Las cortinas de lona dejaban pasar el brillo amarillo de los faros. Ya se oían portazos en los coches.

El centinela gritó:

—*Carabinieri!*

Cundió el caos cuando alguien apagó las luces y los asistentes se dispersaron: algunos huyeron del edificio, otros se escondieron debajo de los muebles o subieron a toda prisa por una escalera de incendios que conducía a la azotea. Una fila irregular se formó caóticamente junto a la puerta trasera, custodiada por el centinela.

Lucian se quedó de piedra. No sabía qué hacer. Iba a unirse a los

demás cuando Gianluca lo agarró del brazo y se lo llevó con Nish a un cuarto que había al lado, empujándolos.

—*Andiamo, andiamo...*

Alguien apartó una vieja lona a un lado y restos de madera para revelar una trampilla escondida. Estaba recubierta con baldosas para que fuera indistinguible del resto del suelo.

Gianluca tiró de un asa y se abrió con facilidad, expulsando un olor frío, a tierra, y una nube de polvo. Había una escalera de cuerda para bajar.

—¡Rápido! —dijo—. Por aquí. ¡Ahora!

8

Nish iba dando tumbos por la calle, tratando de no descolgarse de Lucian y Gianluca. El corazón le latía con fuerza en la cabeza y estaba agotado después de la larga caminata desde el taller.

Habían avanzado a trompicones, pues se detenían de vez en cuando para cerciorarse de que nadie los seguía. Por lo menos, habían conseguido alejarse de la carretera.

Nish estaba preocupado por la bicicleta, ya que no les había quedado más remedio que abandonarla. Pero Lucian se encogió de hombros al oírlo.

—Yo no me preocuparía —dijo—. Ya irá alguien a recuperarla.

Descendieron a toda prisa por una empinada ladera rocosa y, tras cruzar un arroyo, llegaron a un pequeño robledal. Desde allí, guiados solo por el claro de luna, fueron bajando de bancal en bancal entre hileras de olivos hasta que vieron una casita blanca y aislada en medio de un huerto de melocotoneros.

Sus inquilinos, una pareja de ancianos, eran evidentemente amigos de Gianluca, amigos y aliados. Aunque ya eran casi las dos de la madrugada, seguían despiertos. O, quizá, no se iban nunca a la cama. Gianluca habló con el hombre, que era diminuto y tenía un mechón de pelo blanco y una naricita respingona. Nish reconoció la palabra «cantina» y el anciano, al oírla, sonrió y asintió, como si supiera a la perfección en qué lugar se habían escondido durante más de dos horas, agazapados hasta que el centinela dio unos golpes a la trampilla para avisarlos de que los *carabinieri* se habían ido.

—Nos pide que esperemos —dijo Gianluca volviéndose hacia sus acompañantes—. Su esposa irá a echar un vistazo a la carretera que va al pueblo. Quiere asegurarse de que no hay peligro.

La anciana apareció y los invitó a que la acompañaran a un *salotto* de techo bajo. La estancia estaba impecable; varios platos y cestas de mimbre colgaban de las paredes pintadas de un rosa crema, y sobre la cómoda había un jarrón repleto de flores luminosas. En la

repisa de la chimenea había una cromolitografía enmarcada de un hombre barbudo en el que Nish reconoció al instante al anarquista y revolucionario ruso Mijaíl Bakunin.

La mujer tenía un pelo sorprendentemente negro que la hacía parecer un cuervo. Caminaba despacio, con una ligera cojera. Cuando salió de la casa, el hombre sacó unos vasos del tamaño de un dedal que llenó con torpeza con una botella de *grappa*. Los repartió, levantó el suyo y proclamó:

—*Alla nostra*.

Nish, Gianluca y Lucian le respondieron con el mismo brindis y luego lo imitaron bebiéndose la *grappa* de un trago.

Lucian se volvió hacia Nish.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Y tus pies?

—No es nada, de verdad.

—¿Y tu cabeza?

—Es solo una punzada. La *grappa* me ayudará a relajarme.

Era extraño que Lucian se preocupara por la salud de Nish en vez de lo contrario. Al principio, Nish había aguantado bien. Al fin y al cabo, era joven y estaba en buena forma. Sin embargo, tras una hora de caminata, los zapatos que llevaba, muy poco adecuados, le habían hecho llagas y andar se había convertido para él en una tortura.

Había temido, y seguía temiendo, fallar a sus amigos, ser el eslabón débil, el lastre que provocase la detención de todo el grupo. Lo cual sería exasperante, después de todo lo que habían sufrido desde la redada. Aquel miedo se había convertido en angustia y la angustia le había provocado el ataque de migraña, como le sucedió años atrás en Francia, donde tuvo que tomar decisiones difíciles. Amputar o no amputar; coser o dar por muerto.

La vieja regresó y murmuró unas palabras a su marido.

—Dice que el camino está despejado —les explicó Gianluca.

Se pusieron en marcha, soñolientos pero animados.

Pero el camino no estaba tan despejado. En cuanto el trío llegó a las primeras casas de Portofino, donde la via del Fondaco desemboca en la piazza della Libertà, oyeron un silbato a sus espaldas.

La calle, en la que había reinado una quietud sobrenatural, de pronto se llenó de vida. Se encendieron las lámparas y se abrieron los

postigos cuando los vecinos se asomaron a las ventanas para ver de dónde procedía el ruido. Más abajo, un perro empezó a ladrar.

Les invadió el pánico. Se quedaron quietos, haciendo los tres el mismo cálculo, sopesando cuáles eran sus opciones.

—¿Nos escondemos? —preguntó Lucian—. ¿O corremos?

—Nos escondemos —respondió Nish—. Yo no puedo correr.

—Yo tampoco —dijo Lucian—. Pero no nos queda otra.

—Yo digo correr —propuso Gianluca.

Así pues, echaron a correr, recorriendo unas callejuelas tan estrechas que una persona podía tocar los dos lados si abría los brazos, mientras sus sombras saltaban bajo la tenue luz de las farolas.

Nish había empezado a sudar y notó que una náusea le subía por el estómago. Los adoquines eran un martirio, estaba desorientado por culpa de la migraña y le costaba horrores ver adónde se dirigían en la penumbra. Ni siquiera era capaz de seguirle el ritmo a Lucian, que no había podido volver a correr bien desde la guerra.

Gianluca fue el primero en percatarse de que Nish tenía dificultades. Más tarde, Nish se preguntaría si el joven italiano se había descolgado a propósito porque quería estar cerca de él. Oyó que Gianluca gritaba a Lucian, quien iba muy por delante.

—¡No pares! ¡Sigue corriendo! —Seguramente Lucian, al volver la vista atrás, se mostró indeciso, porque Gianluca añadió a renglón seguido—: Si te atrapan, te deportarán.

Gianluca esperó a que Nish llegara a su altura.

—¡Ven!

—No puedo. —A Nish le pareció que el corazón iba a salirle del pecho.

—Tienes que venir.

Otro golpe de silbato. La policía se estaba acercando. Gianluca agarró a Nish y lo obligó a seguir adelante, avanzando con él casi a cuestas a través del oscuro laberinto de calles hasta que lograron llegar al puerto.

La vista del mar ilimitado le levantó el ánimo. Para Nish, siempre simbolizaba una salida, un mundo de posibilidades. Pero las casas de color pastel que se alzaban a ambos lados habían perdido todo el encanto que irradiaban bajo la luz del sol. Las sentía amenazadoras, como si fueran centinelas de guardia. Junto al muelle, los cascos de los yates amarrados brillaban con un blanco espectral bajo la luz de la

luna.

¿Dónde estaba Lucian? Nish sintió la imperiosa necesidad de encontrarlo.

—Lucian —dijo.

—Lucian está a salvo. —Gianluca le apretó el brazo—. ¡Espabila! Ayúdame a encontrar un escondite.

Unas barcas pesqueras descansaban volcadas sobre los guijarros de la playa formando una hilera.

—Allí —dijo Nish, señalándolas—. *Le barche*.

Se metieron debajo de una de las barcas volcadas y se tumbaron de espaldas; sus pechos se movían agitadamente. El aire olía a madera mojada, salitre y pescado. Gianluca puso una mano sobre la boca de Nish para acallar su respiración. Apenas duró unos segundos, pero fueron unos segundos gloriosos: todo estaba tranquilo, la oscuridad era reconfortante, lo único que se oía era el ruido de los guijarros cuando las olas lamían la playa.

Pero entonces volvieron a oír el silbato, tal y como habían temido. Por la estrecha rendija entre la arena y el casco de la barca, vieron la luz de una linterna que barría la playa.

Eran tres hombres en total. Dos de ellos se habían dirigido al extremo opuesto. Sin embargo, el que llevaba la linterna se acercaba a las barcas.

Danioni.

Caminaba con los hombros caídos, seguro de sí mismo, con la linterna en una mano y un cigarrillo encendido colgando de la otra. Se detuvo a dar una calada, tan cerca de la barca que solo podían atisbar la mitad inferior de su cuerpo a través de la rendija. Nish se alegró al ver que Danioni tenía un desgarrón en los pantalones que con toda seguridad se había hecho al engancharse con alguna zarza.

Pero entonces Danioni dio un paso más en su dirección y algo cambió. El miedo, que Nish había logrado contener hasta ese momento, se extendió de pronto como una niebla tan espesa que le resultaba increíble que Danioni no pudiera verla derramarse por debajo de la barca. La mano de Gianluca se tensó sobre la boca de Nish.

Danioni permaneció allí quizá medio minuto, vigilando y aguzando el oído. Entonces oyeron otro golpe de silbato y una voz que gritaba:

—*Da questa parte! Hanno trovato qualcosa!*

Danioni dio media vuelta y echó a andar hacia la voz. Al cabo de unos instantes, se volvió para mirar la barca. Sin embargo, aquello que le preocupaba no debió de parecerle al final demasiado convincente, ya que su mirada apenas se posó un segundo en su escondrijo.

Nish y Gianluca permanecieron inmóviles como esculturas yacentes sobre una tumba, aguzando el oído mientras las voces y los pasos se fueron alejando hasta perderse en el silencio. Al final, Gianluca apartó la mano de la boca de Nish. Tal vez fue una reacción nerviosa, pero Nish empezó a reír. No ruidosamente, pero sí lo bastante alto como para asustar a Gianluca, porque el italiano se llevó el dedo a los labios para que callara de inmediato, diciéndole en voz baja:

—Silencio.

—Pero ya se han marchado —le susurró Nish.

—Por ahora.

Se miraron el uno al otro. Y la mirada llevaba un mensaje, urgente pero innombrable. Entonces, Gianluca se inclinó hacia delante y dejó que su rostro se deslizara sobre el de Nish para darle un beso en la boca. La suavidad de sus labios fue sorprendente y Nish sintió que su instinto le decía que hiciera caso a lo que su cuerpo le pedía y correspondiera al beso.

Pero no lo hizo. No podía.

Apartó la cara y los labios de Gianluca le mancharon la mejilla.

—Ahora no —dijo.

Luego, subieron lentamente en silencio hacia el hotel. Nish empezaba a recobrar la claridad mental. Aunque todavía torcía el gesto porque los pies le dolían, el recuerdo de lo que había ocurrido en la playa era un analgésico más potente incluso que el opio. Iba a hablar, a explicarse. Pero Gianluca se le adelantó.

—Lo entiendo —dijo el italiano. Sonrió apenado y le tendió la mano para que Nish se la estrechara.

—No lo entiendes —dijo Nish. Dando un paso al frente, le cogió la cara con las manos, la acercó y lo besó con pasión, introduciendo la lengua en su boca, liberándose de todas sus inhibiciones. Gianluca le correspondió, agarró las nalgas de Nish y deslizó la mano derecha por debajo de la cinturilla del pantalón, llevándola hacia la parte delantera.

Nish podía sentir los latidos de su corazón. Un cambio sencillo pero trascendental acababa de ocurrir, un cambio que había esperado durante toda su vida. Nunca antes lo había hecho, nunca antes había hablado de ello ni tampoco lo había visto descrito en ninguna parte. Pero ahora lo estaba haciendo, por primera vez, y le parecía la cosa más natural del mundo.

Plum estaba sentado en la cama con su pijama de seda, disfrutando del silencio y de la novedosa sensación de superioridad que le confería el estar despierto cuando todo el mundo dormía. Lo habían desvelado unos ruidos que procedían de la calle, unas fuertes pisadas y unos gritos, el fragor de una persecución. Pero el jaleo pronto había amainado y, de hecho, ahora se alegraba de haberse despertado.

Tenía cosas que hacer. Un plan que deseaba poner en práctica. Y ese era el momento perfecto, una ocasión pintiparada que no habría podido preparar mejor, aunque la hubiera planeado por adelantado con todo el mimo del mundo.

Se le ocurrió una analogía con el tenis. Cuando se trataba de analizar este deporte, la gente solía restar importancia al azar en la consecución del éxito. A los aficionados a apostar por las estrellas del tenis, se los instaba a tener en cuenta variables más concretas: la frecuencia con la que los jugadores se anotaban un tanto directo; la frecuencia con la que rompían el servicio del rival; el número de errores no forzados que cometían.

Sin embargo, ocurrían a veces cosas que uno no habría podido prever jamás. Cosas que a menudo nada tenían que ver con el tenis.

En febrero, Plum y Lizzie se habían contado entre los pocos afortunados que habían conseguido entradas para presenciar el llamado «partido del siglo» en el Carlton Club de Cannes, que enfrentaba a las dos jugadoras más destacadas de la época: Suzanne Lenglen y Helen Wills.

Lenglen era la mayor y más experimentada de las dos, de suerte que su triunfo no sorprendió a nadie. Pero Wills jugaba maravillosamente bien y la mayoría de los entendidos creían que la californiana de veinte años sería capaz de arrasar a la melodramática Lenglen —muy aficionada además al coñac— tanto en el Abierto de Francia como en el Torneo de Wimbledon que iban a disputarse ese

mismo año.

Entonces ocurrió el desastre. Wills tuvo una apendicitis y renunció a ambos torneos. Lenglen venció en Roland Garros. Pero en Wimbledon se retiró en tercera ronda porque su familia se había quedado sin dinero y porque los periódicos publicaron que había ofendido a la familia real, lo que volvió al público en su contra y acabó afectando a su concentración.

Plum se rio para sus adentros. Él nunca cometería el error de pensar que el tenis lo era todo. Al fin y al cabo, había formas mucho más sencillas de hacerse rico.

Después de comprobar que Lizzie seguía durmiendo, se enfundó la bata y se dirigió con sigilo a la puerta con los calcetines puestos, pero sin calzarse los zapatos. Se detuvo un instante en el pasillo antes de bajar al vestíbulo intentando no hacer el más mínimo ruido.

Era el mostrador de la recepción lo que le interesaba. Algunos hoteles tenían a alguien allí toda la noche. Pero el Hotel Portofino era un negocio familiar, alegremente *amateur* en más aspectos de los que a sus propietarios les gustaría reconocer. El armario en el que había visto a Bella esconder la llave de su despacho ni siquiera estaba cerrado. Encontrar la llave, un manojo entero, de hecho, apenas le llevaría unos segundos.

La puerta del despacho se abrió fácilmente sin hacer el menor ruido. Empleando su mechero como linterna, Plum rebuscó en los cajones del escritorio de Bella y encontró la caja del dinero. Probó con una de las llaves en la cerradura de la caja y casi no pudo creer la suerte que había tenido cuando esta se abrió. ¡Qué tirado se lo habían puesto!

La caja estaba repleta de dinero en efectivo. Cogió un puñado de billetes y luego dejó todas las cosas donde las había encontrado.

Había repuesto las llaves en el mostrador de la recepción y estaba ya a punto de subir cuando oyó que alguien entraba en el vestíbulo desde la cocina. Una voz preguntó:

—¿Nish?

—Soy Wingfield —dijo Plum fingiéndose sinceramente sorprendido—. ¿Quién es? —Encendió el mechero y lo levantó.

—Ainsworth —dijo la voz, que era inconfundiblemente la del chico de la familia, Lucian.

—Curioso sitio donde encontrarse —comentó Plum—. ¿Tiene

sed?

—Algo así. ¿Usted?

—Algo así. —Apagó la llama del mechero—. En fin, buenas noches.

—Buenas noches.

Subió la escalera sintiendo la mirada de Lucian en su espalda, maldiciéndose por no haber sido más precavido. Su único consuelo era el aspecto calamitoso que traía el joven, sudado y desaliñado. ¿Y por qué había pensado que era Nish? Eso era lo más misterioso.

Era evidente que Lucian volvía de un sitio en el que no debería haber estado.

Algo más había ocurrido esa noche, después de esa fiesta casi ilícita pero por completo insulsa que tanto revuelo había causado entre algunos de los huéspedes.

La pregunta era: ¿qué?

Por la mañana, Bella se despertó temprano y salió al jardín. Recogió varias flores, sobre todo rosas y camelias, y las colocó primorosamente en un jarrón de cristal. Cogió una tarjeta en blanco en la que, antes de colocarla entre las flores y dejar todo el conjunto en la mesa de lady Latchmere, escribió: «Para Ernest».

A las ocho ya hacía bastante calor para abrir las puertas de la terraza. Le pidió a Paola que fuera a buscar una escoba y barriera las hojas y los demás desperdicios. Luego, se ocupó de supervisar a Constance, que estaba ayudando con el desayuno y servía en ese instante el café a Rose y Julia con una gran cafetera italiana. Mientras Constance le servía una taza, Julia permanecía en su silla tiesa como un palo, desafiando a los presentes a atreverse a echarle siquiera una mirada discreta. Rose, por su parte, no despegaba los ojos del plato que tenía delante.

A Bella se le escapó una sonrisa.

En el otro lado del salón, Lizzie se escondía detrás de unas gafas de sol con aspecto de estar mareada, mientras Plum devoraba un plato de huevos revueltos. Lizzie rechazó el panecillo que Paola le ofreció con un silencioso movimiento de cabeza.

Excepcionalmente, lady Latchmere llegó sola, sin Melissa. Se retorció para sentarse en la silla con su habitual frialdad, pero su

rostro se iluminó al ver las flores y aún más cuando leyó la tarjeta.

Recorrió el salón con la mirada, buscando a Bella. Cuando dio con ella —fácilmente, pues Bella la observaba, esperando ese momento—, levantó la mano con discreción en un gesto disimulado de agradecimiento. Bella asintió y siguió con sus quehaceres.

Vio que Lucian untaba de mermelada una tostada. Parecía exhausto. Cuando Paola recogió su mesa, él la miró, tratando de captar su atención, pero ella no le hizo caso. Saltaba a la vista que la chispa y buen entendimiento que compartían había desaparecido. Pero ¿por qué?

Nish, por su parte, parecía contento por una vez pese a que, como de costumbre, estaba solo en su mesa. Qué curioso era ese muchacho. Una mezcla de fuerza y flaqueza, privaciones e independencia.

Después del desayuno, a Bella le tocaba el turno de ocupar la recepción. Estaba revisando la caja donde los huéspedes dejaban las llaves de sus habitaciones cuando lady Latchmere apareció ante ella.

Bella adivinó que algo había cambiado —no, cedido— en lady Latchmere. La intransigencia y ferocidad que siempre la acompañaban habían desaparecido por completo.

En el mismo instante en que Bella la saludaba bajando la cabeza, se oyó un fragor de pasos entrecortados. El origen del alboroto era Julia, que estaba llevándose a Rose del salón y la empujaba para que subiera a su habitación. Bella y lady Latchmere se volvieron para observar la escena.

Cuando madre e hija hubieron desaparecido, Bella carraspeó y dijo:

—Espero que la algarabía de anoche no la molestara, su excelencia.

La mujer se limitó a sonreír.

—Parece ser que disfrutaron de una noche mucho más alegre que nosotras. Mi único reproche es que Melissa no se quedase en el hotel. —Bella debió de parecer sorprendida, pues lady Latchmere añadió enseguida—: Lo digo pensando en Ernest. He decidido seguir su ejemplo, Bella, y ser un poco más moderna en mis actitudes. Un poquito menos crítica.

Ahora le tocó a Lucian abandonar el salón y subir a su cuarto. Ambas mujeres lo observaron mientras subía por la escalera.

—Teniendo en cuenta el estado en que hemos dejado el mundo

—prosiguió lady Latchmere—, no podemos reprochar a los jóvenes que deseen aprovechar al máximo la vida, y lo antes posible. ¿Quién sabe cuánto tiempo tendrán para disfrutar de ella?

—«Que no haya de volver jamás es lo que hace tan dulce la vida.»

Lady Latchmere se quedó pensando.

—¿Es de Shakespeare? —preguntó.

—Emily Dickinson.

—Pobre hijo mío. No tuvo tiempo para saborear a fondo la dulzura de la vida. —Levantó el florero. Bella no se había percatado hasta ese instante de que lo había traído desde la mesa y pensó que por fuerza habría necesitado ambas manos para llevarlo, lo que significaba que iba sin bastón—. Me ha conmovido, cielo —dijo lady Latchmere—. Que te acordaras de él.

—Siempre lo haré a partir de ahora, su excelencia.

—Por favor, cariño. —La mujer mayor miró a Bella con gesto suplicante—. Mis amistades me llaman Gertrude.

Tras su encuentro con Plum —y habiendo comprobado que Nish estaba a salvo en su cuarto—, Lucian se derrumbó en su cama, donde se sumió en un sueño tan profundo que no soñó nada. Pero cuando se despertó estaba inquieto, y no podía dejar de pensar en Paola.

Lo primero que hizo después de volver al hotel la noche anterior fue ir a la habitación de Paola. Quería hablarle, sin implicar a nadie, de la asamblea y la redada. A cambio, esperaba recibir consuelo y compasión, el mismo afecto que él le había mostrado en los primeros días de su relación cuando hablaban, titubeando pero con intensidad, sobre el difunto marido de ella. El mismo afecto que ella le había mostrado cada vez que una tormenta nocturna le hacía temblar, crisparse y gritar.

Supo que Paola estaba en su cuarto porque su luz estaba encendida. Había llamado a su puerta y había dicho su nombre varias veces, pero en respuesta a sus ruegos la luz se había apagado. Y ahora, desayunando, ella había vuelto a pasar de largo, evitando su mirada, yendo rápidamente a las otras mesas cuando antes se habría demorado sonriente en la suya y habría tomado un mordisco furtivo de su tostada.

¿Qué estaba ocurriendo?

Estaba pasando junto a la puerta del cuarto de baño comunitario del primer piso cuando esta se abrió y Rose salió al pasillo.

La primera reacción de Lucian fue torcer el gesto como un estúpido.

—Pensaba que teníais vuestro propio cuarto de baño...

—Mamá lo está usando —se explicó Rose—. Y de repente me he sentido indispuesta... —Era verdad que estaba muy pálida.

Rose iba a decir algo más cuando, más abajo en el pasillo, la puerta de su suite se abrió y una voz dijo:

—¿Rose?

Sin perder un instante, Lucian metió a Rose otra vez en el cuarto de baño y cerró la puerta. Ante aquel gesto repentino, Rose lo miró con los ojos desorbitados. ¡Nunca había estado con un hombre en un cuarto de baño!

Lucian se llevó un dedo a los labios. Oyeron unos pasos que se acercaban, un taconeo brioso sobre el suelo de madera. El pomo empezó a moverse.

—¿Rose? ¿Estás ahí dentro?

—Ocupado —dijo Lucian, tratando de que su voz no lo delatara.

—Disculpe —dijo Julia.

Pero Lucian todavía podía oírla respirar al otro lado de la puerta.

Julia estaba esperando frente a la puerta del cuarto de baño cuando Bella subió por la escalera. Era impresionante, pensó, que Julia siempre se las apañara para dar una impresión de aplomo, un aplomo glacial, para ser más precisos. Al final todo dependía de la postura, concluyó, recordando a disgusto que en la escuela le habían enseñado a comportarse de la misma forma.

La primera reacción de Bella al verla fue temerse que el cuarto de baño privado de la suite se hubiera estropeado o que, por un motivo u otro, no fuera del agrado de la inquilina. Pero no, le aseguró Julia, procurando no halagarla sin querer, el cuarto de baño cumplía con su cometido.

—¿Ha visto a Rose? —preguntó Julia.

—No la he vuelto a ver desde el desayuno —dijo Bella—. Aunque da la casualidad de que deseaba hablar con usted sobre su hija.

—¿Sobre mi hija? —Julia pareció inquietarse.

—Sí, quizá, si le parece, ¿podríamos...? —Bella señaló la suite de Julia.

—Si no hay más remedio.

Julia entró primero. Cruzó la estancia y se puso junto a la ventana, contemplando el mar para no tener que cruzar su mirada con la de Bella.

—Querría pedirle disculpas —dijo Julia.

—¿Por qué motivo?

—Por el espectáculo nada edificante que nos encontramos anoche al volver de la cena.

Bella se encogió de hombros.

—Solo estaban disfrutando un poco.

—Pues a mí me pareció que estaban ebrios.

—Me alegró ver que Rose se divertía —dijo Bella—. Estaba empezando a temerme que lo estuviera pasando fatal aquí.

Julia se volvió y miró a Bella. Parecía ofendida.

—¿Ese era el motivo de que quisiera verme?

—Había pensado que ya era hora de que tuviéramos una conversación. De mujer a mujer. Sobre Rose y Lucian.

—Ya he hablado con Cecil sobre las condiciones.

—Las condiciones económicas, sí. Pero hay otros aspectos que considerar.

Los labios de Julia esbozaron una sonrisa fría y desdeñosa.

—¿El amor? ¿A eso se refiere?

—Desde luego. ¿Por qué no?

—No puede ser usted más sentimental.

—¿Es sentimental querer que tus hijos sienten la cabeza y sean felices?

—No. Pero sí lo es anteponer la felicidad a la posición social y la seguridad.

Bella guardó silencio. Abrió las puertas del balcón y salió.

Julia la siguió.

—¿La he ofendido? —preguntó.

—En absoluto —respondió Bella mirando al frente.

—Me temo que sí.

—Simplemente me preguntaba si considera usted que Rose está preparada. Nada más.

—Es un año mayor de lo que era yo.

—Aun así —dijo Bella—, parece muy joven.

Julia se lo pensó un momento, antes de preguntar:

—¿Y sirve de algo esperar?

—Nos daría un poco de perspectiva, tal vez. Para ver si encajan bien.

—¿Y nosotras encajamos con nuestros maridos? Ni usted, ni yo somos las más indicadas para fingir que el amor se impone al dinero cuando lo que hay sobre la mesa es un matrimonio.

Ese último comentario había tenido toda la intención de herir a Bella y lo había conseguido. La necesidad de denigrar y dominar, tan poderosa en esa mujer, ¿de dónde venía? ¿Qué infancia había tenido que soportar? Julia era como un pedrusco en el que se habían comprimido mil desprecios, rencores y desengaños.

Sin retomar la palabra, Bella volvió a la estancia y salió de la suite. Se había esforzado al máximo. Pero Julia estaba arrasando con todas sus ilusiones.

Rose se sentó en el tapa de madera del inodoro, colorada y nerviosa. Lucian había hecho lo propio en el canto de la bañera.

—¿Estás bien? —le preguntó él—. Te veo un poco pachucha.

Ella negó con la cabeza.

—No me encuentro nada bien.

—Pero no tan mal para que no puedas acompañarnos en nuestra salida en barco, espero.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué salida en barco?

—¿La que planeamos anoche?

Rose puso cara de horror, como si no recordara en absoluto haber planeado nada parecido. «Pues muy bien», pensó Lucian. La chica se había emborrachado de verdad.

—Ay, Lucian —dijo—. No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Qué más da?

Rose se puso de pie, inquieta. Lucian intentó tomar sus manos, pero ella las escondió detrás de la espalda.

—Escucha —dijo él—. Ya sé cómo funciona esto. Vivir bajo el

miedo a la condena de tus padres. —Rose dejó de moverse y lo escuchó—. Mi padre me lo critica todo. Desde que terminé... dañado... es como si no soportara verme. Mi madre me dice que debería olvidarme de intentar complacerle y empezar a preocuparme por mí mismo.

Rose asintió.

—No me cabe en la cabeza que la Rose que conocí anoche, la chica que bailaba con ese desenfreno, le tenga tanto miedo a su madre que no se atreva a decirle que quiere ir a una excursión en barco con sus amigos.

Rose sonrió con timidez.

—Podría pedírselo...

—Eso sería maravilloso.

Lucian destrabó el pestillo y ambos intercambiaron una risita nerviosa antes de decidirse a abrir la puerta.

Pero no podían haber elegido peor momento. Salieron al pasillo en el mismo instante en que la madre de Lucian abandonaba la suite de Julia y Rose. Bella no los vio, pero Julia, que había salido escopeteada tras sus pasos, casi se dio de bruces con ellos.

Rose pegó un grito. Julia lanzó a Lucian una mirada de furia glacial mientras agarraba a Rose de la muñeca y la arrastraba por el pasillo de vuelta a su suite.

Lucian se llevó las manos a las sienes y las masajeó suavemente. Toda esa situación era ridícula, como una comedieta francesa.

Tarde o temprano, la cosa estallaría de algún modo.

«Da igual lo que digan —pensó Plum mientras empujaba con suavidad la puerta de la suite Epsom—, la cocinera de este hotel sabe cocinar unos huevos revueltos de categoría.»

Lizzie estaba metida bajo un cubrecama acolchado adornado con pájaros y flores rojas. Su cara parecía diminuta bajo las gafas de sol. Las cortinas estaban corridas. Plum se acercó y buscó la cuerda para abrirlas.

—¿Es necesario? —dijo ella en un tono espectral.

—Por lo menos ya he averiguado por qué estás con este humor de perros.

—¿Alguien te ha contado chismes?

—Solo la cuenta del bar. —Plum calló un momento—. Escucha, Lizzie...

—¿Mmm?

Plum se mentalizó para lo que iba a venir.

—No es fácil hablarte de esto, así que voy a soltártelo sin más.

Lizzie se sentó apoyando la espalda en las almohadas y se bajó las gafas.

—¿Qué? ¿De qué me hablas?

—Tenemos problemas.

—Ay, Pelham. —Lizzie se relajó visiblemente al oír esa frase tan manida—. Siempre dices lo mismo.

—Pero esta vez te lo digo de verdad.

—Vale. Lo entiendo. —Había visto la expresión de su rostro—. ¿Es muy grave?

—Lo bastante para no poder pagar la cuenta.

—¿La cuenta del hotel?

—Ni la del bar ni la del hotel.

Lizzie se quedó perpleja.

—Pero tu padre te dio quinientos dólares no hace mucho. ¿En qué te has gastado el dinero?

—Lo he perdido.

El temor desplazó a la confusión en el rostro de Lizzie.

—¿Perdido?

—Aposté a que ganaba en Montecarlo. Y aposté bastante fuerte, me temo.

Lizzie tuvo la elegancia de no sorprenderse.

—Bueno, ¿y no le puedes pedir más?

—Ya le he escrito. Pero han pasado diez días y no ha dicho ni pío.

—Al final se portará bien. Ya lo verás.

Plum miró al suelo.

—Creo que esta vez no será así.

Ella se mordió el labio.

—¿Y entonces qué haremos?

Con el don de la oportunidad de un mago, Plum se sacó los billetes robados del bolsillo de los pantalones.

—Tengo un plan —dijo, blandiendo los billetes con ademán ostentoso. Intentó captar la mirada de Lizzie, para que fuera

consciente de la gravedad de la situación—. Pero, si queremos que funcione, tendrás que estar lista para marcharte del hotel. Y de un momento a otro.

Betty era una mujer maravillosa. Amable, atenta, considerada. Constance se lo debía todo y jamás toleraría que nadie dijera de ella nada malo. Pero, santo cielo, qué entrometida era.

Se encontraban en la cocina, preparando el pícnic para la salida en barco. La puerta estaba abierta. La luz del sol entraba a raudales y la gata, que Betty había bautizado con el nombre de Victoria, «porque se cree que es la reina», pululaba de un sitio a otro, buscando sobras.

Constance había dejado su bolsa marinera de algodón en el suelo de la cocina y Betty seguramente se había tropezado con ella. Sea como fuere, Constance la había dejado abierta, con todo lo que contenía a la vista, porque en un abrir y cerrar de ojos Betty se había agachado y había sacado el bañador que Constance había colocado encima después de devanarse los sesos pensando si sería o no adecuado llevarlo.

Betty lo sostuvo en alto, como si fuera algo que la gata hubiera traído a la cocina. Constance se acercó y en un instante se lo arrebató de las manos.

—La señora Turner me lo ha prestado —dijo a guisa de explicación, aunque tampoco podía decirse que le debiera a Betty ninguna explicación al respecto. Lo metió de nuevo en la bolsa y siguió envolviendo sándwiches. Notó, sin embargo, que la mirada de Betty seguía posada en ella—. ¿Qué?

—Espero que sepas qué estás haciendo —le dijo la amiga de su madre midiendo las palabras.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —Constance no pudo evitar que esas palabras se le escaparan como puñales.

—¡Que tengas cuidado! ¡Con esa cosa vas a enseñarlo todo! Deberías saberlo mejor que nadie.

Constance no daba crédito a lo que oía. Habría esperado una reacción así de su gente en Inglaterra, pero no de Betty.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada.

—¿Me estás diciendo que fue culpa mía? ¿Lo que me pasó? —

Volvió la cabeza sobre el hombro y vio que Betty la miraba echando chispas por los ojos.

—No he dicho eso.

—Pero es lo que piensas. Tú, y todos.

Betty negó con la cabeza rotundamente.

—No quiero que vuelvan a hacerte daño.

Pero el intercambio había enfurecido a Constance.

—Estoy harta, Betty. Harta de andar siempre cabizbaja. Abotonada hasta el cuello. Viviendo con miedo a que cualquier cosa que haga o diga sea malinterpretada. Lo único que quiero... es soltarme.

—¡Pero la vida es así!

—No para la señora Turner.

—Olvídate de ella. Más pronto que tarde se le bajarán los humos. Ya lo verás. —Al ver la tristeza de su protegida, Betty le tendió los brazos—. No me hagas caso, cariño. No soy más que una vieja chocha. Una vieja que ha olvidado lo que es ser joven.

Constance aceptó el abrazo y, luego, puso las manos sobre los hombros de Betty y dijo:

—No, no es cierto. Eres la mujer más sabia que conozco. —Y era verdad. Constance sabía que, sin ella, estaría perdida.

Betty puso cara de resignación.

—Vamos, date prisa. Ve y pásalo bien.

Constance envolvió el último sándwich y se colgó la bolsa al hombro. Entonces, lanzándole una sonrisa a Betty, recogió la cesta y la llevó al patio delantero, donde estaban reuniéndose los excursionistas.

Cargó su bolsa en el portaequipajes del carruaje. Entretanto, Bella y Lucian tenían una conversación tan vehemente que era imposible no escuchar lo que decían.

—¿Rose irá con vosotros?

—No lo parece. —Por su tono, parecía que a Lucian le diera igual.

—La señora Drummond-Ward pensará que eres una mala influencia.

—Yo y todo el mundo —respondió él con saña, al tiempo que observaba la salida de Claudine y Lizzie del hotel.

—Bueno. No hay mal que por bien no venga. Así podrás centrarte

en los demás huéspedes.

Suspirando, Lucian ayudó a Claudine y Lizzie a subir al carruaje. Luego, le dio sus cosas de la playa a Constance para que las guardara en el portaequipajes.

—¿Nos acompañará su marido, señora Wingfield? —preguntó a Lizzie.

—Prefiere quedarse en la cama —dijo—. Guardando energías para el gran partido.

—¿Y qué sabemos del señor Turner?

Claudine soltó una carcajada.

—A Jack no lo verías ni muerto en un barco.

Lucian sonrió.

—Entonces el conde Albani y un servidor podremos disfrutar de su compañía sin más distracciones.

Justo cuando lo decía, Roberto salió corriendo por la puerta principal y se subió al carruaje, tomando asiento junto a Claudine.

Constance se dio cuenta de que a Claudine no parecía hacerle ninguna gracia.

Y ahí estaba Alice, mirando tristemente por la ventana del salón, mordiéndose la uña del pulgar mientras veía cómo se marchaban los excursionistas camino del mar.

La voz de su padre, a su espalda, le resultó familiar y reconfortante.

—¿No vas al baile, tesoro?

Era un agradable retorno a las palabras que empleaban cuando era pequeña. Siempre había sido la favorita de su padre, sin lugar a dudas. Su princesa. Entre padres e hijos había rivalidad. Pero con una hija nunca había obstáculos.

—A nadie se le ha ocurrido invitarme, papá. —Lo miró con cara de pena, en parte en broma, en parte de verdad—. Nunca se acuerdan de mí.

Cecil se le acercó y le puso las manos sobre los hombros.

—Entonces empieza a invitarte a ti misma. Haz el esfuerzo, aunque solo sea un poco.

Ella se rio.

—No quieres que sea la más fea del baile. Es eso, ¿no?

—Todos tenemos que soltarnos el pelo, aunque solo sea de vez en cuando.

—Soy demasiado mayor para andarme mariposeando.

—¿Mariposear? —Se puso a su lado para que su hija pudiera verle la cara—. Tienes veintiséis años, por el amor de Dios. Ya sabes lo que dicen. No todo es trabajo en la vida.

—O no todo es ocio en la vida, en tu caso.

—Vale, vale. Ya me da la lata bastante tu madre con eso, si no te importa.

Ella sonrió.

—Pobrecito papá.

La aparición repentina de Bella en el salón los pilló a los dos por sorpresa.

—¿A qué viene eso de «pobrecito papá»? —preguntó Bella con alegría. Obviamente no se había percatado de que los había importunado.

—Se siente atosigado —dijo Alice, al cabo de un instante.

Cecil se apresuró a precisar.

—Solo intentaba decirle a nuestra hija que de vez en cuando podría permitirse pasar un buen rato.

—¡Y yo le decía que tengo demasiado trabajo! —Al expresarse de esa forma, Alice tuvo una curiosa mezcla de emociones. Indignación y miedo, pero también un dolor semejante a cuando alguien te hurga en una herida.

¿De verdad era eso lo que le había dicho a su padre? No del todo. ¿Y era verdad? ¿Tenía tanto trabajo realmente? Así se lo parecía. Por supuesto, si alguien tuviera la crueldad de desglosar la jornada laboral de Alice, resultaría evidente que durante largos trechos del día no hacía gran cosa. Entonces ¿por qué se sentía así?

No lo sabía. Era una de las preguntas que nunca dejaba de hacerse.

Hasta ese momento.

Alice pensó: «Todos tenemos formas distintas de consolarnos. Lucian tiene su arte. Y yo tengo a Dios».

Poco después de la muerte de George, cuando Alice se había encontrado en su peor momento, su amiga Roberta, que era católica, le había prestado un libro escrito por un cura. Le había asegurado que en él encontraría la respuesta a las múltiples preguntas que se

arremolinaban en su mente.

—Ese hombre es maravilloso —le había dicho Roberta—. Lo sabe todo. Su libro es como un catecismo; cada pregunta o afirmación va seguida de su respuesta. Y cuando lees las respuestas... Bueno, entiendes que no hay necesidad de seguir torturándose. Que no hay necesidad de pensar. ¡Porque él se ocupa de pensar por ti!

¿Cuál es el propósito de la vida en este mundo?

El hombre ha sido creado para alabar, amar y servir a Dios para así poder alcanzar la vida eterna.

¿Cuántos años dirías que tiene la Tierra?

No lo podemos saber porque Dios no nos lo ha dicho. Solo Él estuvo presente en el amanecer de la creación.

¿Puede un niño nacido de un matrimonio mixto entre una persona protestante y otra católica ir al cielo?

Si el niño es criado como protestante tiene las mismas posibilidades que cualquier otro protestante. Si es criado como católico, entonces tiene una pequeña ventaja, pero también habrá de hacer frente al mal ejemplo de un progenitor no católico y la débil fe del otro, que ha elegido casarse fuera de la Iglesia.

¡El libro había tenido en Alice el efecto de una aspirina para el alma! Pero también le había inquietado su tono, porque le parecía duro y sentencioso. Hasta que lo leyó, no había albergado ninguna duda de que George estaba en el cielo y que ella y Lottie, que nunca había conocido a su padre, se reunirían allí con él.

Sin embargo, el libro también le había infundido el temor de no ser lo bastante buena para ir al cielo. ¿Cómo podía serlo, cuando había cometido un pecado tan terrible?

La noche anterior a que George partiera al extranjero por primera vez, cuando todavía no estaban casados, habían compartido lecho.

Esa caída, de la que Alice siempre se había arrepentido, ahora la reconcomía. El libro no se andaba por las ramas al censurar esos comportamientos. Insinuaba que, en el mejor de los casos, aunque Alice se arrepintiera, ella y Lottie terminarían en el purgatorio, ese «estado intermedio de purificación». Sin embargo, todo el mundo

sabía que era difícil encontrar otras almas perdidas en el purgatorio porque era mucho más grande que el cielo, donde entraban muchas menos almas.

Alice tendría que caminar durante días, semanas, años, buscando a George desesperadamente. Y durante todo ese tiempo Lottie le agarraría la mano y, llorando, le preguntaría: «¿Dónde está papá? ¡Me habías dicho que papá estaba aquí!».

Unas semanas después de la muerte de George, Lucian había vuelto a casa de permiso. Al enterarse de que Alice se había encerrado en sí misma y que se negaba a hablar o comer, entró en su cuarto y la encontró leyendo el libro de Roberta hecha un mar de lágrimas.

Aunque al principio se había mostrado tierno y comprensivo con ella, su actitud cambió enseguida tras leer algunos pasajes del libro. Se había enfadado y se había puesto a gritar, diciendo que ese libro «daba respuestas inventadas a preguntas inventadas» y que era una boba por perder el tiempo con eso.

—Si Dios existe —le había dicho Lucian, con la cara colorada de rabia—, ¿por qué no está en Francia y Bélgica? ¿Por qué no impidió que George muriera?

La rabia de su hermano, sin embargo, no había tenido el efecto deseado de hacerle ver la luz. Al contrario, había reforzado su fanatismo. Alice había cortado toda comunicación con Lucian, incluso después de que cayera herido, y ni siquiera la retomó más adelante, cuando él volvió a casa tras su paso por el pabellón de convalecientes en Francia.

Para entonces, el ateísmo de Lucian había echado unas raíces tan profundas que a ella le resultaba doloroso verlo. Así pues, había decidido ahorrárselo y no mostrar más emociones de las estrictamente necesarias. Mostrar tus emociones te volvía vulnerable a los argumentos de los demás y Alice no tenía ningún deseo de hacerlo.

Aquí, por ejemplo, en el salón del hotel, tenía ganas de llorar. Pero la vergüenza de llorar delante de sus padres era superior a sus fuerzas. De modo que decidió marcharse, dejando solos a Bella y Cecil, que se miraron entre sí.

Con todo, decidió esperar fuera del salón, escuchando.

—¿A qué ha venido eso? —le oyó decir a su madre.

—Dice que no la tienen en cuenta.

—Quizá lleva razón. Quizá deberías ocuparte de buscarle pareja a

ella en vez de a Lucian.

Se quedaron en silencio un momento. Alice imaginó que podía oír el traqueteo de los pistones y el rechinar de los engranajes en el cerebro de su padre.

—Quizá sí —dijo él finalmente, y suspiró.

Alice conocía bien los suspiros de su padre. Ese en concreto era un suspiro de remordimiento, pero también de desesperación.

El resto de la mañana no fue agradable para Bella.

Al dirigirse a su despacho, se había parado un momento a hablar con Cecil y Alice. Después, ya en el despacho, había sacado la caja y la había abierto. Al contar los billetes, descubrió que, como era previsible, faltaba dinero. Santa paciencia, siempre la misma historia. Una historia particularmente irritante, considerando lo que tendría que hacer a continuación.

Nunca antes había estado en el ayuntamiento de Portofino. El edificio, como ya había previsto, le pareció soso y puramente funcional, pero lo que no había esperado era verlo rodeado de camisas negras. Estaban holgazaneando, fumando y charlando. Un par de ellos jugaban a pelearse mientras una pequeña multitud los animaba. Cohibida, Bella tuvo que evitarlos para llegar a la entrada.

Una vez dentro, la primera puerta que encontró llevaba el nombre de Danioni. Después de llamar, hizo acopio de todo su encanto para lanzar la obligada ofensiva de seducción.

—¡*Signora* Ainsworth! —exclamó él, deseando al parecer que sus compañeros lo oyeran, cuando le abrió la puerta y la invitó a pasar—. Qué honor. —Le indicó una silla—. ¿Un café, quizá?

Bella negó con la cabeza.

—No me quedaré el rato suficiente para tomarme un café.

Sacó un sobre y lo puso sobre la mesa. Danioni lo miró y luego volvió a concentrarse en ella.

—Es un regalo, señor Danioni. Un regalo entre amigos.

Él sonrió y bajó la cabeza. Luego, cogió el sobre y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—*Grazie*.

—Y me temo que será el último. —Al pronunciar esas palabras, Bella sintió una enorme satisfacción.

El italiano ladeó la cara.

—Cuánto lamento oírlo.

—Usted imagina que soy una mujer de posibles. Pero cada penique que tengo lo he invertido en nuestro hotel. Sencillamente, no puedo permitirme seguir pagándole.

Danioni asimiló la noticia en silencio. Luego, se inclinó hacia delante sobre los codos y le dijo en un tono brusco y malévolo:

—No intente pasarse de lista conmigo, *signora*. Usted es una mujer ingeniosa. Seguro que encontrará otra forma.

Temblando, porque no era esa la respuesta que esperaba, Bella replicó:

—Y usted es un hombre ingenioso, *signore*. Así que también encontrará otra forma.

Eran en torno a las once y media cuando Nish vio a Bella saliendo del ayuntamiento. Estaba sentado en el bar de la esquina de la plaza desde hacía más de una hora. Se había tomado dos *espressos*, fumado cuatro cigarrillos Caporal y leído dos capítulos de *Pasaje a la India*, sonriendo por la inteligente parodia que su autor, E. M. Forster, hacía de la literatura de viajes estilo Baedeker.

De hecho, también la había visto entrar, abriéndose paso entre los camisas negras. Ella no se había fijado en él, por fortuna. Pero Nish la había observado con atención, tratando de imaginar qué impresión tendría de ella si no la conociera. Era una mujer guapa, con sus pómulos salientes y esa forma cadenciosa y sonora que tenía de andar. Sabías que era ella incluso con los ojos cerrados.

Cuando hubo desaparecido tras la esquina, Nish se relajó y observó tranquilamente a los camisas negras, preguntándose si todos ellos comprarían sus uniformes en la misma tienda.

Escuchó una voz a su espalda.

—Su cuenta, señor.

Sin prestar atención, cogió la nota, pero cuando abrió el papelito pautado vio que no era en absoluto una factura.

Había un mensaje escrito a mano.

Sígueme

Nish levantó la mirada y vio a Gianluca a unos metros de distancia, de pie. Se sonrieron y el corazón de Nish empezó a latir con fuerza en su pecho. Entonces, Gianluca echó a andar en dirección a un cruce en el que había un quiosco.

Después de tirar unas monedas sobre la mesa, Nish guardó las cosas en su bolsa y salió detrás de su amigo.

Le pareció que lo seguía por todas y cada una de las calles de Portofino. En via Roma, doblaron a la derecha y cruzaron la piazza Martiri dell'Olivetta, para subir por la Salita San Giorgio. Nish iba unos pasos por detrás, procurando fingir despreocupación, como cualquier otro turista que curioseara por el pueblo.

Cuando Gianluca se introdujo finalmente por un callejón, Nish lo siguió esperando encontrarlo allí, pero la única persona que vio fue un cura que reparaba un pinchazo de su bicicleta y un par de críos descalzos que llenaban unas latas de tomate viejas en una fuente municipal.

Siguió caminando, desconcertado, hasta que una mano lo agarró y arrastró a una puerta entornada haciéndolo entrar.

Se tiraron el uno encima del otro, besándose vorazmente. Y enseguida empezaron a arrancarse la ropa el uno al otro, ansiosos por disfrutar de lo que habían esperado tanto tiempo.

Más tarde, se echaron en el suelo sobre un lecho improvisado de arpillera, tendida encima de unos sacos enormes de patatas. Gianluca apoyaba la cabeza en el regazo de Nish.

Fue entonces cuando Nish echó por primera vez un vistazo a su alrededor. Estaban en una especie de almacén, con el techo alto y repisas a cada lado. La luz se filtraba por una ventana sucia. Nish vio garrafones de vino, sacos de grano y cajas de frutas y verduras.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Es de mi padre.

—¿Es agricultor?

Gianluca se echó a reír.

—No. Es abogado. Y terrateniente.

—¿Todo esto lo cultiva él?

—Arrienda las tierras. Sus arrendatarios le envían la mitad de la cosecha.

Nish se encendió un cigarrillo mientras sopesaba esa información.

—Un poco burgués, ¿no? —comentó.

Gianluca levantó la cabeza del regazo de Nish. Lo miró directamente a los ojos, con gesto serio y resplandeciente.

—Mi abuelo compró las tierras a la Iglesia el siglo pasado. Le he suplicado que renuncie a ellas.

—¿Y qué dice tu padre?

—Me llama anarquista. —Gianluca guardó silencio un instante—. Por eso me marcho.

—¿Te marchas?

—Mi padre y yo... No somos... *simpatico*.

—Quiere que sientes la cabeza —dijo Nish, y ambos se rieron—. ¿Adónde irás?

—A Turín. Me necesitan allí.

—También te necesitan aquí.

—No tanto. —Gianluca le cogió la mano y se la acarició—. Tenemos que llevar la lucha contra Mussolini a las ciudades. —Se inclinó entonces para levantar la punta del mentón de su amigo—. Podrías venir tú también.

—¿Y qué iba a hacer yo en Turín?

—Pues muy fácil —dijo Gianluca, dejando la respuesta en el aire antes de inclinarse para darle otro beso—. Aprenderías a resistir.

9

La verdad sea dicha, pensó Claudine mientras se recostaba en su tumbona, todavía no se había acostumbrado del todo a Portofino.

El sitio era precioso y estaba contenta de haber ido, de poder verlo con sus propios ojos después de todo lo que había oído.

Pero aun así...

La insólita fiesta de la noche anterior, de la que tanto había disfrutado, le hizo darse cuenta de lo mucho que su faceta más extrovertida echaba de menos el Lido de Venecia. Las terrazas de sus cafés, sus salas de baile o sus extraños rituales, como que todo el mundo fuera en pijama de la mañana a la noche, fomentaban un aire de exceso consentido: allí las diversiones nunca provocaban sentimiento de culpa alguno, por más salvajes que fueran.

Hacerse con un puesto o incluso a veces una cabaña en la playa privada del Excelsior Palace le había permitido codearse con gente importante. Para Claudine, ello implicaba dar el espectáculo, y eso era precisamente lo que más le gustaba hacer.

Una noche, sobre el suelo de piedra de la pista de baile del club Chez Vous, en el Excelsior, había presentado el charlestón, dando coces con los talones, y obtuvo el aplauso eufórico del público. En otra noche, había cantado *I'm a Little Old Lido Lady* a bordo del *galleggiante* de Cole Porter —una gran balsa que recorría los canales de Venecia—, acompañada de la orquesta de jazz de Leslie Hutchinson, un viejo amigo suyo.

Terminado el espectáculo, la mismísima lady Diana Cooper —vestida de soldado italiano con una capa de tela y un sombrero de *bersagliere* con plumas de gallo— le había servido una copa de champán. «¡Menuda maravilla! —había exclamado la dama—. Venga a vernos cuando quiera. Duff y yo hemos alquilado una casita en la via dei Catecumeni.»

Luego, se le había acercado flotando Greta Garbo. ¡La Garbo! Vestía pantalones y una sencilla camisa blanca. Su pelo castaño

parecía apelmazado y sucio. «Me gustas», le había dicho.

—Pues a mí también me gustas tú, cariño. —Claudine señaló con la cabeza al caballero que estaba detrás de la Garbo. Iba disfrazado de Pierrot y miraba con gesto desapacible y triste el ambiente—. ¿Quién es este caballero que te escolta?

La actriz se volvió.

—Ah —dijo ella impasible—. Es Cecil Beaton.

—¿El fotógrafo? —Claudine había oído que eran amigos.

Garbo asintió.

—Quiere follarme.

Claudine frunció el ceño.

—Pero yo tenía entendido que...

—¿Que es homosexual? Lo es. Pero aun así se le ha antojado follarme. —Y se encogió de hombros, como si quisiera decir: «¿Qué se le va a hacer?».

Aquello no tenía ni punto de comparación con lo que estaba haciendo ahora: una elegante salida de un día en charabán a la playa. Ladeó la cabeza para observar mejor a sus compañeros de excursión.

A la izquierda del cuadro se encontraba Constance. Había sudado la gota gorda durante media hora hasta conseguir que la sombrilla estuviera bien sujeta y recta. Ahora estaba sirviendo la comida, colocando los pequeños y exquisitos sándwiches en unos relucientes platos blancos. Santo cielo, cómo se deslomaba esa chiquilla. Parecía acaloradísima y encorsetada en su pesado vestido inglés. ¿Tendría la osadía de ponerse el bañador que Claudine le había prestado? Era muy guapa. Pero no lo sabía. No tenía ni idea.

Claudine miró al otro lado. Lucian y Lizzie se habían alejado un poco y se zambullían por turnos, recogiendo conchas y piedras del fondo del mar. No había tratado demasiado con Lucian, pero parecía un buen chico. Lizzie también, aunque a Claudine le preocupaba lo mucho que le gustaba empinar el codo. Su madre siempre le había dicho: «Sea cual sea la pregunta, la respuesta nunca se halla en el fondo de la botella».

Y en cuanto a Roberto, bueno... Se había tumbado a la bartola en el barco, que estaba anclado a unos diez metros de la costa. A saber por qué no había querido unirse a la fiesta. Claudine se bajó las gafas y lo observó con más detenimiento. Tenía un buen cuerpo, de eso no cabía duda. Pero ya no le resultaba atractivo, sin que Claudine

entendiera con exactitud por qué.

A veces ocurría así, de repente. Te acostabas con alguien. Y, después, lo que te hubiera atraído de esa persona, sencillamente... desaparecía. Incluso si el sexo había sido bueno, que lo había sido.

Cerró los ojos de nuevo y reflexionó sobre el año anterior. El sexo con Jack también había sido bueno, por lo menos al principio. Esas calurosas noches de verano en el Hôtel Apollinaire de la rue Delambre, que culminaban comiendo algo en el Dôme y dando un paseo por la orilla del Sena. Mientras pasaban junto a las casetas cerradas de los *bouquinistes*, hacían planes de futuro, o más bien los hacía Jack. Siempre hablaba de lo que esperaba vender y del dinero que esperaba sacar del trato.

Parecía haber transcurrido una eternidad desde aquellos días.

Y aun así ahí estaban, juntos todavía.

Claudine se puso de pie y, tras alisar las arrugas de su traje de baño con un escote en uve, se adentró en el mar. Era una gran nadadora y avanzó rápidamente, rebasando el barco que se mecía soñoliento al compás de las olas. Vio que Roberto reparaba en ella, pero no le dio mayor importancia.

Sintió un agradable dolor en sus fuertes músculos mientras rodeaba el perfil del cabo hasta llegar a una gruta que había visto durante la excursión en barco. Había resuelto visitarla y ahora era el momento de hacerlo.

Se acercó a la entrada con cuidado, procurando no estropearse sus bien cuidadas uñas de los pies con alguna roca escondida. Una vez dentro, se quedó flotando de espaldas, disfrutando del chapoteo regular y tranquilo del agua, y de los reflejos del sol en el techo de la gruta.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, notó algo. Una presencia. Alguien que se acercaba a nado.

Levantó la cabeza.

Era Roberto. Sonreía como si aquello, es decir, la vulneración cuidadosamente planeada de su intimidad, fuera una broma estupenda.

Se puso furiosa al ver que el chico se lo tomaba a guasa, como si nada.

—Déjame en paz, ¿vale?

Claudine pasó nadando a su lado y luego salió del agua

encaramándose a una plataforma de roca que había junto a la entrada de la cueva. Pero Roberto pensó que estaba poniendo a prueba su ardor y nadó hasta llegar a su lado. Se subió a la roca y trató de sentarse junto a ella.

Claudine le dio una patada, empujándolo de vuelta al agua.

Evidentemente, Roberto no se esperaba esa represalia. Pero entonces pareció llegar a la conclusión de que las patadas formaban parte del juego. Agarró a Claudine de una pierna e intentó arrastrarla al agua. Cuando tuvo su cara al alcance, trató de darle un beso, rascándole la mejilla con su mentón sin afeitar y clavándole la nariz en la oreja.

Pero Claudine lo apartó abofeteándolo con todas sus fuerzas.

—¡Te he dicho que me dejes en paz!

Y fue entonces cuando Roberto paró, frunciendo el ceño en gesto de incomprensión.

—*Cosa c'è?* —preguntó.

—¿No lo entiendes? Lo nuestro fue un rollo de un día. —Claudine levantó un dedo—. Un día.

Se tiró de cabeza al agua y pasó buceando a su lado a toda velocidad, como un torpedo, sin darle tiempo a reaccionar.

Estaba segura de que Roberto intentaría seguirla y se relajó cuando vio que se quedaba en las rocas, mirando cabizbajo al agua.

Como no la seguía, ya no había necesidad de volver a toda prisa a la playa. Así que se tomó su tiempo y paró varias veces para contemplar el paisaje, mientras pensaba en Greta Garbo y Cecil Beaton, y lo maravilloso que sería que los hombres, por una vez, dejaran de tener antojos.

Al parecer, ese día le tocaba a la criada italiana servir el café después de la comida. A Julia siempre le molestaba la manera que tenían de hacerlo en Italia, sirviéndolo directamente de la cafetera con la que lo habían preparado, en vez de emplear una jarra de porcelana. Era tan poco... elegante. Un toque bohemio innecesario. Decidió que lo hablaría con Bella.

Ella y Cecil habían disfrutado de un rato agradable durante la comida. La cocina del hotel por lo menos era de fiar. Eso podía reconocérselo. Había sido bonito ponerse al día, saber qué les había

deparado la vida en aquel tiempo, pero la conversación había derivado —de forma inevitable aunque también intermitente, pues se quedaban callados cada vez que alguien entraba en la sala— a lo ocurrido la noche anterior.

La camarera, Paola, no hablaba su idioma. Todo el mundo lo sabía. Hasta era posible que nunca hubiera ido a la escuela, la pobrecilla. Aun así, Cecil esperó a estar completamente a solas antes de retomar la conversación.

—¿No crees que estás siendo un poco dura con Rose? —Cecil echó un vistazo a la terraza, donde la muchacha se marchitaba en la espera. Mientras la observaba, Julia pensó en lo afortunada que era porque su hija fuera tan guapa. A veces, se sentía dueña de esa belleza con más intensidad que la propia Rose. La belleza era un capital que requería cuidados y protección. Y sabía Dios que Rose no era lo bastante inteligente para cuidar en solitario de ese tesoro.

—Tuvo un comportamiento bochornoso —dijo Julia.

—Pero la idea era que se fueran conociendo, ¿no?

—No si ha de ir en detrimento de su buen nombre. —Tomó un sorbo de café—. Además, todavía no hemos acordado nada.

—¿Ah, no?

—Para empezar, no hemos hablado de dinero.

Cecil se movió incómodo en la silla.

—¿Qué habías pensado?

—Bueno, está la casa de la madre de Ivor en Bayswater. Había pensado que podían quedarse con los dos pisos superiores. Y luego, a su debido tiempo, con todo el edificio.

—Eso sería muy generoso por vuestra parte.

—También habría que hablar del coste de la boda. Y de cómo se mantendrían, por supuesto.

—Confío en que el chico sentará la cabeza y encontrará un buen empleo.

Julia lo miró incrédula.

—La confianza es muy mala consejera cuando uno es padre de familia.

—Desde luego. —Cecil se aflojó el nudo de la corbata—. Y precisamente por eso mismo, no tendré inconveniente en asignarles una renta. Hasta que puedan volar solos.

—Estupendo. ¿Has decidido ya el importe?

—Aún no. Estoy... En fin, estoy esperando. Tengo que ver si ciertas cosas terminan de fructificar.

Julia rio sin alegría.

—¿Te refieres a reunir el valor necesario para pedírselo a tu suegro?

—Yo no me rebajaría a eso.

—¿Y se puede saber por qué no? Algún provecho debe tener abrir tu linaje al mejor postor.

—Dispongo de otros medios para reunir dinero.

Julia vació la taza y se levantó de la mesa.

—Bueno, no te eternices con esto. —Volvió a mirar a Rose, que había renunciado al ejercicio de la paciencia y tenía la vista puesta en el mar, seguramente reflexionando sobre sus ambiciones, no menos burdas que las de su madre—. Es preferible que la cosa no vaya a mayores sin que ambos sepamos antes el precio que tendremos que pagar.

Alice seguía estudiando detenidamente el libro de contabilidad del hotel cuando Bella volvió de donde fuera que hubiera ido. Al pueblo, con toda seguridad, a juzgar por la ropa tan formal que llevaba.

No solía ocuparse de las cuentas, especialmente cuando tenía a Lottie a su cargo, como era el caso, toda vez que se habían requerido los servicios de Constance en la playa. Pero la fiesta del té había sido su niña bonita, por así decir, y además Lottie estaba feliz jugando con sus muñecas en la terraza.

—Hemos obtenido ganancias —anunció orgullosa cuando vio salir a Bella de su despacho, donde se había cambiado los zapatos y había revisado la correspondencia—. Con nuestra fiesta. He pensado que te alegraría saberlo.

—Felicidades. —A Alice le dio la impresión de que su madre lo decía sin ganas, lo que era de extrañar dadas las circunstancias.

—La próxima vez ganaremos todavía más.

Bella dejó un paquete delante de ella en el mostrador.

—Esto es para ti —dijo. El envoltorio de papel estaba roto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alice examinando el desgarrón.

—Lo siento. Lo he abierto antes de darme cuenta de que era para ti.

Alice lo cogió con cautela. Arrancó el papel que quedaba y observó estupefacta la caja que se escondía.

—Escucha, cariño, no me lo tomes a mal, pero...

Alice se volvió hacia su madre. Estaba perpleja, casi asustada.

Pero Bella seguía hablando:

—Vamos tan justos de dinero que si todavía te queda algo de tu pensión de viudedad o de la renta que George os dejó a ti y a Lottie, pues... De verdad, creo que harías bien en invertir ese dinero en el día a día del hotel, en vez de gastártelo en joyas de Bulgari.

—Pero yo no he hecho eso —dijo Alice. Abrió el estuche negro y vio un soporte elevado de terciopelo amarillo sobre el que descansaba una preciosa pulsera de oro. La extrajo, sinceramente abrumada—. De verdad que yo no he sido.

—El conde Albani —dijo Bella de pronto.

Alice miró horrorizada a su madre.

—Ay, no —dijo, y sintió que se ponía roja como un tomate—. No, imposible. No puedo aceptarlo.

—Sí puedes —dijo Bella—. La pregunta es si debes.

—Tendría que haberme dado cuenta. De lo que estaba pasando.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy... solícito conmigo. El conde Albani.

Se quedaron en silencio un momento, sopesando cada una cuál era la mejor forma de proceder. Bella fue la primera en hablar de nuevo:

—Tienes que hablar con él. Ahora mismo. Para aclarar las cosas.

—¿Sabes dónde está?

—En el jardín —dijo Bella—. Creo que ha ido a echarse la siesta después de comer.

Alice estaba tan nerviosa que empezó a encontrarse mal. O quizá era algo más, un velado malestar consigo misma por no saber qué era lo que quería, no saber qué era lo mejor, para ella o para Lottie. Arrastrando los pies, enfiló por el caminito del jardín hasta llegar al banco donde el conde Albani se había echado con un sombrero Panamá sobre los ojos.

¿De veras estaba durmiendo? En tal caso, Alice no quería despertarlo. Esperó unos segundos con el estuche en la mano. Al ver que el conde no se movía se sintió aliviada, porque no le apetecía tener esa conversación. Estaba a punto de retirarse cuando, de

repente, el conde habló con esa voz rotunda que lo caracterizaba.

—No se preocupe —dijo—. Solo estaba descansando la vista. —Se echó hacia atrás el ala del sombrero y sonrió a Alice, una sonrisa absolutamente encantadora a la que probablemente recurría cuando deseaba avivar sus oportunidades—. Mi querida señora Mays-Smith. Siempre es un placer.

—Conde Albani... —empezó a decir ella, pero se le quebró la voz.

—¿Puedo ayudarla?

—Yo... no puedo aceptar esto. —Estaba tan nerviosa que al entregarle el estuche estuvo a punto de tirárselo—. Es precioso. Exquisito, incluso. Pero no es apropiado.

Él habló despacio y con seriedad, como si hubiera esperado la reacción de Alice.

—De veras lamento oír que piensa eso.

—Sería hipócrita por mi parte aceptárselo.

El conde asintió.

—Entiendo sus reparos —dijo—. Y se los transmitiré a Roberto.

Alice sintió una sacudida por dentro.

—¿A Roberto?

—Sí. —El conde Albani abrió el estuche y miró la pulsera con ternura—. Él mismo encargó este regalo para usted. Como señal de nuestra..., su... admiración. Por usted y por su familia. —Cerró el estuche y con un suspiro lo introdujo en su bolsillo impulsándolo con el pulgar.

—Le estaría sumamente agradecida —dijo ella.

—Bien —respondió el conde. Y dicho esto, se dio un toquecito en el ala del sombrero antes de volver a colocarlo sobre sus ojos.

Como dictaban las convenciones, Constance se había llevado su almuerzo y había comido lejos de las personas a las que tenía el deber de servir. Se sentó detrás de los cestos, en los que había guardado casi todas las sobras, así como los platos y los cubiertos sucios. Todos habían terminado de comer hacía un rato. El servicio siempre lo hacía al final.

Eran simpáticos, los miembros del grupo, y Constance se sentía cómoda con ellos, lo bastante cómoda para arriesgarse a echar una gotita de vino blanco a su vaso de agua.

Lizzie seguía bebiendo. Claudine tomaba el sol. Roberto había vuelto a la playa para el almuerzo y estaba sentado ahora en la orilla, tirando piedras a las olas con gesto enfurruñado. Algo había ocurrido entre él y Claudine, en las rocas. Constance no sabía qué exactamente, aunque se lo imaginaba. Lucian, por su parte, estaba dibujando, con su traje de baño de rayas azules y blancas que cubría por entero las formas bien marcadas de su torso.

Constance lo observaba mientras se terminaba el vino aguado.

«Qué majo», pensó.

Cogió entonces el traje de baño que Claudine le había prestado y se escondió detrás de unas rocas para cambiarse.

El traje, verde y amarillo, era un diseño de Jantzen confeccionado en punto canalé y, en la parte baja de la falda, tenía un pequeño logo rojo de una saltadora que se tiraba al agua. Constance nunca había llevado nada parecido. Le resultaba un poco inquietante el modo en que se ceñía a su cuerpo, resaltando cada una de sus curvas. Cuando terminó de ponérselo, la vergüenza que sentía era tan grande que se quedó inmóvil, sin poder dar un paso.

—Los vas a dejar pasmados —le había dicho Claudine—. Lo único que necesitas es sentirte segura. Camina decidida, no arrastres los pies.

A Constance el instinto no le pedía exactamente caminar decidida —no era persona de andares decididos—, sino con confianza, como si ese atuendo fuera algo habitual en ella. Eso sí, quizá con los brazos cruzados sobre el pecho...

¡Tonterías! Lo que pretendía era llamar la atención, ¿no?

Con la espalda recta y los brazos colgando a lado y lado, volvió a la playa y se quedó plantada frente a Claudine.

—¿Señora Turner? —dijo.

Claudine abrió los ojos.

—¡Madre mía! —exclamó, dando una palmada y riéndose a carcajadas—. ¡Atención, mundo!

—Me siento ridícula —dijo Constance.

—Estás estupenda —contestó Claudine—. Ahora, disfruta del momento.

Alentada por sus palabras, caminó por la playa hasta llegar al sitio donde Lucian estaba dibujando. Notó que Roberto la miraba al pasar. Pero no le hizo caso y fue directamente a Lucian, que estaba

concentrado en su trabajo, con el lápiz en la boca.

Se puso frente a él y le dijo:

—¿Te apetece venir a nadar conmigo?

—Ajá —dijo él, sin levantar la vista.

Constance permaneció sin moverse en una espera que se le hizo eterna hasta que al final Lucian se inclinó hacia atrás y la miró. Por un instante, su mirada volvió a deslizarse hacia el dibujo. Pero entonces decidió cerciorarse de lo que había visto echando otro vistazo, en un gesto cómico que a Constance le recordó a las películas de Charlot. Puso una cara tan divertida —boquiabierto, sus ojos demorándose en ella como si nunca antes hubieran visto a una mujer— que Constance tuvo que reprimir la carcajada cuando le propuso:

—He pensado que quizá te apetecería mostrarme la gruta.

Él asintió mudo.

Constance sabía dónde estaba la gruta. Claudine se lo había dicho. Nadó deprisa, dando fuertes brazadas, disfrutando de la sensación de sus músculos al quebrar las claras aguas azules. De vez en cuando, paraba para comprobar que Lucian la seguía antes de continuar nadando. Al llegar a la cueva, se encaramó a las rocas que había junto a la entrada y tuvo el tiempo justo para arreglarse antes de que él apareciera.

Él le gritó:

—¿Dónde has aprendido a nadar así?

—En Scarborough. Iba en verano. —Miró entonces la plácida inmensidad del mar y el ramillete de brillantes sombrillas en el tramo de playa desde el que habían nadado—. Pero no se parecía en nada a esto. ¿Y tú?

Lucian trepó a la roca y se sentó un poco separado de ella.

—En la escuela. Nos obligaban a hacer unos ejercicios horribles en el lago. Lo llamábamos el «coto de caza».

—¿Allí aprendiste también a dibujar? ¿En la escuela?

—No. Siempre supe dibujar, desde niño. —Lucian miró en la misma dirección que ella y pudo ver el juego de luces en el techo de la gruta—. Qué efecto más bonito, ¿no?

—Es precioso. ¿Cómo lo llamarías?

—Luminiscencia, creo.

Permanecieron en silencio, cautivados. Ella, por aquel espectáculo de reflejos; él —Constance lo sabía bien—, por lo mucho

que ella estaba disfrutando con las luces.

En cierto momento, lo sorprendió mirándola. Entonces, lo obsequió con una sonrisa tímida y evasiva, una sonrisa de agradecimiento que no ofrecía ni exigía nada. Aun así, resultó obvio que Lucian se sentía abrumado.

—Deberíamos volver —dijo él, rompiendo el hechizo.

—Te echo una carrera. —Se metió en el agua sin darle tiempo para reaccionar. Mientras nadaba, pensó que él estaría contemplándola e imaginó la expresión de su rostro.

Lizzie estaba sirviéndose una copa con el vino que había sobrado de la comida cuando oyó que Claudine exclamaba:

—Vaya, vaya.

Lizzie levantó la vista.

—¿Qué?

—Lucian. Y Constance. Vuelven nadando juntos.

Lizzie miró y, más que consternada, pareció simplemente sorprendida. A esas alturas ya no le impresionaba casi nada.

—Por el amor de Dios —dijo ella—. No me gustaría emplear la palabra «atrevida»...

—¿Pero lo harás de todos modos? Vamos, Lizzie. Deja que la niña se divierta. —Había un tonillo de desagrado en la voz de Claudine, y Lizzie de pronto se sintió avergonzada. Porque era verdad. Constance no tenía ninguna culpa de ser hermosa. No tenía ninguna culpa de ser deseada.

Quizá le preocupó a Claudine haber sido brusca, porque se apoyó sobre un codo y volvió la cabeza hacia Lizzie.

—Me hablabas de Pelham, ¿verdad?

—¿Ah, sí? —Lizzie bajó la mirada—. Bueno, solo que se lo llevo diciendo desde hace siglos. Que deje el tenis. Perder no le va nada bien para la autoestima.

—Los hombres y sus egos.

Era maravilloso hablar con Claudine. Siempre entendía perfectamente lo que querías decir, incluso cuando ni siquiera una misma lo tenía claro.

—¡Son como niños! —Lizzie tomó un trago largo de vino—. Pelham puede tirarse días enfurruñado, incluso semanas, por un

estúpido partido de tenis.

Claudine negó con la cabeza.

—Son todos iguales.

—Me importa un bledo, si te digo la verdad. A veces me dan ganas de dejar que se las apañe solo. Ojalá sentara la cabeza de una vez y me diera lo que necesito.

—¿Y qué es lo que necesitas?

—¡Un puñetero hijo! —estalló ella, con más vehemencia de la que habría deseado. Soltó una carcajada forzada y se sorprendió al notar que se le empañaban los ojos. No entendía por qué estaba tan disgustada.

—Ay, tesoro, ¿hace mucho que lo buscáis?

—No lo buscamos en absoluto. —Ese era el problema. El oscuro meollo de la cuestión—. No muestra ningún interés. Estoy harta.

Dos lágrimas rodaron por su rostro sonrojado. La sensación fue extrañamente agradable, así que las dejó caer hasta el final de sus mejillas, antes de enjugarlas con la mano. Claudine se levantó de su tumbona y le dio un abrazo.

—Tienes razón. Los hombres son como niños. Pero por eso podemos enseñarles a comportarse como queremos si alternamos los mimos con la mano dura.

El calor cegador parecía recrudecerse por momentos. Constance estaba cansada y tenía sed. Se les había terminado el agua, aunque nadie se había dado cuenta salvo ella.

Se había quitado el bañador mojado y había guardado el resto de las cosas del pícnic en el cesto. Ya estaban listos para subir al carruaje, que Constance esperaba que no tardara mucho en llegar.

Volvió a las rocas para recoger su toalla y la bolsa marinera.

Pero alguien había decidido esconderse detrás de las rocas para cambiarse. Constance se quedó de piedra. Era Lucian. Estaba de espaldas a ella, quitándose el bañador. Era como ver a alguien pelando una manzana: no solo revelaba su cuerpo desnudo, reluciente y escultural, blanco como la leche en las partes que el bañador había protegido del sol, sino también una gruesa cicatriz púrpura que lo recorría desde la cintura hasta el cuello.

Constance ahogó un grito de sorpresa, pero Lucian se volvió y la

sorprendió mirándolo. Nunca olvidaría la expresión de vergüenza en su rostro mientras se tapaba con las manos.

—Lo siento mucho —dijo ella, y se escabulló a toda prisa.

Bella estaba saliendo del salón cuando volvió la cabeza y vio que Cecil abandonaba la biblioteca. Parecía inusitadamente decidido.

—¡Bellissima! —exclamó cuando reparó en ella—. ¿Nos queda alguna caja de *prosecco* escondida? La bodega está pelada.

—He reservado un par de cajas. ¿Por qué lo preguntas?

—Vale, sé buena y tráeme dos o tres botellas.

—Ya te lo he dicho, Cecil. No podemos permitirnos bebernos el vino nosotros.

—¿Ni siquiera cuando hay motivos de celebración?

—¿Qué tenemos que celebrar?

Él sonrió.

—Deja que te lo muestre.

Dos horas después, todavía impactada por lo que había visto, Bella se encontraba de nuevo en el salón, recibiendo a los invitados en un estado de aturdimiento. Paola, Constance y Francesco estaban a su lado, listos para llenar las copas de los huéspedes a medida que estos fueran llegando.

Lucian fue directamente a hablar con ella.

—¿De qué va esta historia?

—Tu padre se dispone a anunciar algo.

—¿Sobre qué?

—Él mismo te lo dirá. ¿Qué tal en la playa?

Lucian se mordió el labio.

—Revelador —dijo.

En cuanto estuvieron todos, Cecil hizo tintinear su copa para asegurarse de que contaba con la atención de los presentes. Toda la sala guardó un obediente silencio, incluida Lottie, a la que habían permitido quedarse despierta para la ocasión. Cecil había colocado a su lado el atril de Lucian, sobre el que había un objeto rectangular alargado cubierto con una sábana blanca. Bella lo miró, sin terminar de dar crédito a lo que estaba pasando.

—Gracias por acompañarnos un poco antes de lo previsto —empezó diciendo su marido, meciéndose sobre los talones—. Ya les

adelanto que no les privaré de su cena. —Los ojos le brillaban de emoción—. Pues bien, he de confesarles que, en materia de arte, soy un poco inculto.

Unas risas educadas se extendieron en la sala. Pero Bella percibió que Lucian se sentía incómodo y avergonzado. Su hijo le lanzó una mirada, como si quisiera preguntarle: «¿Cómo puede vanagloriarse de algo así? ¿Por qué lo hace?».

Envalentonado, Cecil continuó con su exposición.

—No negaré que, como todo hijo de vecino, disfruto leyendo las tiras cómicas de la revista *Punch*. Pero hasta ahí llego. Cedo con gusto el placer de artes más refinados a mi mujer y mi hijo.

Señaló a Bella y Lucian con gesto sonriente.

—Me temo que el resto del clan Ainsworth carece como yo de sensibilidad estética. Por ello, no debería sorprenderles que hayamos descubierto que de nuestras paredes ha colgado un objeto absolutamente extraordinario durante más de medio siglo, sin que tuviéramos la más remota idea de lo que era.

Echó un vistazo a la sala, a los rostros que lo observaban cautivados. Cecil estaba disfrutando de su momento de gloria, pensó Bella, y se dio cuenta de que, a pesar de todo, se alegraba por él. Le importaba el bienestar de su marido y probablemente siempre le importaría. El matrimonio era eso.

—Por fortuna, hace poco he tenido el honor de conocer a alguien, de trabar amistad con una persona que no confunde el arte con las témporas. —Tendió una mano—. Saluda al público, Jack.

Jack no lo hizo. Pero sí levantó su copa y miró a su alrededor.

—Jack no solo es un entendido, sino que además es un hombre de acción. A mi hermano y a mí nos ha costado toda una vida descubrir que somos dueños de una obra maestra. En cambio, Jack ha conseguido traer aquí en un abrir y cerrar de ojos a un hombre de su confianza para autentificar el cuadro.

Hubo movimiento al final de la sala. Un ligero chirrido al abrirse la puerta. Bella se volvió. Con espanto vio que se trataba de Danioni. ¿Quién lo había invitado? Cuando miró nuevamente a su marido, vio que este se sacaba algo del bolsillo.

—Así pues —continuó Cecil—, con esta carta que obra en mi mano para demostrarlo, tengo el gran placer de mostrarles una obra nunca antes identificada de un maestro antiguo. —Destapó el lienzo

con un ademán teatral—. Permítanme presentarles a Peter Paul Rubens.

Hubo algunos aplausos, también gritos ahogados y exclamaciones de sorpresa. Los presentes se agolparon frente al lienzo, estirando el cuello para verlo mejor.

Bella oyó que Julia iba directa al grano con Cecil al preguntarle:

—¿Conque esto es lo que te salvará de ir a pedir limosna al viejo Livesey?

—Jack dice que no deberíamos venderlo por menos de cien mil —contestó él.

«Por el amor de Dios —pensó Bella, contemplando la escena desde el fondo de la sala—. No se lo digas a todo el mundo.»

Plum parecía anonadado. Bella vio que le decía a Lizzie moviendo los labios:

—¡Cien mil libras!

Justo delante de ellos, se encontraban lady Latchmere y Melissa.

—No cabe duda de que es voluptuosa —dijo la segunda.

La primera replicó con altivez:

—Es una manera de verlo.

—¿No es de su agrado, tía?

—Me temo que nunca aprenderé a sentirme cómoda en presencia de la desnudez.

Bella se cubrió la boca para ocultar la risa.

No resultó sorprendente ver a Lucian examinando la pintura con gran detenimiento. Rose había estado de pie su lado, pero enseguida se apartó, aparentemente aburrida. Lucian no se había percatado de que se había ido y proseguía con su comentario del cuadro:

—Hay tanta fuerza en las pinceladas, pero al mismo tiempo tanta delicadeza. Fíjate en el tono de la piel. Casi es... —Se volvió, esperando, como es evidente, encontrar a Rose. En cambio, ahí estaba Constance, con su vestido de criada y una bandeja vacía colgando a un lado.

—¿Luminiscente? —concluyó ella la frase. Se sonrieron.

Bella estaba impresionada. Que una chica como Constance conociera una palabra así. ¿Dónde demonios la habría escuchado? Eso demostraba que nunca debes subestimar a las personas.

Danioni, luciendo una sonrisa fría con un ligero aire de superioridad, estaba hablando con Roberto en un rincón. Entonces,

Roberto se fue a otro sitio, momento que Danioni aprovechó para volverse e intercambiar una mirada con Francesco, nada menos. Esos dos tramaban algo, pensó Bella. ¿Eran imaginaciones suyas o Danioni le había hecho un gesto con la cabeza, como si estuviera dando o recibiendo instrucciones?

Se disponía a ir con Cecil para felicitarlo por su discurso tan bien pronunciado cuando Danioni apareció de la nada junto a su marido. Vio que llevaba un maletín.

«Es extraordinario», pensó con un estremecimiento. Con qué rapidez había cruzado la sala. Casi era motivo suficiente para empezar a creer que los espíritus malignos existían de verdad.

Danioni carraspeó cubriéndose la boca con la mano.

—*Signor* Ainsworth, ¿podemos hablar en privado, por favor?

Cecil se dio la vuelta como un resorte.

—Oh, vuelve a ser usted —dijo hastiado—. Por supuesto. ¿Le parece que vayamos a un sitio más discreto?

Disgustado por tener que marcharse, Cecil se llevó a Danioni a la biblioteca y cerró la puerta enérgicamente.

Esbozó una sonrisa fría, formal.

—Qué afortunada coincidencia, Danioni. No esperaba verlo en la presentación.

—Muy afortunada —convino el italiano.

—¿Qué le trae por aquí?

Danioni dejó el maletín sobre el escritorio de Cecil. Lo abrió con un sonoro chasquido y sacó de su interior una toalla blanca. Despacio, relamiéndose en su actuación, la desdobló de modo que el monograma «HP» en la esquina inferior derecha quedara visible y luego se la alargó a Cecil para que pudiera examinarla de cerca.

Cecil pasó el pulgar sobre el suave algodón.

—¿Dónde la ha encontrado?

—La descubrimos en una bicicleta. Abandonada tras una reunión ilegal. Celebrada por enemigos del Estado.

—Santo cielo. Esto es rarísimo. ¿Tiene idea de cómo pudo terminar allí?

Danioni sacó una libreta y fingió que la consultaba.

—Hemos detenido a uno de esos indeseables y ha confesado que

robó la bicicleta. A instancias de... William Scanlon.

Cecil no pudo disimular su sorpresa.

—¿Billy, dice? Pequeño granuja.

—Ha empezado a mezclarse con esos criminales —dijo Danioni en un tono de voz apesadumbrado.

Cecil digirió esa información inoportuna y difícilmente creíble.

—¿Y qué es lo que propone hacer al respecto?

—Lo dejo en sus manos. Como dueño de la casa.

—Es muy amable por su parte —dijo Cecil. Luego, dando una palmada, añadió—: En fin, ¿deseaba algo más? —Estaba ansioso por volver a la fiesta.

—No, *signor* Ainsworth. Nada más. —Danioni se dio la vuelta para marcharse, pero entonces se detuvo, palpándose los costados como si se hubiera olvidado de algo—. *Che stupido che sono!*

—¿De qué se trata? —preguntó Cecil, perdiendo la paciencia por momentos.

Con ademán ostentoso, Danioni se sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta.

—Ahora me acuerdo. También quería hablarle de esto.

Cecil arrancó el sobre de los dedos largos y manchados de nicotina de Danioni. Inmediatamente, reconoció el papel de carta favorito de Bella, comprado en Smythson. Era una carta dirigida al señor Henry Bowater, en el número 12 de Lyndhurst Gardens, Harrogate.

—¿De dónde la ha sacado?

—La encontramos en la calle —dijo Danioni.

Cecil le dio la vuelta. Estaba abierta.

—Es la correspondencia privada de mi esposa.

—Eso me temo.

—Una carta al contable de su padre. Me temo que no se me dan bien los números. Siempre lo he dejado en sus manos.

—Me parece muy bien, *signor* Ainsworth. —Danioni se inclinó ante él y de nuevo se retiró, aunque esta vez con mayor énfasis. Aun así, se detuvo en la puerta para asestarle un último golpe de despedida —. Un hombre siempre debe estar al corriente de los asuntos íntimos de su mujer.

Cecil volvió a mirar la carta. Se sentía incómodo, con el estómago ligeramente revuelto. Se disponía a abrirla cuando Jack apareció en la

puerta.

—¡Aquí estabas! Me preguntaba dónde te habías metido.

—¡Jack! —acertó a decir Cecil, recomponiendo de inmediato el gesto para trasladar una impresión de alegría—. Siento haberte dejado colgado ahí fuera. Me han acorralado.

—Eso he visto. Un viejales curioso, ¿no?

—Todos lo son —dijo Lucian. Se metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta—. Bueno, no sé tú, pero yo necesito otra copa de *prosecco*.

10

Nish fue el último en examinar el cuadro. Había decidido esperar, asqueado ante la indigna aglomeración que se había formado en torno al lienzo, porque le recordó a una visita especialmente calurosa y extenuante que había hecho a la Galería Uffizi en Florencia unos meses antes.

Poder examinar de cerca una obra tan impresionante era algo por completo distinto. Podías quedarte ante el lienzo media hora, absorbiendo todo lo que podía ofrecerte. Nadie iba a decirte: «Disculpe, señor. Mi mujer desea ver el cuadro y usted se lo impide»; o: «¿Es usted indio, señor? No sabía que se permitía el acceso a los indios...».

Lo más llamativo era la doncella negra de Venus, escondida en el rincón superior derecho de la tela. Sus prietos rizos estaban aplastados con una cofia blanca sujeta con una cinta, que se extendía de un lado a otro. La doncella contemplaba con aparente admiración la larga melena rubia y ondulada que caía sobre los hombros de Venus.

¿Y si Rubens hubiera invertido los papeles? ¿Y si hubiera pintado a Venus como una mujer negra? Nish decidió hablarlo con Claudine la próxima vez que la viera. ¿Había estado en la sala cuando Cecil daba su discurso? Nish no recordaba haberla visto...

Estaba tan absorto mirando el cuadro que tardó unos instantes en percatarse de que Billy había entrado en la sala. El hijo de Betty iba de un lado a otro, recogiendo las copas vacías. Se acercó a Nish y le ofreció la bandeja. Este dejó su copa sobre ella de forma automática, sin mirarlo. Pero el chico permaneció allí, como si esperase algo.

—¿Qué ocurre, Billy? —preguntó.

El chico no dijo nada, pero bajó la vista para indicar la punta de un sobre que, apenas visible, asomaba debajo de la bandeja.

Le llevaba un mensaje.

Cerciorándose de que no hubiera nadie más en la sala, Nish tomó el sobre y lo abrió a toda prisa. Contenía una hoja de papel de carta

con unas señas:

VIA GIOVANNI PACINI, N.º 41, TURÍN. G

Cuando volvió a levantar la vista, Billy ya estaba saliendo de la sala.

Nish se precipitó detrás de él, procurando ser discreto, intentando disimular que en realidad corría. Esperó a que Billy dejara la bandeja en la cocina y luego lo siguió por el pasillo y por la escalera metálica de caracol hasta llegar a la bodega. Había poca luz y el aire frío y mohoso fue un alivio después de tener que soportar el ambiente cargado del salón.

Nish le plantó la nota en las narices.

—¿Quién te ha dado esto?

—Un amigo. Me pidió que se lo diera.

—¿Nada más?

—Una cosilla más.

Sacó un fajo de panfletos atado con un lazo de lino.

—Me han dicho que ha de llevarlos cuando vaya.

Nish los cogió. Deshizo el lazo y extrajo con cuidado uno de los impresos. En él se anunciaba una reunión antifascista. En el anverso había una caricatura grotesca de Mussolini a lomos de un burro. Nish miró al chico.

—¿Te dijeron adónde tenía que ir?

Billy negó con la cabeza.

—Supongo que no sabes leer italiano, ¿no?

—Ni papa. Pero está claro que ahí no se dice nada bonito del viejo Musso.

Nish volvió a juntar los panfletos, pues no quería que nadie los viera. A su derecha, había una repisa de piedra con barricas de vino. Metió el fajo de impresos detrás de una de las barricas y empezó a retirarse.

Billy estaba horrorizado.

—No estará pensando en dejarlos ahí, ¿verdad? Si le descubren, termina en la trena.

—¿Y qué se supone que debo hacer con ellos?

—Podría escondérselos yo. Pero entonces tendrá que pagarme. —Billy agarró los panfletos.

Nish se disponía a preguntarle por el chico al que habían apaleado cuando oyeron un ruido en la escalera. Era Constance, con cuatro botellas de *prosecco* agarradas por el cuello. Cuando vio a Nish y Billy, se sorprendió tanto que casi se le cayeron al suelo.

—Lo siento muchísimo, señor Sengupta...

Aquello era insoportable. Nish entró en pánico y, sin mediar palabra, apartó a Constance de un empujón. Sus zapatos Oxford tintinearon sobre los peldaños perforados de la escalera de hierro.

La puerta principal del hotel estaba abierta de par en par.

Necesitaba salir al aire libre. Necesitaba respirar.

Constance estaba bajando las botellas vacías a la bodega para guardarlas cuando se cruzó con Francesco, que subía.

No tenía nada de particular. Francesco bajaba a menudo a la bodega. Aunque casi siempre la saludaba, con una sonrisa o inclinando la cabeza.

Esta vez no dijo nada; casi no la miró a los ojos. Cuanto más lo pensaba, más claro le parecía que Francesco aguardaba en la mitad de la escalera. Había dieciséis peldaños. Y Constance solo le había oído subir seis o siete con sus pesados zapatones.

¿Qué estaba haciendo ahí abajo?

Solo ató cabos cuando llegó abajo y vio a Billy con Nish. Aunque tal vez quedaba algún cabo suelto, porque había algo que no terminaba de entender. ¿Francesco los había acompañado? ¿O los había espiado?

Ambos la miraron con gesto culpable, como si los hubiera sorprendido haciendo algo clandestino. Al verlos, Constance se había asustado. Estuvo a punto de soltar un taco y tirar las botellas al suelo. Pero había recobrado la serenidad justo a tiempo y se había disculpado con Nish por la intromisión.

Nish se había marchado sin decir palabra. De hecho, se había escabullido. Lo cual no era nada habitual en él.

Constance se volvió hacia Billy para pedirle explicaciones.

—¿Qué haces merodeando aquí abajo? —Tenía algo escondido detrás de la espalda—. ¿Qué tienes ahí?

—No te importa.

Constance dejó las botellas en el suelo y le tendió una mano. A regañadientes, Billy sacó el fajo de impresos. Ella cogió el primero y le echó un vistazo rápido, antes de devolvérselo. Estaba escrito en italiano, pero su sentido era evidente a tenor de la imagen que adornaba la portada.

—Desconozco qué tiene que ver esto con el señor Sengupta. Lo que sí sé es que te vas a meter en un buen lío.

—No, si no te chivas. —Billy volvió a poner el paquete sobre la repisa.

—¡No puedes dejarlos aquí! —gritó Constance—. La señora Ainsworth... El señor Ainsworth... ¡Bajan a la bodega un montón de veces al día!

Billy volvió a cogerlos.

—Los voy a esconder debajo de la cama de lady Latchmere. Mientras estén todos liados con la cena.

Constance se quedó mirándolo, horrorizada.

—¿En serio? —dijo.

—No hagas una tormenta en un vaso de agua. Nadie los buscará allí.

Por la tarde, Constance jugó con Lottie. La niña tenía montones de juguetes; juguetes que Constance había soñado tener de pequeña. Un yoyó, una peonza, varias bolsas de canicas... Pero era hija única. Los juguetes eran sucedáneos de los hermanos que no tenía. De los amigos que no tenía. En realidad era un milagro que la niña fuera tan sufrida y sensible al mismo tiempo.

—Estás triste —le dijo a Constance—. Se te nota.

—Cierra esa boquita de piñón. No estoy nada triste.

—¿Ha pasado algo?

—Claro que no.

A veces sentía la necesidad imperiosa de hablarle de Tommy. Pensaba que la niña lo entendería, que se mostraría curiosa y comprensiva. Pero Lottie era la hija de Alice y dejarse llevar por esas ideas sería una locura. Un síntoma, lo sabía, de un deseo más general de formar parte, como una igual, del clan Ainsworth. Y el foco de ese deseo no era otro que Lucian.

La cena —un plato de pasta con un queso de nombre rarísimo: ¿*groguinzola* o *garganzola*?— le pasó volando, porque no podía quitarse de la cabeza lo que había visto en la bodega.

Nish y Billy. ¿De qué habían hablado? ¿Por qué Francesco parecía mostrar tanto interés? ¿Y cómo podía haber entendido él lo que decían? Desde el día en que llegó al Hotel Portofino, todas las personas a las que había preguntado por Francesco le habían dicho lo mismo: «Ah, no habla nuestro idioma».

Lo decían con el mismo tono que la gente de Menston empleaba para referirse a Bill Evans, un mozo de cuadra: «Ah, no te preocupes. Nació tonto».

Pero ¿y si se equivocaban todos?

Constance se sentía como una máquina. Púlseme aquí y le serviré la comida. Púlseme aquí y le diré de dónde es el vino. Aturdida y migrañosa, salió a la terraza a recoger otras copas cuando vio a Lucian.

Esa expresión: «le dio un vuelco el corazón». Constance siempre había pensado que simplemente era algo que la gente decía.

Pero resultó que era verdad.

Estaba acodado en la balaustrada, contemplando las vistas, esperando ver alguna estrella fugaz, le dijo.

—Aunque todavía es un poco pronto —añadió—. El mejor momento es a principios de agosto. Las noches anteriores y posteriores a la fiesta de san Lorenzo. El firmamento se llena de estrellas fugaces y toda Italia contempla el espectáculo.

Constance apoyó la bandeja en la balaustrada.

—¿Y de verdad son estrellas?

Él se rio y negó con la cabeza, pero con ternura, sin atisbo de condescendencia.

—Es una lluvia de meteoritos. Aunque los católicos creen que son chispas de las llamas que mataron a san Lorenzo. Lo quemaron vivo, ¿sabes? Fueron los romanos. En una parrilla.

—Sabes tantas cosas —dijo Constance—. Ojalá yo también supiera cosas.

—Claro que sabes cosas. Por ejemplo, llevar una casa. Cómo cuidar de un niño.

—Todo lo que dices son cosas de mujeres. —Constance sonrió con un poso de tristeza.

—Cosas prácticas. Lo que yo sé es... inútil. —Dio una calada a su cigarrillo—. Por cierto, ¿te ha gustado el cuadro?

—¿El cuadro? Sí, muchísimo. Pensar que Rubens pintó a esa mujer hace más de trescientos años. Y que todavía parezca fresca como una rosa.

—Y tan sensual.

—Tan tierna.

Hubo un silencio. Lucian volvió a tomar la palabra.

—Tienes buen ojo, ¿sabes?

Constance se encogió de hombros.

—Nunca había visto un cuadro así. Y ni mucho menos tan de cerca, incluso hubiera podido tocarlo.

—No es lo único que has visto de cerca hoy.

Constance sintió que se ruborizaba. Miró a su alrededor en busca de otras copas vacías que recoger.

—Siento haberte expuesto a esa situación.

—No tienes por qué disculparte —dijo ella.

—Te habrá repugnado.

—Me ha cortado la respiración —dijo ella. Qué idea más ridícula, que le hubiera repugnado—. Me dieron ganas de saber lo que tuviste que sufrir. Y cómo debe de ser llevar el recuerdo encima.

—¿Te refieres a quedar marcado de por vida?

—Todos tenemos cicatrices —respondió ella tras un instante de duda.

—Yo no vi ninguna en ti hoy. —Lucian se acercó un poco—. Y eso que las busqué, y mucho. No vi ninguna imperfección.

—Señor Ainsworth...

—Lucian, por favor. Te exijo que me llames Lucian.

Normalmente, cuando Constance miraba a Lucian, se sentía reconfortada. Pero ya no era así. Ya no se podía negar la atracción entre ambos. Por una parte, ambos parecían dar la bienvenida al deseo: él tanto como ella. ¿Y acaso Constance no lo había buscado?

Con todo, había peligros, sin lugar a dudas.

De pronto, Constance tuvo un vértigo, como si se hubiera puesto de pie demasiado rápido. La inmensidad del espacio la abrumaba y oprimía con tanta fuerza que el aire salía de sus pulmones en breves exhalaciones. Estaba aterrada. Pero no podía mostrarlo. No podía permitir que se le cayera la máscara.

Lucian era su patrón. Su superior social. Lucian no sabría qué hacer con su máscara.

Constance se oyó decir:

—He de marcharme.

—Por supuesto —dijo Lucian.

Cogió la bandeja y la llevó vacía a la cocina.

Alice y Melissa estaban jugando a las cartas en el salón cuando Roberto entró con gesto indeciso, como si no entendiera del todo lo que estaba haciendo allí.

—Señor Albani —dijo Alice, levantando la vista de los naipes.

Él la obsequió con una reverencia.

—*Buona sera*.

—¿Está buscando a su padre?

—*Scusi?*

—*Tuo... padre?*

—Sí.

—Creo que se ha ido a la cama.

—*Molte grazie*.

Se volvió para salir del salón. Sin embargo, antes de que pudiera alejarse, Alice tiró las cartas y se puso de pie. Carraspeó.

—Quería darle las gracias.

Roberto se volvió.

—¿Sí?

—Decirle *grazie* por la pulsera. —Levantó la muñeca y señaló un accesorio imaginario—. Era preciosa. Y extremadamente generosa y amable por su parte.

Él rio y asintió, aunque Melissa estaba segura de que no había entendido ni una palabra de lo que le había dicho su amiga.

—Espero que entienda por qué he tenido que rehusar su regalo —continuó Alice—. Eso no significa que no le agradezca el interés.

Le tendió la mano. Roberto se inclinó y la besó. Luego salió de la sala, con una evidente alegría en sus andares.

Melissa estaba impaciente. Cuando Alice volvió a sentarse, le dijo:

—¿Devolviste un regalo?

Alice se puso colorada.

—No podía aceptarlo.

—¿Porque es italiano?

—¡Porque pensé que era de su padre!

Melissa reflexionó sobre el asunto mientras retomaban la partida.

—Pobre hombre —dijo—. Apenas habla una palabra de inglés. ¿Quizá por eso necesita que su padre hable en nombre suyo?

Jack tenía una idea bastante aproximada de lo que estaba pasando en la biblioteca antes de entrar. A tenor de lo que vio, había acertado de lleno. Cecil y Francesco estaban ahí, guardando de nuevo el Rubens en su caja de madera contrachapada.

—¿Podemos hablar? —le preguntó a Cecil echando una mirada al italiano, que estaba preparado con un martillo y un puñado de clavos largos.

Cecil lo miró como si estuviera loco.

—Claro. El chico no entiende ni papa.

—Bueno, si estás seguro... —Jack se metió la mano en el bolsillo y sacó un cheque, que entregó a Cecil. El importe era de cincuenta mil dólares—. ¿Bastará con esto?

Cecil sonrió.

—De sobra. Ahora solo queda esperar que la chica se venda bien.

—No te preocupes por eso. La única duda es por cuánto.

—¿Quieres que la guarde aquí bajo llave?

—Prefiero tenerla conmigo, si no te importa.

—¿Pero estará a salvo?

Jack se levantó el chaleco descubriendo un revólver Colt.

—Estará bien protegida.

—Muy bien, entonces. Llévatela. —Cecil dio un paso adelante, indicando con un gesto a Francesco que debía ayudar a Jack a subir la caja al piso de arriba—. Pero luego baja y nos tomamos una copa de brandy y nos fumamos un puro juntos. No soporto beber solo, Jack.

Siguiendo las instrucciones que había recibido, Claudine abrió la cerradura y dejó pasar a Jack en cuanto oyó que llamaba a la puerta. Luego se situó junto a la cama, observando cómo Jack y Francesco entraban la caja en la habitación y la dejaban apoyada contra la

pared.

—Así que ya está —dijo ella.

—Ya está.

—Solo te diré una cosa: es mejor que el sable de Napoleón.

Era una broma entre ellos, una referencia a una espada vieja de dudosa procedencia que Jack había logrado vender por muchísimo dinero a un coleccionista estadounidense.

Jack miró fijamente la caja y luego a Claudine. Sus ojos echaban chispas de emoción.

—Confía en mí, nena. Comparado con este cuadro, el sable de Napoleón es un vulgar cuchillo de carne.

En cuanto Francesco abandonó la habitación, Jack sacó el revólver y lo colocó cuidadosamente sobre la cama. Luego, miró a Claudine con intensidad.

—No dejes entrar a nadie. Y no te muevas de aquí, por favor. Volveré dentro de un rato.

—¿Adónde vas?

—Es mejor que no lo sepas.

Claudine le abrió la puerta y luego volvió a cerrar con llave. Cogió el arma. Después de comprobar que estaba cargada —lo estaba, o eso le pareció—, la guardó en la mesilla de noche.

Permaneció inmóvil unos segundos, observando la caja, imaginando su contenido. Era casi increíble que algo tan valioso pudiera estar con ella en la habitación. Lo normal habría sido que tuviera un aura o algo parecido. Que irradiara luz o calor, un indicio que te hiciera saber lo importante que era. Pero no. Era una simple caja de madera.

Una vez que decidió cuál sería su estrategia a seguir, agarró un *negligé* de seda de la cómoda y lo metió en su neceser.

Después de comprobar que el terreno estaba despejado, salió de la habitación y cerró la puerta con llave.

Avanzó a oscuras por el pasillo hasta que llegó al cuarto de baño comunitario y llamó suavemente a la puerta.

Lizzie la abrió un poco y, cuando vio que era Claudine, la agarró de la cintura y, sin decir nada, la arrastró hacia dentro.

No era habitual que Bella estuviera ya levantada antes que el servicio.

Pero se había despertado temprano, a las cinco de la mañana, y se sentía inquieta.

Se puso un sencillo vestido de algodón con un estampado floral que enseñaba los brazos —siempre le habían dicho que los tenía bien torneados— y que además la hacía sentirse joven. Decidió dejarse el pelo suelto y salió sigilosamente de su cuarto de camino a la cocina.

Le gustaba la cocina porque era el centro de la casa. Si el Hotel Portofino hubiese sido un barco, la cocina habría sido su puente de mando, y las palancas e interruptores habrían sido las cacerolas que colgaban relucientes del techo y los cuchillos que brillaban en las repisas.

Pasó un dedo por la superficie lisa y encerada de la mesa. La habían comprado en una subasta en Lucca. Aquel día había llovido a cántaros y Bella terminó calada hasta los huesos. Qué curioso era volver la vista atrás.

Cogió un higo verde de una fuente de porcelana y se detuvo en el umbral, mirando las colinas verdes que se extendían más allá del patio, con el mar reluciente al fondo. La quietud era tan perfecta que la escena que tenía frente a sí le parecía un cuadro. Ya podía sentir el calor del sol. Se quitó los zapatos y salió descalza al patio, descubriendo con placer que el suelo estaba caliente.

«Esto es lo que siempre deseaste —pensó—. Aférrate a ello. Recuérdalo en los días en los que la vida te parece un suplicio implacable.»

Una imagen le pasó fugazmente por su cabeza. Ese pobre chico, tirado en el suelo, completamente indefenso. Decidió preguntar por él la próxima vez que viera a Billy. No esperaba que Billy supiera nada, o informara a Bella si es que tenía noticias suyas. ¿Acaso no le había exigido ella que rompiera todo contacto con él?

Estaba dando sorbitos a su té mientras reflexionaba sobre esas preguntas cuando de pronto oyó algo. Un golpe sordo, fortuito, de alguien que intentaba no hacer ruido.

Fue a echar un vistazo a la cocina. No había nadie.

En cambio, cuando salió al pasillo, vio a Plum. Iba vestido como si se marchara de viaje, con un traje color crema, y bajaba por la escalera con una gran bolsa al hombro.

Ella lo llamó:

—¿Se marcha a la francesa?

—¡Señora Ainsworth! Lo siento muchísimo. —Fingió razonablemente bien que no le sorprendía verla—. No sabía si habría alguien despierto a estas horas.

—¿Desayunará aquí?

—No creo, si no le importa.

—Oh, vamos. —Bella procuró que su voz sonara alegre y normal —. Betty se llevará una gran desilusión si le permito marcharse sin tomarse por lo menos una taza de té.

—Es que debo marcharme.

—Necesitará un carruaje que lo lleve a la estación.

—Lo tengo todo previsto, señora Ainsworth. Todo arreglado. Anoche hablé con Francesco. Y conseguí hacerme entender.

«¿De verdad? —pensó Bella—. Seguro que sí.»

Plum aceleró el paso al cruzar por el pasillo de camino a la puerta.

De pronto Bella tuvo una idea.

—¿Le importa esperar un segundo?

Él se detuvo y se miró el reloj.

—En absoluto.

Bella corrió a su despacho y cogió la última carta que le había escrito a Henry y un puñado de monedas.

Se lo dio todo a Plum y le preguntó:

—¿Me haría el gran favor de enviar esta carta? ¿Cuando llegue a Milán?

Plum miró la dirección.

—Harrogate, ¿eh? Un pueblo precioso.

—Lo es, ¿verdad?

—Bueno. —Plum enderezó los hombros—. Deséeme suerte.

—¡La mejor de las suertes! —Le tendió la mano y él se la estrechó sonriendo.

«Menuda actuación», pensó Bella. ¿Qué estaba pasando ahí en realidad? ¿Y dónde estaba Lizzie?

La puerta chirrió cuando Bella la abrió para dejar salir a Plum. Francesco esperaba fuera, comprobando el estado de los herrajes de los caballos. Bella buscó su mirada. ¿Eran imaginaciones suyas o de verdad había en los ojos de Francesco un matiz de temor?

Tan absorta estaba con el suave crujir de la gravilla al paso del carruaje que tardó un buen rato en percatarse de que Danioni se

acercaba por el camino. Y encima no venía solo; otro hombre lo acompañaba. Bella esperó en la puerta, con los brazos cruzados, incapaz de reprimir su enfado.

—Oh, por el amor de Dios. ¡Otra vez no! ¿No puede dejarnos en paz?

—Yo también le doy los buenos días, *signora* Ainsworth.

—¿De qué se trata ahora?

—Le presento al *signor* Ricci. Trabaja para la Inspección de Industria y Trabajo. —Ricci era un hombre alto y jorobado, con un tupido bigote. Se tocó el ala del sombrero al mismo tiempo que Danioni se sacaba un papel del bolsillo—. Y este es el documento que lo autoriza a llevar a cabo una inspección sobre las condiciones de trabajo en sus instalaciones.

Bella no daba crédito a lo que oía.

—¿A estas horas de la mañana?

Danioni se encogió de hombros.

—Hay una frase hecha que dicen ustedes. A quien madruga Dios lo ayuda, ¿no?

Bella los acompañó a la cocina y los tuvo esperando de pie hasta que Betty llegó y empezó a preparar los panecillos para el desayuno.

La reacción de la cocinera, al verlos, fue enteramente predecible.

—¿A qué viene este disparate?

—Solo es una formalidad —la tranquilizó Bella—. Tenemos que colaborar. Y apretar los dientes.

—¡A mí no me quedan dientes que apretar! —protestó Betty. Y abrió la boca lo suficiente para que Bella pudiera comprobar que no mentía.

Bajo la atenta y dolida mirada de Bella, Ricci, que vestía un traje negro, empezó a merodear por la cocina seguido de Betty. Encontró un bol en la encimera. Arrimó la nariz, arrugándola, y se disponía a apuntar algo en su portapapeles cuando Betty le espetó:

—Solo es una mezcla para rebozar. No tiene nada de raro.

Betty iba lanzando miradas a Bella, con gesto suplicante, como si estuviera en su mano parar la inspección. Bella se sentía fatal, pero le daba miedo empeorar las cosas. Avergonzada, se dio cuenta de que el temor era más intenso que la rabia; que era el temor lo que la paralizaba, y no el respeto por la inspección de la cocina.

Ricci pasó los dedos por los fogones para ver si había grasa

incrustada. Se agachó entonces para examinar el contenido del horno a través del cristal, y estaba a punto de abrirlo cuando Betty ya no pudo contenerse más.

—¡Eh! —exclamó ella, apartando sus manos de una palmada—. Me importa un bledo que tenga órdenes del mismísimo rey de Italia. ¡El horno no lo abrirá! —El inspector se cuadró delante de ella, con los brazos cruzados, y ella lo imitó, retándolo a llevarle la contraria—. Si mis panecillos no suben, ¡me lo pagará caro!

Luego fueron al despacho. Bella se sentó a su escritorio y examinó el informe entrecerrando los ojos: no solo estaba en italiano, sino que encima estaba escrito con la letra más diminuta y caótica que hubiera visto. Danioni permanecía de pie sin perderla de vista, mientras daba golpecitos con los dedos en el escritorio.

Con cierta dificultad, Bella leyó: «*Condizioni anti igieniche*». Levantó la vista bruscamente.

—¿Condiciones insalubres? Jamás he leído una estupidez semejante. Le aseguro que Betty limpia tan bien que podría usted cenar en el suelo.

—Yo no he escrito el informe —replicó Danioni.

—Pero su sello está por todas partes. —Se lo devolvió—. En fin. ¿Qué significa esto?

—Dispone de catorce días.

—¿Para qué?

—Para cumplir. O se expone a la clausura del establecimiento.

Bella iba a replicar cuando oyó algo, un grito de angustia masculina, procedente de algún punto del hotel.

Miró alarmada a Betty.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—No lo sé —respondió ella—. Pero no me gusta, señora. No me gusta nada.

Cecil se despertó solo en su cuarto. Permaneció en la cama unos segundos, escuchando las campanadas de la iglesia, contemplando absorto una nueva picadura de mosquito en su brazo. Entonces buscó una cerilla para encenderse el primer cigarrillo del día.

Creía que le quedaba alguna en el bolsillo de la chaqueta. Pero cuando se acercó a comprobarlo no encontró nada. Solo la carta que le

había dado Danioni, la carta de Bella al contable de su padre. Una carta que Danioni había tenido especial interés en hacerle llegar. Pero ¿por qué?

En lo más íntimo de su corazón, conocía la respuesta.

«Vamos, hombre. Es hora de enfrentarte a ello», pensó.

Sintió que lo invadía la rabia a medida que avanzaba en la lectura. Una rabia muy honda, estrechamente relacionada con la vergüenza. ¿Cuánto tiempo hacía que duraba? ¿Y cuántas personas estaban enteradas? ¿Danioni había hecho circular la carta entre sus empleados? Pues claro que sí. Así que todo el pueblo sabía hasta el último detalle. No solo que Bella era una casquivana, sino que además no estaba satisfecha con él. Y que él, Cecil, había quedado en ridículo frente a un... blandengue.

Sintió que la rabia le daba energía. Lo electrizaba. En verdad era extraordinario: sentía distinto todo su cuerpo. Pues bien, le pararía los pies a su mujer. A esa malnacida. Le demostraría quién llevaba los pantalones en casa.

Se vistió aturdido, sin que por una vez le importara en lo más mínimo su imagen, si iba bien peinado o si llevaba recto el cuello de la camisa. Lo único que importaba en ese momento era la confrontación inminente.

Cerró el cuarto de un portazo y enfiló despacio por el pasillo. Llevaba la carta en la mano. No iba a tolerar ese comportamiento. Esa... humillación.

Se detuvo en lo alto de la escalera.

Algo ocurría en el vestíbulo. Una emergencia o un altercado. No era fácil saberlo. Vio que Bella salía precipitadamente de la cocina seguida de Betty y, por algún motivo, Danioni. ¿Qué demonios estaba haciendo ese mequetrefe ahí?

Iban a la zaga de Jack, nada menos. El estadounidense esperaba al pie de la escalera.

—¿Dónde está? —gritó.

—¿Dónde está qué? —vio Cecil que preguntaba su mujer.

Bajó la escalera a toda prisa, olvidando momentáneamente la carta.

—¡Jack! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

Jack había empezado a correr como un loco de un lado a otro, abriendo puertas y mirando en las habitaciones.

—Malditos ladrones. ¿Dónde está?

Su berrinche había despertado a todo el hotel. De uno en uno fueron apareciendo los huéspedes en el rellano con la mirada soñolienta.

—¡Jack! ¡Por favor! —Cecil fue hacia él, pero Jack lo apartó.

—Ni te me acerques.

—Señor Turner —dijo Bella—. Haga el favor de calmarse. Díganos qué ocurre.

Jack se pasó una mano por el mentón sin afeitar. Tenía la mirada desorbitada, la cara lívida y cerosa como un cadáver.

—Es el cuadro —dijo—. ¡Ha desaparecido!

11

Bella pensó para sus adentros que la situación tenía algo de teatral y ceremonioso. Le recordaba a las novelas de Agatha Christie, con las que tanto disfrutaba cuando tenía la ocasión de leer, en las que los huéspedes de un hotel eran sometidos a juicio en un salón tan parecido al suyo y debían dar explicaciones sobre su paradero a cierta hora de cierta noche.

Sin embargo, aquel detalle no bastaba por sí solo para explicar la rabia que se respiraba en el ambiente. Bella puso una mueca al asimilar el panorama de rostros inexpresivos. Los huéspedes guardaban las distancias entre sí y, al verlos con sus batas y pantuflas, pensó que tenían un aspecto extrañamente vulnerable, con los ojos hundidos por el cansancio.

Danioni había tomado el mando e interrogaba a Jack con evidente fruición. «Ese enano es insufrible —pensó Bella—. El peor exponente de la Italia actual.»

—¿Y está seguro de que el cuadro ha sido robado, *signor* Turner?

—Desde luego que estoy seguro. ¿Por qué clase de idiota me ha tomado?

—¿Ha buscado bien en su habitación?

—Si le digo que ha desaparecido, es que ha desaparecido.

Cecil perdió la paciencia e intervino:

—¿Cómo puede desaparecer por las buenas un objeto de ese tamaño? ¿En sus propias narices?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Pregúnteselo a la persona que lo ha robado.

—Pero usted era «la persona» que supuestamente debía protegerlo.

—¿Qué insinúa, Ainsworth?

—Interprete como quiera mis palabras, Turner.

El conde Albani intervino, para alivio de Bella. Parecía capaz de hacerse cargo de la situación, enfundado en su batín de seda con un

estampado de cachemir rojo.

—Intentemos guardar la calma entre todos.

Bella se volvió hacia él.

—¿Y qué aconseja, conde?

—Hacer lo que propone el señor Turner. Llamar a la policía. *Pronto!*

Jack asintió enfáticamente.

—Y que registren hasta el último rincón de este maldito hotel.

—Podría ir Lucian, ¿no?

Este se puso en pie de un salto.

—Por supuesto. Me visto en un segundo.

Pero Danioni empezó a gesticular.

—No, no. Lo mejor será que todo el mundo..., que nadie suba a su habitación, *signore*. Será solo un momento.

La orden no cayó nada bien entre los presentes. En el caso de lady Latchmere y Julia, fue recibida con murmullos de incredulidad, pues no entendían que se esperase de ellas que se quedaran allí por más tiempo sin estar vestidas.

Pero Cecil pareció estar de acuerdo.

—Danioni tiene razón —dijo—. De esa forma estaremos seguros de que nadie nos la juega.

—¿Qué está insinuando exactamente? —exigió saber lady Latchmere.

—Nadie insinúa nada —se apresuró a tranquilizarla Bella.

—Bien, ¿estamos todos aquí? —preguntó Cecil.

—Los Wingfield no han bajado —dijo Alice, echando un vistazo a su alrededor.

—El señor Wingfield se ha marchado temprano esta mañana —reveló Bella.

Jack no parecía muy convencido.

—¿De verdad?

—Se ha marchado a disputar un torneo —explicó Bella—. Volverá dentro de una semana como máximo.

—Pues quizá no vuelva —dijo Jack.

—Pero su mujer sigue aquí —señaló Alice.

Jack se volvió hacia ella.

—¿Estás segura de eso?

Intervino otra voz.

—La vi anoche, Jack. —Era Claudine—. Justo antes de irme a la cama.

Jack la miró con severidad y Bella se preguntó cómo era posible que no lo supiera y por qué Claudine no se lo había comentado antes. ¿Acaso no habían estado juntos? ¿Acaso ella se había olvidado?

—Alice irá a ver si está —dijo Bella—. Constance, ¿puedes decirle a Billy que venga? Y mientras tanto... ¿quizá desayunar un poco podría ayudarnos a serenar los ánimos?

Betty parecía descontenta con la idea de tener que servir tantos desayunos de golpe. Pero no tanto como Constance cuando vio entrar sigilosamente a Billy por la puerta de la cocina. Iba sucio y desaliñado.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella.

—En ningún sitio. —En su semblante se dibujó al instante un gesto de culpa.

—Pues te buscan.

—¿Quién?

—La señora Ainsworth. Ha dicho que piensa llamar a la policía.

Billy se sobresaltó.

—¿A la policía? ¿Por qué?

—El cuadro ha desaparecido —dijo Betty.

—Yo no tengo nada que ver.

—Nadie dice eso, Billy. Quieren registrar el hotel.

El rostro del chico perdió todo el color.

—Pero ¿por qué?

Betty le revolvió el pelo.

—No te preocupes, dulce chiquillo. Tienes que ir a avisar a la policía, no a entregarte.

Constance llevó a Billy al salón. Casi todos los ocupantes del hotel se encontraban allí; algunos daban vueltas, otros permanecían sentados con aspecto de estar aburridos y molestos. Bella estaba de pie con Cecil, Lucian y Jack. Todos llevaban bata y hablaban en voz baja y con gesto serio con ese italiano farsante, Danioni, o comoquiera que se llamase.

—Ah, Billy —dijo Bella cuando los vio—. Necesito que bajes corriendo al pueblo. El *signor* Danioni te dirá adónde debes ir.

Danioni echó a Billy una mirada inusitadamente intensa y dura.

—¿Es William Scanlon?

—Sí, es Billy —confirmó Cecil.

—¿El chico que robó la bicicleta?

—Pensábamos devolverla... —Billy miró frenéticamente a su alrededor en busca de apoyo.

—Lo tenemos fichado por colaboración con elementos subversivos —dijo Danioni.

Constance puso cara de incredulidad.

—No sea bobo.

Pero antes de que ella pudiera esgrimir nada más en su defensa, Billy salió corriendo hacia la puerta. Constance deseó con todas sus fuerzas que pudiera escapar, pero Jack fue más rápido.

—No tan deprisa, chaval —dijo, al tiempo que lo agarraba de los brazos.

—¡Suélteme!

—Deja de resistirte.

—¡Me hace daño!

Betty seguramente debió de oír sus gritos desde la cocina porque irrumpió a toda prisa en el salón con una mezcla de enfado y aturullamiento, secándose todavía las manos en el delantal.

—¿Qué está pasando aquí, Billy?

Cecil la ignoró y se volvió hacia Lucian.

—Ve a por la llave de la caseta. Lo encerraremos allí.

—Por favor, Cecil —le rogó Bella—. ¿De verdad hace falta?

—«Huye el culpable sin que nadie lo persiga.» —Cecil se volvió entonces hacia Danioni—. Francesco, que es mi hombre, puede bajar a avisar a la policía.

Billy no dejó de forcejear mientras Cecil y Jack se lo llevaban a toda prisa fuera del salón. Lucian los siguió, supuso Bella que para ir a por las llaves. Constance se acercó a Betty y la estrechó entre sus brazos.

La anciana estaba horrorizada, blanca como el papel, y respiraba tan deprisa que el aire apenas le llegaba a los pulmones.

—¡Billy! —exclamó—. ¡Billy!

—¡Mamá! —Sus gritos de dolor resonaron brevemente en el pasillo antes de disiparse en un silencio espantoso.

Arrastraron a Billy hasta la caseta, una pequeña edificación de piedra escondida en lo alto de un camino bacheado que pasaba por detrás del hotel. Francesco la usaba para guardar las herramientas y el material de construcción; y Dios sabe qué más, pensó Billy. ¿Libros pornográficos? ¿Animales muertos? Billy siempre había creído que ese italiano era un bicho raro.

Billy tenía las manos sobre los barrotes de la ventana y sacudía violentamente la puerta, pateándola al mismo tiempo con todas sus fuerzas. La madera era vieja, pero gruesa. No estaba lo bastante podrida para reventarla de una patada.

—¡Dejadme salir! —gritaba.

Le dolía el costado porque el cerdo del señor Ainsworth le había pegado un puñetazo cuando pensó que nadie lo veía.

¿Cómo era posible que todos los hombres buenos hubieran muerto en la guerra? ¡Todos sus hermanos! Y que gente como el señor Ainsworth se hubieran librado... Todo el mundo podía ver que era un inútil y un aprovechado. ¿Hacía algo ese hombre? Nada de nada. Solo se pavoneaba con su ropa elegante, escupiendo órdenes a diestro y siniestro. Un cobarde que se las daba de matón.

Estaban todos ahí fuera, conversando sobre lo que acababan de hacer. El señor Ainsworth, la señora Ainsworth, Danioni y el estadounidense del cochazo. La única que parecía incómoda era la señora Ainsworth.

—Ese granuja tiene un buen par de pulmones —oyó que decía el señor Ainsworth.

—Y da coces como una mula —añadió el estadounidense.

—¡Necesito un médico! —gritó Billy—. ¡No puedo respirar!

—El chico se encuentra mal —dijo la señora Ainsworth.

Pero su marido dijo que no era verdad, que sencillamente tenía un ataque de pánico porque iban a por él.

Billy insistió.

—¡Me duele el costado!

La señora Ainsworth pareció preocuparse entonces. Se volvió hacia su marido.

—¿No puedo pedirle a Nish que le eche un vistazo?

—No seas tan blanda —le espetó él.

—¡Por favor! —gritó Billy—. ¡Me duele mucho!

—¡Cecil, por favor!

—Ah, por el amor de Dios, Bella. De acuerdo. Pero que sea rápido.

Nish llegó al cabo de unos cinco minutos. La señora Ainsworth iba con él; su marido y el estadounidense se habían esfumado, quizá habían vuelto al hotel, o quizá estaban vigilando el camino. En cualquier caso, Billy ya no podía verlos por la ventana.

Fue la señora Ainsworth quien abrió la puerta para dejar pasar a Nish. Se quedó de pie frente a los dos, observando —mientras se mordía la uña del pulgar— los pormenores del examen médico.

Billy había pensado en salir corriendo en cuanto abrieran la puerta. Pero quizá había una forma mejor de hacer las cosas. En cualquier caso, si escapaba ahora, con ello solo conseguiría causarle problemas a la señora Ainsworth. Y de ella no tenía queja. Era una buena mujer.

Cuando Nish se agachó, se miraron a los ojos. Y en la mirada había un mensaje. Un entendimiento sobre lo que había que hacer.

—No hay duda de que le cuesta respirar —dijo Nish.

—¿Puedes darle algo? —preguntó Bella.

—Quizá un sedante. Lo ayudaría a calmarse. Para relajar la opresión.

—No quiero nada de eso —protestó Billy.

—Entonces tal vez algo para el dolor. —Nish miró a su alrededor —. Pero tengo la bolsa en mi habitación.

—Danioni no te dejará subir —dijo Bella—. Hay aspirinas en mi despacho. Iré a buscarlas.

Aprovechando la oportunidad, Billy agarró a Nish del brazo y le susurró:

—Están en la habitación de lady Latchmere.

—¿Los panfletos?

Billy asintió.

—Debajo de la cama.

—Hostia, Billy. ¿Estás loco?

—Pensé que sería el último sitio en el que mirarían.

—La policía los encontrará allí. Van a registrar todo el hotel.

—Las llaves están en mi cuarto. No tuve tiempo de devolverlas.

—¿Qué llaves?

—El juego de llaves maestras. Las cogí del despacho.

Ambos intercambiaron una mirada de complicidad desesperada.

Cuando bajaba a buscar la aspirina, Bella vio que Cecil hacía guardia a la entrada del camino que llevaba a la caseta. Tendría que cruzarse con él.

Últimamente, Cecil había estado de uñas con ella. Pero Bella sabía, porque él se lo reprochaba a cada momento, que tenía cierta tendencia a desconfiar de los demás. A buscarle tres pies al gato. Y con toda probabilidad eso era precisamente lo que estaba haciendo ahora. Así que no había motivo para ponerse nerviosa, pensó mientras se encaminaba hacia él.

Cecil ni siquiera la miró. Fingía que observaba absorto una fila de hormigas en el suelo.

—Esperemos que la policía llegue al fondo del asunto —le dijo Bella.

Cecil guardó silencio. Fue como si no la hubiera oído.

—He dicho que esperemos que... —insistió Bella.

—Ya te he oído —le soltó él, antes de alejarse hacia un parterre de azaleas que había en el margen del camino.

—¿Qué te pasa? —Bella lo siguió, se arrimó a él e intentó cogerle la mano—. ¿Cecil?

Él apartó el brazo bruscamente. Se giró y Bella vio que tenía el rostro blanco de ira.

—No me toques.

—Cariño —dijo ella, como si le hablara a un niño quisquilloso—, no la tomes conmigo. Tú mismo lo dijiste: no tenías ni idea de lo valioso que era el cuadro hasta hace muy poco. —Volvió a cogerle la mano, pero él la escondió detrás de la espalda y volvió a fijar su atención en el suelo, de forma más intensa si cabe.

Al verlo, Bella no pudo contener más su frustración.

—¡En serio, Cecil! Si alguien tiene derecho a estar enfadada, esa soy yo. Este tipo de contratiempo... Bueno, podría ser desastroso para la reputación del hotel.

Cecil levantó la vista y buscó su mirada.

—No tienes ni idea, ¿no?

—¿Ni idea? —Bella estaba tan perpleja que le tembló la voz—. ¿Ni idea de qué?

El salón parecía una cafetería de estación abarrotada de pasajeros enojados que esperaban un tren que llegaba con muchísimo retraso. Casi nadie hablaba. Estaban demasiado cansados e inquietos.

Claudine, desde luego, no estaba de humor para conversar. En realidad, no estaba de humor para nada.

Era divertido, pensó para sus adentros. La primera vez que vio el Hotel Portofino, le encantó su aspecto, especialmente su interior, con ese pintoresco estilo inglés que recordaba a una casona de campo. Pero ahora empezaba a sentir cierta desazón.

La culpa era de todo ese drama. Quizá le había hecho mella, aunque a decir verdad ella también había tenido un papel en la historia; no podía negarlo.

Sea cual fuere el motivo, el resultado fue que ahora, cuando miró a su alrededor —y vio las sillas de respaldo bajo, las plantas de interior sin una mota de polvo y esa chimenea, con su enorme repisa sobre la que descansaban unas estatuillas de niños angelicales retozando detrás de una hilera de libros—, tuvo la impresión de que la sala reflejaba la desazón que sentía.

Observó los cuadros. Había un montón. Mujeres blancas, ricas, en su mayoría con miriñaques, pintadas con un guiño a lo que se llevaba en Francia treinta años antes. Algunas de esas mujeres, Claudine lo sabía, las había pintado Lucian. No sabía si le gustaban. El chico no pintaba nada mal, de eso no cabía duda. Aunque tendría que ponerse al día. Ser más audaz. Pintar más como los amigos artistas que ella había dejado en París.

Estaba mirando un cuadro en particular. Era una mujer que se parecía de forma inquietante a Rose. Entonces, de pronto, Jack apareció a su lado y se la llevó a un rincón.

—¿Qué quiere decir eso de que viste a la mujer de Wingfield antes de irte a la cama? —La boca le apestaba a alcohol.

—Pues exactamente eso —dijo ella, apartándose.

—Pero te ordené que no te movieras.

—Ya sabes que no me gusta que me mangoneen.

—Oh, no me vengas con chorradas.

—¿Qué chorradas, Jack?

—Tu numerito a lo reina de Saba. Ambos sabemos que llegaste al mundo con una mano delante y otra detrás. —Claudine encajó el

insulto sin inmutarse. Intentó marcharse, pero él volvió a agarrarla—. No te atrevas a dejarme con la palabra en la boca.

Ella se quedó de piedra.

—¿O qué?

—Pues ya lo verás. —Le estrujó la muñeca.

—Quítame esa sucia mano de encima.

—Tú me apoyas. Diga lo que diga. ¿Entendido?

Se abrían varias alternativas. Resueltamente, y con una visión más amplia de la tesitura en la que se encontraba, Claudine eligió la más directa.

—Lo que tú digas, Jack —respondió.

El asombro ante la desvergüenza de Bella fue el combustible que alimentó los pasos de Cecil en su caminata de vuelta al hotel desde la caseta de piedra. ¿A quién pretendía engañar con sus mentiras? Miró los parterres y las extensiones de césped, el primoroso trabajo de jardinería, y sintió que lo invadía el rencor. Todo eso era de Bella, no suyo. Nunca lo había sentido suyo. Y ahora empezaba a preguntarse qué estaba haciendo allí. En ese hotel. En ese matrimonio.

Su amigo Horace le había dicho, al saber de los planes de Cecil de marcharse a Italia, que dirigir un hotel era una tarea fácil siempre que los huéspedes también lo fueran. En su momento, a Cecil le pareció que era una perogrullada. Pero, qué diantres, el hombre tenía razón.

Llegó a tiempo de ver el final de la discusión entre Claudine y Jack, que Lizzie estaba observando desde el umbral del salón.

Cecil se le acercó.

—¿Una riña entre amantes?

Lizzie respondió sin mirarlo.

—Eso parece.

—¿Cree que intentan ponerse de acuerdo sobre lo que van a contar?

—Si usted lo dice. —Lizzie trató de alejarse, pero Cecil siguió insistiendo.

—¿Ha hablado con la señora Turner?

—Todavía no. Acabo de salir de la cama.

—Pero anoche la vio, ¿no? ¿Justo antes de acostarse?

—No lo recuerdo.

Cecil iba estrechando el cerco, transmitiendo algo más que una velada amenaza.

—Señora Wingfield, no quiero preocuparla, pero la coincidencia de la partida de su marido con la desaparición del cuadro no es algo que pueda pasarse por alto.

Lizzie se mantuvo firme.

—¿Qué está diciendo?

—Nada, señora mía. Sencillamente, si dispone de cualquier información que pudiera ayudarnos a esclarecer lo ocurrido, le recomiendo encarecidamente que nos la comunique. —Hizo una pausa para que el golpe de gracia fuera más contundente—. Me sabría muy mal ver a uno de nuestros deportistas más célebres envuelto en este turbio asunto. Con toda la publicidad que es de rigor en estos casos.

Lizzie se quedó boquiabierta. Sin embargo, Bella apareció ante ellos antes de que pudiera responder.

—Cuando quieran, el desayuno está servido —dijo alegremente.

—Estupendo —dijo Cecil, apartándose de Lizzie.

—Les hago saber que deben ir pasando al comedor. —Bella no parecía haber percibido nada discordante.

—Entonces, vamos. Estoy seguro de que la señora Wingfield tiene hambre.

Mientras Lizzie se adelantaba, Cecil y Bella echaron a caminar juntos por el pasillo, en silencio. Julia los abordó de pronto. En cualquier otro momento, Cecil habría recibido de buen grado la oportunidad de coquetear con ella. Pero no ahora.

—Qué asunto más desagradable —dijo Julia.

—Así es —convino Bella, impasible.

Julia echó una mirada a Cecil.

—Me sorprende lo tranquilo que estás.

—Es inútil perder los estribos.

—¿De verdad creéis que han robado el cuadro?

Bella tomó la palabra.

—No creo que ninguno de nosotros sepa ya qué pensar, Julia.

Al entrar en el comedor, Cecil vio que Jack se dirigía a su mesa.

—O a quién creer, siendo más precisos.

Jack se volvió inmediatamente.

—¿Eso va por mí?

Cecil sintió una oleada de satisfacción.

—Supone bien.

—¿Me está llamando mentiroso?

—Insinúo que está siendo cicatero con la verdad.

—¡Cecil! —exclamó Bella.

El comedor quedó en silencio cuando ambos hombres se pusieron en guardia frente a frente. Cecil tenía la ventaja de ir bien vestido. El batín de Jack no paraba de ondear, dejando al descubierto el pijama de franela que llevaba debajo.

—Pues desembuche —dijo Jack.

Cecil esbozó una sonrisa de superioridad.

—Creo que le corresponde a usted demostrar su inocencia, amigote. Decirnos lo que sabe.

Jack miró el mar de caras expectantes a su alrededor.

—El cuadro estaba en la caja cuando me lo entregó. Vi cómo lo embalaba con mis propios ojos.

Pero Cecil había visto la oportunidad de pavonearse.

—Aun así, me pregunto por qué tenía tanto interés en que la transacción se cerrara anoche.

—Cuando insistió en mostrar el cuadro públicamente, bueno... Pensé que estaba más preparado para protegerlo que usted.

Bella intervino.

—Estoy segura, señor Turner, de que hizo lo que consideró más conveniente.

Jack echó una mirada a Claudine, que estaba sentada a solas con un vaso de zumo de naranja.

—Dejé a Claudine con los medios necesarios para proteger el cuadro cuando bajé a cerrar el trato. Y luego volví a la habitación, a eso de las once. O ella o yo estuvimos en todo momento con el cuadro. Hasta que esta mañana fui a verlo y descubrí que ya no estaba.

—¿Desaparecido? —propuso Cecil—. ¿En una nube de humo? —Se sopló las manos como un mago.

—No creo en los trucos de magia —dijo Jack.

—Pues estamos de suerte —replicó Cecil con aspereza—. Porque yo tampoco.

—Entonces ¿qué explicación le encuentra? —preguntó Julia.

—Creo que el señor Turner no nos ha contado toda la verdad —dijo Cecil—. Intenta ocultarnos el alcance real de su negligencia.

Ninguno de los presentes se perdía detalle del intercambio.

—Cariño —dijo Bella—. ¿Crees que es el mejor momento para esto? ¿El mejor sitio?

Jack se puso las manos en las caderas.

—Más te vale, colega, tener algo en lo que basarte para afirmar eso.

—Oh, estoy seguro de que su mujer podrá explicárselo mejor que yo. ¿No es así, señora Turner?

Claudine guardó silencio.

—O quizá —continuó Cecil— deberíamos pedirle a la señora Wingfield que lo confirme. A fin de cuentas, la he oído decir perfectamente que habló con ella. Justo antes de acostarse.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada.

—Quizá me ausenté de la habitación —reconoció Claudine—. Pero solo fue un momento.

—¡Claudine! —exclamó Jack volviéndose hacia ella.

—¿Qué, Jack? Es la verdad.

—La cosa se pone interesante —dijo Cecil.

—Nunca le he fallado a una amiga.

—Le pedí que viniera al cuarto de baño a verme —aclaró Lizzie.

Julia se quedó horrorizada, como si la mera idea de citarse en un cuarto de baño le resultara repugnante.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—Para ayudarla a prepararse para la cama.

—¿Y cuánto tiempo duró su encuentro? —preguntó Cecil.

—Unos veinte minutos.

—Y durante ese tiempo la señora Turner no estuvo con el cuadro. Y usted, señora Wingfield, no estuvo con su marido.

—No voy a negar que me separé del cuadro —dijo Claudine—. Pero alguien tuvo que hacerse con la llave de la habitación. Porque juro por lo más sagrado que... —Echó una mirada a los curiosos que la rodeaban—. Cerré la puerta con llave al salir.

Casi no le quedaban cigarrillos. Sentado en la terraza, contemplando el mar, Nish sacó el último Caporal del paquete y suspiró. No soportaba la situación en la que se había visto envuelto: ser un personaje clave en un cúmulo de catástrofes entrelazadas.

Un yate se deslizaba hacia el puerto, dejando tras de sí una fina estela blanca sobre el mar. Nish lo observó distraído. El paisaje de Portofino podía jugarte malas pasadas. La infinitud de las colinas, los cielos diáfanos... Era hipnótico, te convencía de que eras inmune a las vicisitudes de la vida y que Italia era lo que casi todos los turistas ingleses deseaban que fuera, la suma de sus cuadros, esculturas y edificios medievales bajo un sol benigno.

Pero Italia era un país roto. Y en parte lo estaba por culpa de los aliados, quienes le habían prometido en el Tratado de Londres un territorio que no estaban en condiciones de entregarle, con el único fin de que se pusiera de su parte y entrara en la guerra. Cuando esta terminó, el presidente del Gobierno italiano, Vittorio Orlando, fue humillado en la Conferencia de Paz de París y dimitió de su cargo.

De hecho, Italia había obtenido algunos territorios: Istria, Trieste y el Tirol meridional. Pero también había perdido gran parte de la Dalmacia, lo que fue motivo suficiente para que los nacionalistas y los fascistas montaran en cólera y fomentaran el descontento popular, acusando a Orlando de ser el principal responsable de una «victoria mutilada».

Fue entonces cuando, por la derecha del escenario, salió Mussolini.

Nish estaba tan ensimismado en sus pensamientos que tardó un rato en ser consciente del ruido de unos pasos que se le acercaban por detrás.

—¿Te importa si te acompaño? —dijo una voz. Era Lucian—. El ambiente está muy tóxico ahí dentro.

—Como quieras —dijo él, sin volverse.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada serio. —Nish sonrió—. Pero, si tanto te interesa, estaba pensando.

—¿Ah, sí? —Lucian pareció tomárselo a guasa.

—Pensaba que no podremos destruir el fascismo a menos que intentemos comprender de dónde surge. Y por qué seduce a tanta gente. —Se interrumpió—. No basta con odiar algo.

—Tema serio —dijo Lucian tras sentarse a su lado.

Nish le ofreció su último cigarro.

—Ojalá fuera menos urgente.

Lucian debió de reparar en que le temblaban las manos, porque

preguntó:

—¿Estás bien?

Nish miró a su amigo. No encontraba las palabras.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucian—. Dime.

Nish negó con la cabeza.

—Te debo la vida, por el amor de Dios. No puede haber secretos entre nosotros.

—Bueno, digamos que he sido un idiota.

Lucian se rio.

—Menuda novedad entonces.

—No bromeo, Lucian. Me he metido en un lío.

—Bueno, deja que te ayude.

—Me parece que no tiene arreglo —dijo Nish.

Y entonces se lo contó; no todo, pero sí lo suficiente. Le habló de Gianluca, de Billy y de los panfletos. Lucian lo escuchaba sin pronunciarse.

—No pinta bien —dijo al cabo de un rato—. No podemos guardarnos esto. —Al ver la cara que ponía Nish, añadió—: Si me permites la osadía, creo que deberías tener una conversación sincera con mi madre.

Nish apagó el cigarrillo.

—No es tu madre la que me preocupa.

El ambiente en el comedor era más ligero de lo que esperaban. Los bollos de Betty habían obrado el milagro. Pero la llegada de Nish y Lucian coincidió con la del nuevo compinche de Danioni: un tipo sombrío, como un espantajo, con el uniforme de gala de la policía al completo, incluidas las charreteras de plata y un cinto blanco que le cruzaba la chaqueta en diagonal.

—Por fin —dijo Bella. Dio unas palmadas para pedir silencio—. Les ruego que presten atención.

Se hizo el silencio en el comedor. El recién llegado empezó a dirigirse a los reunidos en italiano y el conde Albani iba traduciendo. El individuo era, anunció el conde, el sargento Ottonello de la Polizia Municipale y se había personado para registrar el hotel.

—Asimismo, solicito su autorización —precisó Ottonello, esbozando una sonrisa forzada, pero ninguno de los presentes

albergaba la menor duda de que se trataba de una orden y no de una petición.

Danioni dio un paso al frente.

—Estoy seguro, damas y caballeros, de que ustedes no tienen de qué preocuparse. —Y dicho esto, se volvió para marcharse.

Bella se disponía a salir detrás de él cuando Lucian se interpuso precipitadamente en su camino.

—Tenemos que hablar en privado —dijo.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Ahora mismo, me temo.

—Vamos a la cocina.

El inconveniente de la privacidad, pensó Nish, era que siempre era relativa. Por ejemplo, a Bella le parecía que una conversación podía incluir a Alice —de hecho, cualquier miembro de la familia que estuviera presente— y seguir siendo privada.

Nish nunca había tenido en estima a Alice, aunque no se lo había dicho a Lucian. Le parecía que era una rencorosa y una amargada, la clase de persona que siempre piensa mal de los demás. Así que no le sorprendió en lo más mínimo que Alice, después de escuchar su historia, se enfadara todavía más que su madre.

—¿Cómo se puede ser tan estúpido? —exigió saber, con la cara pecosa roja como un tomate.

Lucian saltó en defensa de su amigo.

—Vamos, Alice. Nish no podía imaginar que Billy escondería los panfletos debajo de la cama de lady Latchmere.

—¡Me refería también a ti! —exclamó Alice lanzando a su hermano una mirada asesina—. ¿En qué estabas pensando? Colarse en una reunión secreta de socialistas, ¡lo que hay que ver!

—Esperaba aprender un poco —dijo Lucian, con sarcasmo—. Sobre política. En el improbable caso de que pudiera tratarse de algo que me apasionase.

—¿Y por qué es tan importante eso? ¿Por qué esa obsesión con apasionarse por las cosas?

—Si no lo sabes —le soltó Lucian—, no creo que merezca la pena explicártelo.

Miró a su madre, esperando oír una palabra de aliento. Pero Bella se había llevado las manos a la cabeza.

—Ay, Lucian.

—Por favor, señora Ainsworth —dijo Nish—. Lucian no sabía nada de los panfletos. Toda la culpa es mía.

—No le hagas caso, mamá —dijo Lucian.

—Solo puedo pedir perdón —continuó Nish—. Por los problemas que les he ocasionado. Después de todo el cariño que me han dado.

Lucian iba a hablar de nuevo, pero Bella se le adelantó.

—No tiene sentido discutir sobre cómo nos hemos metido en este embrollo. Lo que tenemos que hacer es concentrarnos en encontrar la forma de salir.

—¿Y no podemos simplemente recuperar esos puñeteros panfletos? —preguntó Alice.

Bella negó con la cabeza.

—Ya han empezado a buscar el cuadro.

—Y hay policía por todas partes —añadió Lucian.

—¿Cabría la posibilidad de que encuentren el cuadro y se olviden de lo demás? —se preguntó Nish.

—Apuesto a que el culpable se ha largado con viento fresco —dijo Lucian—. Anoche vi a Wingfield pululando por el hotel de manera muy sospechosa.

—Entonces ¿por qué no contamos simplemente la verdad? —preguntó Alice.

Bella la miró.

—Porque Danioni está buscando cualquier excusa, por pequeña que sea, para cerrarnos el hotel.

—Me entregaré a la policía —dijo Nish, con los hombros caídos —. Les diré que actué solo.

Lucian negó con la cabeza.

—No puedes hacer eso. En el mejor de los casos, te expulsarán del país. Y en el peor, te meterán en la cárcel.

Se quedaron callados.

Alice fue la primera en hablar de nuevo.

—No hay otra alternativa. Tendremos que cargarle el muerto a Billy.

—¡Alice! —Lucian estaba indignado.

—¿Qué? —Alice seguía sin entender el problema—. Fue él quien tuvo la estúpida idea de esconderlos allí.

Como hacían de niños, los dos hermanos se volvieron hacia su madre para que dictara sentencia. Sin embargo, Bella, por una vez, no

dio pistas de lo que pensaba.

—Debo avisar a lady Latchmere —dijo a la postre—. No le hará ninguna gracia ver su nombre envuelto en este despropósito.

Alice siguió a Bella cuando esta salió en busca de lady Latchmere.

—Sabes que tiene sentido —le dijo a su madre—. Lo de Billy.

Bella continuó caminando con la esperanza de desembarazarse de Alice.

—Betty no nos lo perdonaría jamás.

—Pero es un menor. Seguro que no se pasarán de la raya con él.

—Nunca se sabe. —Alice percibió una nota de acritud en el tono de su madre.

—Bueno, en tal caso le estará bien empleado. Nish ha dicho que tenía escondidas en su cuarto las llaves de repuesto de todas las habitaciones del hotel.

—No podemos echarlo a las fieras, Alice.

—Pues no veo qué otra opción nos queda.

Bella suspiró.

—Por lo menos tendríamos que conseguirle un abogado.

—Hablaré con papá —dijo Alice, con alegría. Dio media vuelta y se marchó, sintiéndose de pronto colmada de una gran resolución. Era un alivio.

Bella la llamó.

—¡Alice, espera! ¿Te ha dicho algo él?

Alice volvió sobre sus pasos.

—¿Billy?

—No. —Bella dudó—. Tu padre.

—Casi no he cruzado palabra con él en todo el día. ¿Por qué lo preguntas?

Bella negó con la cabeza.

—Está comportándose de una forma extraña. Nada más.

—Pues menuda novedad —dijo Alice.

—Ya —repuso Bella—. Supongo que llevas razón.

Lady Latchmere estaba sentada junto a la ventana del salón, con un ejemplar de *Country Life* abierto sobre el regazo. Su rostro de perfil

parecía tan joven que Bella tuvo que mirar dos veces para cerciorarse de que era ella. ¿Podía ser la misma lady Latchmere que había tenido esas actitudes tan desagradables al llegar al hotel? ¿La misma lady Latchmere que, tan solo una semana antes, había armado un escándalo por una taza de té que se había enfriado en la mesa y había exigido que la retirasen?

«Todos podemos cambiar —pensó Bella—. Incluso a la mitad de la vida, podemos recuperar los ideales de la juventud.»

—Lady Latchmere.

Sus ojos de un azul nebuloso se posaron en ella.

—Querida, llámame Gertrude, por favor.

—Gertrude, necesito hablar contigo. Es un asunto algo delicado.

Como si hubiera adivinado el nerviosismo de Bella, lady Latchmere le tomó la mano.

—Entonces lo mejor será que lo sueltes todo directamente, querida.

El discurso de Bella fue titubeante, lo que no era habitual en ella.

—Me han informado de que en el registro del hotel es posible que se hallen ciertos materiales de incuestionable naturaleza política... Escondidos debajo de su cama.

Lady Latchmere parecía confundida.

—¿Debajo de mi cama?

—Eso me temo.

—¿Qué clase de materiales?

—Panfletos —dijo Bella—. Para ser exactos.

—¿Y qué dicen esos panfletos?

—Según tengo entendido, manifiestan opiniones despectivas. Sobre el *signor* Mussolini.

Al oírlo, lady Latchmere soltó una alegre carcajada. Fue tan sonora que Bella miró a su alrededor, preocupada de que alguien pudiera oírlas.

—¡Pero si eso es una maravilla!

Bella estaba atónita.

—¿Gertrude?

—¿Y quién es, si se me permite la pregunta, el subversivo que se esconde entre nosotros?

—No estoy en disposición de revelarlo. Por temor a incriminarlo.

—Entonces lo que haré es afirmar que son de mi propiedad.

—¿Disculpa? —Bella no estaba segura de haber oído bien.

—Los panfletos —susurró lady Latchmere—. Diré que son míos.

A Bella se le escapó la sonrisa.

—¿Crees que eso es sensato, Gertrude?

Lady Latchmere echó atrás la cabeza.

—No me dan ningún miedo. Basta echar un vistazo a ese brabucón con sus andares petulantes para saber que es un vulgar rufián. No soporto a los abusones.

Bella sintió un gran alivio.

—Ay, no puedo estar más de acuerdo.

—Herbert..., lord Latchmere era terrible con mi querido Ernest. Lo maltrataba. Amenazó con desheredarlo si no se alistaba para «cumplir con su deber».

—Siento mucho oírlo —dijo Bella. Y de verdad le sabía mal—. Sé que Lucian también sintió la presión de tener que alistarse como voluntario. Fue su padre.

—Ojalá hubiera podido plantarle cara. Por Ernest.

—Pobres chicos. —Ambas mujeres se vieron unidas de nuevo por la pena.

—Me cuesta horrores hablar con mi marido desde entonces —reconoció lady Latchmere—. No creo que las cosas vuelvan a ser como antes entre nosotros.

Desde el mismo día en que el Hotel Portofino abrió sus puertas, Danioni se había empecinado en husmear por sus instalaciones. Le gustaban especialmente las suites que tenían cuarto de baño propio. No podía pedirse mayor lujo que ese. Pasaba la mano por los grifos cromados y se imaginaba sumergido en un baño de agua perfumada y espumosa, mientras las luces y las sombras de las velas danzaban en las paredes.

El lavabo que tenía en su casa era un cuartucho lleno de cachivaches. Y el inodoro estaba fuera. Sin ir más lejos, el día anterior había ido a hacer sus necesidades y se había encontrado a una rata muerta embutida en la taza.

Aquí era imposible ver una rata muerta, aunque —pensó esbozando una sonrisita satisfecha— no le sería difícil apañárselas para que alguien escondiera una en algún sitio. En un armario de la

cocina, tal vez. ¡Cómo chillaría esa cocinera pueblerina cuando la viera!

La suite en la que se encontraba ahora, que era la de la vieja dama, tenía su propio cuarto de baño. Sin embargo, Danioni no entendía a qué venían todos esos elogios sobre el dormitorio en sí. Era grande, evidentemente. Pero le desagradaba el discreto papel floral de las paredes. ¡Y los muebles eran viejísimos!

A los ingleses les gustaban las cosas viejas. Les gustaba conservar sus vínculos con el pasado. Por eso los asustaba el futuro. No como a los italianos. No como a Il Duce.

Danioni tamborileaba con los dedos sobre sus muslos mientras el sargento Ottonello buscaba debajo de la cama de lady Latchmere.

¿Por qué estaba tardando tanto?

Cuando Ottonello se puso nuevamente en pie, Danioni le echó una mirada con las cejas enarcadas.

—*Trovato qualcosa?* —preguntó.

Ottonello negó con la cabeza.

—*Sei sicuro?*

Con educación pero también firmeza, Ottonello le sugirió que lo comprobara él mismo. Y Danioni lo hizo, arrodillándose para echar un vistazo al hueco polvoriento.

Ottonello tenía razón. No había nada. ¿Cómo era posible?

En el mismo instante en que Danioni se puso de pie, el señor Ainsworth entró en la habitación.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

Ottonello entregó el manojo de llaves a Danioni. Este las levantó y zarandeó en el aire para que tintinearan.

—Hemos encontrado estas llaves en el cuarto de William Scanlon —declaró.

El señor Ainsworth se volvió hacia Ottonello.

—Sí, sí —dijo—. Pero ¿hay alguna noticia del cuadro?

Ottonello lo miró con cara de incomprensión.

Danioni se lo tradujo.

—*Il dipinto?*

El sargento sacudió la cabeza.

—Qué desgracia —dijo el señor Ainsworth.

Una de las primeras cosas que había aprendido Constance cuando entró a trabajar como doméstica era hacer la colada. Resultaba más difícil de lo que la gente creía. Había toda una retahíla de normas y rituales engorrosos que cumplir, como poner las medias y los calcetines en remojo la noche antes o acordarse de ablandar el agua con potasa.

Siempre lo había detestado, y todavía le resultaba insufrible, pero en Italia por lo menos las cosas se secaban antes al sol, y no hacía falta emplear potasa porque el agua de Liguria ya era blanda.

El barreño del hotel —que a diferencia de los ingleses no era de cobre, sino de hierro colado— era el más grande que había visto en toda su vida, y eso que había trabajado en verdaderas mansiones. Dominaba el lavadero y la hacía sentirse como una bruja removiendo la colada con el batidor.

Estaba lavando sábanas. En el hotel, las sábanas se ensuciaban deprisa por todo tipo de razones, pero especialmente porque hacía mucho calor por la noche. Las sacó del barreño y, después de escurrirlas, las puso en el cesto de la colada y las llevó al patio.

Desde el lavadero, una tenía que pasar por la cocina para llegar a la puerta que daba al patio. Constance descubrió que Danioni había emplazado a uno de sus policías a la salida. La hizo parar cuando quiso pasar a su lado.

—*Scusi, signora!*

Ella señaló las sábanas para que las viera y luego imitó el gesto de tenderlas.

—¡Ah! —dijo el policía. Asintió con una sonrisa y estiró el brazo para indicarle que podía proceder.

La cuerda de tender estaba atada a dos árboles sobre un trozo polvoriento de hierba que había detrás del patio, antes del camino que llevaba a la caseta de piedra. El cesto pesaba mucho y cargar con él, aunque solo fueran unos metros, hacía que le dolieran los brazos y la espalda.

Fue un alivio dejarlo en el suelo. Al hacerlo, le llamó la atención una fila india de diminutas hormigas negras que se abrían paso entre la hierba parduzca de camino a su hormiguero, a unos cuantos metros de distancia. Algunas llevaban trocitos de comida sobre sus lomos.

Constance deseó saber más cosas sobre el mundo natural. Conocimientos de verdad, científicos. Por ejemplo, ¿cómo conseguían

las hormigas seguirse las unas a las otras? ¿Tenían ojos? ¿O acaso seguían algún olor o sonido?

Se le ocurrió que los humanos eran más parecidos a las hormigas de lo que les gustaría reconocer. Muchas personas, demasiadas, se seguían ciegamente las unas a las otras, en línea recta, siempre obedientes. Pero no había otra alternativa que obedecer, cuando el castigo por rebelarte era tan severo, ¿no?

La vida en el servicio doméstico consistía fundamentalmente en obedecer. Ponte ese delantal. Lava esas cacerolas. Levántate a esta hora. Si te rebelabas, perdías el trabajo.

La solución era que tus gestos de rebeldía fueran pequeños y discretos.

Levantó el montón de sábanas mojadas. Como esperaba, debajo había una capa de sábanas secas, dobladas y planchadas. Pasó la palma de la mano por debajo y sonrió cuando rozó un bulto grueso.

«Bien», pensó. Los panfletos seguían allí.

12

De haber sido por Cecil, Billy habría muerto de hambre en ese cuchitril maloliente. Pero Betty no iba a permitirlo. Preparó una bandeja con sándwiches y sobras de fiambres y se la llevó ella misma, subiendo la empinada cuesta de grava con las pantorrillas doloridas.

Danioni había destinado a uno de sus policías junto a la puerta. No era antipático. Sonrió, le guiñó un ojo y le abrió la puerta, antes de apartarse para dejarla pasar.

Dentro hacía un calor sofocante porque no corría el aire. La única luz llegaba de una ventana batiente que había en la otra pared. En la penumbra, Betty distinguió una mesa de madera con un sargento de carpintero y, enfrente, varias sierras de distintos tamaños colgadas de la pared. Había tornillos y brocas tirados por todas partes.

Billy estaba sentado sobre varios retales de arpillera. Cuando se abrió la puerta, parpadeó y se puso de pie.

Betty dejó bruscamente la bandeja sobre la mesa y corrió a abrazarlo.

—Ay, Billy —dijo—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada. —Estaba enfadado y guerrero.

—Toma. —Betty cogió un sándwich de la bandeja y se lo ofreció —. Tienes que comer un poco.

Él lo apartó.

—No tengo hambre.

—Tienes que reponer fuerzas.

—Te he dicho que no tengo hambre, mamá.

—Por lo menos bébete esto. —Le dio una botella de cristal llena de agua.

Se la bebió sediento y luego se secó la boca con la manga de la camisa.

—¿Hasta cuándo van a tenerme enjaulado aquí?

—No lo sé, Billy.

—Solo fue una bici, por el amor de Dios. Iba a devolverla.

—La puñetera bici les da igual.

—¿Entonces qué?

—El cuadro.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Dicen que alguien tiene que habérselo llevado. De la habitación del señor Turner.

—¿Y?

—Han encontrado un juego de llaves maestras. Estaban escondidas en tu cuarto.

Billy se quedó callado. Sacudió la cabeza, pero Betty reparó en que no negaba haber cogido las llaves.

—Ay, hijo. —Su voz sonó débil y apagada.

—No es lo que piensas, mamá. No sé nada de ese cuadro. Lo juro sobre las tumbas de mis hermanos.

—Yo te creo. Aunque casi nadie lo haga. —Lo atrajo hacia sí—. Pero explícame lo de las llaves.

—Era un favor. Alguien me lo pidió. Me olvidé de devolverlas a su sitio. —Billy la miró a la cara.

—¿Qué favor? ¿Para quién? —preguntó Betty.

Pero Billy guardó silencio.

Pese a que el registro policial continuaba, el día lentamente se había sosegado hasta alcanzar algo parecido a la normalidad. Lo que más le gustaba a Alice del hotel era la sensación de hallarse a bordo de un gran transatlántico. Eso, y tener también un papel bien definido, la hacía sentirse segura y a salvo.

Se le daba bien dar órdenes a los demás. Si eso parecía un defecto, no hacía sino demostrar lo poco que la gente entendía las exigencias que entrañaba la dirección de un hotel.

De niña, una de las novelas favoritas de Alice había sido *Gran Hotel Babylon* de Arnold Bennett. Mientras la leía, soñaba con trabajar en aquel establecimiento tan exclusivo a orillas del Támesis que había imaginado el autor. Le encantaba la descripción de Jules, el jefe de los camareros, mandando sobre sus subordinados, mientras estos se deslizaban sobre las alfombras persas «balanceando las bandejas con destreza de malabarista y recibiendo y ejecutando órdenes con ese aire de importancia del que solo conocen el secreto los camareros de

primera clase».

La meta de Alice, así lo veía, era inculcar ese secreto a Constance y Paola.

En ocasiones, sus consejos echaban raíces. Constance estaba poniendo en práctica, y con buenos resultados, sus recomendaciones sobre la postura corporal. Pero, por el amor de Dios, a veces se le hacía todo muy cuesta arriba, hasta el punto de que en ocasiones se preguntaba si Constance y Paola la respetaban en lo más mínimo.

Míralas, sirviendo tentempiés a los huéspedes en el salón. Paola iba encorvada como una mujer veinte años más vieja, luciendo esa expresión borrascosa que parecía adherida permanentemente a su cara en los últimos días.

—¡Vamos, Paola! —le había dicho Alice apenas un día antes, dando unas palmadas enérgicas—. ¡Alegra esa cara! *Siate felici!*

Constance, por otra parte, cumplía con lo que le había ordenado. Iba bien derecha, con los hombros echados hacia atrás y metiendo la barriga.

«Muy bien —pensó Alice—. Vamos mejorando.»

Pasó por la mesa de Roberto y el conde Albani y se detuvo para obsequiarlos con una sonrisa. A fin de cuentas, no había motivo para sentirse avergonzada por esa historia del regalo. Mostrarse incómoda no hacía más que multiplicar la incomodidad. Cuando se volvió para marcharse, oyó que Roberto comentaba:

—*È una donna bellissima*.

Muy a su pesar, Alice sonrió. ¿Preciosa? ¿Realmente lo era?

De camino a la puerta, atisbó su reflejo y se detuvo para observar la elegancia todavía juvenil de su figura como si fuera algo extraño, desconocido. Antes de la guerra, se habría dicho a propósito de ella que no parecía una viuda. Pero el mundo había cambiado. Una viuda podía tener ahora cualquier aspecto.

Reuniendo toda su confianza como un manto protector, Alice se volvió hacia la mesa del conde Albani. Él y Roberto conversaban en voz baja con esa intensidad tan propia de los italianos. Se inclinó hacia delante, carraspeó y tuvo la agradable sensación de que ambos se quedaban sin palabras.

—Antes quería decirle que espero que pueda disculparnos todas estas molestias, conde Albani.

El conde la miró de forma halagadora, como si por el mero hecho

de dirigirles la palabra hubiera penetrado Alice en cierta verdad suya oculta a los demás.

—Soy yo quien debería rogarle disculpas. Por mis compatriotas. Y sus modales incivilizados y criminales.

—Le estamos muy agradecidos por su ayuda —dijo ella—. Y por la brillantez con la que nos ayuda a comunicarnos con ellos. —Al oírlo, el conde le hizo una pequeña reverencia con la cabeza y Alice soltó una risita—. Es extraño, supongo, que Roberto apenas hable nuestra lengua.

Volvió la mirada hacia Roberto, quien le respondió con una sonrisa oscura. Alice imaginó que había entendido que hablaban de él, pero que no tenía ni idea de qué decían.

—Mi hijo es un joven arrogante, señora Mays-Smith —dijo el conde Albani—. Cree que no hay nada que yo pueda enseñarle.

—¿De verdad? —preguntó Alice—. ¿Quizá yo podría intentarlo?

—¿Enseñarle inglés? —El conde levantó una ceja—. Es una idea excelente.

—Por lo menos unas nociones básicas. Para que pueda hablar por sí mismo.

—Estamos a su entera disposición.

Alice estaba muy satisfecha consigo misma por haber tomado la iniciativa. Lo celebró confirmando su autoridad. Cuando vio a Constance pululando con una bandeja de galletas, le indicó que se acercara y le ordenó que se las ofreciera al conde Albani y a Roberto.

Constance asintió obediente y se encaminó hacia su mesa sacando pecho y con esos andares tiesos que le había enseñado Alice. Cuando Constance les ofreció la bandeja, Alice se fijó en que Roberto le echaba una mirada muy distinta de la que le había dirigido a ella hacía apenas un momento.

Casi no tuvo que esforzarse para oírle decir, *sotto voce*:

—*Bellissima*.

Se le cayó el alma a los pies. Miró a Roberto con una suerte de quejumbrosa perplejidad, y luego volvió a fijarse en Constance, quien parecía no menos alterada que Alice, aunque fuera por un motivo completamente distinto. Era evidente que no le gustaban las atenciones que le prodigaba Roberto. ¡Constance! ¡Una flacucha de pueblo que hacía de chica para todo!

Alice la había visto tontear con Lucian. Quizá pensaran que

estaban siendo sutiles con sus miraditas disimuladas, pero ella sabía lo que se cocía. Sabía lo que quería Constance, esa mocosa petulante.

Toda la rabia y todo el rencor de Alice brotaron de golpe e incluso temió que fuera a llorar e hiciera el ridículo.

Era su destino, parecía, que la vida la dejara en la estacada. Y no le parecía justo. Todo cuanto quería, todo cuanto aspiraba a hacer, era llevar una vida adulta convencional, no a la moda, no artística, como Lucian. Una existencia normal y corriente, religiosa y respetuosa con las leyes, con un marido que la acompañara y la moldeara; no, no era eso exactamente, pero sí por lo menos que la cambiara. La hiciera mejor persona. Suavizara sus cantos, para que fuera menos amarga y crítica con los demás.

Una vez, siendo joven, había encontrado a un hombre así. Y entonces se lo arrebataron de pronto, sin avisar ni pedir perdón.

Alice abandonó el salón con esos ruidosos pensamientos atronando en su cabeza. Fue al baño que había junto al despacho de su madre y cerró la puerta con llave.

Si era discreta y escondía la cara en el pañuelo, nadie oiría sus sollozos.

En el vestíbulo, Bella se cruzó con Danioni y tres policías. Salían a fumar al sol y descansar un momento. Con toda la cortesía que fue capaz de reunir, le preguntó si había alguna novedad.

—Lo siento, *signora*. Tardaremos un ratito todavía —respondió Danioni.

El conde Albani se le acercó discretamente.

—Parece que Danioni está disfrutando de lo lindo. Dirigiendo las operaciones.

—Causándonos daño, querrá decir.

—Habla usted con gran emoción.

—Desprecio a la gente que intenta aprovecharse de la desgracia de los demás.

—¿Ese hombre intenta aprovecharse de usted?

Bella se mordió el labio y negó con la cabeza ligeramente.

—Mi querida señora Ainsworth. Es un insulto para nuestra amistad que rehúse sincerarse conmigo.

Ella lo miró. ¿Qué información buscaba el conde?

—Ha amenazado con cerrar el hotel —dijo ella.

El conde soltó una carcajada que más bien parecía un rebuzno hasta que se dio cuenta de que Bella le hablaba completamente en serio.

—Esta mañana, a las siete, me ha traído al inspector de salud. Afirma que preparamos la comida en condiciones insalubres.

—Pero eso es ridículo.

—Y eso es justo lo que le he dicho. —Se llevó la mano a la boca, abrumada de pronto por las circunstancias.

—Por favor —dijo el conde Albani—. No se disguste. Donde hay un problema, siempre hay una solución.

—Pero ¿cómo voy a resolver un problema que no existe?

—Ya, pero evidentemente no es ese el problema que Danioni espera que usted resuelva.

Bella lo miró de reojo. Estaba escarbando otra vez.

—En Italia —prosiguió él—, una gran mentira como esta sirve para esconder debajo una verdad aún más grande. Entre usted y el señor Danioni hay algo más. Algo que prefiere no revelarme.

Bella guardó silencio. No le gustaba nada ese juego.

—Hablaré con él —dijo el conde de pronto. Había decidido jugar su mejor baza.

—Oh, conde. ¿Lo hará?

Él se inclinó.

—No hay límite —declaró—. No hay límite a lo que yo haría por usted.

En el sosiego de la terraza inferior, Lizzie estaba desesperada. Se había acurrucado al lado de Claudine.

—Espero no haberte causado un problema. —Al hablar, echó una mirada furtiva a Jack, quien estaba sentado a solas, con gesto impasible y una copa de brandy en la mano.

—Cielo, tú no eres el problema —dijo Claudine.

—Es que me sabría fatal haber provocado un conflicto en tu relación. Cuando tú has hecho tanto para ayudarme a limar las asperezas en la mía.

Claudine sonrió.

—Entonces ¿limasteis asperezas?

—Sí, claro. Dos veces, de hecho. —Lizzie tuvo un ataque de risa —. Lo siento. Aún no entiendo lo que me ha pasado.

—Yo sí —dijo Claudine.

—¡Claudine! —Lizzie la hizo callar—. ¡Lady Latchmere podría oírnos!

—No tienes nada que temer de lady Latchmere —repuso Claudine—. Es una mujer de mundo, no te equivoques.

El poder transformador del *negligé* de Claudine, sumado a la aplicación de un maquillaje radical —labios rojo sangre, mucho lápiz de ojos—, había superado sus expectativas más optimistas. Tampoco era que tuviera expectativas tremendamente optimistas, pues todo lo más había aspirado a que Plum no se quedara dormido a los cinco minutos. Pero, de hecho, la noche entera había sido un aprendizaje. En más de una ocasión, Lizzie se había preguntado: «¿Dónde ha aprendido eso?», aunque luego prefirió seguir en la ignorancia.

Claudine sonrió.

—Pareces una mujer nueva.

—Me siento una mujer nueva —dijo Lizzie.

Sin embargo, ¿sentir era lo mismo que ser?

Bella ya había tenido bastante de Danioni y Ottonello. Pero esos dos parecían empeñados en informarlos de sus pesquisas a ella y a Cecil en el salón del hotel, así que les siguió la corriente servicialmente, esperando que Cecil encontrara la forma de mostrarse agradable.

No lo hizo.

Si acaso, la falta de avances en la investigación no había hecho sino amargarlo más todavía.

—Entonces ¿el registro no ha servido de nada? —preguntó.

Danioni miró a Ottonello y este dijo:

—*Niente*.

—¿Absolutamente nada? —Bella tampoco daba crédito.

—Ninguna sorpresa inesperada, *signora* —la tranquilizó Danioni, y le echó una mirada cargada de intención—. Sus huéspedes viven... *Come si dice*..., sin pecado, ¿no?

Cecil saltó antes de que ella pudiera responder.

—¿Y no tiene ni idea de cómo se llevaron el cuadro de la habitación del señor Turner?

—No hemos encontrado pistas.

—¿Ninguna huella dactilar?

—¿El pomo? Lo han limpiado.

Se quedaron callados un momento, mientras pensaban en qué situación les dejaba la falta de avances.

—¿Y bien? —preguntó Bella—. ¿Ahora qué?

—Nos llevaremos al chico para interrogarlo —dijo Danioni—. Lo obligaremos a confesar, ¿no?

—¿Lo obligarán a confesar? —repitió Bella torciendo el gesto.

—Disculpe, señora. No me he expresado bien. Lo que quería decir es que «lo animaremos».

—Amablemente.

—Sí.

—Sin recurrir a la intimidación.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Cecil—. Pueden hacer lo que les dé la gana, con tal de obtener resultados.

Bella se volvió hacia él.

—Tiene que acompañarlo un abogado. Insisto en ello.

—Ya he hecho llamar a Bruzzone —dijo Cecil.

A Rose nunca le había parecido difícil adoptar una pose. Mantenerla, en cambio, era harina de otro costal. Siguiendo las indicaciones de Lucian, había formado una almohada con los brazos para descansar la cabeza, mirando hacia la media distancia, mientras él permanecía sentado cerca, con el cuaderno de bocetos en la mano, tratando de capturar su expresión en carboncillo y lápiz.

¿Lo lograría? ¿Era la belleza más difícil de dibujar que la fealdad? No debería serlo, no si Lucian era un artista tan bueno como él creía. Si de verdad lo era, estaba deseando ver cómo se enfrentaba a su mentón perfecto con hoyuelo; a sus dientes pequeños y blancos, inmaculados; a su rostro ovalado y perfectamente simétrico.

Sin embargo, ello no obstaba para que posar para él fuera una auténtica pesadez. Había oído historias sobre modelos y musas. Las novelas románticas que devoraba estaban repletas de esas mujeres. Corrían por Londres y París, persiguiendo a artistas geniales, inspirándolos con su belleza y devoción antes de morir tuberculosas en sórdidas habitaciones de hotel. Pero lo que esos libros no decían

era que esas sesiones de posado, mano sobre mano, resultaban interminables.

Aunque, a decir verdad, estar mano sobre mano era práctica habitual en el Hotel Portofino. ¡Qué jaleo se había armado por ese cuadro ridículo! ¿Quién iba a querer robar algo tan rematadamente feo?

Procurando mantener quieta la cabeza, Rose preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos llevará esto?

Lucian señaló su cuaderno con el lápiz.

—¿Esto?

—No. Toda esta situación.

—No tengo ni idea. Hasta que encuentren el cuadro, supongo. O abandonen la búsqueda. Lo uno o lo otro.

—Estoy aburridísima. Creo que voy a tener que moverme ya.

—Dame un par de minutos más.

Bella salió a la terraza superior.

—Aquí estáis —dijo.

Interpretando su llegada como una licencia para relajarse, Rose dejó caer los pies al suelo y se incorporó en la silla.

—Lucian quería hacerme un retrato.

—¿Ah, sí? —Bella se acercó a Lucian y examinó el dibujo por encima del hombro de su hijo.

—Tienes otros mejores —dijo.

—Lo sé. Rose tiene algo que me cuesta plasmar.

Bien, ahí estaba la respuesta a la pregunta que se había hecho. Dibujar la belleza era más difícil. De hecho, era tan ágil, tan fluida y enérgica en sus movimientos que ¡debía de ser una verdadera pesadilla para un artista!

Como si quisiera demostrar su teoría, Rose empezó a sentirse cada vez más inquieta.

—Tengo que marcharme —anunció—. Mamá estará preguntándose dónde estoy.

—Por supuesto —dijo Bella, sonriendo—. Haz lo que te parezca más conveniente, cariño.

Rose volvió al hotel bajo la atenta mirada de Bella. Cuando se hubo marchado, Bella miró a Lucian.

—He pensado que te gustaría saberlo. No han encontrado nada durante el registro.

Lucian dejó de sombrear el dibujo y frunció el ceño.

—¿Nada de nada?

—Ni un papel.

—Te juro que es un alivio. —Lucian se quedó callado un momento—. Bueno, ¿dónde demonios estarán?

—No lo sé. Pero en el hotel no están.

Lucian pasó el brazo por la cintura de su madre y la acercó.

—Siento haberte puesto en esta situación.

Bella le acarició el pelo.

—No seas tonto. Yo también lo siento.

—¿Por qué?

—Por haber sido tan impaciente contigo. Estas cosas necesitan su tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A todo. O quizá a nada.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, Lucian. No tengo las ideas claras sobre nada.

Se sentía cansada, tan oprimida por las preocupaciones que un aparente triunfo, como que la policía no hubiera encontrado los panfletos, no había tenido en modo alguno el efecto esperado de aliviarla. En instantes así todo perdía su brillo, de suerte que cuando miraba a su alrededor no veía el mundo extraordinario que había creado, sino un terreno llano y anodino poblado por... Bueno, la verdad es que ni siquiera le parecían personas. Eran más bien como árboles, árboles andantes.

Bella tenía la mano izquierda colgando al lado. Lucian se la apretó. Veía claramente que su madre había cambiado, cómo pugnaba a regañadientes por adaptarse a la nueva realidad.

—Lo superarás —le dijo—. Te sentirás mejor. Yo me siento así muchas veces. Casi a diario, si te soy sincero, aunque solo dure un ratito. La clave es seguir respirando.

Del vestíbulo llegaron los sonidos de una amarga discusión. Hombres que hablaban con rabia; mujeres que lloraban y consolaban.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lucian.

—Billy —dijo Bella, con la voz entrecortada—. Han venido a buscarlo.

Aquello parecía una ejecución pública. Todo el hotel se había reunido frente a la puerta principal. Sin embargo, el silencio sepulcral fue de pronto interrumpido por unos murmullos nerviosos. Un carruaje había aparecido al final del camino de acceso. Y ese carruaje transportaba al *signor* Bruzzone, el abogado que representaría a Billy, y a un hombre mucho más joven y muy guapo.

Cecil se abrió paso entre el gentío para recibirlos.

—¿*Signor* Bruzzone?

—Sí —respondió el viejo, inclinando la cabeza y secándose la frente con un pañuelo. Tenía las piernas largas y era esbelto, con una nariz prominente y unos penetrantes ojos grises.

Cecil se volvió hacia el joven que lo acompañaba.

—¿Y usted es?

—Soy Gianluca Bruzzone, *signore* —dijo el otro, presentándose—. Mi padre me ha pedido que lo acompañe. Por si es necesario hacer de intérprete.

—Por supuesto que lo será —intervino Bella, que se había colocado junto a Cecil—. Qué suerte que hable nuestro idioma.

—Lo siento —dijo Gianluca—. No lo domino del todo.

—Pues a mí me parece que lo habla perfectamente —opinó Bella —. ¿Dónde lo aprendió?

—En la universidad, *signora*.

—Tenemos que irnos —dijo Cecil.

El conde Albani dio un paso al frente, poniéndose la chaqueta.

—Yo los acompañaré —anunció—. Así ayudaré a informar al *signor* Bruzzone.

—Y yo también —dijo Nish—. Quiero asegurarme de que Billy esté bien.

Bella le puso una mano agradecida sobre el brazo cuando Nish se acercó a Gianluca. Se fijó en que intercambiaban una discretísima mirada. Pero no podían conocerse, ¿no?

—Pues yo también me apunto —dijo Lucian, caminando hacia los demás.

Esperaron junto al carruaje mientras Cecil y Francesco iban a buscar a Billy a la caseta de piedra. La primera impresión de Bella cuando finalmente aparecieron fue que Cecil se había excedido muchísimo con Billy. No solo le había atado las manos a la espalda, sino que además lo empujaba con una mano mientras que, con la otra,

le bajaba la cabeza.

Abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla enseguida. No tenía sentido enfurecer a Cecil, no en ese momento.

Betty estaba muy afectada. Intentaba esconder las lágrimas con las manos. Constance le había pasado el brazo por los hombros.

Bella se le acercó.

—Volveremos a tenerlo aquí enseguida, Betty. Te lo prometo. Estoy segura de que es una terrible confusión.

Aquí paz y después gloria, pensó Cecil. Una cosa menos de la que preocuparse.

Una vez concluido el espectáculo, los espectadores se dispersaron por el hotel. Cecil siguió al gentío, pensando ensimismado que tal vez era hora de tomarse una copa, cuando dijo en voz alta sin dirigirse a nadie en particular:

—Qué soberana tontería.

Jack iba por delante. Cuando oyó a Cecil, se dio la vuelta y dijo:

—¿Tienes algo más que decir?

—Sí. Esto es un disparate.

—¿El qué?

—La idea de que el pequeño Billy Scanlon es un genio del crimen. Él y sus amigos campesinos. Es francamente inverosímil.

—Según yo lo veo —dijo Jack—, es la única explicación posible.

—En absoluto, colega.

—¿Tienes otra?

—Creo que sí.

—Pues muy bien. Ilumínanos. —Jack se cruzó de brazos, adoptando una pose desafiante.

—Fuiste tú, Jack, quien organizó el robo del cuadro. No sé cómo lo hiciste, pero sí sé por qué. Para estafarme mi parte del precio de la venta.

Jack apartó la punta de su chaqueta para enseñar el revólver que llevaba al cinto.

—Repítelo y te mato.

Bella debió de haber observado la escena desde el otro lado del vestíbulo porque se les acercó y dijo:

—¡Caballeros, por favor!

Cecil se sacó el cheque del bolsillo y lo sostuvo para que Jack lo viera.

—No esperes ver ni un céntimo de tus cincuenta mil dólares. Te los cobro en concepto de indemnización, por así decir.

—No vale ni una décima parte de eso.

—¿Qué? ¿Un Rubens auténtico? —Cecil lo miró de arriba abajo, retándolo a explicarse.

Jack se encogió de hombros.

—Tendrás noticias de mis abogados.

—Y tú las tendrás de los míos incluso antes.

—Vamos, Claudine. —Jack miró a su alrededor en busca de Claudine, esperando encontrarla a su lado. Pero ella no se movió de donde estaba, junto al mostrador de la recepción—. He dicho que vamos —repitió Jack.

—Ya... —Claudine negó con la cabeza—. Pero no pienso ir contigo a ningún lado.

Jack se le acercó a grandes trancos y trató de agarrarle la mano, pero ella se apartó.

—¡No me toques!

—¡Claudine!

—Vuelve con tu esposa, Jack.

Él la miró como si acabara de darse cuenta de lo mucho que la odiaba.

—Puta zorra estúpida. ¿Quién crees que te pagará la habitación?

—Tengo mi propio dinero.

Al oírlo, Jack se acercó a ella con gesto amenazador.

—Eres escoria.

Toda la sala se quedó helada.

Claudine soltó una carcajada hueca y desagradable.

—¿No te olvidas de una palabra, Jack?

Fue extraño, pensó Cecil, lo mucho que ese último comentario había soliviantado a Jack. Se llevó la mano inmediatamente al revólver, lo desenfundó y apuntó a Claudine, provocando gritos ahogados entre todos los presentes que se arremolinaban en torno a ellos.

Alguien, tal vez fue Melissa, chilló.

Cecil notó que el corazón le latía desbocado —golpes rápidos, admonitorios—, como si su propio cuerpo le estuviera preguntando:

«¿Qué vas a hacer?».

En verdad no lo sabía y, mientras le daba vueltas a la pregunta, Bella hizo algo extraordinario. Se acercó y se interpuso entre Jack y Claudine.

Entonces, la vieja, lady Latchmere, hizo lo mismo y le clavó a Jack una de sus miradas fulminantes.

—La escoria de un hombre es el tesoro de otro hombre, señor Turner. Las personas se definen por su comportamiento. No por sus orígenes o procedencia.

Jack se mantuvo impertérrito unos instantes, sin querer renunciar a su autoridad. Pero entonces, viendo que no gozaba de apoyo, reunió los últimos retales de su dignidad, dio media vuelta y subió la escalera de camino a su suite.

Cecil llamó a Francesco, que estaba siguiendo el espectáculo desde la puerta de la cocina. En un italiano macarrónico le dijo:

—Ayuda al señor Turner a hacer las maletas. Y comprueba personalmente que sale del recinto.

Por supuesto, Danioni no se llevaba a engaño con Albani. Un miembro de la vieja élite, de la vieja nobleza pontificia.

Esas viejas glorias eran rehenes del pasado.

No entendían que Italia necesitaba a un hombre fuerte que restableciera el orden y la legalidad, o por lo menos algo que recordara a la legalidad visto desde cierta distancia. En ese mundo de posguerra, había nacido una nueva aristocracia: la *trincerocrazia* o aristocracia de las trincheras. ¿Albani había hecho algún sacrificio comparable?

Sangre, tradición, linaje. Esas cosas eran importantes, sí, pero a Albani y sus semejantes no les seducía la lucha revolucionaria. Y por eso Mussolini había llamado a poner fin al abuso generalizado de títulos como «conde». Había querido abolir todos los títulos pontificios otorgados desde 1870 y había nombrado una comisión para que examinara a fondo la cuestión. Al final, todo había quedado en papel mojado. Pero solo porque Il Duce quería conservar el apoyo de la Iglesia.

Aun así, Albani todavía conservaba cierto poder e influencia residuales. Y por eso, a pesar de que despreciaba a ese hombre,

Danioni sintió un aleteo nervioso en el pecho cuando el conde entró en su despacho del ayuntamiento: una visita breve, no solicitada y, con franqueza, inesperada.

Danioni ordenó a toda prisa su escritorio y distribuyó sus plantas para que quedaran bien espaciadas.

Lo primero que hizo el conde tras saludar a Danioni obsequiosamente fue ofrecerle un puro, y muy bueno, cubano, que el funcionario agradeció.

Conversaron en italiano, pero Danioni endulzó su fuerte acento ligur para sonar más refinado.

Albani observó a Danioni mientras este efectuaba los venerables rituales del fumador de habanos: cortar la punta y luego tostar algo el pie para calentar el tabaco a fin de que fuera más fácil de encender.

—Veo que sabe valorar las cosas más bellas que nos ofrece la vida, señor Danioni.

—Pocas veces me es dado disfrutar de ellas. —Danioni se llenó la boca de humo. Luego, apartó el puro de sus labios y observó a su interlocutor—. ¿Dónde los ha conseguido?

—En Londres.

—Es usted muy amante de los ingleses.

—Lo mismo que usted.

Danioni torció el gesto para indicarle que no era así.

—No obstante, se ha tomado la molestia de aprender su idioma —observó Albani.

Danioni se quedó mirándolo. Decidió ser sincero.

—Hace tiempo me planteé emigrar. A Estados Unidos.

—Debería practicar más. Habida cuenta de cómo están las cosas aquí...

Danioni optó por pasar por alto el comentario. Albani estaba provocándolo. Y él no iba a permitir que se saliera con la suya.

—¿Cree que me gustaría Inglaterra? —preguntó.

Albani se rio. Se puso de pie, fue a la ventana y contempló el *barbiere* que había en el edificio de enfrente.

—La gente, el tiempo... Todo es demasiado frío para un hombre de su sensibilidad. Aunque las mujeres pueden ser más cálidas. —Se volvió, obsequiándolo con una sonrisa cómplice—. Y su cultura tiene muchas cosas que un italiano puede admirar. Por ejemplo, los ingleses no tienen tantas supersticiones como las que atenazan a nuestro

pueblo.

—Ah, sí. El empirismo inglés.

—Y desde luego les encanta Italia. Más que a muchos de nuestros compatriotas del sur.

—Malditos campesinos.

Volviéndose, Albani se acercó a Danioni y se colocó detrás de él, mirando hacia abajo. Su tono se volvió más brusco cuando le preguntó a bocajarro:

—¿Por qué quiere expulsar a los ingleses de Portofino?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—¿Quién dice eso?

—Ha amenazado con cerrarles el hotel.

—Yo no.

—Me tranquiliza oírlo. He recomendado al senador Cavanna que se aloje allí.

Danioni se revolvió incómodo en la silla.

—¿Cavanna? Quizá ha habido... una confusión.

—Me alegra oírlo. Hubo una denuncia, si no me equivoco.

Danioni fue al archivador metálico que tenía en un rincón del despacho. Tan solo tardó unos segundos en encontrar una copia del expediente de salud y seguridad del Hotel Portofino. Lo sacó y se lo mostró sosteniéndolo como si le quemara.

—Solo es un borrador. Pero, por favor, transmítale a la *signora* Ainsworth que a esta... ridiculez le hemos dado el trámite que le corresponde. —Hizo pedazos el documento con gesto ostentoso y lo tiró a la papelera que había junto a su escritorio.

Albani lo observó atentamente. Entonces, mientras se ponía el sombrero y recogía sus guantes, le hizo una pregunta.

—¿Por qué no me acompaña y se lo dice usted en persona, Danioni? Estoy seguro de que a la *signora* le encantará saberlo.

—Por supuesto —dijo Danioni sin tenerlas todas consigo—. Será un placer.

—¡Mira! —Lucian le dio un codazo a Nish—. ¡Mira quién sale por la puerta!

Lucian y Nish estaban en el pueblo, sentados en un banco. Desde su posición, veían perfectamente la entrada del ayuntamiento y, por

tanto, también la banda de camisas negras que bromeaban y charlaban frente al edificio. Nish estaba leyendo un libro, pero levantó la vista obedeciendo la orden de su amigo. Lo que vio fue sorprendente.

—No me lo puedo creer —dijo.

Danioni y el conde Albani abandonaban el edificio cruzando la plaza.

—No me fío del conde Albani —dijo Nish.

—En alguien tenemos que confiar.

—Yo confío en ti. ¿No basta?

Lucian se rio.

—Es posible que no.

—Yo pensaba que confiaba en Gianluca, pero ahora ya no sé qué pensar.

Qué casualidad más asombrosa, pensó Lucian, que en ese preciso instante Gianluca saliera también del ayuntamiento. Se vieron al mismo tiempo. Nish y Lucian se pusieron de pie despacio mientras el italiano se les acercaba.

Lucian fue el primero en hablar.

—¿Cómo está Billy?

—Asustado —dijo Gianluca—. Pero mi padre dice que hará todo lo posible por protegerlo. —Hizo una pausa—. Debo disculparme. Os he puesto en peligro.

—Es verdad —dijo Nish, con una agresividad que sorprendió a Lucian—. Y no solo a nosotros. También a la gente que más queremos.

Gianluca parecía avergonzado.

—No podía saber que el hotel...

—¿Iba a ser registrado? —Lucian terminó la frase por él.

Gianluca asintió.

—Pero no os preocupéis. Volveré esta noche. Para llevarme los panfletos.

—Pues quizá haya un problema —dijo Nish torciendo el gesto—. Ya no los tengo.

La expresión de Gianluca se endureció.

—Pues sí que es un problema. ¿Quién los tiene entonces?

—No lo sabemos —dijo Lucian—. He venido a decirle a Billy que no estaban donde nos dijo que los había escondido.

—Mi padre le trasladará el mensaje —dijo Gianluca—. Lo

encontraréis dentro.

Mientras Lucian se iba en busca de Bruzzone, Nish y Gianluca se quedaron en el banco. Había desaparecido todo rastro de la incomodidad anterior, pero en su lugar había pragmatismo en vez de pasión. Quizá fuera mejor así, pensó Nish. Mejor para ambos.

—¿Te marcharás de todos modos? —le preguntó a Gianluca.

—Mañana. O pasado. No me queda otra.

Nish sonrió con pena. Estrechó la mano que Gianluca le tendía.

—Entonces, *addio* —dijo.

—*Arrivederci*.

—¿Hasta que volvamos a vernos?

Gianluca asintió. Quiso soltarse, apartarse, pero Nish se aferró a su mano y señaló con la cabeza a los camisas negras, que parecían no haber reparado en ellos todavía.

—¿Vale la pena enfrentarse a esa gente? ¿Vale la pena darle la espalda a tu familia? ¿A tus amigos? ¿Vale la pena ponerte en peligro?

—Tú piensas que son patéticos. Pavoneándose como gallitos. Con esos uniformes ridículos.

Nish guardó silencio, pero la expresión que puso seguramente confirmó las sospechas de Gianluca.

—No te engañes —dijo el italiano—. Esa gente pretende explotar lo peor de nosotros: nuestra avaricia, nuestro egoísmo. Nuestra capacidad de odiar. Les trae sin cuidado lo que nos convierte en personas singulares, diferentes, dignas de amor, humanas. Lo único que entienden es la mentalidad de las masas. —Sus ojos cansados se clavaron en los de Nish—. En su mundo, la gente como nosotros no tiene sitio.

No existía ninguna norma que dictara que las noticias trascendentes debían darse despacio. Danioni había tardado menos de un minuto en informar a Bella acerca del expediente de higiene, transmitiéndole que se habían encontrado en él numerosos errores y confusiones. El *signor* Ricci había recibido una reprimenda e incluso quizá perdería el empleo.

—Es una vergüenza —dijo—. El reto ahora es asegurarnos de que

no vuelva a ocurrir.

Mientras hablaba, el conde Albani lo observaba con gesto complacido.

Bella no sabía qué decir, de modo que se conformó con algunos lugares comunes.

—Le estoy sumamente agradecida, *signor* Danioni. Me tranquiliza saberlo.

Danioni le hizo una reverencia servil.

—Me temo que hemos tenido que cerrar la cocina, así que no podré ofrecerle nada de comer. Pero encontrará a mi marido en la terraza. Estoy segura de que le servirá una copa encantado.

Danioni se esfumó.

Bella miró al conde Albani y sonrió cansada.

—Gracias. No sé cómo voy a poder devolverle el favor.

—Verla sonreír de nuevo es todo cuanto pido.

—Me he quitado un peso de encima.

—Entonces, estoy contento. Y he cumplido con mi deber.

—Debo darle a Betty la buena noticia.

Se volvió para marcharse, pero él la detuvo poniéndole una mano sobre el hombro.

—Señora Ainsworth.

—Llámeme Bella, por favor.

—Bella. Y *bella*. —Sonrió con su chistecillo—. No me es nada fácil decirle esto.

Bella se sintió de pronto sin fuerzas.

—Adelante. Hable con libertad. Como se hace entre amigos.

—Hoy he logrado resolver su contratiempo. Con Vincenzo Danioni. Pero mañana podría repetirse.

—¿Por qué lo dice?

—Un día de estos el verano terminará y yo tendré que regresar a Roma.

Bella meditó sobre esa posibilidad y se preocupó.

—¿Volverá? —preguntó, deseando que su tono no traicionara su desesperación.

Él se encogió de hombros.

—El año que viene, quizá. Pero tampoco tiene tanta importancia porque su marido estará aquí para protegerla, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y, sin embargo, por algún motivo, me ha pedido ayuda a mí, no a su marido. —Albani levantó las cejas.

—Es verdad —dijo ella, y se cubrió la boca con las manos para no revelar nada más.

—Conozco a multitud de hombres como Danioni. Creen que la vida les debe algo. Y están decididos a cobrarse esa deuda.

—Pero usted ha conseguido pararle los pies.

—Por ahora sí. He fingido que trababa amistad con él, lo he adulado, lo he amenazado un poquito. Pero el tipo volverá a intentarlo. A menos que logre deshacerse del control que tiene sobre usted.

Bella guardó silencio.

—No le pido que me explique cómo la chantajea —continuó el conde Albani—. En realidad, preferiría no saberlo. Pero como amigo suyo que soy...

Ella levantó la vista, seducida por su amabilidad, su aparente deseo de ayudarla sin pedir nada a cambio.

—Como amigo suyo, le advierto: sea cual sea el motivo de su temor, no puede ser peor que dejar que Danioni la muerda. Una y otra vez, como un perro rabioso.

Bella pensó un momento.

—Sí —dijo finalmente—. Sí, lo entiendo.

Lo último que le apetecía a Cecil era tener que agasajar a Danioni. El alma se le cayó a los pies cuando ese individuo insufrible apareció como por arte de magia en la terraza, arrugando la nariz como un castor.

Cecil había intentado distraerse leyendo el periódico. Pero una y otra vez sus pensamientos volvían a la carta de Bella y los sórdidos deseos que manifestaba. Que los hombres pudieran dedicarse a esas actividades era una cosa; que lo hicieran las mujeres, otra muy distinta.

La modernidad era eso, ¿no? Sí, evidentemente. También era el fruto predecible de creencias dañinas como el sufragismo, y Cecil siempre había expresado con meridiana claridad la opinión que le merecía esa lucha.

Ofreció un puro a Danioni y le sirvió una *grappa*. Iba a servirse un

whisky cuando Danioni le preguntó:

—¿Dónde está su rabia, *signore*?

—¿Mi rabia?

—Sí. Si yo hubiera perdido un objeto de valor, habría... —Le costaba encontrar la expresión correcta—. *Avere un diavolo per cappello*. Me habría cabreado muchísimo.

Cecil lo miró impávido.

—Que no me ponga a gritar y gesticular con los brazos como les gusta tanto a los italianos no significa que no esté enfadado.

—¡Ah! ¿Así que lo lleva por dentro?

—Mi padre me enseñó a controlar la rabia. Es una buena enseñanza cuando a la gente se le da tan mal controlar su estupidez.

—Pero está a punto de estallar, ¿no? —Ese individuo buscaba provocarlo, era evidente—. Como el Vesubio. Cuando descubra quién ha robado su cuadro...

—Ya sabe lo que se dice sobre la venganza, Danioni.

El italiano se rio y dio una chupada a su puro, llenándose la boca de humo. Después de saborearlo unos segundos, lo expulsó formando una espesa nube.

—Aun así, ¿quién será objeto de su venganza? ¿El *signor* Turner? ¿Su campeón inglés de tenis? ¿El pobre William Scanlon?

Cecil se volvió como un resorte al oír el nombre de Billy.

—¿Ha dicho algo el chico?

Danioni negó con la cabeza.

—Es leal a la *omertà*.

—Pero la policía sigue investigando a esos cómplices que comentó, ¿no?

El italiano asintió.

—Y también al señor Wingfield. Para comprobar que no esconde nada en Milán. Entre sus pelotas y sus raquetas.

—¿Y Turner?

—Hemos comunicado su nombre a la Guardia di Finanza.

—¿Para que puedan controlar sus transacciones?

—Si el *signor* Turner trata de vender el cuadro, la guardia se enterará. —Danioni guardó silencio un momento antes de cambiar de rumbo—. El sargento Ottonello... Cree que recuperará el cuadro.

—Rezo porque tenga razón.

—No tengo el valor de decirle que está buscando una aguja en un

pajar, como dicen ustedes.

—Escuche —dijo Cecil—. ¿Qué demonios insinúa con eso?

—Pues que está perdiendo el tiempo, ¿no?

—No necesito que me explique el sentido del refrán, idiota. Quiero saber qué insinúa.

—Vamos, *signor* Ainsworth. Ambos sabemos la verdad.

—Ojalá la supiera.

—¿Quiere que se lo explique?

—Escúpalo, hombre.

—Usted sabe exactamente qué ha pasado con su cuadro.

Cecil sintió que algo reventaba en su interior.

—¡Perro sarnoso!

Danioni sonrió, regodeándose en el insulto.

—De verdad, *signor* Ainsworth...

—¿Cómo se atreve a venir a mi hotel y abusar de mi hospitalidad con sus insinuacioncillas repugnantes? Si tanto sabe sobre el robo, será porque está implicado. Usted y su maldita e inútil policía.

Danioni vació el vaso y lo dejó bruscamente sobre la mesa.

—Voy a informar de esto al consulado británico —le advirtió Cecil.

—¿De verdad? —Danioni se quitó el puro de la boca y lo tiró al suelo—. Es posible que sea un perro, *signor* Ainsworth. Pero en Italia tenemos un dicho. —Aplastó la colilla con el talón—. *Cane non mangia cane*. Los perros no comen a otros perros.

Por algún motivo, esa noche no había forma de que Lottie se durmiera. Primero, se quejó de que había un mosquito en su cuarto; luego, de que Saltarín, que era su conejito de peluche, tuviera dolor de barriga.

—Deja de armar jaleo —le dijo Constance con cariño—. ¿Quieres que me acueste a tu lado hasta que te entre el sueño?

Lottie asintió.

Constance se estiró a su lado y juntas permanecieron en silencio, oyendo el rumor lejano del mar. Era reconfortante, para ambas.

—Este día no me ha gustado —dijo Lottie.

Constance le acarició el pelo, sintiendo un impulso afectuoso.

—A mí tampoco.

—¿Estará bien Billy?

—Claro que sí. No ha hecho nada malo.

Bueno, nada *demasiado* malo.

Constance había estado tan atareada en la cocina y ayudando a Paola a recoger que se había olvidado de los panfletos. Deseosa de que Lottie se durmiera de una vez, intentó abreviar la espera cantándole las canciones tradicionales de Yorkshire que había aprendido de niña. También la ayudaron a tranquilizarse mientras rumiaba dónde podía estar Nish para devolverle el paquete.

Estaría en su cuarto, concluyó.

Fue el primer sitio al que fue, después de hacer una breve parada en el lavadero. Se puso uno de sus delantales más grandes, el azul que empleaba para cocinar, y metió el paquete en el bolsillo delantero.

Llamó enérgicamente a la puerta de Nish, sin resultados. Iba a llamar otra vez cuando la silueta menuda de Melissa apareció como por ensalmo al final del pasillo.

—Está en el jardín —le dijo en voz alta—. Con el señor Ainsworth.

—¿El señor Ainsworth?

—El hijo —aclaró Melissa, acercándose—. El señorito Ainsworth. Supongo que debería llamarlo así, pero hace que parezca un colegial. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Gracias, señora.

—Pareces acalorada.

—Estaba corriendo —dijo Constance—. Subiendo y bajando escaleras.

—Sí —respondió Melissa—. Y hay muchas escaleras aquí, ¿verdad? —Su mirada se dirigió al bulto en el delantal de Constance —. ¿Te duele la barriga?

—No, señora.

—Te la agarras con la mano.

Constance soltó una risa nerviosa.

—¡Ah, eso! Siempre lo hago. Es una mala costumbre que tengo.

—Mmm… —Melissa no parecía convencida—. En fin, no te entretengo más.

—Gracias, señora.

Constance le hizo una pequeña reverencia y bajó corriendo por la escalera, sin saber si reírse o preocuparse por la conclusión a la que

Melissa parecía haber llegado.

Siguió el resplandor de las lámparas de queroseno hasta llegar al banco más cercano a la casa. Lucian y Nish contemplaban el mar y charlaban afablemente mientras se tomaban una *grappa*.

El crujir de sus zapatos sobre la grava hizo que se volvieran.

—Soy yo —dijo ella—. Siento molestar. Pero no sabía si encontraría un momento mejor para devolverle esto al señor Sengupta.

Tras cerciorarse de que nadie los observaba, sacó el paquete envuelto en un paño de lino. Se lo entregó a Nish.

Él miró a Lucian y luego a Constance.

—¿Es esto lo que creo que es?

Ella asintió.

—¿Dónde demonios los has encontrado?

—Debajo de la cama de lady Latchmere.

—Pero ¿cómo has sabido que tenías que buscarlos allí?

—Billy me explicó que pensaba esconderlos allí, señor. Pensé que era una mala idea. Así que los guardé en otro sitio.

—¿Dónde?

—En un sitio donde a nadie en este mundo se le ocurriría buscarlos.

Les contó lo ocurrido con el cesto de la colada y el policía. Y cómo, después, los había metido en un cubo viejo de hojalata, tapándolos con pinzas para tender la ropa.

Lucian y Nish se rieron a carcajadas. Constance sintió que la invadía una abrumadora sensación de triunfo. Pero entonces Lucian se llevó las manos a la cabeza.

—¡Y pensar que nos hemos pasado toda la tarde angustiados sin saber dónde estaban!

—Lo siento, señor Ainsworth. Habría hablado antes, de haber podido. Pero no quería causarle a Billy más problemas de los que ya tiene.

—No tienes por qué disculparte —dijo Lucian.

Nish fue más efusivo.

—Eres mi ángel de la guarda —dijo. Entonces se puso de pie y, de forma repentina, la envolvió en un fortísimo abrazo que a Constance, sin embargo, no le pareció amenazador. Le sorprendió lo bien que olía, una fragancia delicada y floral.

—Hasta podría darte un beso —anunció Nish.

Lucian sonrió a los dos.

—No te emociones —dijo.

Constance había vuelto a la casa para terminar de ordenar la cocina. Nish la había seguido porque quería poner al día su diario.

Lucian se quedó solo en el banco y escuchó el canto de las cigarras a la luz de la luna mientras luchaba con sus pensamientos. Sus demonios, estuvo a punto de llamarlos, pero eso habría sido demasiado dramático. Sus demonios estaban dormidos de momento, en gran medida gracias a Paola y su magia compasiva.

Paola. La deseaba y la necesitaba. Pero ella había puesto distancia. Había notado lo que él intentaba obviar, que también deseaba y necesitaba a Constance. Y luego estaba Rose...

«Esto es un caos —pensó—. Un caos en el que yo mismo me he metido.»

Se puso de pie y echó a andar hacia el patio. Por lo menos podrían intentar hablarlo. Se les daba bien hablar, pese a la barrera lingüística. Uno tampoco necesitaba tantas palabras para hacerse entender.

La luz se filtraba entre los postigos. Lucian llamó a la puerta, pero no hubo contestación.

—¡Paola! —gritó—. ¡Sal! ¡Por favor!

La puerta se abrió apenas, mostrando una fracción del rostro cansado de Paola.

—Para —dijo ella—. Por favor.

—Tú y yo —respondió Lucian—. Tenemos que hablar.

La puerta se mantuvo en su sitio. Ella cerró los ojos.

—¿Qué te pasa? Dímelo.

—¡Vete! Ahora. No vuelvas más.

Sus palabras fueron como un bofetón.

—Pero te necesito —dijo él—. Te necesito, Paola.

La voz se le quebró a Paola y brotaron lágrimas en sus ojos, lágrimas de furia.

—*Perché mi rendi tutto questo così difficile?*

—No entiendo.

—No eres para mí. ¡Vete! ¡Ahora!

Y cerró la puerta.

Bella estaba sentada frente a su tocador con las cartas de Henry en la mano. No le dolía reconocer que tenía miedo, miedo de verdad.

En el pasado, había tenido miedo otras veces de su marido. Pero de eso hacía mucho tiempo, un año por lo menos. Por lo general se las apañaban para convivir en paz y conseguir que su matrimonio funcionara razonablemente bien, lo suficiente como para que Bella no se sintiera hipócrita cuando sus amigas le preguntaban cómo estaban y ella respondía, como hacía de costumbre: «Muy bien, gracias». Las veces que Cecil se ponía demasiado complicado, podía comentar: «Cualquier matrimonio tiene sus fricciones, ¿no?». Entonces, solía seguir una conversación en la que se equiparaban esas fricciones a la pasión. Y la amiga, porque siempre eran mujeres y no hombres, ya que Cecil veía con malos ojos a cualquiera de sus amigos varones, le apretaba la mano en gesto de callada solidaridad.

Antes, había visto cómo Cecil y Danioni tenían una bronca enorme, de pie, gritándose el uno al otro, en la terraza superior. Bella había corrido a su habitación para que no la vieran y esperó allí a que Danioni se marchara y Cecil subiera.

Había ideado un plan, una estrategia que le exigía sincerarse y exponer sus deseos sin dejarse nada en el tintero. Era arriesgado, sin duda. Pero no tenía otra alternativa. El conde Albani tenía razón. Tenía que liberarse del chantaje de Danioni. Y eso exigía ser sincera con Cecil, por más doloroso que le resultara a ella, y por terribles que pudieran ser las consecuencias.

Oyó sus pasos en el pasillo y luego escuchó cómo entraba en la habitación de al lado. Recogió las cartas y cruzó por la puerta que comunicaba los dos dormitorios.

Él se volvió y la miró. Aunque su mirada, a decir verdad, la atravesó.

—Tenemos que hablar —dijo ella.

Tenía los ojos vidriosos, inexpresivos.

—Ahórrate la saliva. Lo sé todo.

Se sacó una carta del bolsillo y se la tiró a la cara. Ella la cogió y vio al instante qué carta era y a quién iba dirigida.

«Señor Henry Bowater.»

Se quedó de piedra.

Cecil caminó hacia ella y se le arrimó lo suficiente para que Bella pudiera oler el alcohol en su aliento.

Levantó entonces la mano y la golpeó.

13

Bella estaba despierta en la cama cuando los primeros rayos de sol batieron contra los postigos. ¿Cuánto tiempo había dormido? Quizá una hora o dos. Los pájaros cantaban, las campanas sonaban y llegaban otros sonidos del amanecer. Pero todo cuanto sentía era soledad y angustia. Solo podía pensar en lo acontecido la noche anterior.

El sobresalto al recibir el golpe de Cecil. El remolino de confusión cuando cayó al suelo.

«Qué extraño ser yo», pensó. Tener tantas cosas, aun a pesar de todo lo que había perdido por el camino. Presentar al mundo casi todos los atributos del bienestar y el éxito. Y entonces, de repente, que ocurriera algo así. Aunque no era la primera vez, naturalmente, sino una más.

Siendo alguien que creía en Dios de una forma discreta e irreflexiva, Bella se había preguntado muchas veces cómo debía de sentirse una persona al convertirse a una religión. En ese instante pudo imaginárselo. Sería como zambullirse repentinamente en el conocimiento. Ahora sentía algo parecido a ese conocimiento, pero dirigido hacia ella misma, no hacia una deidad soñolienta y desconsiderada.

Se incorporó en la cama con cautela. Sus dedos se aventuraron a su boca, cortada e hinchada, y al moratón sobre el ojo derecho. Las heridas estaban frescas y le dolieron cuando se las tocó.

Su mirada viajó vacía hacia las flores que se arremolinaban y bailaban sobre el papel pintado. A la tenue luz, parecían marrones y podridas. Imaginó insectos arrastrándose sobre sus pétalos.

Le vino un recuerdo, su cara aplastada contra la cama, el peso arrollador del cuerpo de Cecil sobre el suyo. Había luchado con todas sus fuerzas para ponerse de costado, para liberar sus vías respiratorias y poder inspirar, suplicar, resistir.

Lo primero fue preparar la bañera. Echó unas gotas de aceite

perfumado, pensando que la ayudaría a serenarse, y luego se sentó en el agua hasta que esta entibió. Se abrazó las rodillas y observó los motivos plateados que se dibujaban en la superficie del agua, demasiado aturdida para llorar.

Imaginó que el día seguía su curso habitual más allá de las paredes del hotel. Los turistas que se despertaban temprano para darse un saludable chapuzón en la playa. Los dueños de los bares limpiando sus mesas. Justo en ese instante, oyó el lejano ronroneo de una lancha motora. ¿Cómo era posible? Era la misma sensación que había tenido tras la muerte de Laurence, la misma incredulidad frente al hecho de que la vida no se hubiera detenido para los demás como lo había hecho para ella.

Pero con Laurence había habido por lo menos un antes y un después.

Con Cecil, el trauma era distinto. Todo había cambiado. Todo era obvio y transparente. Innegable.

Después de vestirse, se sentó con cuidado frente al espejo y trató de disimular las heridas con maquillaje. Tras unos minutos aplicándose pinceladas y cremas, paró un momento para valorar el resultado de su obra y se fijó en una venita rota en el rabillo del ojo que ningún truco podría camuflar.

Por algún motivo, el descubrimiento la enfureció. Pero fue una rabia volátil, nerviosa, que —supuso— se disiparía enseguida. Entendió inmediatamente que debía aprovecharla mientras durase.

Armándose de valor, fue a la puerta que comunicaba las dos habitaciones e intentó abrirla. Para su sorpresa, estaba cerrada con llave. Retorció y sacudió el pomo, y luego esperó a oír una reacción.

Nada.

Conque Cecil había cerrado con llave. Bueno, ella también tenía una. La encontró en el cajón de su mesilla de noche. Sin embargo, no tardó en descubrir que él había dejado la suya en la cerradura.

Alterada hasta el punto de casi perder los nervios, irrumpió en el pasillo y trató de abrir la puerta principal del dormitorio de Cecil. También estaba cerrada con llave.

Aporreó la puerta y gritó:

—¿Cecil? Abre la puerta, por favor.

Nada.

Su rabia se desinfló, como sabía que ocurriría, y fue sustituida

por una sensación de miedo y una curiosidad insensible y descarada. Descarada porque entendió que estaba dispuesta a todo con tal de satisfacerla. Insensible porque ya no le importaba lo que descubriera.

Si la explicación al silencio de Cecil era que yacía muerto en su cama, entonces que así fuera.

Al salir al jardín con sus lápices y el cuaderno de dibujo, Lucian se obligó a no mirar hacia el cuarto de Paola.

Al fin y al cabo, el mundo resplandecía a su alrededor, verde y fragante. Era un sitio en constante transformación. Y era importante no perder de vista esos cambios, al margen de lo que estuviera ocurriendo en el hotel.

¿Quizá debería instalarse allí de forma permanente? No allí, necesariamente, pero sí en Italia. Su amigo Keane se había ido a vivir a Pantelaria, una isla entre Sicilia y Túnez con fuentes termales y robustos edificios de piedra llamados *dammusi*. Keane se había mudado allí para pintar los viñedos. Le había escrito a Lucian: «¡Tienes que venir! Aquí se puede vivir bien y barato».

¿Le gustaría a Constance?

La pregunta afloró a su conciencia inesperadamente.

Algunas de sus fantasías eran tan banales que hasta sintió vergüenza. Constance en un vestido de flores, recogiendo uvas. Constance bañando a un niño pequeño, mientras resonaban en la casa chapoteos y carcajadas. Constance friendo beicon en el fogón.

Otras eran procaces. Constance en la cama, a su lado, desnuda. Constance encima de él, a horcajadas, arrimándose para besarlo mientras él le acariciaba los pechos...

«Por el amor de Dios, chaval. Tranquilízate un poco», pensó para sus adentros.

¿Qué estaba pasando allí?

Constance, Paola y Rose. Formaban los tres vértices de un triángulo, en cuyo centro se hallaba Lucian; la cruda geometría del deseo.

Empezaba a entender que no había tratado nada bien a Paola. No había sido violento o agresivo con ella, todo lo contrario: su relación había sido tierna y cariñosa. Pero no había prestado atención a la desigualdad que anidaba en su mismo centro. O, más bien, había

considerado que no tenía importancia, porque para él no la tenía. Para Paola, en cambio, sí importaba, y mucho. Trabajaba para los padres de Lucian y, si bien él no se veía como su amo —y confiaba en que Paola no se viera como su criada—, la realidad de su relación estaba ahí de todos modos.

Y luego estaba Rose, de quien cada vez le costaba más formarse una opinión.

Una leve brisa le hizo cosquillas en la cara, interrumpiendo su ensimismamiento.

Se sentó sobre una tapia que había entre un árbol de Judas, con sus hojas verdes en forma de corazón, y una hilera de cipreses. El árbol de Judas se había exhibido hermoso en primavera, completamente cubierto de racimos de flores púrpuras. Ahora, solo absorbía la luz del sol, acumulando energías para el año siguiente.

Lucian estaba empezando un boceto de las colinas y la costa cuando el estridente gorjeo de alarma de un estornino rosado llamó su atención. Se giró intentando encontrarlo y vio a Constance que bajaba con cuidado por el caminito que conducía al paseo marítimo. Llevaba el traje de baño de Claudine, el mismo que se había puesto en la playa, con una toalla enrollada a la cintura.

Después de darle tiempo suficiente para que llegara al paseo, Lucian recogió sus útiles de dibujo y la siguió. Al llegar a la verja del hotel que daba acceso a la costa, asomó la cabeza para intentar localizar a Constance sin que ella pudiera verlo.

Había llegado a la orilla. Se decidió a salir del recinto del hotel y la observó mientras ella se adentraba en el mar. Era una buena nadadora, segura de sus facultades, y en apenas unos segundos se alejó unos cien metros de la costa.

Había un largo pretil por encima de la playa. Lucian se sentó detrás. No lo ocultaba de las miradas, pero por lo menos le servía para que su presencia no resultara tan evidente como si hubiera bajado a la playa. Y cuando Constance dio media vuelta se agachó hasta que estuvo seguro de que había salido del agua.

Cuando volvió a mirar, Constance estaba recostada en un afloramiento rocoso, con los ojos cerrados y el rostro ligeramente hacia delante, deleitándose con la tenue luz del alba.

Lucian abrió su cuaderno de bocetos y empezó a dibujarla. Sus ojos saltaban de su modelo al dibujo mientras su mano se deslizaba

rápidamente sobre el papel. Pero conforme transcurrían los minutos descubrió que pasaba más tiempo mirando a Constance que al boceto.

«Vale —pensó—. Es evidente que la estás mirando. ¿Qué tiene de malo?»

«Lo sabes perfectamente —replicó su conciencia—. Es grosero y lascivo, además de un asalto a su intimidad.»

De pronto, como si hubiese sido consciente de que Lucian la había estado observando desde el principio, Constance levantó la vista y se quedó mirándolo. Lucian sintió una sacudida en el cuerpo. Se miraron durante lo que pareció una eternidad, desnudando la atracción que sentían el uno por el otro, hasta que Lucian se vio abrumado por la intensidad de la mirada de Constance y bajó los ojos.

Se arrepintió casi al instante.

Volvió a levantar la vista, buscando reafirmar el vínculo.

Ella había cerrado los ojos y girado la cabeza. Aun así, Lucian pudo atisbar su sonrisa.

Cecil había salido temprano del hotel vestido de punta en blanco. Tras ponerse los guantes, echó un vistazo al arañazo que tenía en la muñeca y acto seguido enfiló hacia el pueblo, donde se proponía encontrar un carruaje que lo llevara a la estación. Francesco estaba ocupado en otros menesteres y no quería involucrar a Lucian.

De camino, pensó en la noche anterior. Desde luego, era una pena que tuvieran que ocurrir esas cosas. A nadie le gustaba pelearse y él, naturalmente, no era una excepción. Pero a las mujeres había que tratarlas como a los niños: cuando se portaban mal, había que darles una lección.

Él mismo había recibido muchísimos golpes, en primaria y luego en el internado; a veces a manos de los profesores, otras de los alumnos mayores que administraban los castigos; a veces con una pantufla o con una zapatilla de deporte, que no dolían demasiado, otras con una vara, que sí dolía.

Lo que Bella había hecho era inaceptable y tenía que cargar con las consecuencias. Su deber como marido era velar por que así fuera.

Llegó a la estación unos veinte minutos antes de que partiera el tren de Génova. Compró cigarrillos y se fumó un par mientras tomaba una diminuta taza de café en el bar de la estación. De vez en cuando

se llevaba la mano al bolsillo interior de la chaqueta para palpar el cheque de Jack Turner. En ocasiones lo sacaba y lo miraba, para asegurarse.

El trayecto en tren le pasó rápido. Había leído el periódico inglés más reciente de punta a cabo y en Mezzago solo vendían prensa italiana. Pero también llevaba un libro. Aunque no era lo que se dice un buen lector, sí había disfrutado muchísimo con *Tres hombres en un bote*, que había leído por primera vez siendo joven y que siempre conseguía hacerle reír, especialmente la parte en la que Montmorency aparecía con una rata de agua en la boca como contribución a la cena.

Una vez en Génova, Cecil tomó un carruaje desde la majestuosa estación al lugar de encuentro convenido, un *caffè* a la vuelta de la esquina del consulado británico en la Spianata dell'Acquasola. Todavía no habían dado las doce de la mañana, pero las tambaleantes mesas de hojalata de la acera ya habían sido invadidas por canosos jugadores de cartas.

Cecil se quitó el sombrero y pidió un café solo.

Godwin ya estaba allí, acodado a la barra, masticando con gesto concentrado una *brioscia*. Era un hombre de corta estatura y rechoncho, y el escaso pelo que le quedaba lo llevaba peinado sobre la calva. Levantó la vista.

—¿Ainsworth?

—Señor Godwin. Un gusto conocerle.

—El gusto es mío, después de la correspondencia que hemos mantenido estos últimos días. —Godwin echó un vistazo a su reloj—. Su hombre llega tarde.

—Dele un minuto. Es un hombre de toda confianza.

Al final, fue Godwin el primero en ver a Francesco.

—¿Es él? —preguntó, señalando una silueta enjuta y encorvada que apareció en la puerta.

—El mismo —dijo Cecil, levantando la mano para llamar su atención. Le había propuesto a Francesco que lo llevara a Mezzago en el carruaje. Luego, habrían podido tomar el tren juntos hasta Génova. Pero Francesco había considerado que era más seguro viajar por separado.

Francesco lo saludó con la cabeza y, tras abrirse paso entre los parroquianos deshaciéndose en disculpas, entregó a Cecil un papel que llevaba agarrado en la mano derecha.

—Francesco me ha sido de gran ayuda en el embalaje del cuadro —explicó Cecil—, así como en los preparativos para su transporte. Por no hablar de todo el papeleo necesario para su entrega.

Francesco volvió a bajar la cabeza. Le agradaba recibir halagos, según había podido comprobar Cecil. ¿Y a quién no?

La estrategia había sido inteligente. Su ingenio residía en su obviedad. Como en un truco de magia, se trataba de distraer al espectador, de aprovechar que miraba a un sitio y no al otro.

Jack Turner había visto cómo Francesco ayudaba a Cecil a cerrar con clavos la caja de madera en la que había guardado el cuadro. Pero solo había visto clavar uno, después de lo cual se había puesto a hablar con Cecil y no se había fijado en que Francesco se guardaba el resto en el bolsillo.

Entonces, Francesco había esperado a que Claudine abandonara la habitación, tal y como Cecil le había asegurado que terminaría haciendo. En cuanto ella enfiló sigilosamente por el pasillo a oscuras y desapareció en el cuarto de baño, Francesco salió de entre las sombras. Se había agazapado en el cuarto que destinaban a la colada, fingiendo que apilaba las sábanas de las camas.

Después de cerrar la puerta, Francesco fue derecho a la caja y arrancó rápidamente la tapa, que estaba sujeta con un solo clavo. Sacó el cuadro, cortó el papel del reverso y separó a toda prisa la tela del bastidor. Luego devolvió el bastidor a su sitio y cerró la caja con los clavos. Hecho esto, salió de la habitación con el lienzo, no sin antes tomar la precaución de limpiar el pomo de la puerta.

La operación le había llevado menos de un minuto.

Esa misma noche, a través de los barrotes de la verja, había entregado un gran objeto cuadrado envuelto en hule a su amigo Alessandro, quien se había prestado voluntario para llevarlo al hombre en el que más confiaba Godwin, Lorenzo Andretti.

—Como puede comprobar —dijo Cecil—, el papeleo ya está terminado.

Godwin entornó los ojos. Entonces, dirigiéndose a Francesco, le preguntó en italiano:

—¿Te ha dejado Andretti algún recado para mí?

Francesco sacó otro documento doblado por la mitad y se lo entregó.

—Hablo su idioma, *signore* —dijo con un marcado acento.

—Aunque a veces nos conviene fingir que no sabe —añadió Cecil, sonriendo.

—Pues no hay tantos que lo hablen —observó Godwin.

—Solo los que han emigrado.

—Y los han mandado de vuelta.

Cecil hizo caso omiso del comentario y señaló el documento con la cabeza.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Andretti certifica que el cuadro ha sido entregado en perfecto estado.

—Estupendo. —Cecil se volvió hacia Francesco—. Bueno, te veo cuando vuelva.

Cecil esperó a que Francesco se marchara. Cuando se aseguró de que había salido del bar, se volvió hacia Godwin y este sacó un sobre de su maletín.

—Su recibo.

Cecil abrió el sobre y examinó el contenido con avaricia.

—He considerado un precio de salida de cincuenta mil libras, como convenimos —dijo Godwin—. Aunque evidentemente esperamos sacar mucho más.

—Me tranquiliza saberlo.

—Y, por supuesto, su adelanto, abonado en un cheque bancario. —Entregó un segundo sobre a Cecil—. Un veinticinco por ciento sobre el precio de salida, a lo que hemos deducido nuestra comisión.

Cecil también abrió ese sobre.

—Me parece bien —dijo, antes de guardárselo en el bolsillo—. ¿Y tengo su palabra de que la venta será privada?

Godwin lo miró con gesto decepcionado.

—Por favor, señor Ainsworth. La discreción siempre ha sido nuestra divisa.

Le tendió la mano y Cecil se la estrechó con fuerza antes de separar su silla de la mesa y recoger el sombrero. Se disponía a marcharse cuando Godwin carraspeó de forma ostensible. Evidentemente, la transacción todavía no estaba cerrada.

—Ah —dijo Cecil—. Qué cabeza la mía. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó otro sobre.

Godwin examinó el certificado de autenticidad.

—Ahí lo tiene —dijo Cecil—. La prueba de que se halla en

posesión de un Rubens cien por cien indudable, irrefutable y auténtico.

Godwin guardó el certificado en su maletín antes de dirigir a Cecil una sonrisa discreta.

—¿Tiene planes para el resto de la jornada?

Cecil respondió que tal vez aprovecharía para culturizarse un poco.

—Puedo darle la dirección —dijo Godwin— de un sitio donde la cultura resulta especialmente seductora.

Cecil reflexionó un momento sobre la propuesta antes de arrugar la nariz.

—¿Sabe qué? Creo que voy a pasar.

—Como usted quiera.

De hecho, Cecil había planeado un día de actividades honestas y respetables.

Tras separarse de Godwin, dio un paseo bajo el sol hasta la via Dante, donde, en el silencio catedralicio del banco Popolare, ingresó dos cheques. El de Godwin, por importe de doce mil libras, firmado en nombre de la Compañía de Arte Británico-Italiana, y el de Jack Turner, por importe de cincuenta mil libras. El empleado, un viejo con quevedos, mudó de semblante e hinchó sus mejillas sin afeitar cuando los vio; no era para menos.

A continuación fue a la oficina de telégrafos, que estaba subiendo por la misma calle, frente a la comisaría de policía. Después de encontrar un rincón discreto, escribió en el impreso:

> PERDÓN -STOP- ESCUELA DE RUBENS NO RUBENS -STOP- MERECÍA PENA INTENTARLO -STOP- VENDIDO DE TODOS MODOS -STOP- MIL LIBRAS -STOP- TRANSFIERO TU PARTE -STOP- CECIL -STOP.

Cecil se arrellanó en la silla y contempló su obra. Sí, con eso valdría.

Y ahora, a hacer un poco de turismo.

Más para impresionar a Bella que por deleite personal, Cecil subió con paso cansado hasta la porta Soprana, una de las puertas de la antigua muralla de la ciudad, custodiada por dos torres imponentes, y enfiló por via di Ravecca hasta llegar a la iglesia gótica de Sant'Agostino. Pensó en entrar, pero al final no se vio con fuerzas: todos esos cirios, frescos y santos de escayola lo aburrían soberanamente. En vez de ello, exploró la plaza a la que daba la

iglesia, piazza Sarzano, que estaba asquerosa y llena de palomas.

Allí, encontró a vendedores de frutas y verduras y puestos en los que se ofrecían piezas de encaje —¡estaba hasta las narices de tanto encaje!— y bolsas de cuero. Una muchacha de unos dieciséis años, de mirada avispada y tirabuzones negros, le sonrió al verlo pasar por delante de su puesto, en el que vendía unas flores marchitas.

Le compró un ramito de rosas —por lo menos creyó que lo eran— y la chica pareció entusiasmarse con la venta. Seguramente, pensó Cecil, ese había sido el momento culminante de su día.

Nunca dejaba de sorprenderse ante las tristes vidas que tenía cierta gente.

Cuando la chica le envolvió las rosas en papel, él miró la forma de sus pechos bajo su escueto vestido marrón y se preguntó cómo sería besarla.

Alice estaba sumida en un mar de sospechas. Mientras se cepillaba y se colocaba las horquillas en el pelo junto a la ventana, echó un vistazo a los jardines y vio a Constance que volvía del paseo marítimo con su ridículo bañador prestado cubierto solamente por una toalla.

Estirando el cuello, siguió el recorrido de la chica hasta la puerta de la cocina en el lateral de la casa, y estaba a punto de darse la vuelta cuando vio que Lucian volvía de la playa por el mismo camino.

No hacía falta ser un genio para atar cabos.

Más tarde, durante el desayuno, Alice no había perdido de vista a Constance mientras esta revoloteaba entre los huéspedes. Varias veces, se acercó a la mesa en la que desayunaban Lucian y Nish. En cada una de esas ocasiones, Nish la había mirado con gesto sonriente. Pero Lucian evitaba a toda costa cualquier tipo de contacto visual. Ni siquiera echó una triste ojeada en su dirección.

Alice pensó que aquel detalle no podía ser más revelador.

Pero había algo más.

Alice siempre iba al salón después del desayuno para ordenar las cosas. A muchos huéspedes les gustaba trasladarse allí con su última taza de café para leer o planificar el día. Se disponía a recoger una pila de libros de una de las mesillas auxiliares cuando vio el cuaderno de bocetos de Lucian.

Él solía ser muy cauto con su cuaderno. Evidentemente, se lo

había olvidado sobre el brazo del sofá. Quizá había ido al salón con Constance antes del desayuno, ¿antes de que ella subiera a cambiarse?

¿Quizá habían...? No, no. Le dio vergüenza solo de pensarlo. Vergüenza ajena, por Lucian.

Después de comprobar que estaba sola en el salón, abrió el cuaderno.

Fue pasando las páginas pesadas y ligeramente amarillentas hasta que su mirada se posó en un boceto de Constance —era ella, estaba claro— frente al mar.

Sonó una carcajada en algún sitio. Era Lottie, jugando con Constance. Alice cerró el cuaderno de inmediato. Pero entonces esperó y, al cabo de un minuto más o menos, lo abrió de nuevo y volvió a estudiar el boceto.

Había algo en la intensidad con la que Lucian se había concentrado en el dibujo que la incomodó. No se trataba solamente de que el boceto fuera precioso y sensual. Había visto suficiente obra de Lucian a lo largo de esos años como para identificar qué clase de efectos buscaba su hermano, sobre todo cuando el motivo era el cuerpo femenino. Pero en este caso parecía... obsesionado. Embelesado.

Siguió el rastro de las carcajadas hasta llegar a la terraza. Echó una ojeada por encima del pretil y vio a Constance y Lottie corriendo de un lado para otro, jugando a una especie de pillapilla mientras Lucian, sentado cerca de ellas, las dibujaba.

Alice los observó un buen rato hasta que no pudo aguantar más el calor seco y abrasador. Fue entonces al mostrador de la recepción, donde guardaban el juego de llaves maestras.

Lucian no le había dejado alternativa. Constance era la niñera de su hija. Todo el mundo parecía olvidarlo.

Alice subió al cuarto de Constance y entró. Se quedó con la espalda pegada a la pared, aguzando el oído. Luego, se tranquilizó y dejó que su mirada recorriera el cuarto diminuto. Incluso con la ventana abierta, el ambiente resultaba sofocante, pero no era una mala habitación, a pesar de que el papel pintado de las paredes era más sencillo que el de las suites de los huéspedes y la alfombra sobre las baldosas del suelo estaba bastante deshilachada. Constance la tenía bien ordenada, lo que era un punto a su favor.

El primer objetivo de Alice fue la vieja cómoda de pino. Abriendo

de uno en uno los cajones, hurgó en los escasos enseres de Constance. ¿Cómo se las arreglaba para vivir con tan poco? El registro no arrojó nada interesante más allá del caro sujetador de Claudine, que destacaba entre las demás prendas de ropa interior, recatadas y raídas.

Asimismo, el único objeto de interés en la mesilla de noche era un reluciente pintalabios que también debía de ser de Claudine. Alice frunció el ceño al reflexionar sobre la naturaleza de esa relación. ¿Se trataba de un ejemplo más de la facilidad con la que Claudine olvidaba cuál era su posición? Aunque tampoco podía decirse que Claudine fuese exactamente una mujer de clase alta. ¿De dónde era en realidad? Alice necesitaba saberlo.

Tenía la desagradable sensación de que algo se le escapaba. ¿Dónde solía la gente esconder sus cosas? ¿Dónde las escondería ella misma? Palpó debajo de la almohada y, tras comprobar que no había nada, deslizó una mano indagadora debajo del colchón.

Y entonces las vio. Un fajo de cartas dirigidas a Constance.

Se le aceleró el corazón, más por la emoción que por los nervios. Después de secarse el sudor frío de las manos con el vestido, cogió uno de los sobres y extrajo con cuidado su contenido: una carta y un guardapelo de plata barato. Leyó por encima el texto, que era casi indescifrable, y luego dio la vuelta a la hoja para ver la firma:

Siempre tuya, mamá. Besos.

Tenía la boca seca, respiraba deprisa, con ansia.

Después de dejar la carta, abrió el cierre que había en un lateral del guardapelo y accionó la bisagra con el pulgar.

Se quedó helada al ver su contenido. Estiró el dedo meñique y lo tocó para asegurarse de que fuera real.

Había un retrato de un niño pequeño y, con él, sujeto con un hilo de algodón, un mechón de pelo castaño.

Lottie estaba celebrando un té para sus juguetes.

Constance intentaba centrarse en Lottie y su juego, pero la presencia de Lucian no paraba de distraerla, su forma de mirarla, como si no fuera más que la suma de sus piernas estiradas y su cabeza inclinada a un lado. Era nebulosamente consciente de que no debía permitir que esa mirada entrara en su conciencia, o por lo menos de la

necesidad de disimularlo, pero resultaba imposible.

Lottie estaba intentando que su osito de peluche se sentara detrás de la taza y el platillo de una de sus muñecas. Pero el osito no paraba de caerse y al final entendió que necesitaba otro par de manos para estabilizarlo.

—¿Lucian? —preguntó.

—¿Qué pasa, Lots?

—¿Quieres jugar con nosotras?

—Dame un minuto.

Lucian añadió un último detalle al dibujo y se echó atrás para valorar el resultado antes de dejarlo a un lado y echar a andar con paso cansino para sumarse a la fiesta.

Hizo un pequeño saludo militar.

—¡A su servicio, señora! —dijo.

Constance sonrió. Lucian era muy bueno con su sobrina.

—Puedes ser el osito —dijo Lottie.

Le indicó dónde debía sentarse y cómo debía sujetar al peluche, con la taza en la zarpa. Cogió el asa de la tetera de juguete con las manos de la muñeca con la que estaba jugando e hizo ver que le servía.

—Al osito le gusta Annabelle —dijo.

—¿Y cuál es Annabelle?

Constance levantó la muñeca que tenía asignada y Lucian sonrió.

—El osito tiene un gusto exquisito —comentó.

—Pero no puede ser su novio —dijo Lottie.

—¿Solo porque es un oso?

Lottie recibió impávida el razonamiento de Lucian.

—Porque es «demasiado pronto», tonto.

Lucian alargó la mano y acarició el pelo de su sobrina.

—¿Y por qué es demasiado pronto, Lots?

—No lo sé. Es lo que dice mamá. —Al oírlo, los ojos de Constance y Lucian se buscaron de forma titubeante pero certera—. Pero —añadió la niña— pueden sentarse juntos igualmente.

Indicó entonces a Constance y Lucian que juntaran sus juguetes y casi se rozaron sus manos. Al hacerlo, Lucian sacó el dedo meñique y acarició el dorso de la mano de Constance.

Era la primera vez que él la tocaba de esa forma y el efecto fue eléctrico. Constance se quedó helada, pues apenas podía creer lo que

había ocurrido. Mantuvo la cabeza baja hasta que se obligó a levantar los ojos y vio que él la miraba. Lucian sonreía y ella notó que se ponía colorada.

Se oyó entonces una voz.

—¡Lucian! —gritó Alice.

Separaron prontamente las manos.

—¡Lucian! —volvió a llamarlo.

Se puso de pie cuando su hermana ya llegaba a toda prisa por el césped.

—Aquí estás —dijo ella, como si su hermano hubiera intentado esconderse de ella.

—Estábamos tomando el té. —Lucian levantó el osito de peluche mientras Alice inspeccionaba la escena. Constance reparó en que la mirada de la recién llegada no la incluía a ella.

Alice se volvió hacia Lucian.

—¿Podemos hablar un momento? —Lo dijo con la voz entrecortada, en un tono autoritario.

—Desde luego. —Lucian esperó a que ella hablara.

—En privado —dijo Alice.

—Vale.

—Oh —se quejó Lottie.

—Vuelvo enseguida, Lots. Te lo prometo.

Constance notó que él quería echarle una mirada de disculpa. Pero ella sabía perfectamente que no debía buscarla.

Alice no le gustaba ni le inspiraba confianza.

Alice llevó a Lucian a la casa y subió con él a su habitación, donde le entregó la carta de Constance.

Él la leyó en silencio. Cuando hubo terminado, dijo:

—¿De dónde has sacado esto?

—Da igual. Lo importante es lo que dice.

Él volvió a mirar la carta.

—¿Y se puede saber por qué me la enseñas?

—Oh, Lucian.

—De verdad, Alice. Quiero saber por qué.

—Para que dejes de ponerte en ridículo. A ti mismo y a todos nosotros.

Se miraron el uno al otro un momento. Antes de que ella pudiera hablar de nuevo, Lucian dejó caer la carta al suelo y salió por la puerta.

Yendo a la cocina, Bella pasó junto a la puerta abierta de la entrada y vio que Cecil llegaba a toda prisa por el patio delantero. Tenía la cara sudada y le brillaba. Llevaba un ramito de flores bastante escaso y caminaba con aparente alegría.

Bella llevaba todo el día temiendo ese momento. Incluso ahora, cuando era inevitable que se enfrentaran de algún modo, deseó posponer ese lance un poco más. Corrió hacia la escalera para escapar de él. Pero fue lenta y tardó demasiado.

—¡Bella!

Siguió subiendo por la escalera. Pero entonces llegó al rellano y ya no supo qué más podía hacer, porque Cecil estaba a punto de darle alcance. Y lo hizo, subiendo los escalones de tres en tres, impulsándose con el pasamanos, que chirriaba con su peso.

Cecil avanzaba y ella reculaba de espaldas.

Estaba sofocado. Jadeaba.

—¿Por qué puñetas te vas corriendo? ¡Tengo una noticia maravillosa!

Claudine se disponía a salir para dar un paseo vespertino cuando oyó la voz atronadora de Cecil. La puerta de la suite Goodwood, que justo entonces acababa de abrir, daba al rellano, de modo que pudo verlo todo.

Vio que Bella estaba con los brazos colgando y reculaba poco a poco.

Vio que Cecil, sofocado, avanzaba hacia ella con un ramillete raquítico de flores medio muertas en la mano.

Tenía suficiente mundo para identificar inmediatamente lo que estaba viendo. Sin embargo, si quería ayudar, necesitaba ver más.

Antes de que pudieran reparar en ella, Claudine entornó la puerta y acercó el ojo a la rendija.

—He hablado con Heddon —decía Cecil—. Parece que el cuadro al final estaba asegurado. Así que todo apunta a que recibiré una

bonita suma como compensación. —Hablaba deprisa, con una cordialidad fingida y chillona—. Será suficiente para ahorrar un poco pensando en la boda de Lucian y para pagar... unas deudas que he ido acumulando. —Calló un momento con la evidente intención de que su mujer asimilara la noticia—. Es posible que incluso me queden unos cientos de libras para que puedas tapar algunos agujeros aquí en el hotel. Pero solo si me prometes que no emplearás el dinero para pagarle lo que le debes a tu padre. —Soltó una carcajada forzada que Bella recibió con un silencio gélido. Cecil se quedó desconcertado—. Pensaba que te alegraría.

—No puedo estar contenta mientras el pobre Billy siga encerrado. —Habló tan bajo que Claudine casi no la oyó.

—Claro. En fin, podría bajar e intentar resolverlo. Y quizá, cuando vuelva... —Su mirada se posó en el ramillete, pero evidentemente decidió no dárselo—. Podríamos hablar.

Bella lo miró, pero más allá de eso no hubo ninguna reacción por su parte.

Cecil usó entonces un tono más adulador y persuasivo.

—Bellissima, la sorpresa que me diste fue muy desagradable. A ver, ¿cómo se supone que ha de reaccionar un hombre en esta situación? Cuando descubre que su esposa ha estado besuqueándose con otro a sus espaldas. Y para colmo todo el pueblo parece estar enterado...

«Conque se trataba de eso —pensó Claudine—. Bravo por Bella.»

—Naturalmente, ahora entiendo que tal vez me sobrepasé y fui un poco duro. Más de lo necesario.

Cecil ya no podía mirarla a la cara. Claudine lo había visto tantas veces. Los hombres como Cecil nunca querían afrontar la realidad de lo que habían hecho ni su verdadera naturaleza.

Míralo, dando media vuelta, bajando a toda prisa por la escalera, como un niño al que han pillado birlando un pastel en una fiesta.

Cuando lo perdió de vista, Bella se derrumbó. Se deslizó contra la pared como una marioneta rota. Claudine abrió la puerta del todo y fue a consolarla.

—Eh —dijo en voz baja—. Ven aquí. Deja que te ayude.

Llevó a Bella a la suite Goodwood y cerró con llave.

Bella se sentó a un lado de la cama mientras Claudine le examinaba los arañazos y los golpes. Estaba agitada, deseosa de

explicarse.

—No es lo que piensas... —empezó a decir.

—Calla. No es necesario que te inventes excusas por mí.

—Pero yo lo provoqué.

—No me vengas con esa bobada de que la culpa es tuya —protestó Claudine—. Los hombres no suelen necesitar que se los provoque demasiado. Y te lo dice alguien que ha conocido a muchísimos tipos de hombres distintos. —Calló un momento y señaló las heridas en el rostro de Bella—. ¿Quieres que te ayude a disimularlas?

—Gracias, pero puedo hacerlo sola.

—Bueno, por lo menos deja que te ponga algo en ese corte. —Buscó en su neceser—. Sabes que eres más fuerte que él, ¿verdad?

—No creo que mi cara sea de la misma opinión.

—No me refiero a ese tipo de fuerza. Cualquier imbécil puede sacar a pasear sus puños. —Le puso un poco de crema en el labio, que tenía peor aspecto de lo que había pensado—. He visto cómo todos acuden a ti en este hotel. Buscando tu consejo y tu sensatez. Tu apoyo.

Bella se puso de pie. Se acercó al tocador y se miró en el espejo.

—Gracias —dijo—. Señora... —Se interrumpió.

—Por favor —saltó Claudine, haciéndole una reverencia—. Me llamo Claudine. Señorita Claudine Pascal.

—Entonces, gracias, Claudine. Por tratarme fraternalmente.

La estadounidense sonrió.

—Bonita forma de expresarlo.

De niños, Alice y Lucian habían tenido una institutriz irlandesa llamada señorita Corcoran que siempre vestía un manto negro de lana merina y un tocado. Era flaca, con gafas, pero no tan vieja como aparentaba, aunque a Alice, naturalmente, le parecía un vejestorio. Su truco era conservar la calma y la discreción en todo momento. Jamás levantaba la voz y, extraño en una institutriz, tampoco recurría a los castigos físicos, aunque de vez en cuando los mandaba a la cama sin cenar.

Más extraño si cabe, la señorita Corcoran era una maestra fenomenal, aunque lo que más le interesaba era el arte y por ello Lucian se benefició más que Alice de su labor.

Ahora, en el fresco de la biblioteca, tras expulsar momentáneamente de su mente el asunto de Constance, Alice cerró los ojos e intentó convocar el espíritu de la señorita Corcoran mientras se preparaba para darle a Roberto su primera clase de inglés.

No había pensado que el joven le tomaría la palabra y aceptaría. La primera vez que hablaron del asunto no parecía nada entusiasmado. Sin embargo, después de la comida, el conde Albani se le había acercado con discreción en la cocina para preguntarle si esa noche le iría bien dar la primera clase, porque Roberto sí podía y estaba emocionado, verdaderamente emocionado, con la idea de aprender inglés.

—Quizá —le había propuesto el conde— la primera lección podría ser cómo hacer las presentaciones...

Alice respondió que le parecía una idea estupenda.

Cuando Roberto se presentó —recién lavado, oliendo a colonia—, no parecía exactamente emocionado. Pero por lo menos había acudido y algún interés sí debía de tener, pues, de lo contrario, ¿por qué se lo habría propuesto su padre?

Le tendió la mano para que él se la estrechara, como hacía la señorita Corcoran, y dijo:

—Mucho gusto.

Roberto la imitó.

—Mucho gusto.

Tomó entonces la mano que le ofrecía, pero en vez de estrecharla la besó. Alice sonrió ruborizada. Él le devolvió la sonrisa, al tiempo que soltaba su mano muy a disgusto.

—Mi nombre es Alice —dijo ella.

Roberto repitió.

—Mi nombre es Alice.

—No, tu nombre.

—Ah. *Mi dispiace*. Tu nombre es Roberto.

—No. Mi nombre es Roberto.

—*Sono confuso*.

—Pues imagina cómo me siento yo. —Alice suspiró.

—*Cosa stai dicendo?*

—Me enviaste un regalo precioso —dijo Alice—, pero no eres capaz de presentarte como es debido. Podría decir cualquier cosa que me apeteciera que tú no pillarías nada, ¿verdad?

Alice negó con la cabeza mirándolo. Él hizo lo mismo.

—Podría decir que eres tremendamente guapo —continuó ella—. Aunque en realidad no dejas de ser un niño.

—*Riproviamo*. —Él hizo un gesto para que se pusiera de pie.

—Y no estaría perdiendo el tiempo con esta misión imposible si quedara algún inglés medio potable con el que casarse.

Roberto le hizo una profunda reverencia.

—Tu nombre es Roberto —dijo.

Cecil se resignó a que Bella estuviera un poco baja de ánimos durante una temporada. Sabía que en parte era culpa suya.

Su comportamiento no había sido intachable, era consciente de ello. Pero había otros factores a tener en cuenta, como el estrés de dirigir el Hotel Portofino, todo el asunto del cuadro, la incertidumbre sobre el futuro de Lucian y Rose, la habitual insatisfacción de Julia con todo, y, por supuesto, ese cambio que se cernía sobre Bella como se cernía sobre todas las mujeres de su edad, volviéndolas irritables e histéricas.

Cuanto más lo pensaba, más convincente le parecía su teoría del «cambio». Permitía explicar por qué Bella nunca quería acostarse con él. Su aventura con el tal Henry era evidentemente una pasión romántica, no sexual, por más que la carta pudiera indicar lo contrario. Pues ¿por qué iba a querer acostarse con ese idiota —que con toda probabilidad era homosexual, afrontémoslo— y no con él, cuya habilidad como amante había merecido el elogio de todas las mujeres con las que había estado?

La solución era guardar las distancias con Bella. De ahí la visita a Luigi's, su bar favorito de Portofino. No era un sitio especialmente higiénico, desde luego —daba a unos matorrales que había justo enfrente de la puerta trasera de las dependencias municipales—, pero vendían unas pastas tolerables y siempre podías achisparte con una *grappa* tirada de precio.

Cecil se disponía a volver al hotel cuando la puerta del muro de atrás del ayuntamiento se abrió y por ella apareció nada menos que Danioni seguido de Francesco.

Tuvo que mirar dos veces para asegurarse. No podía ser, ¿no? Y, sin embargo, así era. Es más, por el talante relajado y familiar con el

que ambos hombres conversaban, era evidente que se conocían bien.

—¿Francesco? —lo llamó Cecil.

Francesco se quedó inmóvil al verse descubierto. Claramente estaba pensando: «¿Salgo corriendo? No, no tiene sentido. Mejor capear el temporal».

—*Signore!* —exclamó, inclinándose.

Cecil miraba a Francesco y luego a Danioni, una y otra vez.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó, antes de volverse hacia Danioni—. ¿Qué significa esto?

No pareció que a Danioni el encuentro lo hubiera incomodado en lo más mínimo.

—Somos primos, *signor* Ainsworth... —Sonriendo, le dio una palmada en el hombro a Francesco—. No es más que una visita entre primos.

—Me gustaría hablar con usted —dijo Cecil—. Ahora mismo, si no tiene inconveniente. —Luego, dirigiéndose a Francesco, le espetó —: A ti te veré después en el hotel.

Danioni llevó a Cecil por la escalera hasta llegar a su despacho.

—Esperaba una visita, sí, del cónsul inglés. ¿Pero del *signor* Ainsworth? Eso no me lo esperaba.

—¿Ya ha terminado de divertirse?

—Me sorprende que quiera hablar conmigo.

—No tanto como me sorprende a mí haber descubierto que hemos tenido a un espía entre nosotros todo este tiempo.

—Ah, sí. —Danioni frunció los labios—. Ya veo que le entristece. En fin, ¿quiere que volvamos a ser amigos?

Cecil se sentó. No le resultaba fácil disculparse, pero estaba decidido a esforzarse.

—Es posible que las palabras que empleé la última vez que conversamos fueran un poco... Escuche, en caliente, es posible que le acusara de un par de cosas que...

—¿Eso de las «insinuacioncillas repugnantes»?

—Visto que hay algunas cosas que se nos escapan, he entendido que mis afirmaciones no se sostienen.

—¿Desea pedir perdón?

—Se me ocurre algo mejor. —Cecil se sacó un fajo de billetes del bolsillo de la chaqueta—. Dado su conocimiento de ciertos asuntos íntimos que me afectan... —Extrajo varios billetes de uno en uno, y

luego añadió unos cuantos más antes de colocarlos sobre la mesa—. Este es el precio que estoy dispuesto a pagar. Para dar por zanjada la investigación policial.

Danioni se inclinó hacia delante, pero Cecil no apartó la mano de los billetes.

—Y para lograr la puesta en libertad de William Scanlon. —Apartó entonces la mano—. Así como para compensarle por cualquier ofensa que haya podido sufrir.

Danioni barrió con la mano los billetes. Después de chuparse el pulgar, los contó con cuidado antes de guardárselos en el bolsillo.

—¿Y esto? —continuó Cecil, extrayendo varios billetes más del fajo—. Vamos a llamarlo un gesto de buena voluntad. —Los arrojó sobre el escritorio—. De un perro a otro perro.

Alice seguía trabajando duro con Roberto cuando vio por la puerta abierta que Bella pasaba por el salón. Disculpándose, se puso de pie inmediatamente y salió corriendo detrás de ella.

—¿Qué te pasa, Alice? Pareces acalorada —preguntó Bella.

—¿Podemos hablar en algún sitio? ¿Que sea discreto?

Cruzaron la cocina y entraron en el despacho de Bella. Esta cerró la puerta con llave y se sentó detrás de su escritorio. Le indicó a Alice una silla, pero su hija negó con la cabeza.

—Me ha parecido que tenía que enseñarte esto —dijo Alice. Sacó varias cartas de Constance de su bolso y las colocó sobre la mesa.

Bella las miró pero no hizo ademán de recogerlas.

—¿Qué son?

—Cartas. A la señorita March.

—¿Has interceptado su correo? —Bella miró con gesto duro y reprobador a su hija.

—Las he encontrado en su cuarto.

—¿Qué estabas haciendo allí?

Alice refunfuñó con impaciencia. No era eso lo que tenía que preguntarle su madre, ¿no?

—Sé desde hace tiempo que esa chica no es de fiar. Y ahora tenemos la prueba.

Se cruzó de brazos, orgullosa.

Bella guardó silencio, como si estuviera haciendo balance de la

situación.

—Devuélvelas a su sitio, Alice —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Devuélvelas. Ahora mismo. —El tono de su madre era sereno, pero glacial.

—¿No vas a leerlas?

—Por supuesto que no.

Alice frunció el ceño y se rascó la sien con el meñique. No era el resultado que había previsto.

—¿Pero no quieres saber qué clase de chica es?

—Ya sé qué clase de chica es. —La voz de Bella había subido de volumen—. Todo el mundo puede verlo. Es honesta, amable, concienzuda...

—¡Y la madre de un bastardo! —la interrumpió Alice—. ¡A los quince años!

Se hizo el silencio mientras las dos mujeres se miraban la una a la otra. Alice sintió que el pulso se le aceleraba, que su pecho subía y bajaba agitado. No recordaba la última vez que se había sentido tan frustrada, tan enfadada.

Por último, Bella dijo con la voz cansada:

—¿Qué hice mal contigo?

—¿Conmigo?

—¿Cómo pude criar a una hija tan redomadamente insensible? ¿Tan poco fraternal?

Alice se puso roja como un tomate.

—¿Poco fraternal? ¿Pero qué tontería es esa? Mejor ser poco fraternal que una pecadora.

—Pues estás consiguiendo ser ambas cosas.

—Qué ridiculez.

Alice se inclinó para recoger las cartas, pero Bella le espetó:

—Ni se te ocurra. Vas a dejarlas aquí.

—Pero...

—Vete, Alice. Ahora mismo. Y cierra la puerta al salir.

La orden de Bella tardó unos instantes en surtir efecto. En cuanto lo hizo, Alice la obedeció al pie de la letra y salió hecha una furia del despacho, dando un portazo tan rabioso que todo el hotel pareció temblar sobre sus cimientos.

14

Era extraño, pensó Lucian. La forma de mirar las cosas cambia lo que miras. Ves el mundo a través de tu estado de ánimo. Y en esos instantes su estado de ánimo era lóbrego y escéptico.

Se sentía atrapado, burlado.

Había salido a dar un paseo por ese magnífico jardín, con sus pulcros senderos y bien cuidados parterres de arbustos y flores exóticas, para pensar sobre la situación en la que se encontraba. Pero sus pensamientos no tenían orden ni concierto y el calor era insoportable.

La villa parecía alzarse amenazante sobre él. Se volvió y la contempló desapasionadamente. Con sus galerías sombrías y el suave amarillo limón de su estuco, el Hotel Portofino exigía ser visto de frente. A diferencia de las otras villas que se amontonaban colina arriba, no se escondía detrás de una espesa barrera de cipreses.

No, el motivo de construir una casa como esa en un sitio como ese, en una ladera con vistas al mar, era alardear. Dominar las vistas de la costa. El jardín se había diseñado con el mismo objetivo.

Secándose el sudor de la frente con la mano, se volvió de nuevo y estudió el paisaje. Su madre le había dicho que treinta años antes toda esa zona apenas estaba urbanizada. Portofino había sido un bonito pueblo de pescadores, un secreto solo conocido por los entendidos, que se había granjeado la fama de ser casi inaccesible por culpa de sus pésimas carreteras.

El tren lo había cambiado todo. Ahora, aunque la línea férrea terminaba bastante lejos de Portofino, Santa Margherita y Rapallo, los trenes traían todos los años a miles de turistas. Y, naturalmente, se daba un movimiento de personas en sentido contrario, ya que los jornaleros de las viejas comunidades agrícolas afluían a las ciudades, en especial a Génova, donde había trabajo en el puerto y en la construcción, empleos mejores y más seguros que cultivar olivos y naranjos.

Los recién llegados, muchas veces extranjeros como los Ainsworth, habían transformado las costas ligures. Si alguien les preguntase, responderían que su objetivo al venir aquí era alcanzar la armonía con la naturaleza. Y sí, claro, el diseño de jardines reunía la naturaleza, el buen gusto y la belleza. Pero también suponía *domar* la naturaleza. Imponerle tu voluntad. Sustituir los castaños que llevaban siglos en esas tierras por cedros del Líbano y cipreses porque..., ¿por qué no?

Algunos de esos jardines eran ridículos. Lucian los había visto con sus propios ojos. Tenían lagos y grutas, cascadas y pabellones góticos. Por lo menos, a su madre no le era desconocido el valor de la moderación.

Lo cierto era que a Lucian esas vistas le habían fascinado cuando pensaba que Rose también las miraba de la misma forma, cuando pensaba que Rose era la clase de persona a la que le gustaban las mismas cosas que a él.

Pero resultó que no lo era.

Y, sin embargo, ¿era eso un obstáculo decisivo? ¿Significaba necesariamente que no podrían ser felices juntos?

Lucian se volvió y allí estaba ella, cruzando por el césped con su sombrilla. Como siempre, estaba preciosa. Y como siempre intuyó la mano de la madre de Rose en su atuendo: un vestido recto y sin mangas que realzaba su delgadez.

Pero Julia no duraría siempre. Y Rose cambiaría con el paso del tiempo. Ambos lo harían. Tal vez terminarían creciendo juntos, en paralelo. A muchas parejas les ocurría eso, pese a haber partido de puntos muy dispares.

—Pensaba que te encontraría pintando —dijo ella, acercándosele. Llevaba las manos a la espalda, como si estuviera escondiendo algo.

—¿Ah, sí? —Lucian se volvió para mirar las vistas—. La verdad es que no estoy de humor.

En apenas un segundo, Lucian había logrado crear un ambiente desagradable. Se maldijo para sus adentros. ¡Esfuérzate más, por el amor de Dios!

—Mañana es nuestro último día —dijo ella.

—¡Ostras! ¿Tan pronto?

—Estas tres semanas han pasado volando.

—La verdad es que sí.

—Es posible que no tengamos otra oportunidad de hablar como es debido. Así que quiero darte las gracias. Por todo lo que has hecho para cuidar de mí. Para que pudiera sentirme como en casa.

Fue un discursito encantador y Lucian se sintió sinceramente conmovido.

—Ha sido todo un placer —dijo.

—Y quería regalarte esto. —Se sacó de detrás de la espalda lo que llevaba escondido. Era una pequeña pieza rectangular de cartulina con un dibujo: un aseado paisaje costero—. Hace tiempo que lo empecé. En secreto.

Lucian se lo quitó de las manos.

—Oh, Rose. Es...

—Bastante malo, ya lo sé.

—Iba a decir precioso.

Ella sonrió.

—No tienes por qué fingir.

—Te lo digo de verdad. El hecho mismo de que lo hayas creado. Para mí. Y eso que la pintura no es lo tuyo. —Lucian trató de contagiarle con su actitud toda la confianza que le faltaba a Rose.

Ella se rio.

—No es lo mío para nada. —Se acercó a él, dejando caer la cautela—. Lo he intentado, en serio que lo he intentado. Que me guste pintar, por ti. Pero no le encuentro lo que tú le ves. Para mí, todo son colores y formas. Nada más.

Él se encogió de hombros.

—La sinceridad siempre es buena. En cualquier caso —continuó Lucian, aventurando una broma quizá demasiado sutil—, casi todo el arte que se hace hoy día está obsesionado con los colores y las formas. A lo mejor cambias de opinión después de ver un cuadro de Paul Klee.

—Puede ser. —Su voz sonó insegura. Porque lo estaba—. ¿Así que no estás enfadado?

Él negó con la cabeza.

—Estaría enfadado si pensara que fingías que te gustaba el arte. Solo para agradarme.

—¡Pero es justo eso! No hago otra cosa. Intentar agradar a los demás.

Había aparecido una grieta en la copa dorada. Antes de ese día, Lucian habría podido imaginarse a Rose murmurando algo parecido

frente al espejo en un momento de descuido, pero no diciéndolo en voz alta, a otra persona. Se había armado de valor para hacerlo y Lucian vio en ello un avance.

Siguió insistiendo.

—Agradar a tu madre, sobre todo.

—Y a todo el mundo. —Rose se volvió. Echó a andar hacia la villa. Cuando volvió a hablar, lo hizo con la voz entrecortada—. Me desvivo por parecer interesante. Cuando en realidad no lo soy.

—Sí eres interesante —replicó Lucian sin pensar.

Ella negó con la cabeza.

—Ni siquiera estoy muy segura de si soy simpática.

—¿Cómo dices eso? —Él se acercó e intentó darle un abrazo, pero Rose lo apartó bruscamente.

—No soy estúpida, Lucian. He entendido que la gente no se encariña de las personas que no son capaces de ser sinceras consigo mismas.

—No —dijo él—. No es tan sencillo.

Pero Rose ya se alejaba.

Nish había estado observando a Lucian y Rose desde un banco en el otro extremo del jardín. Lo había elegido a propósito porque sabía que no podrían verlo. Él, en cambio, tenía una visión parcial, obstaculizada por un seto ornamental de gran tamaño.

No había podido oírlos, pero parecía que se habían peleado o, por lo menos, habían tenido una conversación tensa y destemplada. Mientras observaba el regreso de Rose hacia el hotel, descubrió que Claudine estaba de pie a su lado, con sus características gafas de sol y un sombrero de paja de ala ancha. También observaba la escena, pero con más descaro.

—Yo no lo veo —dijo ella.

—¿No ves qué?

—La parejita de enamorados.

—Tendrán hijos guapos —dijo Nish.

—Nosotros también los tendríamos.

Rieron los dos.

Claudine se sentó a su lado y se encendió un cigarrillo.

—Ella no es su media naranja.

—¿La gente encuentra a su media naranja? —preguntó él.

—Todos los días. Aunque es imposible cuando no tienes el santo valor de reconocer quién eres de verdad. Y qué sientes de verdad.

Nish sintió un desagradable cosquilleo. Su flaqueza —y lo sabía porque ya le había traído problemas en una ocasión— era creer que podía controlar la imagen que proyectaba. Era una forma de arrogancia. Sin embargo, entendió ahora que Claudine había podido ver por debajo de su caparazón.

—¿Es tan obvio? —preguntó con cautela.

—Para mí sí.

Nish la miró, de repente asustado.

—¿No dirás nada?

—Claro que no. Es asunto tuyo exclusivamente.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No he adivinado nada. Digamos que es intuición. Un sexto sentido. —Dio una profunda calada al cigarrillo y luego expulsó el humo con energía—. Muchos de mis amigos en París son como tú. Y son mis favoritos.

Antes de que pudiera contestar, Nish vio que Lucian los miraba. Levantó una mano cansada.

—¿Has intentado decírselo?

—¡No, por Dios! Nunca lo haré.

—No me refiero a tus sentimientos por él. Solo a tus sentimientos en general.

—¿Por qué iba a destruir la mejor amistad que he tenido?

—Menuda amistad si algo así pudiera destruirla. —Claudine tomó su mano—. ¿De verdad vas a permitir que te consuma por dentro?

—¿Y qué otra solución tengo?

—Pues qué tristeza.

Hubo algo en el tono de Claudine que le molestó.

—No necesito tu pena.

Ella sonrió, pasando por alto la brusquedad de Nish.

—No solo me das pena tú. Soy una experta en amar cuando no está permitido. Podría escribir un libro al respecto. —Le puso la mano en el hombro—. Necesitas aliados, Nish. Todos los necesitamos, entre bambalinas. No es necesario que todos sean como tú. De hecho, a veces es mejor que no lo sean. —Se encogió de hombros—. A ver: a

Lucian le gustan las mujeres, pero eso no significa que no pueda entenderte. O que no sea receptivo.

Nish iba a responder cuando oyó el traqueteo de un carruaje que entraba por el camino. Miró a Claudine.

—Billy —dijo—. El señor Ainsworth iba a recogerlo hoy.

Claudine asintió despacio.

—Billy el afortunado.

Cecil casi no se lo creía. Habían encerrado a Billy en los calabozos de la comisaría de piazza della Libertà. La celda era un cuartucho improvisado y apestaba como un urinario, pero por lo menos no le habían pegado. Además, Billy era joven. Parecía hecho polvo, eso era innegable, pero los chicos de su edad podían con todo. Ahora había que animarlo.

Con eso en mente, justo antes de que llegaran a la puerta de la cocina, agarró a Billy y lo empujó contra la pared. No estaba de más recordarle quién mandaba allí.

—No tan deprisa, señorito Scanlon.

Billy forcejeó, retorciendo su cuerpo, apartando a Cecil.

—¡Me hace daño!

Cecil lo sujetó con más fuerza.

—Escúchame bien, cabroncete. He pagado tu libertad. Y puedo pagar para que vuelvan a enchironarte cuando me dé la gana. —Le propinó un cachete juguetón en la mejilla—. Tengo al señor Danioni en el bolsillo. Lo que significa que también te tengo a ti en el bolsillo.

Billy asintió mudo.

—Conque a partir de ahora, si digo: «¡Salta!», tu única pregunta será: «¿Cuán alto quiere que salte, señor Ainsworth?». ¿Entendido?

Billy volvió a asentir.

—Sí, señor Ainsworth.

—Bien. —Lo soltó—. Ahora, arreando.

Cecil abrió la puerta y metió a Billy en la cocina, manteniendo la mano en su hombro.

El aire olía intensamente a comida fresca y sudor. Cecil se preguntó, no por primera vez, cómo era posible que alguien pudiera trabajar en una estancia tan oscura y sofocante.

Betty se volvió al oír la puerta. Gritó el nombre de su hijo y

corrió a estrecharlo entre sus brazos blancos y rollizos.

Cecil sonrió con benevolencia.

—El regreso del hijo pródigo.

—Me tenías preocupadísima —dijo Betty. Dio un paso atrás para mirarlo mejor—. Has perdido peso.

Billy puso cara de resignación.

—No he estado ni veinticuatro horas, mamá.

—Te preparo un sándwich. Un buen sándwich de salami.

—No me gusta el salami.

—Pues entonces de huevo. El huevo sí te gusta.

Lo obligó a sentarse en una silla y se puso a cortar varias rebanadas de pan.

Bella había salido de su despacho al oír el alboroto.

—¿Ha salido bajo fianza?

—Está en libertad, no hay denuncia —declaró Cecil—. No han tenido inconveniente en aceptar mi palabra cuando les he dicho que no creía que Billy tuviera nada que ver con la desaparición del cuadro.

Betty dejó de untar el pan con mantequilla y levantó la vista.

—¿Y qué se sabe de la bicicleta, señor Ainsworth?

—Los he convencido de que hagan la vista gorda. Ya ha sido devuelta a su dueño. Con un pequeño pago por haberla tomado prestada.

—Ay, señor Ainsworth. No sé cómo podré pagarle su bondad.

Cecil disfrutaba enormemente cuando la gente le decía cosas así, en especial si eran criados.

—Asegúrese de que el chico no se meta en líos —dijo mirando a Billy—. No pido más.

—Pero es que ese es el problema —contestó Betty—. ¿Cómo voy a hacerlo? Estoy liadísima en la cocina.

Bella se acercó a consolarla.

—No te angusties, Betty. Ya encontraremos la solución.

Pero Betty se había soltado.

—Quizá lo mejor es que me lleve al chico de vuelta a casa, señora. Renunciar a mi puesto.

¿Lo decía de verdad o solo quería asustarlos? Cecil no estaba seguro.

—Ni hablar —dijo Bella—. Estaríamos perdidos sin ti.

—Que Dios la bendiga, señora Ainsworth.

Las escenas sentimentales aburrían a Cecil, así que se quedó ensimismado un momento. Sin embargo, cuando levantó la mirada, esperando ver a Bella junto a Betty, su mujer había desaparecido.

Maldita sea.

¿Adónde había ido? ¿A su despacho?

Oyó sus zapatos en el vestíbulo. Conque subía a su cuarto. Bien. La seguiría.

Salió a toda prisa de la cocina y corrió escaleras arriba detrás de ella. La vio en el rellano, recogiéndose el vestido para poder caminar más deprisa.

Sin embargo, cuando Cecil llegó a lo alto de la escalera, Julia salió de su suite.

No era el momento más oportuno. Por otra parte, Cecil nunca podía dejar pasar la ocasión de hablar con Julia. Había algo vigorizante en su aspereza, algo que le reconfortaba en la solidez de su relación después de tantos años. Además, seguía encontrándola innegablemente atractiva.

—¡Cecil!

—Julia.

—Te veo con unas prisas de miedo. —Julia miró en la misma dirección que él, hacia el final del pasillo—. ¿Te persiguen los acreedores?

—Muy gracioso. Pero hoy nos vamos a reír de ti, me temo.

—Me tienes intrigada —dijo ella levantando una ceja.

—¿Vamos? —Cecil le indicó que pasaran a su suite, que estaba repleta de maletas abiertas y bolsas que todavía había que hacer.

—Me pillas en un momento delicado —dijo Julia.

—Ya lo veo. —Cecil se quedó mirando un montón de enaguas que había sobre una silla.

Julia lo llevó al balcón. Miraron en silencio la serena extensión vacía del mar.

—¿Has disfrutado de tu estancia con nosotros?

—Medianamente.

—Oh. —Cecil trató de velar su desilusión.

—Me habría gustado ver y saber un poquito menos de los demás huéspedes... y un poquito más de ti.

—Tal vez tenga remedio todavía.

Julia se miró el reloj.

—¿En las dieciocho horas que nos quedan?

—No me refería a remediarlo aquí necesariamente. —Bajó el tono de voz—. Tengo previsto pasar más tiempo en Londres que últimamente.

Ella frunció el ceño.

—¿Ha cambiado algo?

—Mis circunstancias. Y, desde luego, tenemos una boda que planear.

—¿Dispones de los medios para seguir adelante?

—Sí.

Julia se rio a carcajadas.

—Ay, Cecil. He esperado tanto tiempo a oírte dar ese sí.

Él sonrió y, tras tomar su mano, se la acercó a la boca.

—¿Y tú me das el sí?

—Ay, sí —dijo Julia—. Claro que te lo doy.

Lo último que quería Lucian era tener una conversación con su padre. Pero ahí llegaba, casi saltándose los escalones de camino a la pérgola donde Lucian se había escondido, tratando de leer una novela de John Galsworthy que Nish le había recomendado. Tratando de leerla y fracasando en el intento, porque nunca había sido un gran lector.

Bajó el libro e hizo de tripas corazón.

—¡Aquí estás! ¿Jugando al escondite? —Cecil tenía la cara colorada y parecía sofocado.

—Si tú lo dices.

—¿A quién intentas evitar?

—No estoy seguro. A mí mismo para empezar. —Lucian sabía que ese tipo de respuesta sacaba de quicio a su padre.

—No seas tan agonías —le soltó Cecil—. Quiero mostrarte algo. —Le dio una hoja de papel.

Lucian la desdobló y leyó lo que su padre había escrito con su habitual tinta color burdeos.

> *Nos complace anunciar el enlace de Lucian, hijo del honorable señor Cecil Ainsworth y señora, de Portofino, Italia, con Rose, hija del señor Jocelyn Drummond-Ward y señora, de Londres.*

No era exactamente lo que se dice una sorpresa. Había hablado

con sus padres sobre esa boda desde hacía meses, tanto tiempo que al final había adquirido un cariz abstracto, hipotético. Verla anunciada por escrito lo cambiaba todo. La crudeza y formalidad de las expresiones empleadas no dejaba lugar a dudas de que se trataba de una celebración planeada, real y por tanto inevitable, de modo que lo mejor era afrontarla sin rodeos.

—Había pensado que mañana podríamos darnos un paseo hasta la oficina de telégrafos —dijo su padre—. Hacer que corra la voz.

Lucian asintió pasmado.

—Como es natural, eso significa que tendrás que ponerte las pilas.

—Ponerme las pilas. Sí. Claro.

—¿Será un problema?

Lucian guardó silencio.

—¿Es a Rose a quien intentas evitar?

—No exactamente.

—Entonces ¿cuál es el inconveniente?

—No estoy seguro. —Devolvió el papel a Cecil.

—¿De qué no estás seguro?

—De que yo y Rose seamos... afines.

Cecil torció el gesto.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

—Que no estoy seguro de que formemos buena pareja.

—Pero nuestras familias llevan casándose entre sí desde hace varias generaciones.

—Hablo de las emociones.

Un gesto de incredulidad se apoderó de los ojos inyectados en sangre de Cecil.

—Escúchame bien. Todas estas bobadas afeminadas tienen que acabarse. Es verdad, tuviste muy mala pata y te quedó una cicatriz muy fea. Pero la guerra terminó hace más de ocho años.

—Lo sé.

—Pues entonces compórtate como un hombre. Estás vivo, ¿verdad? ¿Puedes respirar, pensar, caminar? Millones de hombres no tuvieron la misma suerte.

Lucian sintió que le invadía la rabia.

—¿Y crees que no lo sé? ¿Crees que no me paso cada día y cada noche con esa sombra encima?

—Pues sal a la luz de una vez, chico. Empieza a vivir un poco. —Cecil se interrumpió—. Se te ofrece la mano de una muchacha de una excelente familia. Y una casa en Londres. Con unos ingresos de mil quinientas libras al año. Cualquier joven con una gota de sangre en las venas estaría saltando de alegría. Y no como alma en pena, preguntándose por sus emociones. —Levantó el papel—. Esto saldrá en el *Times* la semana que viene. Así que cumple con tu deber.

—Sí, padre.

—Como yo cumplí con el mío. —Le plantó el papel en el pecho, obligándolo a cogerlo.

Mientras caminaba de vuelta a la casa, Lucian miró de nuevo la letra enmarañada de su padre, que siempre se acercaba peligrosamente al umbral de la ilegibilidad. Dobló el papel por la mitad, y luego otra vez, y aún otra después. Se guardó entonces el cuadradito de papel en el bolsillo de los pantalones para que le molestara cada vez que metiera la mano, recordándole que debía tomar la iniciativa antes de que fuera demasiado tarde.

La tarde pasaba lenta y monótona. Nish estaba inquieto y no conseguía serenarse. Intentó leer, pero las palabras se negaban a alzarse desde la página. Intentó escribir, pero los resultados eran anodinos y poco inspirados.

Encontró a Lucian en su cuarto, poniéndose un traje más elegante. Seguramente había reconocido su alegre llamada a la puerta, porque había exclamado: «¡Adelante!», con el tono pomposo y estentóreo que era una broma compartida por ellos desde hacía mucho tiempo.

Nish se quitó un peso de encima al verlo. Miró pensativamente a su amigo mientras este se abrochaba los gemelos.

—Me preguntaba dónde te habías metido —dijo Nish.

Lucian puso cara de resignación.

—¿De verdad? ¿Tú también?

—¿Pasa algo?

—Nada, solo que mi padre me ha dado un ultimátum. —Señaló con la cabeza el papel, que estaba abierto sobre la cama—. Me caso con Rose. Decidido.

—Enhorabuena. —Nish intentó que su voz sonara alegre.

—Gracias. Todavía no he hablado con ella.

—¿Cuándo piensas hacerlo?

—Mejor hoy que mañana.

Nish abrió la boca para decir algo, pero fue incapaz de articular palabra. «Nos creemos muy modernos —pensó—, cuando en realidad seguimos siendo como antes de la guerra.» Una frase de una de sus novelas favoritas, *La casa de la alegría*, afloró a su recuerdo: «La situación entre ellos solo podría haberse aclarado por medio de una explosión de sentimientos, y tanto su educación como sus hábitos mentales desaconsejaban algo así».

Lucian lo miró.

—¿Querías algo? —Había cierta irritación por debajo de la superficie de sus palabras.

Nish negó con la cabeza.

—Nada importante.

—¿Estás seguro?

—Puede esperar.

Se quedaron callados un buen rato.

—¿A veces piensas que te gustaría volver atrás? —dijo Lucian finalmente.

—¿Adónde?

—A Trouville. Después de la guerra.

—¿Al pabellón de convalecientes?

—Sí. Estábamos eufóricos porque todo había terminado.

Nish se rio. La nostalgia lo distorsionaba todo.

—Esos malditos barracones Nissen. A ti ya te iba bien. Estabas todo el día echado en la cama. Pero a nosotros nos tocaba trabajar.

—Recuerdo abrevaderos llenos de flores.

—Me alegro por ti. Yo recuerdo combates de boxeo y competiciones estúpidas en la playa. Natación obligatoria. Montones de cuerpos flacos y pálidos. —Se estremeció—. Era como las jornadas deportivas en la escuela, pero cada puñetero día.

Lucian se rio y el corazón de Nish dio un brinco al pensar que había conseguido animar a su amigo.

—Te has olvidado de lo felices que éramos. Por haber sobrevivido.

—Todo era más fácil —reconoció Nish—. En algunos aspectos.

Lucian terminó de ajustarse el traje, igualando las solapas. Luego

se peinó y se puso cera en el pelo. Estaba guapo de verdad, como un dios griego.

—Bueno —dijo—. Deséame suerte.

Constance había ido al salón por si acaso Lucian estaba ahí. Por supuesto, no lo encontró, ni en el salón ni en ninguno de los demás espacios públicos del hotel. Estaría en su cuarto, que era coto vedado para el servicio a menos que hubiera que limpiarlo.

En una de las mesas vio el ejemplar de *La Ilíada* que había leído con Lucian. Cogió el libro y lo hojeó, recordando esa lectura compartida.

Se sobresaltó al oír algo al otro lado de las puertas de cristal. Había alguien en la terraza. Eran dos personas. Un hombre susurró algo. Una mujer soltó una risita. Hubo un trotecillo de tacones sobre las baldosas. Luego, silencio: un silencio largo, opresivo.

Lucian fue el primero en hablar.

—Tengo que hablar contigo.

—Pero he de hacer las maletas —respondió Rose.

—Las maletas pueden esperar.

—Cuéntaselo a mi madre. A ver qué te dice.

Como no podía seguir bien la conversación, Constance se acercó de puntillas a la pared que había junto a las puertas de cristal de la terraza y se apretó contra ella.

Lo que hacía no estaba nada bien. Era taimado y traicionero. Entrometido. ¿Qué habría dicho su madre? «La curiosidad mató al gato.»

Pero al final terminaría enterándose de todos modos. Así pues, ¿por qué no escucharlo ya, de primera mano?

Lucian volvió a hablar.

—He pensado en lo que dijiste. En eso de que te parecía muy difícil ser sincera contigo misma. Y el caso es que yo siento exactamente lo mismo.

—¿De verdad? —Rose parecía asombrada.

—Por supuesto. Me he pasado toda la vida intentando estar a la altura de las expectativas que los demás habían depositado en mí. Y el resultado es que no me gusto demasiado.

—Pero todo el tiempo que hemos estado aquí... Parecías tan

seguro en todo...

—Quizá aquí, en Italia, puedo ser un poco más libre. Un poco más honesto. Aunque no todo lo que debería.

Hubo un silencio. Entonces, con su voz cantarina, Rose preguntó:

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Porque quiero que sepas que tenemos más cosas en común de lo que imaginas.

—¿De verdad lo piensas?

Constance sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Qué estaba a punto de suceder? Tuvo una sensación de pánico, como si estuviera en el borde de un acantilado, mirando las olas que rompían contra las rocas.

—Nunca tendrás que preocuparte por ser sincera conmigo —continuó Lucian. Hablaba con tanta ternura que Constance sintió que el corazón se le iba a romper.

Se oyó un roce en el suelo. Luego, Rose dijo, suplicante:

—Ponte de pie, Lucian. Por favor.

Era como estar en el cine, la última bobina de la película, la del desenlace definitivo, solo que ahora estaba ocurriendo de verdad.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Rose.

«Chica lista —pensó Constance—. Tienes toda la razón.»

Pero Lucian siguió adelante.

—Nadie me obliga, Rose. Quiero hacerlo. —Una pausa. Y entonces pronunció la pregunta. La pregunta que, contra toda esperanza, Constance había deseado que nunca le hiciera a ninguna mujer que no fuese ella—. ¿Quieres casarte conmigo?

Cecil quiso reunirlos a todos —familia, huéspedes y el servicio al completo— para celebrar el compromiso. Parecía decidido a causar revuelo. Bella lo había oído silbar por los pasillos, chascando los dedos mientras salía alegremente al jardín para cazar a los últimos rezagados.

—¿Se han enterado? —iba diciendo a propios y extraños—. Una noticia maravillosa, ¿no creen? Tenía la intuición de que iba a pasar hoy...

Había dejado una nota lacónica en la recepción con la que se reservaba el privilegio de dar la gran noticia:

Recepción formal. Seis de la tarde. En el salón principal.

Aunque, desde luego, se había pasado las dos últimas horas contándoselo a todas las personas con las que se cruzaba, incluida Bella.

—Qué emocionante, ¿no?

Cecil aprovechó para acercarse. Bella sintió que su cuerpo se contraía, intentando alejarse de él, apretando la espalda contra la pared del comedor, donde había estado poniendo las mesas.

—Me alegra verte feliz —dijo ella, moviéndose lateralmente como un cangrejo; el odio que le despertaba en ese instante era más fuerte que su interés por cualquier otra cosa.

Claro que estaba contenta..., pero solo por su hijo. ¿Qué madre no lo estaría? Al mismo tiempo, le resultaba evidente que, para Lucian, su matrimonio con Rose no era más que una ingrata solución de compromiso.

La recepción resultó extraña incluso antes de empezar. Cecil se había olvidado de comprobar las existencias de vino espumoso o de informar a Betty de la necesidad de preparar unos aperitivos. La cocinera envió unos platos improvisados de aceitunas y frutos secos, que Cecil rechazó por insuficientes. Alice intervino entonces diciéndole que no estaba siendo justo, ya que Betty necesitaba que se le avisara con más tiempo para preparar la comida de un acto como ese. Entretanto, Francesco fue enviado a comprar *prosecco*.

El público se congregó a la hora anunciada, como se le había pedido. Muchos se habían vestido para la ocasión, aunque Bella no había tenido tiempo. Cecil estaba delante, junto a las puertas de la terraza, convertido en autoproclamado maestro de ceremonias. Parecía estar disfrutando una enormidad del momento, una vez más. Aquello era interminable.

—¿Julia? Ven aquí y ponte a mi lado. —Echó una ojeada al salón —. ¿Y dónde está la pareja feliz?

Rose se encontraba al final del salón, con cara de susto, enfundada en ese curioso vestido recto que la hacía parecer toda piel y huesos. Mirando a un lado y otro en busca de apoyo, levantó una mano blanda y volvió a sentarse en su silla.

—¿Y alguien ha visto a Lucian? No me digáis que ya ha huido por patas.

Unas risas nerviosas se extendieron por la sala cuando Lucian apareció en la puerta.

—Aquí estoy, padre.

Bella lo observó abrirse camino entre la multitud expectante, pasando junto a Paola y Constance, que estaban quietas y mudas con sendas bandejas de bebidas.

Tras colocarse al lado de Rose, echó un vistazo al mar de caras sonrientes, aunque Paola estaba con el ceño fruncido y Constance parecía al borde de las lágrimas.

—Bien —dijo Cecil—. ¿Todo el mundo tiene su copita de espumoso?

Bella indicó con un gesto a Paola y Constance que empezaran a servir el *prosecco*.

Pero entonces ocurrió algo extraordinario. Constance dejó la bandeja en una de las mesas auxiliares y salió corriendo de la sala. Paola hizo el gesto de salir tras ella, pero Bella se lo impidió.

—No, Paola. Te necesitamos aquí. Iré yo.

Bella siguió a Constance hasta su cuarto en el piso superior. La chica había cerrado la puerta. Bella acercó el oído y pudo oír que sollozaba.

Permaneció allí, esperando a que Constance se serenara. Entonces oyó que empezaba a revolver sus cosas, como si estuviera buscando algo con lo que consolarse. La búsqueda se volvió cada vez más frenética. Bella oyó cajones que se abrían y cerraban. Un portazo en el armario. Oyó que Constance decía: «¿Dónde puñetas están?». Y luego, con una nota apenada de desesperación en la voz, añadió: «Han desaparecido. Todas. Ay, Tommy...».

Bella bajó de inmediato a su despacho y cogió las cartas del cajón en el que las había guardado bajo llave.

Luego, volvió a subir y llamó suavemente a su puerta.

Melissa estaba al lado de lady Latchmere, mirando a Cecil, cuando este propuso un brindis.

—¡Por Lucian y Rose!

Todo era tan emocionante. Y previsible, como era natural. Pero no había imaginado que lo anunciarían tan pronto o que ella tendría algún papel en la celebración.

Formaban una pareja preciosa, nadie podía negarlo. No había tratado demasiado con ninguno de los dos, por lo que tampoco podía saber a ciencia cierta si los habían emparejado bien. Alice, con quien había trabado una buena amistad, nunca decía gran cosa de su hermano. Y, sin embargo, Melissa intuía una rivalidad soterrada. Aunque eso era algo habitual entre hermanos, ¿no?

Melissa tomó un sorbo de *prosecco* e hizo chinchín con lady Latchmere, que ya iba por su segundo *limoncello*.

—No hay nada que me guste más que una buena boda —dijo—. ¿Y a ti, Melissa?

—No he ido a muchas —reconoció esta.

—Bueno, no te preocupes. Solo hay una que importe de verdad. —Lady Latchmere ladeó la cabeza—. ¿Tienes pretendientes, cariño?

—¡Madre de Dios! —Melissa soltó una risita—. ¡Menuda pregunta!

—No me seas coqueta. A tu edad, ya había rechazado a media docena de pretendientes.

—Por favor, tía. ¿Podríamos cambiar de tema?

Pero la señora insistió de nuevo.

—Si se trata de dinero...

—Se trata de mi predisposición.

—Estaría dispuesta a sufragar la boda.

—Pero yo preferiría que se me permitiera continuar con mis estudios.

Lady Latchmere frunció el ceño.

—¿Tus estudios?

—La universidad —dijo Melissa, entusiasmada con el tema—. Quizá incluso un doctorado.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

Lady Latchmere se dio un momento para digerir la noticia, que Melissa le había comunicado con un aplomo que incluso a ella le había resultado sorprendente.

—Muy bien, cariño —dijo—. Lo único que quiero es verte satisfecha y feliz con tu vida.

—Estoy satisfecha y feliz.

—Si tú lo dices.

Melissa le dio un beso en la mejilla.

—Si tengo que casarme, que sea con un buen libro.

Lizzie estaba de pie con un vaso de agua con gas —por una vez no le había apetecido tomar *prosecco*— cuando vio que Plum pasaba al otro lado de la puerta abierta del salón. Plum soltó la maleta cuando ella corrió a arrojarle los brazos al cuello.

—¡Oh, Plum! ¡Tesoro! Has vuelto.

Plum se deshizo de los brazos de su mujer y observó el bullicio de alegres risas y conversaciones.

—Qué maravilloso detalle por vuestra parte, haber organizado una fiesta de homenaje al campeón.

—¿Has ganado?

—No exactamente, muchacha. Un franchute me eliminó en tercera ronda.

—No pareces demasiado disgustado —dijo Lizzie frunciendo el ceño.

Plum se dio una palmada en el bolsillo y le guiñó el ojo.

—Aposté un poquito. Por el otro chavalote.

—Ah. —De pronto lo entendió todo—. Entonces ¿estamos bien?

—Estamos bien, cariño.

—En fin —dijo ella—. Es posible que yo tenga una noticia todavía mejor.

—¿Ah, sí?

—Estos últimos días me he encontrado un poco rara. Y quizá es demasiado pronto para estar segura, por supuesto... Pero creo que puedo estar, bueno, ya sabes...

Los ojos de Plum se abrieron de par en par, impulsados por una pregunta tácita que Lizzie respondió asintiendo con una sonrisa tímida.

Una voz ronca, quebrada por las lágrimas, gritó:

—¿Quién es?

—Soy la señora Ainsworth. Bella.

La puerta se abrió. La chica tenía los ojos rojos e hinchados, la cara bañada en lágrimas.

—Lo siento —dijo.

Bella la miró conmovida.

—¿Qué te pasa, Constance? Me duele verte tan disgustada.

—He perdido algo muy querido para mí.

Bella entró en su cuarto y cogió a Constance de los brazos para envolverla en un abrazo maternal.

—Tranquila, tranquila.

—Ay, señora. —Empezó a sollozar de nuevo.

Con dulzura, Bella hizo que se sentara en la cama.

—Mucho me temo que esto es un asunto delicado. —Se sacó las cartas del bolsillo del vestido—. ¿Es esto lo que has perdido? ¿Lo que estabas buscando?

Constance miró las cartas con gesto sorprendido, luego a Bella, luego las cartas nuevamente. Asombro, vergüenza y rabia colisionaron en su rostro. Tras secarse las lágrimas, agarró las cartas y abrió el sobre que había encima; para buscar, supuso Bella, el guardapelo, que seguía allí. Se volvió entonces hacia Bella, aliviada pero también intranquila.

—¿Las ha leído?

—No. Aunque alguien sí lo ha hecho, me temo.

Constance se dio un tiempo para asimilar la noticia, las terribles consecuencias que entrañaba.

—¿Lo sabe todo?

—Sé de tu desdicha, sí.

Constance se puso en pie. Parecía débil, flaca, pero también decidida. Se apartó los mechones de pelo mojado de la cara.

—Entonces estoy despedida.

—¿Despedida? —Bella no se esperaba eso.

—Por supuesto. Es imposible que me quiera aquí, cuidando de Lottie. Sabiendo lo que ahora sabe. —La chica empezó a mirar a su alrededor, seguramente en busca de su maleta, pero Bella la interrumpió. Le pidió que se volviera a sentar.

—No creo que exista nadie mejor que una madre para cuidar de una niña como Lottie.

—¿Una madre que nunca tuvo marido?

—Pero que está haciendo lo imposible para que eso no marque su vida.

Constance abrió el guardapelo y miró la fotografía.

—Una madre que ha abandonado a su hijo.

—Pero que lo lleva siempre al lado de su corazón.

Constance sorbió por la nariz.

—Pensaba que me juzgaría —dijo levantando la vista—. Casi todo el mundo lo hace.

—He aprendido a no hacerlo —contestó Bella. Calló un instante y añadió—: Todos merecemos la oportunidad de enmendarnos. Hasta el día en que demostremos que no lo merecemos.

La mirada de Constance volvió a posarse en la fotografía.

—No sé ni por dónde empezar.

—Puedes empezar —dijo Bella— hablándome de tu niño.

Cecil no tenía ni idea de adónde se había marchado Bella con tanta prisa. Le preguntó a lady Latchmere, quien casualmente se hallaba en ese momento a su lado. Ella le respondió «Problemas con el servicio» con el aire de alguien que, en sus tiempos, había tenido que enfrentarse a muchísimas molestias de esa misma índole.

Pues mejor así. Con tal de que no tuviera nada que ver con él.

Se paseó por la fiesta prodigando bonhomía e indicando a Paola que llenara las copas de los asistentes sin reparar en las escasas existencias de *prosecco*.

Entonces se quedó pasmado. Plum Wingfield, reaparecido de entre los muertos. Y con Lizzie, que parecía inesperadamente feliz de hablar con él.

Fue hacia ellos a grandes trancos.

—¡Ah, Wingfield! ¡Ha vuelto!

—Eso parece. —Su actitud era fría y distante. En general, no parecía del todo contento de ver a Cecil. Lo que no hizo sino azuzar su deseo de humillarlo.

—¿Le ha informado su mujer sobre el dramón que hemos tenido en su ausencia?

Plum inclinó la cabeza.

—Por encima.

Cecil se volvió hacia Lizzie.

—¿Y le ha contado a su marido que casi lo implicaron?

Plum se puso rojo y echó una mirada a su mujer.

—¿Implicado?

Cecil soltó una carcajada.

—¡En el robo del cuadro, hombre!

—Justo ahora iba a contárselo —dijo Lizzie, sin expresión.

—No me importa decirle —continuó Cecil mientras se arrimaba a él en actitud cómplice— que había por aquí un par de personas que estaban más que dispuestas a juzgarlo *in absentia*. —Se echó atrás para disfrutar de la incomodidad de Plum—. Pero yo les dije: «¡No, es un caballero inglés! ¡Y un héroe deportivo, además! ¡Plum Wingfield es un hombre intachable!». —Cecil tomó un sorbo de *prosecco*—. Sería horrible si resultara no ser cierto, ¿no?

Lentamente, el salón principal empezó a vaciarse. Los huéspedes fueron regresando a sus habitaciones. Algunos se quedaron al pie de la escalera, charlando y matando el tiempo. El vestíbulo resonaba con sus carcajadas y sus chismorreos susurrados.

Una parte de Alice deseaba estar allí, poder unirse al grupo. Pero tenía la responsabilidad de supervisar que se recogieran las copas y se barriera el suelo. Y, de todos modos, había dignidad en el trabajo. ¿Acaso Jesús no había trabajado como carpintero hasta los treinta años?

En la Biblia siempre encontraba ayuda y consuelo. Cuando se sentía afligida por todo el trabajo que se le exigía, Alice se acordaba de Génesis 2:2: «Dios terminó en el día séptimo la obra que hizo; y en ese día reposó de toda su obra».

¡Solo un día de descanso por cada siete días! Si a Dios le bastaba, también tendría que bastarle a ella.

Dicho esto, ¿dónde diablos se metía Constance cuando se la necesitaba? Lloriqueando en su cuarto. Barruntando antiguos infortunios. Alice creía firmemente que era necesario limitar el contacto de Lottie con esa chica, pero no hasta el punto de que ello la obligara a dar un paso al frente y cuidar de la niña.

Vio que el conde Albani se aproximaba desde el otro lado del salón, siempre con su traje oscuro y su porte eminente. Dejó lo que estaba haciendo y sonrió, pues era imprescindible mostrarse correcta en todo momento.

—Un feliz acontecimiento —dijo él.

—Mi hermano es sin duda un hombre feliz.

—La señorita Drummond-Ward es encantadora. Muy inglesa.

Al pronunciar el conde esas palabras, Paola pasó junto a ellos con una bandeja repleta de platos sucios. ¿Fueron suposiciones de Alice o había cierta hostilidad en la mirada que la criada le dirigió al conde? ¿Como si su comentario le hubiese resultado doloroso por algún motivo? ¡Los italianos y su afición por las riñas! A veces no era nada fácil enterarse de lo que pasaba.

—¿Se va mañana? —preguntó Alice.

—A las nueve.

—Espero volver a verle, conde Albani. A usted y a Roberto.

—Yo también lo espero, y mucho.

Alice iba a dar por concluida la conversación cuando el conde volvió a hablar.

—Antes de que se marche, me gustaría aclarar un malentendido. —Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el estuche de la joyería—. Espero que recapacite.

Al abrir el estuche, las uñas perfectas del conde formaron una garra sobre el afelpado terciopelo azul.

Alice había olvidado lo bonita que era la pulsera.

—¿Me permite? —preguntó ella.

—Desde luego.

Con cuidado, extrajo la pulsera del estuche y la contempló a la luz.

—De verdad que es preciosa.

El conde tragó saliva, como si hubiera estado preparándose para ese momento.

—Como lo es usted, Alice.

Alice tardó varios segundos en asimilar el comentario. Una agitación nerviosa inflamó su pecho, amenazando con abrumarla. Notó que empezaba a temblar cuando dijo, en una voz más baja pero también más vehemente de lo que había pretendido:

—Conde Albani...

—Perdóneme. Pero debo abrirle mi corazón.

—¿Y Roberto?

—Le hablo en nombre propio —dijo el conde Albani—. Se hará vieja si espera a que mi hijo le hable en el suyo.

Alice negó con la cabeza.

—No —dijo—. Esto no es prudente.

—¿Que un hombre con mi experiencia y mis medios desee volver

a casarse?

—¿Casarse? ¡Por favor! —Alice dejó la pulsera en el estuche y se apartó del conde—. ¡No me pida eso!

—Alice...

—No. No me llame Alice. Para usted sigo siendo la señora Mays-Smith.

Antes de que él pudiera protestar, huyó del salón, sin darse casi la oportunidad de preguntarse a sí misma si se había olvidado el corazón al salir.

Los viajes de vuelta siempre eran aburridos y desalentadores. Pero Julia, al avanzar por el largo andén en compañía de Rose, con un mozo que empujaba su equipaje en su estela, sintió una sensación inusual: una tristeza teñida de pesar.

La sofocó enseguida, como es natural, porque una no podía ser esclava de sensaciones como esa. Mejor concentrarse en el fruto del viaje: el compromiso. Aunque, a propósito de ese tema, Rose parecía menos eufórica de lo que había esperado. Su hija apenas había pronunciado palabra durante el trayecto en carruaje hasta Mezzago.

Julia se había quedado con las manos sobre el regazo, sin nada que hacer más que contemplar cómo desfilaba el espantoso paisaje por la ventanilla y a Francesco lanzando escupitajos a la carretera. Repugnante tipejo.

Cuando finalmente llegaron al vestíbulo de la estación, Julia descubrió con algo más que un ligero disgusto que Nish ya estaba sentado allí, con una sola maleta en el suelo, delante de sus pies. Desde luego, la India era británica y los indios eran de los nuestros, y algunos incluso habían combatido de forma valiente y maravillosa durante la guerra, pese al impedimento de sus turbantes —porque casi todos llevaban turbante, ¿no?—, pero, desde luego, era aconsejable limitar al máximo el contacto estrecho con ellos, incluso con los más cultivados. Si lo hacías, solo conseguías que se les subieran los humos.

La indulgencia con la que Bella trataba a gente como Nish era lamentable, pensó Julia. No podía traer nada bueno.

—Señor Sengupta —dijo.

—Señora Drummond-Ward. Rose.

—No sabía que íbamos a regresar en su compañía.

—No será así, me temo. —Nish señaló un paquete de impresos que tenía a su lado, sobre el banco—. Me dirijo a Turín. Tengo que distribuir este material. Y encontrarme con un amigo.

—Un amigo —dijo Julia, sonriendo— . Qué agradable.

No le caía demasiado bien, pero Bella no podía evitar cierto pesar por Francesco. En cuanto volvió de dejar a las Drummond-Ward en Mezzago, tuvo que prepararse para hacer el mismo viaje por tercera vez ese día, cargando las maletas en el carruaje y revisando los caballos, mientras la siguiente remesa de pasajeros se despedía.

Lady Latchmere quiso confirmar que ella y Melissa tendrían el carruaje para ellas solas.

—Así es —dijo Bella—. Las Drummond-Ward, el conde Albani y el señor Sengupta ya se han marchado.

—Y los Wingfield y la señorita Pascal se quedarán un día más —añadió Alice.

—¿Espera la llegada de nuevos huéspedes? —preguntó Melissa.

—Un grupo de ocho personas procedentes de Zúrich —dijo Bella —. Pero aún tenemos unos días para organizarnos.

—Bien —dijo lady Latchmere, sonriendo—. Nuestra estancia ha sido ciertamente... memorable.

—Nos hemos esmerado al máximo —dijo Bella.

Y era verdad, pensó, y de pronto se sintió agotada por todo el esfuerzo.

—Mi tía y yo le hemos tomado mucho cariño al Hotel Portofino —dijo Melissa.

—Les hablaré a mis amigas del hotel —añadió lady Latchmere—. Y de la amable señora que lo dirige.

Bella estrechó la mano que le tendía.

—¿Y la volveremos a ver por aquí?

—Quién sabe, querida, a mi edad.

—Alice —dijo Melissa—, ¿vendrás a verme a Londres?

—Eso espero —respondió esta—. De hecho, quería preguntarte algo...

Se llevó a Melissa a un lado para tener una conversación discreta con ella, dejando a Bella con lady Latchmere.

—De verdad le agradezco lo comprensiva que se ha mostrado

pese a todo —dijo Bella.

—Oh, no me lo habría perdido por nada del mundo —dijo lady Latchmere—. En verdad, ha sido como una de esas novelas de Agatha Christie.

—Es cierto —dijo Bella—. Aunque no creo que nuestra escritora hubiera podido concebir un elenco tan variopinto de personajes.

—¡No digas tonterías, cariño! Son los años veinte, ya lo sabes. —Estrechó la mano de Bella—. El mundo está cambiando. A mejor, o eso espero.

Bella sonrió débilmente.

—Ojalá compartiera tu optimismo, Gertrude.

Bella no solía sentir demasiado apego por sus huéspedes una vez que estos se habían marchado. Pero cuando el carruaje pasó traqueteando por la verja y dobló hacia la derecha, sintió una punzada de tristeza que le recordó algo al dolor que sentía en el internado cuando se acordaba de su casa; un peso en la boca del estómago y un nudo en la garganta que nunca, o casi nunca, terminaba traduciéndose en lágrimas.

Al subir a su cuarto, se detuvo en el vestíbulo y echó un vistazo a su alrededor. Todo eso era su sueño. El fruto de su trabajo. Había elegido el tono de verde para el revestimiento de madera de la escalera. Había encargado la araña con sus cientos de cristales centelleantes. Había elegido las flores que adornaban el tablero de la recepción y había mandado pintar, con pan de oro, las palabras HOTEL PORTOFINO en el letrero que colgaba de la pared.

Había escogido los cuadros de las paredes, incluidos varios de Lucian. Suya había sido la decisión de poner unas vaporosas cortinas de muselina en el salón principal en vez de recurrir al encaje, porque así la estancia parecía más fresca y la luz del sol entraba tamizada, convirtiéndose en una bruma de ensueño. Se había asegurado de que hubiera un gramófono para los jóvenes y los números recientes de *Country Life* para los huéspedes mayores, a fin de que todos se sintieran como en casa.

Todo aquel trabajo había sido pensando en los demás. Pero ahora disponía de un poco de tiempo para disfrutar del hotel antes de que llegara la siguiente oleada de huéspedes. Un poco de tiempo para ser ella misma.

Subió la escalera cantando para sus adentros, una canción boba,

de un *music hall* que había visto de niña, no recordaba el título. Era curioso, pensó, que algunas canciones tuvieran tanta fuerza. Las emociones que eran capaces de despertar.

Bella se encontró la puerta de su habitación abierta. Y eso quería decir que él la había abierto. Bella pudo ver el interior de la habitación, pero esa violación de su intimidad hizo que ya no la sintiera suya. ¿Cómo se atrevía él a colonizar su espacio como había hecho con su cuerpo? Aun así, entró y echó un vistazo. ¿Estaba todo como siempre? ¿Qué había hecho él? ¿Qué *quería* él?

Echó a andar hacia su tocador con cuidado de no resbalar sobre la alfombra persa cuando vio un sobre en su cama, dirigido a ella en una caligrafía que conocía demasiado bien.

Lo cogió y lo abrió.

En su interior, había un cheque a nombre de la señora Arabella Ainsworth por la suma de mil libras, firmado por el honorable señor Cecil Ainsworth.

Bella se volvió y ahí estaba él, en el umbral, observándola.

—He pensado que podría servir —dijo.

—¿Servir? —Bella se puso delante de él, con el cheque en las manos—. ¿Me servirá para esto? —Se señaló las heridas en la cara, visibles pese al maquillaje.

Él se achicó; no había otra forma de expresarlo.

—No —dijo—. Puedo ser insensible, pero no tanto. Servir para que volvamos a ser amigos.

—No quiero que seamos amigos —dijo Bella. Rompió el cheque y tiró los pedacitos a los pies de su marido.

Él los miró mientras caían al suelo.

—¿Qué demonios haces?

—No voy a aceptarte ni un penique. He respetado tus reglas demasiado tiempo, Cecil Ainsworth. Ya es hora de que las marque yo.

Colocando la palma de la mano sobre el pecho de su marido, lo empujó suavemente hacia atrás, hacia el umbral de su cuarto. Por lo menos tuvo la elegancia de no resistirse. Luego, Bella cerró la puerta y tiró la llave a la papelera que tenía en el rincón. Al margen de lo que le deparase el día de mañana —aunque tenía planes, grandes planes —, estaba segura de que su futuro no tendría nada que ver con Cecil. Nunca más.

Portofino 1926
J. P. O'Connell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Hotel Portofino*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de las imágenes de la portada, Jasenka Arbanas / Trevillion Images y © Abigail Miles / Shutterstock

© J.P. O'Connell, 2021
Publicada de acuerdo con Simon & Schuster UK Ltd. a través de International Editors' Co

© de la traducción, Albert Fuentes Sánchez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-08-27120-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

SERIE CRAVE
hechizo
El tiempo no existe. Déjate atrapar.
TRACY WOLFF
Planeta

Hechizo (Serie Crave 5)

Wolff, Tracy
9788408270652
784 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Nueva entrega de la Serie Crave, la saga juvenil del momento. Ya forma parte de ti.

Lo siento bajo la piel…

Después de Katmere, no debería sorprenderme nada. Aquí estoy, atrapada con el peor de los seres sobrenaturales, aquel al que temen incluso los demás monstruos: Hudson Vega. Puede que sea el hermano de Jaxon y puede que sea increíblemente atractivo, pero es una auténtica pesadilla para mí.

Me está robando el corazón…

Es una verdad universalmente conocida, al menos según Grace, que todo es culpa mía. Pero tengo la pequeña sospecha de que Grace no es tan humana como cree y de que es ella la que nos ha encerrado aquí. Ahora tenemos que trabajar juntos, no solo para sobrevivir, sino para salvar a todos aquellos a los que consideramos nuestra familia.

Porque hay algo que nos conecta, algo más fuerte que el miedo… Y mucho más peligroso.

Ya forma parte de ti.

Cómpralo y empieza a leer

El hombre que escapó de Auschwitz
para alertar al mundo
EL
MAESTRO
DE LA
FUGA
«Un clásico instantáneo.» Antony Beevor
JONATHAN FREEDLAND
Planeta

El maestro de la fuga

Freedland, Jonathan

9788408270218

544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La verdadera historia de Rudi Vrba, el primer judío que escapó de Auschwitz y trató de advertir al mundo de las atrocidades nazis.

En abril de 1944, Rudolf Vrba se convirtió en el primer judío en escapar de Auschwitz. Contra todo pronóstico, tras esquivar por poco las balas alemanas, él y su compañero de fuga escalaron montañas y cruzaron ríos para alcanzar la libertad. Vrba quería advertir a los últimos judíos de Europa del destino que les esperaba al final de la vía férrea. Brillante estudiante de ciencias y matemáticas, memorizó cada uno de los detalles de la maquinaria nazi y lo arriesgó todo para recopilar los primeros datos de la Solución Final. Tras su huida, sacó de contrabando el primer relato completo de cuanto acontecía en los campos de exterminio, un informe detallado que finalmente llegaría a manos de Franklin Roosevelt, Winston Churchill y el papa, y que acabaría salvando miles de vidas judías. *El maestro de la fuga* es la historia de un hombre que merece ocupar su lugar en la historia junto a Ana Frank, Oskar Schindler y Primo Levi, protagonistas todos ellos del capítulo más oscuro de nuestro pasado reciente.

«Un clásico inmediato de la literatura sobre el Holocausto. Magníficamente investigado y escrito, se trata de una historia apasionante y profundamente conmovedora. No podía dejar de leerlo.» **Antony Beevor**

«Un libro brillante y desgarrador, con lecciones universales y oportunas sobre el poder de la información y de la desinformación.» **Yuval Noah Harari**

«Una lectura inspiradora, cautivadora y emocionante. Freedland ha dado a Rudolf Vrba el lugar que le corresponde en la historia, y en el proceso ha escrito un libro que no se puede dejar de leer.» **Simon**

Sebag Montefiore

«*El maestro de la fuga* es un clásico moderno de la literatura de la atrocidad más absoluta.» **Simon Schama**

«Maravilloso... Es original, meticuloso y totalmente irresistible.» **Philippe Sands**

«Un libro extraordinario. En algunos momentos apenas podía respirar. Es un homenaje a su extraordinario héroe, y una historia muy importante y necesaria de leer... No puedo elogiarlo lo suficiente.» **Philip Pullman**

Cómpralo y empieza a leer

Alice Kellen
DONDE TODO BRILLA
Planeta

Donde todo brilla

Kellen, Alice
9788408270706
592 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Y si lo único que necesitamos para ser felices es descubrir el brillo de las cosas intangibles?

Nicki Aldrich y River Jackson han sido inseparables desde que llegaron al mundo con cuarenta y siete minutos de diferencia. Ella lo hizo envuelta en polvo de hadas. Él como si fuese un meteoro en llamas. El pequeño pueblo costero donde crecieron se convirtió en el escenario de sus paseos en bicicleta, las tardes en la casa del árbol y los primeros amores, secretos y dudas.

Sin embargo, con el paso de los años, River sueña con escapar de aquel rincón perdido donde todo gira alrededor de la tradicional pesca de langosta y Nicki anhela encontrar su lugar en el mundo. Pero ¿qué ocurre cuando nada sale como lo habían planeado? ¿Es posible elegir dos caminos distintos y, pese a todo, encontrarse en el final del trayecto?

Para lograrlo, River y Nicki tendrán que bucear en las profundidades del corazón, rescatar pedazos de lo que fueron y entender aquello que rompieron. Y quizá así, uniendo y encajando cada fragmento, logren descubrir quiénes son ahora y recordar el brillo de las cosas intangibles.

La autora que ha enamorado a más de dos millones de lectores.

Cómpralo y empieza a leer

JORDAN B. PETERSON

12 REGLAS PARA VIVIR

UN ANTÍDOTO AL CAOS

«El pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo.»
THE SPECTATOR

Planeta

12 reglas para vivir

Peterson, Jordan B.

9788408200314

512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuáles son las reglas esenciales para vivir que todos deberíamos conocer? Regla n.° 1: mantente erguido con los hombros hacia atrás…, como las langostas; regla n.° 8: di la verdad, o por lo menos no mientas; regla n.° 11: no molestes a los niños cuando montan en monopatín; regla n.° 12: cuando te encuentres un gato por la calle, acarícialo.
Jordan Peterson, «el pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo», según el Spectator, nos propone un apasionante viaje por la historia de las ideas y de la ciencia —desde las tradiciones antiguas a los últimos descubrimientos científicos— para tratar de responder a una pregunta esencial: qué información básica necesitamos para vivir en plenitud.
Con humor, amenidad y espíritu divulgativo, Peterson recorre países, tiempos y culturas al mismo tiempo que reflexiona sobre conceptos como la aventura, la disciplina y la responsabilidad.
Todo con el fin de desgranar el saber humano en doce hondas y prácticas reglas para la vida que rompen radicalmente con los lugares comunes de la corrección política.

Cómpralo y empieza a leer

Robert Waldinger y Marc Schulz

Una BUENA VIDA

EL MAYOR ESTUDIO MUNDIAL PARA RESPONDER
A LA PREGUNTA MÁS IMPORTANTE DE TODAS:
¿QUÉ NOS HACE FELICES?

Planeta

Una buena vida

Waldinger, Robert

9788408271536

408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué nos hace felices? Hace más de ocho décadas, la Universidad de Harvard se propuso dar respuesta a esa pregunta y puso en marcha uno de los estudios más importantes hasta la fecha. Eligieron a una población de cientos de personas y durante años estuvieron entrevistándolas, haciéndoles análisis y siguiendo su desarrollo profesional y personal. Han seguido la vida de ciudadanos desde su juventud hasta su deceso y han indagado en sus motivaciones, su carrera profesional y sus relaciones personales. Algunos fracasaron o se arruinaron, mientras otros se hicieron millonarios o llegaron a ocupar las más altas posiciones de poder, y hubo quien padeció largas enfermedades, al tiempo que otros gozaban de una salud inquebrantable.

A través de inspiradoras historias reales, este libro nos brinda la respuesta más importante de todas, la conclusión a un estudio que cambiará para siempre nuestra perspectiva sobre la felicidad y nos enseñará que nunca es demasiado tarde para darle un giro a nuestras vidas. Porque la salud y el éxito profesional influyen, por supuesto, pero nada es tan importante para alcanzar una vida larga, plena y satisfactoria como lo son las relaciones personales.

«Un libro fundamental, quizá el más importante jamás escrito sobre el bienestar humano.» **Daniel H. Pink, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva***

«*Una buena vida* nos enseña de forma científica y práctica cómo definir, construir y, sobre todo, vivir una vida feliz.» **Jay Shetty, autor de *Piensa como un monje***

«Un libro al alcance de todos y que sin duda influirá en la vida de millones de personas.» **Tal Ben-Shahar, autor de *La búsqueda de la***

felicidad

«En un mercado saturado de libros con consejos para una vida plena, este sobresale por encima de todos los demás.» **Angela Duckworth, autora de *Grit***

Cómpralo y empieza a leer